

MEZ  
ETA  
HEL

SP - 3400





30028

S. P. 3400

369828

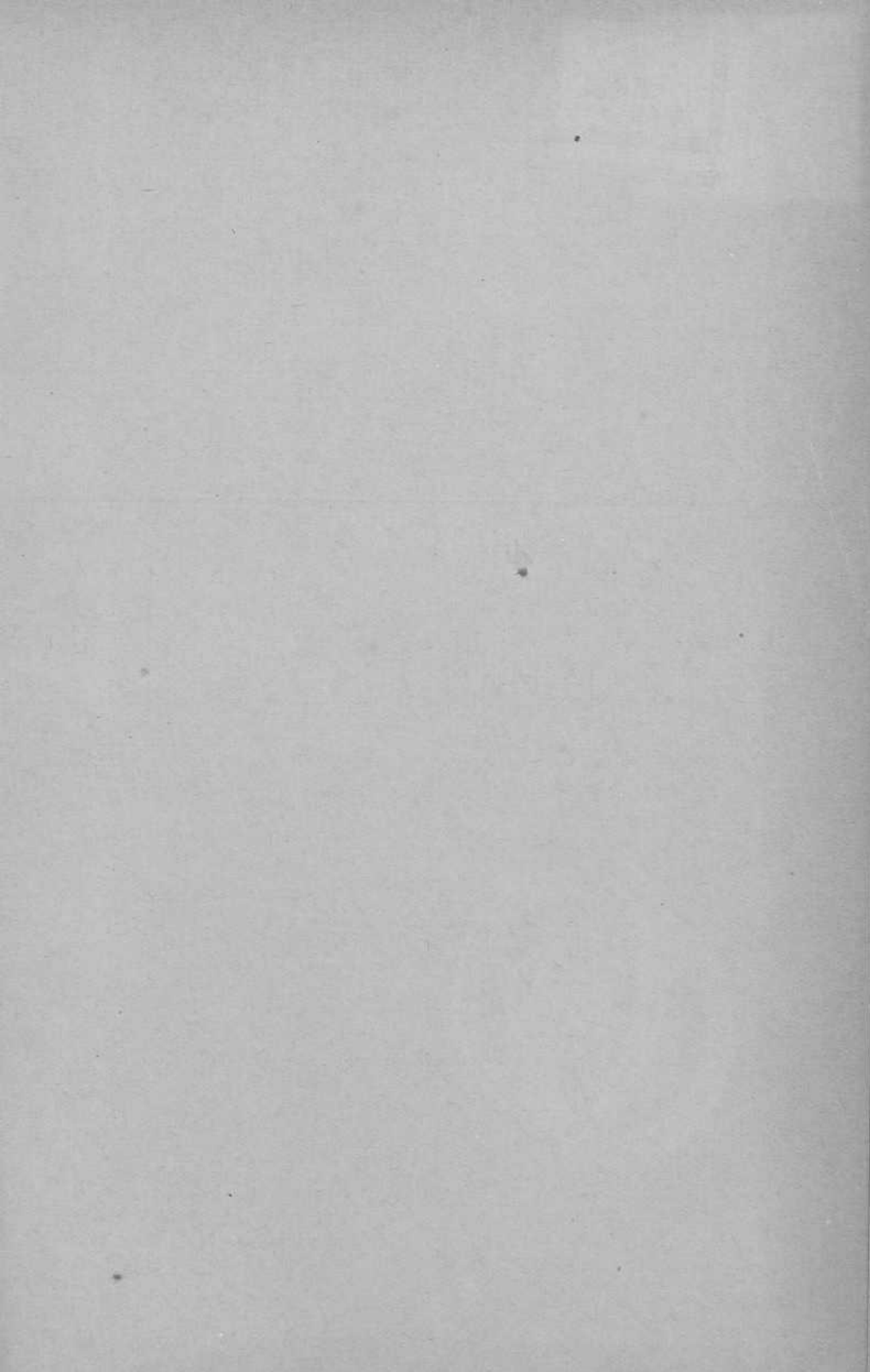
SECCION LOCAL



10000369828

S. P. -3400



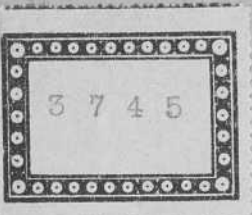




Nº  
3168  
11-5

# EL PROFETA DANIEL





3745



R. 111747

ESTUDIOS BÍBLICOS

ENSAYO CRÍTICO-EXEGÉTICO

SOBRE

EL PROFETA DANIEL

POR

**D. Valentín Gómez San Martín,**

Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología, Cura Párroco de  
Villamuriel de Cerrato, Predicador de S. M. y de la Sociedad Económica  
de Amigos del País, de Palencia

CON UN PRÓLOGO DEL

**M. I. SR. DR. D. EMILIO ROMÁN TORÍO,**

CANÓNIGO LECTORAL DE LA S. I. C. DE PAMPLONA Y TEÓLOGO CONSULTOR DE LA  
COMISIÓN DE «RE BÍBLICA» DE ROMA



VALLADOLID

Tipografía y Casa editorial Guesta,

Macías Picayea, núms. 38 y 40.



## Censura Eclesiástica.

---

Exemo. é Ilmo. Señor:

Habiendo examinado detenidamente el trabajo que se titula *Ensayo crítico-exegético sobre el profeta Daniel*, compuesto por D. Valentín Gómez, Párroco de Villamuriel de Cerrato, nada he encontrado en él opuesto á la fe y buenas costumbres; antes por el contrario me parece una obra excelente y digna de toda recomendación y encomio.

En ella su autor, aunque se muestra conocedor de los estudios bíblicos modernos, evita no obstante con cuidado los excesos de la Neo-crítica, y siguiendo un criterio tradicional prueba con argumentos de buena ley, tomados ya de los descubrimientos modernos, ya de la historia, ya de la filología, la autenticidad del Libro Sagrado de Daniel, al paso que rebate sólidamente las principales objeciones con que el racionalismo intenta demostrar lo contrario.

Comenta también y explica el Sr. Gómez brevemente y siempre con criterio tradicional, los bellísimos episodios é importantísimas profecías, de que se compone dicho Libro Sagrado; aunque extendiéndose algo más, como la necesidad lo pedía, en la explicación de algunos puntos principales, entre ellos el vaticinio de las setenta semanas, el cual demuestra que se refiere en sentido literal al Mesías, Nuestro Divino Salvador Jesucristo, y no en manera alguna á Antioco Epifanes, como pretende el racionalismo y aún la escuela neo-crítica, que sólo reconoce el carácter mesiánico de esta profecía en su sentido típico.

Merece, pues, á mi juicio, la más cumplida enhorabuena el autor, por haber consagrado sus talentos á la defensa de uno de los Libros Sagrados más combatidos por el raciona-

lismo, escribiendo este hermoso libro, cuya lectura contribuirá seguramente al fomento de los estudios bíblicos tan decaídos hoy por desgracia entre nosotros.

Tal es mi parecer, que someto no obstante al elevado criterio de V. E. I., cuya vida Dios guarde muchos años.

Palencia 19 de Junio de 1905.—*Anacleto Orejón*, Canónigo Lectoral.

Exmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Palencia.

---

Palencia 20 de Junio de 1905.

Concedemos Nuestro permiso y autorización, para que pueda imprimirse la obra titulada *Ensayo critico-exegético* sobre el profeta Daniel, escrita por el Lic. D. Valentín Gómez, Párroco de Villamuriel de Cerrato, de esta Nuestra Diócesis, en cuanto que del examen de la misma obra, hecho por Nuestra disposición, resulta que no se encuentra en ella ninguna cosa opuesta á la fe y buenas costumbres.

† EL OBISPO DE PALENCIA

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor, *Dr. Eugenio Almaraz Santos*, Chantre Secretario.

Registrado lib. 21, núm. 179.



## CARTA-PRÓLOGO

---

Hace doce años escribía una revista francesa, que veía la luz por primera vez, quejándose amargamente del abandono relativo de los estudios escriturarios en Francia, comparado con la actividad de los escritores alemanes é ingleses, y la comparación establecida, que daba tan desigual resultado, arrojaba la proporción desconsoladora de un autor escriturario francés, por cada veinte autores ingleses y alemanes del mismo género. En aquella fecha estaban en la proporción de un cinco por ciento. Si esta proporción hacía lanzar tan tristes lamentos á los redactores de dicha revista, qué habrían hecho si no hubiesen encontrado en la estadística comparada de las producciones escriturarias internacionales, ni siquiera el uno por ciento, quizá ni el uno por mil, como nos sucede á nosotros? Seguramente que se les habría caído el alma á los pies y es probable que ante la incuria de los mismos á quienes más interesa el conocimiento de esta clase de cuestiones, hubieran desistido de sus buenos propósitos, dejando para tiempos más prósperos la creación de un palenque donde todos puedan exponer sus opiniones en cuestiones tan árduas como son hoy las que se agitan en torno de la Sagrada Escritura, y que no por ser de carácter secundario en su mayor parte, dejan de tener su importancia, más ó menos grande, según que más ó menos directamente se rozan con el dogma.

Entre las causas que la revista francesa reconoce como productoras del retraso de esos estudios en Francia, trae las siguientes: «El estudio del hebreo no se ha tratado seriamente en Francia: y este estudio es indispensable aun para una crítica profunda del griego del Nuevo Testamento. Nosotros no tenemos gramática completa ni diccionario. Algunas páginas de rudimentos, algunos diccionarios traducidos ó resumidos, que no pueden figurar al lado de la vigésima

quinta edición de la gramática de Gesenius, de la décima edición de su diccionario, dado á luz cada vez y completado por las inscripciones más recientemente descubiertas. Esto en cuanto á la filología. Que se compare ahora lo que hemos hecho en la geografía bíblica con los trabajos de los ingleses. Ha habido de nuestro lado los esfuerzos admirables de algunos hombres; pero nada de sistemático y de organizado. Víctor Guerin iba sólo montado sobre su asno; los ingleses, gracias á poderosas suscripciones, han podido hacer considerables escavaciones y trazar el mapa del país».

Esto decían hace doce años; si hoy hablaran de este asunto lo harían en un tono harto menos quejumbroso, porque actualmente son muchos los franceses que se dedican al estudio científico de la Biblia, pero nosotros qué diremos?; qué gramáticas completas y diccionarios poseemos? Lo mismo hoy que hace dos años, que hace cincuenta, no tenemos nada, ni en el horizonte se advierte ninguna luz que auyente las tinieblas que dominan en nuestra vida científica. Las causas son muy complejas. Por una parte no poseemos los magníficos museos arqueológicos de la antigüedad clásica que tienen nuestros vecinos; los gobiernos y los capitalistas han hecho caso omiso de la ciencia, á la que desde los primeros momentos debieron conceder su auxilio y protección: se ha dejado todo á la iniciativa de los particulares, y los particulares en estas materias, tropezamos con dificultades insuperables. La principal es la falta de recursos para adquirir las obras necesarias para estos estudios á fin de asimilar siquiera la ciencia de los vecinos, ya que nada podamos hacer ahora por nosotros mismos; á ésta hay que añadir la falta de protección ó auxilio por parte de las bibliotecas de las corporaciones de todas clases, donde esta clase de obras brilla por su ausencia; y finalmente, los gobiernos corren pareja con las corporaciones. No hace aún tres años, estuvo el que esto escribe en la Biblioteca Nacional con objeto de estudiar algunas cuestiones escriturarias en obras que no estaban al alcance de mi modesta fortuna, el desencanto fué asombroso, después de no pocas vueltas y sobradas molestias, que toleraron con paciencia, que agradeceré siempre á los empleados de la misma; hube de volverme con las mismas ganas, porque las obras de esta clase de estudios eran desconocidas en nuestra primera Biblioteca, y resultó que á pesar de mis escasos recursos, poseía yo más libros de esta ciencia, que la Biblioteca Nacional.

No sé si desde aquella fecha hasta ahora, habrá llenado el enorme hueco que había en ella, porque ya es tiempo de que se piense con seriedad en estas cosas de no poca trascendencia.

Otra de las causas que influyen poderosamente en nuestro abandono de los estudios escriturarios, es cierta especie de miedo y de recelo que se advierte en los que más deberían interesarse por estos estudios: creen, sin duda, que la Biblia va á perder todo su prestigio desde el momento en que se la saque de las iglesias para estudiarla científicamente, como si el someterla al estudio crítico hubiese de privarla de su autoridad divina. Muy al contrario, aunque para nosotros, católicos, la Biblia es la palabra de Dios, es el libro inspirado donde el dedo de Dios ha consignado todo lo que puede ser útil y provechoso para nuestra salud temporal y eterna; precisamente por eso mismo es un libro que siempre debe ser objeto de nuestro estudio. Además, la Biblia es un libro sagrado, pero no un libro secreto; y si la Iglesia le venera sin ocultarle, no hay razón para que le ocultemos nosotros. Ni puede alegarse tampoco que la Biblia es un depósito confiado á la Iglesia y solamente á ésta pertenece determinar hasta donde se extiende su examen; pues es un hecho constante en la historia que la Iglesia siempre ha autorizado á los creyentes para interpretar la Biblia según las luces de su razón y de su fe, sin poner otro límite que la autoridad de los pastores. Si los teólogos y los Padres de la Iglesia hubieran seguido el criterio sostenido por algunos modernos, seguramente que no nos habrían dejado esos enormes infolios, admiración de los sabios de todos los tiempos. Y esos escritores antiguos, antes que la Iglesia reconociese y declarase su autoridad eran simples particulares, como lo somos nosotros. Si dejándose llevar del miedo no hubieran estudiado la Biblia para combatir á los racionalistas y herejes de su tiempo; qué habría sido de ella? No puede dudarse que su prestigio habría caído por los suelos. Lo mismo sucedería ahora; si después de las objeciones de todo género que oponen contra ella las escuelas independientes, los católicos nos callásemos como si nada sucediese, qué dirían aquellos en cuyas manos cayesen los libros de los racionalistas, al ver que los católicos no hacíamos nada por resolverlas? Tendrían razón más que sobrada para sospechar que les estábamos engañando, para suponer que les queremos dar como divino un

libro que sólo es humano puesto que nuestro silencio indicaría que no encontrábamos medios de contestar á los argumentos de los contrarios. No hemos leído en ninguna historia de ninguna época, que cuando el enemigo ataca una fortaleza, los defensores de ella se crucen de brazos para conservarla; no, se la defiende con las armas en la mano, no con el silencio y la inacción. El silencio, útil alguna vez, es por regla ordinaria perjudicial, según aquel principio del derecho: *Qui tacet consentire videtur*.

La revista citada, refiriéndose á esto mismo, reproduce el pensamiento de los recelosos: «Sólamente los espíritus superficiales lanzan á la difusión los conocimientos, en toda circunstancia, en toda condición, en todo estado de inteligencia. Dios ha hecho conocer la verdad por grados; ha dejado ignorar ciertas ciencias, hechas elementales para nosotros á personas á quienes inundaba de luces sobrenaturales. Ha dejado en la sombra muchos rasgos de la vida de Jesucristo. Es que dando la luz, la ordena á la salud del alma. Si, el hombre ha sido hecho para conocer; pero la ciencia debe servir ante todo para dirigir las acciones. La Iglesia imita á su divino fundador: no es solamente maestra de la verdad, es también maestra de la vida. Para qué hacer conocer á sus hijos las conjeturas de una ciencia atrevida, aunque sea para refutar los errores? Por qué, exponiendo las objeciones, darlas más publicidad? Si la seducción de las apariencias es más fuerte que la verdad para arrastrar á los espíritus, no sería mejor tratar los comentarios erróneos como los libros inmorales y echar un velo?» Los redactores contestaban con estas admirables frases: «Echad un velo tan largo tiempo como podais; pero en fin, si el error que se ha producido primero en Alemania é Inglaterra penetra en Francia, donde encuentra vulgarizadores cuyo estilo es más atractivo que el de los maestros; si se esparce primero por las obras especiales, después por las revistas y los diarios, podrá esperarse cubrir todo ésto con un velo?» Otro tanto podemos decir de nuestra España donde el error ha encontrado vulgarizadores también, sino en obras especiales, al menos en traducciones de las obras extranjeras más inficionadas del virus racionalista, en artículos de revista y hasta en algunos diarios. Y es de temer que el error se propague con rapidez, y hemos de guardar silencio, como dándoles la razón en todo lo que afirman? No estamos ya en aquellos tiempos en que el poco desarrollo de la in-



dustria tipográfica y la falta casi absoluta de comunicaciones retardaba tanto el conocimiento de las ideas y de los libros. Hoy se vive con la velocidad del rayo, y en el espacio de veinticuatro horas se sabe como se piensa y como se escribe en todas las naciones del mundo. Por eso mismo el silencio sería más peligroso que el acudir al palenque donde se nos cita, y al cual podemos llegar sin miedo y sin temor de ninguna especie, seguros de que obtendremos la victoria.

La causa principal del recelo que tienen algunos, es sin duda, que los mismos católicos han aceptado algunas conclusiones de la escuela independiente, en cosas, por supuesto, que no afectan á la fe y las costumbres; se quejan de que sale mal parada la autoridad de los Santos Padres, y de los escritores eclesiásticos antiguos, cuya autoridad ha servido de base á los trabajos escriturarios que se han hecho en tiempos posteriores á ellos. No es un prólogo lugar apto para establecer una discusión de ese género, en la cual se podría probar fácilmente cuan equivocados andan los que así piensan; y que muchas cosas que se les atribuye no las dijeron; que se confunde muchas veces la autoridad dogmática con la que no lo es, y si en el primer caso son verdaderos representantes de la tradición, en el segundo no son más que simples doctores, cuya autoridad depende de las razones que aleguen en favor de sus opiniones particulares. A todos recomendamos que lean y mediten el prólogo de la obra *La Biblia y la ciencia*, del insigne escritor español, Cardenal González, donde podrán encontrar útiles enseñanzas sobre esta materia; allí verán que funda sus razonamientos en este texto de S. Agustín: «Hoc indubitanter tenendum est, quidquid sapientes hujus mundi de natura rerum veraciter demonstrare potuerunt, ostendamus nostris libris non esse contrarium». Y en este otro de Santo Tomás: «In his quae de necessitate fidei non sunt, licuit Sanctis diversimode opinari, sicut et nobis». Según este segundo principio del ángel de las escuelas, en las cosas que no afectan directamente á la fe, podemos seguir opiniones distintas de las de los Padres, sin que por eso se rebaje su autoridad, que en esta clase de cuestiones no tiene el valor que en las dogmáticas. En ese prólogo encontrarán los lectores expuesto con mayor amplitud lo que venimos diciendo, y eso que el sabio Cardenal no alcanzó á verlo todo, porque en materia exegética, cada año que pasa, trae con-

sigo una nueva revolución en los procedimientos. Por eso no debemos asustarnos, sea cualquiera la audacia de los exégetas modernos; la verdad ha de triunfar en todos los sentidos, y tendrá la ventaja de presentarse con más claridad y evidencia á los ojos de los verdaderos creyentes.

Nunca la pusilanimidad y el miedo fueron buenos consejeros. La ciencia tiene sus derechos legítimos que puede ejercitar en la investigación de la verdad por los medios que le son propios, y lejos de ser un obstáculo para la verdad católica, al contrario, la verdad y la fe católica no sólo no tiene nada que temer, sino que tiene mucho que esperar de la ciencia desinteresada é imparcial, que busca la verdad por la verdad misma, sin intenciones antireligiosas, sin perjuicios en favor ni en contra de la idea cristiana. Debemos notar, por otra parte, que la exégesis cristiana, considerada en sí misma, no es necesariamente la verdad, sino la investigación de la verdad; y este carácter por el cual se parece á las otras ciencias, supone cierta amplitud y cierta independencia en el criterio exegético. Esta amplitud de criterio se hace más necesaria que nunca en nuestros días, porque el racionalismo se vale de todos los medios para combatir nuestros Libros Sagrados, entre los cuales no es el menos perjudicial proponer como interpretaciones de la Iglesia, lo que ha dicho tal ó cual autor particular, haciendo creer que la Iglesia impone á los fieles la obligación de aceptar dichas interpretaciones como las únicas auténticas. El deber del exégeta moderno es rectificar semejantes ideas y apreciaciones, establecer la debida separación entre la verdad dogmática contenida en el texto bíblico, entre la interpretación auténtica de este texto dada por la Iglesia, y la opinión más ó menos probable, la interpretación más ó menos autorizada y aceptable de ese texto, expuesta y defendida por tal ó cual exégeta, aunque se trate de alguno de los Padres y Doctores más autorizados en la Iglesia. Y al que llevado de su timidez y estrecho criterio nos pregunte: ¿Adónde iremos á parar con semejantes audacias exegéticas? Podemos responderle con el Cardenal González en el citado prólogo, de donde hemos extractado las anteriores líneas: Llegaremos á una exégesis idéntica á la de los antiguos Padres y Doctores de la Iglesia, en cuanto al fondo, en cuanto á los principios, á las máximas y á los procedimientos esenciales, pero diferente en las aplicacio-

nes; á una exégesis más amplia y de horizontes más vastos que los antiguos, en relación con los nuevos datos y elementos de investigación suministrados por las ciencias de nuestros días; á una exégesis que podríamos llamar bíblico-científica, cuyo deber es investigar, descubrir y probar la armonía que existe entre la palabra de Dios y la palabra de la ciencia; á una exégesis, en fin, que escudriñe y fije las relaciones que pueden existir y existen de hecho entre las apreciaciones reales de la Biblia y las afirmaciones legítimas de la ciencia.

Animémonos, pues, y entremos de lleno en el vastísimo campo de la ciencia escrituraria, donde tanto hay que hacer. Cada libro de estas materias que ve la luz en nuestra patria, produce verdadero gozo en mi alma, y hago fervientes votos porque encuentre muchos imitadores. No ha sido menor la alegría al saber la publicación de un libro sobre el profeta Daniel, escrito por mi querido amigo don Valentin Gómez, el cual viene á aumentar el escasísimo tesoro que de esta clase de exégesis moderna posee nuestra nación. Y es tanto más de alabar su publicación cuanto que se advierte poquísima afición á leer esta clase de obras, en unos por ese temor pueril y sumamente perjudicial, en otros porque prefieren el diario y la novela á los estudios serios y provechosos.

El libro «El profeta Daniel» no es completo, principalmente en su parte crítica, como varias veces lo indica el autor. El libro de Daniel es el más combatido por la escuela independiente, y los múltiples problemas lingüísticos, históricos, proféticos, exegéticos, etc., á que ha dado y da lugar, no son para tratados y resueltos en tan corto número de páginas, como las destinadas á estas cuestiones. Solamente la cuestión del empleo de las dos lenguas, hebrea y aramea (no caldea, cuya palabra debe desaparecer de todos los tratados de Escritura, porque ha dado lugar á la confusión del arameo con el caldeo, y ha hecho creer á muchos que Nabucodonosor y sus súbditos hablablan el arameo, fundando en esta equivocación la fuerza de sus argumentos, como lo hace también el autor), necesitaría para tratarla convenientemente, mayor número de páginas que el destinado á toda la parte crítica, y tenemos seguridad que el resultado no sería el que cree el autor. Esta brevedad se explica por dos razones principalmente; por no hacer demasiado voluminoso el libro; y por la falta de medios, apuntado al

principio, para estudiar á fondo cada una de las cuestiones propuestas sobre el libro de Daniel.

Tal sucede también con la identificación de Darío el Medo, que el autor confiesa no haber sido mostrado aún por la historia. Los exégetas católicos, no los racionalistas, han creído encontrar una solución á esa dificultad histórica, admitiendo algunos cambios de orden en el texto, cambios debido á los colectores del canon hebreo, que atendían, más que á ordenar los documentos que llegaron disgregados á sus manos, á conservarlos en su integridad, sin fijarse en un orden que quizá ignoraban ellos mismos porque la ciencia de la historia no había adelantado lo que en nuestros días. Hágase á Darío el Medo, sucesor no de Baltasar, sino de Cambises, y la dificultad está resuelta; esto se consigue con un ligero cambio de orden en los documentos, cambio que no pueden menos de admitir los racionalistas, que advierten otros muchos desórdenes en este y en otros muchos libros del Antiguo Testamento. El P. Condamín prefiere multiplicar los cambios de orden, á admitir interpolaciones tan frecuentes é importantes como resultarían de no aceptar los cambios de orden. Por otra parte es indudable que hay glosas explicativas del texto, colocadas al margen por los doctores de la ley cuando explicaban los libros en las sinagogas, á partir de Esdras, y esas notas marginales fueron introducidas después en el texto por los copistas, como lo prueba la comparación de los LXX con el texto masorético. Este hecho ha sido reconocido por los exégetas de todos los siglos, y á estos mismos pertenece determinar con claridad la extensión que se ha de conceder á dichas glosas, con las cuales se resuelven no pocas dificultades. Para conseguir ésto sirve la crítica textual, tan despreciada por los espíritus superficiales, como recomendada y seguida por los verdaderos sabios que reconocen su grandísima importancia.

Lo mismo sucede con la tradición, principalmente la judía, la cual es necesario buscar en las obras de los mismos judíos anteriores y posteriores á Jesucristo. Se ha abusado tanto de esa tradición, y los datos que van encontrándose se oponen tanto á las afirmaciones hechas por nuestros exégetas, que en favor de la verdad, se impone la necesidad de reformar muchas de las conclusiones propuestas, sometiendo las cuestiones de autenticidad resueltas por los testimonios y la tradición á un nuevo y riguroso examen, si se

quiere aceptar la lucha en el terreno á que nos citan los adversarios y satisfacer cumplidamente á sus objeciones. En un programa de esta clase de estudios deben figurar en lugar preferente todo lo que dice relación á la filología semítica, á la historia de los pueblos orientales, á la geografía y á la arqueología de la Tierra Santa. Pero como hemos hecho notar antes, nada de ésto poseemos en España, no nos queda más recurso que utilizar, procurando asimilarlos, los trabajos de las otras naciones, ó acudir á sus bien surtidas bibliotecas y museos para lograr hacer algo original. Pero este recurso que sería digno de todo aplauso, dado el abandono y aislamiento en que se deja á los que se dedican á esta clase de estudios, es imposible ponerle en práctica por falta de recursos y no sobra de protección.

Felicito una vez más á mi amigo D. Valentín Gómez por su libro «El Profeta Daniel» que si no es completo, no es por culpa suya, sino por las causas que hemos expuesto, difíciles de subsanar en las circunstancias porque atravesamos.

Por lo demás, es un libro que ni por su fondo, ni por su forma, desmerece nada, y bien puede ocupar un lugar en las bibliotecas de los hombres estudiosos y amantes de las ciencias patrias. Quiera Dios que el ejemplo de mi amigo sea imitado por muchos otros, á fin de que podamos, en breve plazo, ocupar un lugar honroso en el concierto internacional de los estudios escriturarios. La cuestión es empezar y abrigo la esperanza de que una vez entrados en la lucha, como los teólogos españoles llevaron la palma en las luchas de las escuelas y en los concilios, en aquella edad que llamamos el siglo de oro de nuestra literatura, así los futuros exégetas españoles darán las más satisfactorias soluciones á los áridos problemas que se agitan en torno de la Biblia.

Pamplona 26 de Julio de 1905.

EMILIO ROMÁN TORIO.





## INTRODUCCIÓN

---

El racionalismo es el gran error contemporáneo y como el resumen de todos los errores pasados, habiendo acumulado todo lo falso y perjudicial de las pasadas generaciones y fundando con ello un solo cuerpo de doctrina. Merced á su carácter de sencillez y universalidad, ha logrado cautivar, no solamente al vulgo de los pensadores, sino á privilegiadas inteligencias que abandonaron el mundo de la fe. Su principio es que la naturaleza humana en todos los órdenes se basta á sí misma; su fin, por consiguiente, es llegar á ser en el orden intelectual, el soberano absoluto de sus ideas; en el orden moral, el supremo juez de sus acciones; á no reconocer en el orden social más autoridad que la que ella misma se ha dado y en el orden material vencer los elementos, domeñarlos, arrancar á la naturaleza las infinitas riquezas que encierra en sus entrañas y funda, crear para todos la única felicidad posible, la sola felicidad real, *la felicidad terrena*.

En su marcha-triunfal por los dominios de la historia, halla de frente á un enemigo formidable, á quien no es fácil vencer porque lleva á retaguardia una fuerza incontrastable, como que es sobrehumana, que le ha prometido en definitiva la victoria. Es el Cristianismo que lleva ya casi veinte siglos de vida exhuberante, que tiene dogmas diametralmente opuestos á las afirmaciones racionalistas,

y es por consiguiente irreductible. Hay que destruirle, es preciso aniquilarle, nada de paz, ninguna tregua entre dos adversarios, entre dos enemigos irreconciliables, cuya vida es incompatible. Mientras que el uno pretende hacer á la actividad humana el único resorte de la historia y de los progresos de la humanidad, el otro afirma categóricamente que Dios creó el mundo, y no está ocioso en medio de su felicidad inefable, mas con su admirable Providencia dirige y gobierna todos los acontecimientos humanos, y lo que nos parece un juego de la casualidad ó un capricho de las pasiones humanas, en definitiva no es otra cosa que la realización de los eternos designios de Dios Omnipotente.

Dios creó al hombre inextinguible, le alumbró con un destello de su Divinidad, le colmó de bienes celestiales y de sobrenaturales dones, elevándole á la justicia y santidad que hubieran sido patrimonio de los hombres si Adán no hubiera pecado. Mas el hombre cayó por su culpa en la más horrible infelicidad, envolviendo en su ruina á sus descendientes, haciendo de ellos una raza de proscriptos, incapaces por sí mismos de elevarse á aquel orden sobrenatural de que habían caído, y entonces Dios mismo, aquel Dios de Majestad infinita y de bondad sin límites, contra el cual el hombre imprudente había osado levantarse, para prevenir tanto mal, para rehabilitar á la humanidad de sus ruinas, en medio de las reconvenções amorosas que dirige á los esposos delincuentes, en la terrible maldición que lanza sobre el demonio astuto, promete un Libertador, en cuya fe (esto es, creyendo en él como futuro), se salvaran las generaciones que cayeran del otro lado de la Cruz, en cuya fe, como presente, se salvan las que han nacido después del drama del Calvario. Para preparar el nacimiento del Libertador, del Mesías, escoge un pueblo que mantuvo á fuerza de prodigios y cuya historia es un no interrumpido milagro, y de todas las clases sociales de este pueblo suscitó hombres extraordinarios, que vieron lo que hasta entonces no habían visto los mortales, que predijeron con pasmosa claridad los acontecimientos futuros, y los consignaron con



tanta exactitud y minuciosidad de detalles como un historiador en presencia de los sucesos que narra. Por fin envió á su propio hijo Jesucristo Señor nuestro, que dió cumplimiento á la profecía, que obró milagros estupendos, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos y arrancando á la muerte sus despojos, que resucitó por su propia virtud de entre los muertos y fundó la Iglesia Católica, esa institución gigantesca veinte veces secular; ese ingente organismo cuyo cerebro y cuyo corazón laten y piensan en la inmensidad de los cielos y cuyos miembros abarcan toda la redondez de la tierra. ¡Milagros, profecías, un Hombre-Dios! La antitesis del racionalismo que dirige sus ataques contra lo que él llama bárbaramente *supranaturalismo*. La guerra que le ha declarado, de tal modo ha concentrado su atención y ha absorbido sus energías, que parece haber despreciado ó á lo menos olvidado los otros fines que perseguía, hasta el punto que hoy puede definirse: la negación de la revelación, de los milagros y profecías contenidas en el Antiguo y Nuevo Testamento. Como es en los sagrados Libros donde lee las predicciones y los prodigios admirables sobre los cuales se asienta la verdad del Cristianismo, él no puede levantarse sino sobre sus ruinas. Que Jesucristo sea Dios, que haya un solo milagro auténtico y una sola profecía cierta y determinada y entonces el inmenso edificio que pretende levantar el racionalismo, caerá por falta de una base sólida.

Pero la taumatofobia que anima á los racionalistas, de un modo especial á los franceses y de una manera especialísima á M. Ernesto Renan, el impío autor de la vida de Jesús, libelo infamatorio vendido al oro judío, se dirige principalmente contra el Libro de Daniel, precisamente porque es uno de los Libros Sagrados que contiene más milagros y profecías, profecías tan claras, tan terminantes, tan concretas, que parecen estar escritas *port eventum*, como pretenden los incrédulos que fijan la redacción de este libro en los tiempos de los Macabeos, ésto es, ciento setenta años antes de la Era cristiana. M. Ernesto Renan, en la *Revue des deux mondes* 1.<sup>er</sup> novembre 1882, pág. 15, resume así

todos los ataques dirigidos, veracidad histórica de este libro: «De la part de l' Eglise avouer que Daniel est un apocryphe du temps des Machabées serait avouer qu' elle s' est trompée; si elle s' est trompée en cela, elle á pu se tromper en autre chose; elle n' est plus diviniment inspirée.» Enfrente de esta impía afirmación que hace Renan para explicar la pérdida de su fe, nosotros afirmamos resueltamente la autenticidad del Libro, ésto es, que ha sido escrito, no en la Palestina bajo la dominación de los Seleucidas, sino en la Caldea, en tiempo de la cautividad, en la época de Nabucodonosor y sus sucesores, cuando Babilonia estaba en todo su apogeo.

Demostrada la autenticidad del libro, queda *ipso facto* demostrada la existencia del orden sobrenatural del milagro y de la profecía, que son las notas y caracteres del orden sobrenatural, contra el cual se revuelven airados los racionalistas.

Nuestro trabajo será modesto por sus proporciones y por su finalidad, que no es la investigación científica, ni la disquisición filológica, sino la vulgarización de lo que se ha escrito acerca de Daniel y sus profecías, cooperando así en la medida de nuestra fuerza á sostener el edificio de la fe que amenaza derrumbarse violentamente, sacudido por el huracán de las pasiones humanas.



## CAPÍTULO PRIMERO

---

### LA CAUTIVIDAD

Fuera de la dispersión de los judíos á que asistimos y que durará hasta la consumación de los tiempos, jamás hubo en la historia del pueblo de Dios un período tan crítico y tan desgraciado como la cautividad de Babilonia. Entonces perdió su independencia; su nacionalidad antes gloriosa, eclipsada quedó ante el poderío de los Caldeos; prisionera de guerra la raza de David; cautivo el pueblo; reducida á un montón de ruinas la gran ciudad de Jerusalem con sus fuertes muros; destruído el templo símbolo de la unidad nacional, emblema de la unidad religiosa y objeto del amor, del entusiasmo y de la veneración de los judíos; los sagrados vasos y objetos del culto llevados como trofeos de la victoria á los templos de los ídolos; y Jeová, el Dios tres veces Santo, el Dios de Majestad infinita, que libertó á su pueblo del poder de los Faraones, y le dió la ley en la cumbre del Sinaí en medio de truenos y relámpagos, y le mantuvo libre é independiente á fuerza de prodigios, vencido, al parecer, y humillado por los dioses de Nabucodonosor.

El contraste, que resultaba comparando la desolación de Judá y la destrucción de Jerusalén con la prosperidad de Babilonia, que no era solamente una ciudad sino toda una región, que atesoraba cuanto había creado el poder de la Naturaleza y había inventado la industria del hombre, contribuía de un modo poderoso á debilitar la fe de los vencidos que al dejar su país para marchar á la emigración

no habían visto más que el templo de Jerusalén y el palacio de los Reyes de Judá, pero no conocían las grandes obras de las artes plásticas, ni habían visto jamás estatuas, ni cuadros, ni bajo-relieves, ni experimentaron nunca los efectos del lujo deslumbrador que se presentaba sugestivo á sus ojos á su entrada en la ciudad del cautiverio. Así describe Ezequiel el gran peligro en que estaba la fe de los judíos: «Y habiendo visto (Voliba, es decir Jerusalén) unos hombres pintados en la pared, imágenes de Chaldeos pintados con colores, y sus riñones ceñidos de talabartes y tiaras de varios colores en sus cabezas, figura de todos los capitanes, semejanza de los hijos de Babilonia, y de la tierra de los Chaldeos en que nacieron, enloqueció de amor de ellos» (1). ¡Qué espectáculo tan deslumbrador! ¡Qué peligro más grande para un judío cuyo ideal era vivir tranquilo bajo el emparrado de su casa, habitar en una ciudad inmensa (2) dispuesta con regularidad, alineadas sus ca-

(1) Ezech. XXIII, 14-16.

(2) He aquí cómo describe un autor contemporáneo, con el auxilio de los descubrimientos arqueológicos, la gran ciudad de Babilonia en tiempo de Nabucodonosor: «Penetrons, par la pensée, dans la cité royale franchissons la muraille qui entoura le *Bit Saggatu*, et montons sur le faite du temple des Assises de la terre; un magnifique panorama va se dérouler devant nos yeux. Au dessous de nous, tout antour, Babyloñe s'étale majestueuse. L'Euphrate, semblable á une large bande d'argent, rapide en son lit sinneux, court dans des couraux sans nombre; dans ce fameux *Nahar malkha* (rio real), artere principale et centre du systeme d'irrigation de toute la Basse-Chaldée, construit depuis des siceles par Hamourabi et reparé depuis peu par Nabuchodonosor; dans des laes d'un travail prodigieux dont le plus remarquable est celui qu'á fait ereuser la femme de Nabopolasar. Le fleuve traverse la ville; il est contenu dans des diques monstreuses qui surprendrant encore, á quelques centaines di anñes de lá, l'historieu grec Hérodote.

«Tout á fait dans le lontan, nous apercebons les deux grands murs d'enceite. Au sud-onest nous distinguons la cité profane, Nalalat. Daas les nimes, tout un peuple d'ouvriers travaille; par places, des points blancs seintillent-ce son les feux qui cuisent les brignes-il s'eleve una fumée épaisse, rousse, et sur la cité entiere plane una teinte pourpre qui se fond peu á peu

lles, dotada de grandes y hermosísimos jardines, materialmente sembrada de templos gigantes y palacios suntuosos, surcada por múltiples canales derivados del Eúfrates contenido en su impetuosidad por diques enormes, admiración hoy mismo de los peritos en el arte de la Arquitectura, y á ellos afluían constantemente numerosas caravanas que trasportaban cuantas riquezas y tesoros habían acumulado en el Asia la guerra ó el comercio! Porque Nabucodonosor era considerado á la sazón como una divinidad de la guerra y sus afortunadas expediciones militares sobre Ninive y Asiria y el Egipto que en ciudades opu-

dans le bleu foncé du ciel. C' est á Nalalat qu' out été installes les captifs que le Grand Malkha á ramenéz de ses expéditions; c' est lá que, dans leur réunions religieuses, les Juifs (fideles regrettent Sion et Jerusalem)...

»Plus au sud-ouest encore, nous reconnaissons Borsippa, la ville religieuse par excellence, la ville aux fabriques de toile célèbres de toute antiquité, la ville où se dresse la fameuse tour á etages. Au nord est, tout proche d' Umgur-Bel, nous voyons Cutha, et au-dessus des terrasses des maisons apparait le sommet du temple de Nergal. A nos pieds, renfermés dans les murs de la vieille capitale des monarques kouschites, occupée maintenant par les seules demeures des dieux et des rois, ó elevent les jardins suspendus, les palais gigantesques et somptueux gardés par de colossales statues de lions et d' hommes-taureaux.

Et de quelque côté que se portent nos regards, au milieu des rangées d' habitations, á la fulguration des plaques de cuivre où d' autres métaux qui reconvoient leurs couples, á leurs hautes terrasses carrées, nous reconnaissons les temples. Dans Babylone nous voyons non seulement les sanctuaires de Bel-Merodach, mais encore les sanctuaires de Nebo, l' intelligence supreme; d' Ao, qui préside aux augures; le temple des Nanteurs et celui des Profondeurs, dédiés á Janna, qui rejouit et sent l' áme; le Bit-iz de la Grande Lumière, dédié á la lune; la pyramide de Samas, le dieu Soleil, le juge du monde; la maison de Mylitta-Zaparnit. A Borsippa, autour du temple des Sept-Lumières de la terre, nous apercevons les denseurs de Ninip, de Namza, de la Vie, de l' Áme vivante, et le sanctuaire d' Ao, le dieu qui fait pleuvoir les rosées fécondes sur les provinces.» Cavaniol, *Les monuments en Chaldée, en Assyrie, et en Babylone, d' apres les recentes decouvertes archeologiques*, Paris, 1870, pag. 359-363.

lentas habían llevado á la gran ciudad de Babilonia á cuanto de grande y magnífico había en el mundo, haciendo de la ciudad del hijo de Nabopolasar un Estado tan glorioso que ni Grecia y Roma en la antigüedad le igualaron; ni con él pueden compararse España, cuando llevaba la hegemonía sobre el mundo, ni hoy Inglaterra que es con su flota poderosa el terror de las naciones y tiene ondeante su pabellón en todas las latitudes del globo. Al mismo rey con ser tan grande, con estar por naturaleza muy por encima de lo que se llaman grandezas humanas, al contemplar la gloria, el lujo y la magnificencia de *aquella gran Babilonia que él había construído* (1) subiósele el orgullo á la cabeza y le hizo caer en un rarísimo género de locura.

Si esto hacía en el ánimo de un rey, ¿qué no haría en el de los súbditos y sobre todo en el de los pobres cautivos, no acostumbrados á ver ni tanto lujo, ni tanto poder, ni tanta magnificencia, ni tanta gloria?

Sin embargo; el peligro que corrían los hijos de Jacob en la gran ciudad del Eúfrates no venía principalmente por el lado del poder y de la gloria, mas por ventura por el lado religioso. Los Asirios y Babilonios eran religiosos profundamente—lo cual demuestra que la religión no es rémora al engrandecimiento de los pueblos—y hacían intervenir á la Divinidad hasta en los acontecimientos más vulgares de la vida, la daban una participación inmediata, activa y eficacísima en los sucesos extraordinarios (2), sobre todo en la guerra, cuyo éxito feliz no dependía de la pericia de los jefes, ni de la bravura de los soldados, ni de la superioridad del arma de combate, sino de la protección

(1) Dan. IV. 27.—La ciudad de Babilonia había sido edificada por Nembród poco después de la torre de Babel. Semiramis la aumentó considerablemente, y Nabucodonosor la acabó de adornar con edificios soberbios.

(2) Hé aquí una muestra palmaria de la religiosidad de los Asirios. Es un himno, una oración dirigida á los siete grandes dioses de la Asiria y consignada en la grande inscripción de Teglathalasar.

15. Grandes y poderosos dioses, vosotros que gobernais el cielo y la tierra

16 y cuyo ataque es desolación y ruina

divina, del poder del dios, que se valía de estos medios para vencer y sojuzgar á los dioses extranjeros. Según ésto, las explosiones del entusiasmo popular dirigíanse no á los vencedores que llevaban tras sí largas filas de prisioneros; sino á los dioses cuya era, en definitiva, la victoria. Los judíos que asistieran más de una vez como testigos presenciales á estos espectáculos; ellos, vencidos, cautivos y humillados como estaban en extranjeras tierras, hubieron de pensar más de una vez, ó á lo menos hubo de suscitarse en sus almas, inclinadas fuertemente á la idolatría la duda sobre el poder de Jahavé, al parecer vencido y humillado por los dioses de Babilonia. Porque Nabucodonosor, siguiendo la costumbre universal del Oriente, había llevado como trofeos de sus victorias y como señal marcadísima de la superioridad de sus dioses, los ídolos de los pueblos vencidos y los había colocado en los templos de Babilonia para testimoniar á todos que Bel-Mirodach, Nebo é Istar eran los más grandes dioses de la tierra.

Y esto cabalmente, este indiferentismo religioso en la moderna acepción de la palabra, que consiste en admitir como buenos todos los cultos y acatar toda clase de divinidades en estimación de los antiguos, es lo que más daño podía hacer en el ánimo de los hijos de Jacob. Porque si los Caldeos, en medio de los cuales vivían cautivos, no hubiesen admitido, más aún, hubieren atacado directamente la divinidad de Jehovah, los judíos entonces se hubieran vuelto airados como león á quien se disputa la pre-

- 
- 17 vosotros que habeis engrandecido la realeza  
 18 de Tuklat-habal-asar, el grande, el amadisimo  
 19 de vuestro corazón, el pastor ensalzado  
 20 á quien habeis escogido por la voluntad de vuestro corazón.  
 31 á quien habeis coronado con una magnífica corona, á quien la realeza  
 22 y el imperio sobre la tierra de Bel habeis conferido  
 23 con gran poder, dignidad y magnificencia  
 24 que le habeis prestado ....

sa, contra los enemigos de su Dios. Pero no decían: Jehovah no es dios, sino solamente: nuestros dioses Bel-Mirodach, Nebo é Istar, son más poderosos que el vuestro, que no os ha podido defender contra nosotros.

Por otra parte era corriente en aquel entonces que los pueblos vencidos, los pueblos obligados á abandonar su patria é ir á comer el duro pan de la emigración, debían unir la adoración de la divinidad tutelar del país en que vivían á la adoración del Dios hereditario. Así las tribus extranjeras deportadas á Samaria por Sargón, tributaron culto á Jehovah como á Dios del reino de Israel (1). ¿Por qué los Hebreos llegados á Caldea no habían de confundir en una sola religión las de Judá y de Babilonia?

Jamás como en el período de la cautividad atravesó días tan difíciles (2) el pueblo más providencial de la tierra, encargado por Dios mismo de mantener enhiesta la bandera de la unidad de Dios y viva la esperanza del Mesías, el Salvador de los hombres. Jamás, como en aquellos luctuosos días corrió el gravísimo riesgo de idolatría un pueblo arrancado al medio ambiente religioso de la Judea y obligado á vivir en medio de una letal atmósfera de indiferentismo que los envolvía por todas partes.

(1) Ezech. VIII, 7-16.

(2) Le danger était grand, plus grand peut-être que nous pouvons l'imaginer. Jamais l'avenir de la vraie religieuse si avait couru de plus grands risques. Pendant la séjour en Égypte, le péril avait été moindre; Israël vivait isolé, dans la terre de Gessen, et chez un peuple d'une race différente, dont il était séparé par les moeurs et les habitudes comme par la langue et les tendances. Maintenant au contraire, il est disséminé au milieu d'une nation de même origine que lui, est au lieu d'être séparé d'elle. Il est en quelque sorte incorporé: elle est semite comme lui; leur langage est à peu près identique; beaucoup de traditions leur sont communes; ce sont les mêmes tendances, les mêmes goûts; l'affinité est complète. Ce faible ruisseau qui a été dévié, pour ainsi dire, dans son cours, ne va-t-il donc pas se perdre maintenant dans ce grand fleuve de l'Euphrate? La religion de Israël ne va-t-elle point disparaître, engloutie dans la religion de la Chaldée? F. Vigouroux. *La Bible et les déconvertis modernes en Palestine, en Égypte et en Assyrie. Tom. 4.* pag. 344.



## CAPÍTULO II

## MISIÓN DE LOS PROFETAS DURANTE LA CAUTIVIDAD

Eran los profetas (1) en el pueblo judío hombres extraordinarios á quienes Dios revelaba de un modo sobrenatural su voluntad soberana. Hacíase la revelación de varias maneras, mas los principales medios de que Dios se valía á tal fin eran: la *palabra* נְבִיא (2), que no era, ciertamente, un sonido articulado, sensible á los oídos corporales, sino una voz que se hacía oír interiormente (3); la *visión* רֵאָה (4), cuya naturaleza nos es completamente descono-

(1) La palabra castellana profeta *propheta* de la edición Vulgata latina, y προφητης de la versión de los Setenta es una traducción de la palabra hebrea נְבִיא que á su vez se deriva del verbo נָבֵא de etimología dudosa pero que por los pasajes en que se usa y por su relación con la raíz árabe *nabaa* significa *anunciar*. Muchos otros nombres tienen los profetas en la *Biblia* entre ellos רֵאָה y רֵאָה que significan *Vidente* y que en tiempo de Samuel fueron sustituidos por נְבִיא

(2) Todas las profecías de Jeremías, de Osías y de Joel, Hevan este título. Confer. Is. VII, 7; Ezeq. I, 3, II, 3-2, III, 1 etcétera.

(3) Algunas veces ha sido verdadera voz exterior que hería los oídos del profeta. Así las apariciones de los ángeles á los patriarcas que bien pueden considerarse como verdaderas Teofanías verificábanse tomando forma corpórea y pronunciando sonidos articulados. Cuando Dios reveló á Daniel las setenta semanas le instruyó por la voz de un arcángel y el mismo arcángel S. Gabriel fué enviado á la Santísima Virgen para revelar-le los designios de Dios.

(4) Este es el título de las profecías de Isaias *Visio Isaiac*, filii Amos y abundan en todos los profetas especialmente en

cida pero que ciertamente no es una ficción sino una realidad y el *sueño* הַלֹּאִם (1). Sea cualquiera el modo que Dios emplee para revelar el porvenir al profeta siempre se le pone de manifiesto como *presente* ó como pasado, de ahí el pretérito llamado profético y la dificultad magna de interpretar bien las profecías. Mejor dicho, los Profetas ven las cosas futuras sin distinción de tiempo. Así que juntan en una profecía misma sucesos que han de realizarse en tiempos diferentes, y pasan á menudo del uno al otro sin transición, de lo cual tenemos un notable ejemplo en la profecía referida en el capítulo XXIV de San Mateo, donde Nuestro Señor trata juntamente la predicción del fin del mundo y la de la ruina de Jerusalén (2). Las visiones pro-

Ezequiel. ¿Pero en qué consiste? ¿Cuál es su naturaleza? San Jerónimo dice que eran cuadros que Dios presentaba á la imaginación del profeta pero sin ninguna correspondencia en la realidad, mientras que otros intérpretes sostienen que las visiones herían sensiblemente los ojos corpóreos como otros fenómenos de la naturaleza.

(1) La comunicación por el sueño era muy frecuente como puede verse Núm. XII, 6 Joel, II, 28; Dan. I, 17; VII, 1, y se diferenciaba únicamente de la visión en que ésta se verificaba en estado de vigilia. De todas suertes, en el sueño como en la visión, servíase Dios ordinariamente, para dar forma á sus revelaciones, de imágenes que eran familiares á los profetas, de ahí el color palestiniense de las visiones de Isaías y de Jeremías y así se explican también los caracteres y símbolos caldeos que abundan en Ezequiel y Daniel.

(2) «Salido Jesús del templo, iba ya andando cuando se llegaron á él sus discípulos, á fin de hacerle reparar en la fábrica del Templo. Pero él les dijo: ¿Veis toda esa fábrica? Pues yo os digo que no quedará de ella piedra sobre piedra.

Y estando sentado en el monte del Olivar se llegaron los discípulos y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuándo sucederá eso? ¿Y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? A lo que Jesús les respondió: Mirad que nadie os engañe, porque muchos han de venir en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y seducirán á mucha gente. Oireis asimismo noticias de batallas y rumores de guerra. No hay que turbaros por eso, *que si bien* han de preceder estas cosas, no es todavía *éste* el término. *Es verdad que se armará nación contra nación y un reino contra otro reino, y habrá pestes y hambres y terremotos en varios*

féticas, dice M. Glaire (1), guardan mucha analogía con los cuadros sin perspectiva. Porque así como en esa clase de cuadros no están representados todos los objetos con la

lugares, empero, todo esto *aún no es más que* el principio de los males.

En aquel tiempo sereis entregados á los magistrados para ser puestos en los tormentos y os darán la muerte, y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre, *por ser discípulos míos*. Con lo que muchos padecerán entonces escándalo y se harán traición unos á otros y se odiarán recíprocamente.

Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente, y por la inundación de los vicios, se resfriará la caridad de muchos, mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará. Entre tanto se predicará este evangelio del reino de Dios en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

Según ésto, cuando viéreis que está establecida en el lugar santo la abominación desoladora que predijo el profeta Daniel (IX, 27) (quien lea ésto nótelo bien), en aquel trance los que moran en Judea huyan á los montes, y el que está en el terrado, no baje ó *entre* á tomar cosa de su casa, y el que se halle en el campo, no vuelva á coger su túnica.

¡Pero hay de las que estén en cinta ó criando y no puedan huir aprisa en aquellos días! Rogad, pues, á Dios que vuestra huida no sea en invierno ó en sábado, *en que se puede caminar poco*, porque será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás, y á no acertarse aquellos días, ninguno se salvaría; mas abreviarse han por amor de los escogidos.

En tal tiempo, si alguno os dice: El Cristo ó *Mesias* está aquí ó allí, no le creáis, porque como el relámpago sale del oriente y se deja ver *en un instante* hasta el occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Y donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Pero luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes ó *los ángeles* de los cielos temblarán.

Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos; y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes *resplandecientes* del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles, que á voz de trompeta sonora congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro.\*

(1) Introducción á la Sagrada Escritura, tomo III, pág. 3.

misma claridad, sino que los más cercanos se hallan pintados con colores más fuertes y distintos, al paso que los más distantes lo están sólo de una manera oscura, perdiéndose en la lejanía, así también en las perspectivas proféticas, están los acontecimientos próximos, ordinariamente, descritos con mayor claridad y distinción, mientras que los otros, representados más oscuramente, se pierden, por decirlo así, en la noche de los tiempos. Y puesto que en las perspectivas de los pintores los objetos próximos y los lejanos se tocan realmente en el lienzo, y no aparecen separados sino merced á una como niebla graduada, que el arte del pintor ha sabido hábilmente procurar, en las de los Profetas, donde falta esa niebla artificial que pueda hacer discernir la distancia de los objetos, preséntanse á nuestra vista los acontecimientos próximos y los remotos como si en efecto se tocasen». Notables palabras. Excelente cánón de hermeneutica que nos servirá á maravilla cuando lleguemos á la exégesis de las LXX semanas de Daniel!

El don profético no era habitual y permanente, sino transitorio, y no conocían más los profetas que aquéllos que Dios era servido manifestarles, cada vez de una manera especial. Santo Tomás dice admirablemente á este propósito: «Lumen propheticum non inest intellectui prophetae per modum formae permanentis, alias oporteret quod semper prophetae adesset facultas prophetandi, quod patet esse falsum... Relinquitur ergo quod lumen propheticum insit animae prophetae per modum cuiusdam passionis vel impressionis transeuntis. Mens prophetae semper indiget nova revelatione, unde manifestum est quod prophetia, proprie loquendo, non est habitus».

Mucho se ha escrito sobre el estado psicológico de los profetas en el momento en que Dios les anunciaba el porvenir llegando algunos racionalistas á confundir á los hombres inspirados por Dios con los oráculos del paganismo cuya característica eran el delirio, el furor y la turbación rayana en la demencia. El profeta de Israel tenía siempre conciencia de lo que profetizaba, aunque no siempre comprendiese todo el alcance de ello, y, ya fuese iluminado

sobrenaturalmente en el estado de vigilia, en éxtasis ó en sueño, anunciaba sus revelaciones y visiones sin turbación con palabra clara, persuasiva y elocuente, predicando al mismo tiempo la virtud, el culto del Dios verdadero y la abolición de la idolatría (1). Mas no eran sólo predicadores como supone el racionalismo (2). Desde luego eran oradores que hablaban á los reyes y á los pueblos en público y en privado para alejarles de la idolatría y atraerlos de nuevo á la ley de Moisés; eran los padres del pueblo, los directores de la conciencia popular, los abogados de los pobres contra las exacciones de los grandes. Por eso dice muy bien el eruditísimo Sr. Román Torío: «Si alguna institución antigua debe ser bendecida, si alguna clase de hombres de las pasadas edades merece el aplauso y los plácemes de la humanidad que trabaja, de la humanidad desvalida y miserable que se ve obligada á mendigar el sustento, de los que le ganan y amasan el pan que los sustenta con el sudor de su rostro, de los huérfanos y viudas que se ven obligados por los hombres á vender su conciencia y su honra, son sin duda ninguna los profetas del pueblo de Dios. Hasta ellos nadie había expuesto su vida á las iras de

---

(1) Illis (prophetis) omnia manifesta erant, et in illis propheta-  
bant ut ipsos decebat, cum intelligentia et libertate omni.  
Ideo penes illos erat et loqui et non loqui; neque enim necessi-  
tate tenebantur, sed potestatis honore donati erant. Ideo Jonas  
fugit, ideo Ezequiel distulit, ideo Jeremiasr ecusabat. Dum vero  
non cum necessitate impellit ipsos, sed consiliis, hortationibus  
et comminationibus utitur, mentem tenebris non offendens.  
Daemonis enim proprium est et tumultum et furorem et mul-  
tum immittere caliginem; Dei vero est illuminare, et quod  
opus est cum intelligentia docere. Chrysos. Homil. In 1 Cor.  
XXIX, 2.

(2) Según Salvador (Historia de las instituciones de Moisés  
II, 5) los profetas de los hebreos eran simplemente oradores pú-  
blicos, opinión adoptada por Miguel Nicolás, De Wette, Kuenem  
Reuss y otros para quienes la palabra *Nabí* no lleva consigo en  
manera alguna la idea de profecía en el sentido de predicción  
de lo porvenir, sino la de un orador que difunde, expresa y de-  
fiende la ley mosaica y recomienda su cumplimiento. (*Estudios  
Bíblicos Antiguo Testamento*), pág. 354.

los grandes, por defender á los oprimidos, y desde que aparecieron sobre la tierra, sólo ellos fueron los mantenedores de la justicia en el orden religioso, político y social» (1). Pero ésto no era más que una parte de su misión, que con ser importantísima venía á carecer casi de interés al lado de la finalidad peculiar y exclusiva que perseguían los profetas; la implantación de la teocracia, el anuncio con muchos siglos de antelación del triunfo del monoteísmo sobre las ideas politeístas, la acción religiosa influyendo en los órdenes civil, político y administrativo y hasta en el internacional en el más amplio sentido de la palabra, porque no ha de ser únicamente la nación judía sino los pueblos todos de la tierra los que han de reconocer al Mesías prometido.

He aquí cómo el racionalista Munk, poco sospechoso de parcialidad, describe la acción religiosa de los profetas: «Los profetas, dice el racionalista escritor, tales como aparecen en sus escritos, son hombres dotados de gran inteligencia, llenos de celo por Jahavé, el Dios único, y por su doctrina, toman sus inspiraciones divinas en su entusiasmo (2) por la verdadera religión y le ponen constantemente en relación con Jahavé, de quien se llaman servidores y mensajeros. Dios, la religión, la moral, son los objetos principales de sus discursos; aun cuando se presentan como oradores políticos, refieren sus palabras á un orden de ideas puramente religioso. La religión que ellos predicán es el culto completamente espiritual de la divinidad, los sacrificios y las obras prácticas del culto son manifestaciones exteriores del sentimiento religioso, que no tienen valor sin la pureza de intención y la interior piedad (3). La gloria del hombre no consiste ni en las ri-

---

(1) Dr. E. Román Torío, Lectoral de Pamplona é individuo de la Comisión romana de Estudios Bíblicos. *El culto de Baal*, página 45.

(2) En esta y las siguientes palabras nótase la filiación racionalista del escritor que no admite la posibilidad de la profecía. Por lo demás es una pintura acabada de la acción religiosa de los profetas.

(3) Isai. I, 11-17.

quezas, ni en la fuerza material, ni en el saber, sino únicamente en el conocimiento de Dios, en la práctica de la virtud, de la caridad y de la justicia (1). En una palabra, propagar el conocimiento y el culto del Dios único, espiritualizar la ley de Moisés, hacer resaltar la tendencia moral, tal era el principal objeto de los profetas. Son constantemente los preceptores del pueblo, al cual predicán sus doctrinas en los patios del templo y en las plazas públicas.

Al mismo tiempo son los representantes del pueblo cerca de los reyes, ayudan con sus consejos á los buenos soberanos, reprenden á los malos con una franqueza castigada las más veces con extraordinaria crueldad. La experiencia del pasado y una profunda inteligencia del presente, les hace lanzar en el porvenir una mirada penetrante (2); ya hacen oír las amenazas de Jahavé, ya dan en su nombre promesas consoladoras. Jamás amenazan al Estado con una disolución próxima sin dirigir sus miradas hacia ese porvenir, en que, el ideal de la verdadera teocracia, del reinado de sólo Jahavé, será realizado por el pueblo hebreo. Ese es el reino mesiánico, el triunfo de la creencia monoteísta que será adoptada por todos los pueblos de la tierra. Anuncian este triunfo con profunda convicción como el término del desarrollo progresivo de las ideas religiosas del género humano. Este es el porvenir ideal que tienen constantemente delante de los ojos, y que representan aquí y allí bajo la imagen del Mesías, rey sagrado de la raza real de David (3).

Hay otra diferencia notabilísima, esencial entre los augurios paganos y los oráculos bíblicos. Los oráculos de la gentilidad consistían en sentencias sueltas, sin hilación, sin encadenamiento de ningún género, sin mutua relación unas con otras; referíanse á sucesos próximos posibles de

---

(1) Jerem. IX, 22.

(2) Nótese bien lo dicho en la observación anterior para entender la enorme distancia que hay entre los racionalistas y nosotros.

(3) Munk, Palestine, pág. 419 y siguientes.

preveer y aún así eran tan ambiguos y oscuros que como quiera que saliese el suceso podía siempre aplicarse su cumplimiento, cosa que hacía reír á los paganos que estaban sobre el vulgo por sus condiciones de ilustración (1). Los oráculos bíblicos, las profecías consignadas en los Libros Sagrados están enlazadas las unas con las otras y se apoyan mutuamente de suerte que la una demuestra la verdad de las demás. Todas son referentes á la historia de Israel y de los pueblos con quienes se hallaba en contacto; todas convergen hacia el advenimiento del Mesías (2), cuyas diversas circunstancias predicen de tal manera, que sin anunciar las mismas cosas no se contradicen jamás, antes bien, se armonizan y se completan llegando á formar en su conjunto una historia anticipada del nacimiento, vida y muerte del Salvador. Ni tienen por objeto acontecimientos próximos sino sucesos cuya lejanía excluye toda previsión humana, como son las profecías mesiánicas y las predicciones de Isaías acerca de la destrucción de Jerusalén y del Templo, acerca de la cautividad, la toma de Babilonia por Ciro y la vuelta del destierro.

La misión, pues, de los profetas, consistía en mantener viva la afirmación del monoteísmo, base de la fe de Israel, dogma fundamental de la religión mosaica, punto de partida de la religión del porvenir, la única verdadera, por ser católica, cuya historia y la de su divino Fundador Jesu-

---

(1) Cicerón en su libro *De Divinatione* II, 36, se dirige al oráculo de Delfos en los términos siguientes: «Tuis oraculis Chrysippus totum volumen implevit, partim falsis ut ego opinor, partim casu veris, ut fit in omni oratione saepissime, partim flexiloquís et obscuris, ut interpres egeat interprete, et sors ipsa ad sortem referenda sit, partim ambiguís et quae ad dialecticam deferenda sint». Y cita luego el oráculo que dieron á Pirro: Ajo te, Eacida, Romanos vincere posse».

(2) Los oráculos proféticos del Antiguo Testamento se hallan admirablemente concordados entre sí. En su conjunto forman como un magnífico cuadro, donde el pincel del Espíritu Santo ha delineado por mano de los hombres el retrato del Mesías hasta en sus menores detalles, con tan perfecto parecido, que cada cual puede reconocerle, y se vé, cuando ha contemplado sus rasgos, obligado á exclamar: es Él.



cristo, narraron los videntes de Israel con tal precisión, exactitud y minuciosidad de detalles, como un historiador en presencia de los acontecimientos que refiere, lo cual dá á la misión susodicha un carácter evidentemente sobrenatural.

Pero además de esta misión, que podemos llamar habitual de los profetas, tenían otra, que bien pudiera confundirse con ésta, en los luctuosos días de la cautividad. Según la psicología de los judíos, el pueblo de Dios simbolizaba toda la tierra, Jerusalén simbolizaba al pueblo, y el templo era símbolo de la ciudad, del pueblo judío y de la tierra; el medio, pues, de defender la causa de la religión y apartar á los cautivos de los grandes peligros de idolatrar que entrañaba su convivencia con los pueblos conquistadores era, por una parte, mantener viva la llama del patriotismo que constituía el fondo del alma interna y por otra afirmar resueltamente que no hay más Dios que Jahavé y que los dioses de la gentilidad son obra de las manos de los hombres.

«Jamás patria alguna, dice un escritor notable, una verdadera reputación en estudios bíblicos, jamás patria alguna ha sido tan amada, como aquel rincón de tierra tan despreciado por los desdeñosos espíritus griegos y romanos, después de haber sido tan cruelmente hollada por las invasiones del Egipto y de la Asiria. Propiamente hablando, la Biblia, no es más que un himno patriótico, en que los murmurios de la ternura se unen á los cánticos del entusiasmo y á los gritos del dolor. El pueblo judío, en la antigüedad, es el único que ha dado una alma á la patria. Israel y Sión eran para él séres vivientes, tangibles, cuyo corazón palpitaba bajo su mano, cuya voz sonaba como agradable música en sus oídos; era un sér vivo que se regocijaba y lloraba, agonizaba y resucitaba, como el hombre robusto ó la débil virgen en la realidad de su existencia actual ó futura. Antes que los hijos de Abraham abandonaran la vida nómada, aspiraban á la Tierra prometida con un anhelo que ninguna cosa podía debilitar; las riquezas del Egipto, puestas á su disposición por José y los Faraones, no apartaron de ella su pensamiento; las fatigas de su

peregrinación por el desierto no consiguieron extinguir su esperanza de entrar en ella; las divisiones que tantas veces separaron á las tribus, no alteraron en nada el grande amor que la tenían; las transmigraciones se prolongaron sin borrar su imagen del alma de sus hijos; las conquistas que la sometieron á la dominación de Grecia y Roma y las tiranías que nacieron de aquellas conquistas no tuvieron otro resultado que hacerla más querida y más sagrada á los ojos de todos. Escuchemos el hermoso é inimitable cántico de los cautivos, expresión fiel de inmenso cariño, que los hebreos tenían á aquella tierra que había sostenido sus primeros pasos, y del odio á sus enemigos que la habían tan cruelmente hollado con sus inmundos pies:

«Junto á los ríos de Babilonia allí nos sentábamos, y también llorábamos acordándonos de Sión. Sobre los saucos, en medio de ella, colgábamos nuestras arpas.

»Y los que allí nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría: Cantadnos alguno de los himnos de Sión.

»¿Cómo cantaremos canción de Jahavé en la tierra de extraños?

»Si me olvidare de tí, oh Jerusalén, mi diestra sea olvidada; mi lengua se pegue á mi paladar, si de tí no me acordare, si no ensalzare á Jerusalén como preferente asunto de mi alegría.

»Acuérdate, oh Jahavé, de los hijos de Edóm en el día Jerusalén; quienes decían: Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos.

»Hija de Babilonia destruída: Bienaventurado el que te diere el pago de lo que tú nos hiciste. Bienaventurado el que tomara y estrellara tus niños contra las piedras». Psalm. CXXXVII (1). Esta explosión de entusiasmo patriótico efecto fué de la advertencia, amonestaciones y exhortaciones de los profetas que consufrieron con sus hermanos las negruras y horrores de la cautividad.

---

(1) Dr. E. Román Torío. *El culto de Baal*, págs. 54 y 55.

La afirmación rotunda de que no hay más Dios que Jahavé la encontramos, con ligeras variantes, cincuenta veces en Ezequiel (1) y constituye el fondo de todos los escritos proféticos exilianos; la ironía finísima, el soberano desdén y el hondo desprecio de los dioses de la gentilidad forman la nota saliente de los mismos, distinguiéndose Jeremías, quien en su carta, cuya perfecta exactitud y autenticidad indudable pregonan los descubrimientos arqueológicos nos ha trazado un cuadro que más que una pintura profética parece una página arrancada á la historia de Babilonia (2). «Por los pecados que habeis cometido delante de Dios, dice el profeta, sereis llevados á Babilonia cautivos por Nabucodonosor rey de las Babilonias. Y después de haber entrado en Babilonia, estareis allí muy muchos años y largos tiempos hasta siete generaciones. Mas después de ésto os sacaré de allí en paz. Mas ahora vereis en Babilonia dioses de oro y de plata y de piedra y de madera, ser llevados en hombros, poniendo miedo á las naciones. Guardaos, pues, no sea que vosotros imiteis los hechos de los extranjeros y los temais y os tome miedo á causa de ellos.

Cuando veais, pues, detrás y delante de ellos la turba, que los adora, decid en vuestro corazón: Tú debes ser adorado, Señor, porque mi ángel con vosotros está y yo mismo vengaré vuestras almas.

---

(1) Et scietis... et scient gentes quia ego Dominus». VI, 7 y otros.

(2) Jeremías vivió en Jerusalén hasta la destrucción de la ciudad santa y no quiso seguir á los vencedores á Babilonia donde hubiera sido tratado con la relativa consideración que Nabucodonosor dispensó á los cautivos. Mas poco tiempo después, bien á su pesar, fué llevado al Egipto adonde le conducía la Providencia de Dios para que fuese la salvaguardia de la fe de sus hermanos contra las seducciones de los naturales del país. Antes de ir al destierro y mucho antes de que Nabucodonosor destruyese la ciudad de Jerusalén con sus fuertes muros y sus torres famosísimas y llevase cautivos á sus moradores escribió Jeremías la carta que ponemos en el texto: la entregó á los infortunados que iban á comer el negro pan de la emigración.

Porque la lengua de ellos limada por el artífice y ellos dorados y plateados, cosas falsas son y no pueden hablar.

Y como para una doncella amiga de galas, así fueron fabricados del oro recibido. Los dioses de ellos tienen ciertamente corona de oro sobre sus cabezas, de donde los sacerdotes les quitan oro y plata y lo gastan en sí mismos, y aún dan de él á los abarraganados y engalanan á las rameras y de nuevo después de recobrarlo de las rameras engalanan á sus dioses; mas éstos no se libran del orín y de la polilla.

Y después de cubiertos con vestidos de púrpura, limpian la cara de ellos, por el polvo de la casa que hay muchísimo entre ellos.

Tiene también un cetro, á manera de un juez de territorio como hombre que no mata al que peca contra él. Tiene asimismo en la mano espada y segur; mas no se puede librar á sí mismo de la guerra y de los ladrones, por lo cual vosotros sabed que no son dioses y así no los temais. Porque como una vasija de un hombre quebrada queda inútil, tales son también los dioses de ellos. Puestos ellos en una casa, sus ojos se llenan de polvo, por los pies de los que entran. Y como al que ofendió al rey, se le cierran las puertas en contorno: ó como á un muerto llevado al sepulcro, así aseguran los sacerdotes las puertas con cerraduras y cerrojos para que no sean despojados por los ladrones.

Les encienden lámparas, y en verdad muchas, de las cuales no pueden ver ninguna: porque son como las vigas en una casa. Dicen que las sierpes, que salen de la tierra, les lamen los corazones, cuando se los comen á ellos, y á sus vestiduras, y no lo sienten. Negras se vuelven sus vestiduras y sus caras del humo que se hace en la casa. Sobre su cuerpo y sobre su cabeza vuelan las lechuzas y las golondrinas y las aves también y asimismo los gatos. De aquí sabed que no son dioses y así no los temais.

Además de ésto, el oro que tienen, es para bien parecer.

Si alguno no limpiare el orín, no relucirán: pues ni aun cuando los fundían lo sentían. A todo precio son com-

prados entre los cuales no hay espíritu en ellos. Sin pies son llevados en hombros, ostentando á los hombres su vileza. Sean también avergonzados los que los adoran. Por lo cual si cayeren en tierra, no se levantan por sí mismos; y si alguno los pusiere derechos, no se mantendrán por sí mismos, mas les han de poner delante sus ofrendas como á los muertos.

Sus sacerdotes venden las ofrendas de ellos, y hacen mal uso y asimismo las mujeres de ellos cercenando, no dan de ello cosa alguna, ni al enfermo ni al mendigo, las mujeres paridas y monstruosas tocan los sacrificios de ellos. Sabiendo, pues, por estas cosas, que no son dioses, no los temais.

Pues ¿por qué los llaman dioses? Porque las mujeres animan algo á los dioses de plata y de oro y de madera, y en las casas de ellos están sentados los sacerdotes, teniendo las túnicas rasgadas y las cabezas y la barba rapada y sus cabezas descubiertas... No libran á un hombre de la muerte ni escapan al flaco del más poderoso. No restituyen la vista á ningún ciego, no sacarán de angustia á ningún hombre. No se compadecerán de la viuda ni harán bien á los huérfanos. Semejantes son á las piedras del monte los dioses de ellos, de madera, de piedra, de oro y de plata. Mas los que los adoran serán avergonzados... Por oficiales y por plateros fueron hechos, ninguna otra cosa serán sino lo que quieran que sean los sacerdotes. Aun los mismos artífices que los hacen, no son de mucho tiempo. ¿Pues cómo pueden ser dioses aquellas cosas que ellos mismos fabricaron?... El sol, la luna y las estrellas brillando en el firmamento obedecen.

Asimismo el relámpago, cuando aparece es esclarecido y lo mismo el viento sopla por toda región y las nubes, cuando Dios les mandare que corran todo el mundo, cumplen lo que les es mandado. El fuego también enviado de arriba para que consuma los montes y los bosques hace lo que se le ha mandado. Mas éstos no son semejantes á una cosa de éstas, ni en la belleza ni en la fuerza. Y así no se debe juzgar ni decir que son dioses, cuando no pueden juzgar juicio ni hacer cosa alguna á los hombres. Y así

sabiendo que no son dioses no los temais... Mejores que ellos son las bestias que pueden refugiarse bajo de cubierto y valerse á sí mismas... Porque así como el espantajo en un melonar nada está custodiando, á este modo son los dioses de ellos de madera y de plata y de oro. Son como la espina blanca en un huerto sobre la que reposa toda ave. Asimismo se asemejan á un muerto arrojado en tinieblas los dioses de ellos de madera y dorados y plateados»... (1).

Las exhortaciones de los profetas surtieron su efecto. Jamás en la historia religiosa del pueblo de Dios hubo un período más ortodoxo, digámoslo así, que el postexiliano en el cual aquellas gentes inclinadas poderosamente á la idolatría llegaron á perder toda afición á los dioses de la gentilidad. Más aún: tan apegados quedaron á la letra de la ley, que se fueron al extremo contrario convirtiendo la religión más espiritual y más ámplia en un carnívoro grosero y en una observancia supersticiosa.

---

(1) Baruch. VI.

## CAPÍTULO III

## MISIÓN DE DANIEL Y ARGUMENTO DE SU LIBRO.

Daniel <sup>דָּנִיֵּאל</sup> el cuarto de los grandes profetas cumplió una misión altamente providencial en la Corte de Babilonia. Vástago de una ilustre familia (1) instruído en las ciencias y artes de los Caldeos y educado en el palacio de Nabucodonosor fué el profeta Daniel dócil instrumento de la Providencia de Dios para afirmar entre los gentiles el monoteísmo y entre sus compañeros de cautividad la superioridad de Jahavé sobre todos los que llamaban dioses los paganos. Ninguno como él sabía el riesgo de idolatrar que corrían los deportados de la Judea en medio del lujo, la pompa y la magnificencia de Babilonia y nadie tampoco puso á la vista de sus conciudadanos las grandes obras del poder de Dios ni abrió su corazón á las más halagüeñas esperanzas. Dios siempre obra así. A grandes males grandes remedios, en la servidumbre de su pueblo, la promesa del triunfo definitivo; al más grande infortunio la más consoladora esperanza.

Los racionalistas en su oposición sistemática al orden sobrenatural, no sólo niegan la autenticidad y axiopicidad del

---

(1) Flavio Josefo en su obra: *Antiq. Judeo.* 10, 10, afirma que Daniel era de la estirpe real de Sedecías: ἐν τοῦ Σεδεκίου γενούς y siguen su opinión Sanchez, Cornelio, á Lapide, Roling Karlen y otros apoyándose en el capítulo 1.º, versículo tercero que dice: *Et ait rex Asphencer proposito eunuchorum, ut introduceret de filiis Israel et de semine regio et tirannorum.* Pero ésto como se ve arroja muy poca luz sobre el asunto.

libro de Daniel (que demostraremos más adelante) sino que también ponen en tela de juicio la personalidad histórica de este personaje y algunos llegan á afirmar resueltamente, como quien afirma un lugar común, el carácter místico y legendario del cuarto de los grandes profetas. Para dar visos de probabilidad á sus afirmaciones extreman las analogías que existen entre Daniel y otros personajes del pueblo de Dios sobre todo José el hijo del patriarca Jacob, y Moisés el caudillo del pueblo hebreo. Desde luego confesamos la gran semejanza que hay entre los dos personajes arriba citados y el autor de las profecías que llevan el nombre de Daniel.

Nacidos en períodos muy distintos de la historia de los hebreos pero muy afines entre sí por las parecidas circunstancias porque atravesaron, su misión tiene que ser análoga, semejante, pero la semejanza no es la identidad á lo menos para los que no profesamos el credo racionalista. Sí; Daniel fué educado en el palacio de Nabucodonosor como el legislador de los hebreos lo había sido en el de Ramsís de Egipto, fué instruído en las ciencias y artes de los Caldeos como Moisés lo fué en la sabiduría de los egipcios; y como José interpretando los sueños de Faraón llegó á ocupar los primeros puestos del Estado, así Daniel interpretando el sueño misterioso y sobrenatural de Nabucodonosor llegó á ser uno de los primates de la corte de Babilonia. He aquí las semejanzas. Pero veamos ahora las diferencias grandes que existen entre el cautivo de Nabucodonosor y los ya susodichos personajes. Daniel no obró milagros estupendos como lo hizo Moisés, ni libró personalmente á su pueblo de la cautividad, ni fué esclavo como José, ni ocupó en Babilonia el puesto eminente que el hijo de Jacob en la corte de los reyes Pastores, ni libró á la Caldea de los horrores del hambre como lo había hecho en Egipto el primer ministro de Apapí.

En suma: los tres ilustres personajes ocupan un lugar distinguido pero diverso en la historia de los Hebreos. José fué el encargado de preparar en Egipto el establecimiento de su familia hasta que llegara á ser un gran pueblo en aptitud de conquistar la Tierra de Promisión. Moisés debía



dar la libertad á sus hermanos para que fuesen á ocupar la Tierra Prometida y en la cumbre del Sinaí la Ley escrita por Dios en nuestros corazones y base insustituible de la constitución teocrática del pueblo de Israel. La misión de Daniel fué triple; conservar intacto el dogma del monoteísmo en medio de los peligros anejos á la convivencia de los adoradores de Jahavé con los adoradores de los ídolos; demostrar que la Ley no es sólo territorial sino personal y obligatoria por consiguiente fuera de la Palestina; y consolar á aquel pueblo vencido y humillado haciendo brillar á sus ojos las esperanzas mesiánicas.

De cómo cumplió Daniel la primera parte de su misión altísima, se convence uno fácilmente leyendo los capítulos II, III, IV, V, VI y XIV, del libro que lleva su nombre. En el capítulo segundo que trató del sueño famoso de Nabucodonosor, dice el profeta: «El misterio que el rey pregunta no se lo pueden declarar al rey los sabios, magos, adivinos, ni arúspices. Mas hay un Dios en el cielo, que revela los misterios... (1) y el rey hablando á Daniel dijo: Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios» (2).

En el capítulo tercero se lee: «Entonces el rey Nabucodonosor quedó atónito y se levantó apresuradamente y dijo á sus magnates: ¿No mandamos echar á tres hombres atados en medio del fuego? Ellos, respondiendo al rey dijeron: Así es, oh rey. Él respondió y dijo: He aquí, yo veo cuatro hombres sueltos, y paseándose en medio del fuego y no hay en ellos ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante al *Hijo de Dios*. Entonces se llegó Nabucodonosor á la boca del horno de fuego ardiendo y dijo: Sidrach, Misach y Abdenago, siervos del Dios excelso, salid y venid. Y luego salieron Sidrach, Misach y Abdenago de en medio del fuego. Y juntándose los sátrapas y magistrados y jueces y los cortesanos del rey, contemplaban á aquellos varones cómo el fuego no

(1) Dan. II, 27 y 28.

(2) Id. 47.

»había tenido ningún poder sobre los cuerpos de ellos, ni  
 »un cabello de su cabeza se había chamuscado, ni sus  
 »ropas se habían inmutado, ni el olor del fuego había pasado  
 »por ellas. Y Nabucodonosor prorrumpió diciendo: Bendito  
 »sea el Dios de ellos, de Sidrach, Misach y Abdenago, que  
 »envió su ángel (1) y libró á sus siervos que creyeron en

(1) Nótese que el ángel enviado por Dios para salvar á sus siervos es llamado arriba por Nabucodonosor el *Hijo de Dios*, con lo cual parece resuelta la cuestión debatida entre los críticos sobre la identidad ó distinción entre Jahavé y su ángel.

Según Filón, el ángel de *Jahavé* es el *λογος*, el Verbo, el Hijo de Dios que preside al gobierno del mundo (1). Esta opinión fué también la de muchos Padres de la Iglesia, interesados en buscar en el Antiguo Testamento la huella de Aquel sér misterioso que constituía toda su finalidad, llegando algunos á tener al ángel como la segunda persona de la Trinidad Santísima, y á las diversas manifestaciones de él, como preludios de la Encarnación. Teodoreto sigue esta misma opinión, apoyándose en la autoridad de la versión griega, que habla del ángel del gran consejo en un pasaje evidentemente mesiánico. Este argumento hizo titubear al propio San Agustín, pero como ya San Jerónimo había insistido sobre el texto de la epístola á los Gálatas, según el cual la Ley había sido promulgada por el ministerio de los Angeles, el ágil de Hipona vió en el ángel de *Jahavé* á un ministro que habla en nombre del rey. Santo Tomás abunda en el mismo sentido, apoyándose en razones teológicas de gran fuerza y la persona del Verbo apareciendo antes de la Encarnación bajo diversas formas en las distintas teofanías ha desaparecido de los dominios de la Teología positiva.

Mas ¡cosa extraña!, este sér incomprensible ha venido á ser la creación favorita de los críticos más avanzados. Según Buchanan Gay, en un artículo de la *Enciclopedia bíblica*, intitulado *Angel Mal' ak* (antes del destierro) no se dice sino de las apariciones de *Jahavé*, no designa un mensajero de *Jahavé*, sino á

(1) Cuando decimos que la opinión de muchos Padres de la Iglesia es la de Filón, de que el Angel de *Jahavé* es el *λογος* prescindimos completamente de la naturaleza de este *Logos* que para el filósofo neoplatónico es la idea, la inteligencia personificada, el fundamento de todos los nombres, el *seminyo* creado por Dios y que á su vez ha creado al mundo, mientras que en la Teología católica el Verbo divino es Dios, es una persona divina de la misma naturaleza que el Padre, y no se distingue de Dios como tal en cuanto á su esencia. El mundo ha sido creado por Él, pero Dios es quien le ha creado y no el Verbo solo, y únicamente afirmamos que convienen ambas tendencias diametralmente opuestas en sostener que el *Angel de Jahavé* es el Logos y no un ángel cualquiera como defienden otros muchos.

»él: y mudaron la palabra del rey, y entregaron sus cuerpos  
 »por no servir y adorar á otro ningún dios, sino sólo á su  
 »dios. Pues yo he puesto este decreto: que todo pueblo,  
 »tribu y lengua, cualquiera que dijere blasfemia contra el

*Jahavé* mismo. Samuel es de la misma opinión y explica la distinción entre *Jahavé* y su *Mal'ak* en que este tiene una existencia puramente representativa. Según Marti el *Mal'ak* tiene originariamente el mismo sentido que la *Cara de Jahavé*, y Oehler, después de haber pesado el pro y el contra de las dos opiniones, concluye que el *Mal'ak* oscila entre una concepción modal é hipostática (1).

La crítica literal y la crítica textual pueden arrojar mucha luz sobre este asunto. Vamos á seguir separadamente los documentos *Jahavistas* y *Elohistas*, tal como se estudian hoy en crítica bíblica. Según el documento *Elohista*, el Señor dijo á Moisés: *Anda, sube de ese lugar tú y tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto ó la tierra que juré á Abraham, Isaac y Jacob, diciendo á tu linaje la daré y enviaré un ángel precursor de tí para que eche fuera al Cananeo y al Amorreo y al Hethéo y al Pherireo y al Heveo y al Jebuseo y entres en la tierra que mana leche y miel. Pues yo no subiré contigo porque pueblo eres de dura cerviz: no sea caso que yo te destruya en el camino.* (Exod. XXXIII, 1-3.) El documento *Jahavista* dice: *Y el señor hablaba cara á cara á Moisés como suele un hombre hablar á su amigo.... y dijo el señor: Mi rostro irá delante de tí y te dará descanso: Y dijo Moisés: Si tú mismo no vás delante no nos saques de este lugar. Porque, ¿en qué cosa podremos conocer yo y tu pueblo, que hemos hallado*

(1) Los racionalistas se esfuerzan en negar la autenticidad del Pentateuco apoyándose en la distinción de documentos *Jahavistas* y *Elohistas*. Pero es lo cierto que hay muchos pasajes en que se usan indistintamente los nombres de *Jahavé* y *Elohim*, y aunque hubiese una perfecta clasificación de documentos, en nada se seguiría perjuicio á la opinión tradicional, porque Moisés pudo valerse en la redacción del libro de los diversos documentos y llamar á Dios con distintos nombres, según que se le represente como el Dios de todo el mundo, en cuyo caso es *Elohim* ó se habla de El como adorado por los hebreos, pues entonces es *Jahavé*. Por lo demás, para que la conclusión de nuestros adversarios fuese lógica, sería preciso que el nombre de *Jahavé* hubiese sido desconocido en tiempo de Moisés y habría entonces fundamento para negarle los pasajes que pudiéramos llamar *Jahavistas*, pero precisamente fué á Moisés á quien se reveló con este nombre. Así Exod. III, 13-15, se lee: «Moisés dijo á Dios: Cuando yo me presente ante los hijos de Israel y les diga: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros, si ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, entonces que he de responder yo? Y Dios dijo á Moisés: Yo soy el que soy (ahéie ascher ehie). Tú dirás á los hijos de Israel: Yo soy (ehie), me ha enviado á vosotros. Y todavía dijo Dios á Moisés: Dirás á los hijos de Israel: *Jahavé*, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado á vosotros. Este es mi nombre para siempre.

»Dios de Sidrah, Misach y Abdenago, perezca y su casa  
 »sea destruída, porque no hay otro Dios que pueda así sal-  
 »var. El rey entonces ensalzó á Sidrach, Misach y Abde-  
 »nago en la provincia de Babilonia. El rey Nabucodono-  
 »sor á todos los pueblos, gentes y lenguas que moran en  
 »toda la tierra, la paz sea multiplicada. Señales y maravi-  
 »llas ha hecho el Dios excelso en mi presencia, por eso he  
 »tenido á bien publicar sus prodigios, porque son grandes  
 »y sus maravillas porque son fuertes, y su reino un reino  
 »eterno, y su poder de generación en generación» (1).

En el capítulo cuarto después de haber interpretado otro sueño de Nabucodonosor, le dice Daniel: «Tu reino  
 »pasará de tí... hasta que sepas que el Excelso tiene domi-  
 »nio en el reino de los hombres y le da á aquel que quie-  
 »re... Mas al cabo de los días, yo Nabucodonosor, alcé mis  
 »ojos al cielo y me fué restituído mi juicio y bendije al  
 »Altísimo y glorifiqué al que vive eternamente..... Pues  
 »ahora, yo Nabucodonosor, alabo y engrandezco y glorifico  
 »al Rey del cielo.» Muéstrase la omnisciencia divina en la  
 interpretación de la misteriosa escritura que apareció en  
 los muros del palacio de Babilonia y en el propio comedor  
 durante el festín de Baltasar en el capítulo quinto y en el

---

gracia delante de tí, sino anduvieres delante de nosotros para que seamos honrados por todos los pueblos que habitan sobre la tierra? (Exod. XXXIII, 11 y sig.) La cara de Dios *Paním* quiere decir Dios en persona, así lo tradujeron los LXX, y así resume todo el pasaje, el profeta Isaias, LXIII, 8 y 2. Y dijo: *Ciertamente, pueblo mío es, hijos que no me negaron y fui para ellos SALVADOR. En toda tribulación de ellos no fué angustiado y el ángel de su rostro los salvó.* De donde se sigue que el *ángel de su rostro* es el mismo *Salvador*, el mismo *Jahavé*, que ha de salvar á su pueblo; que el *ángel de Jahavé* es una misma cosa con *Jahavé*, y que *Jahavé* es la misma persona del Verbo, preludivando en sus teofanías el misterio augusto y consolador de su Encarnación para la redención de la humanidad. Por no alargar más esta nota omitimos otros testimonios que pudieran citarse en pro de la identidad de *Jahavé* y su *ángel*.

Puede verse el eruditísimo artículo del P. Lagrange, titulado: *L' Ange de Jahavé*, en el número de la *Revue Biblique Internationale*, correspondiente á 1.º de Abril de 1903.

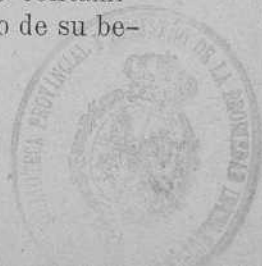
(1) Daniel, III, 21-100.

sexto háblase con encomio del gran poder de Dios y se consigna este decreto de Darío, documento insigne de la superioridad de *Jahavé* sobre los dioses de la gentilidad: «Entonces el Rey Darío escribió á todos los pueblos, tribus y lenguas que moraban en toda la tierra: La paz se multiplique entre vosotros. Yo he establecido un decreto para que en todo mi imperio y reino respeten y teman al Dios de Daniel. Porque él mismo es el Dios viviente y eterno por los siglos: y su reino no será destruído y su poder hasta en la eternidad. Él es el que libra y el que salva, el que hace señales y milagros en el cielo y en la tierra: el que libró á Daniel del lago de los leones» (1). Este decreto es semejante á otro dado por Ciro en el cual al conceder la libertad á los judíos reconoce la superioridad de su Dios sobre los otros dioses adorados por los Babilonios y sobre Bel el día nacional de la Caldea. «En el año primero de Ciro rey de los persas, para que se cumpliera la palabra del Señor por boca de Jeremías, depositó el Señor el espíritu de Ciro, rey de los persas, é hizo pasar voz por todo su reino, aún por escrito, diciendo: Esto dice Ciro rey de los persas: Todos los reinos de la tierra me los ha dado el Señor Dios del cielo, y él mismo me ha mandado que le edificase casa en Jerusalén que está en la Judea» (2).

Daniel demostró con su ejemplo y con el de sus compañeros aulicos la necesidad de observar la Ley mosaica aún fuera de la Palestina. En el capítulo segundo de su libro, se lee: «Y les señaló el rey ración para cada día de sus manjares, y del vino que él bebía, para que mantenidos así tres años, después sirviesen en la presencia del rey. Y fueron del número de estos entre los hijos de Judá, Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Y el prefecto de los eunucos les puso nombres á Daniel, Baltasar; á Ananías, Sidrach; á Misael, Misach; y á Azarías, Abdenago. Mas Daniel propuso en su corazón de no contaminarse con lo de la mesa del rey, ni con el vino de su be-

(1) Dan. VI, 25-28,

(2) Esdr. I, 1 y 2.



»bida y rogó al prefecto de los eunucos para no contaminarse» (1). Dios aprobó esta hermosa conducta de Daniel y sus compañeros haciendo que los que habían comido legumbres únicamente y se habían abstenido de toda bebida fermentada estuviesen más nutridos y gozasen de más rica salud que los jóvenes que habían comido de las viandas del rey. «Cumplidos, dice el profeta, los días al cabo de los cuales el rey había dicho que le fuesen presentados, los condujo el prefecto de los eunucos á presencia de Nabucodonosor. Y habiendo el rey hablado con ellos, no fueron hallados tales entre todos como Daniel y Ananías, Misael y Azarías y se quedaron en la Cámara del rey. Y toda palabra que les preguntó el rey de sabiduría y de inteligencia, halló que ellos excedían diez veces á todos los adivinos y magos que había en todo el reino» (2). Esto en cuanto á lo que pudiéramos llamar ceremonial y transitorio de la Ley mosaica. En lo que se refiere á lo substancial de la Ley, á la esencia de la religión que consiste en adorar á Dios y adorarle á él sólo con reverencia suma, todo el libro de Daniel es un perenne testimonio, sobre todo los capítulos III y IV que tratan respectivamente de los tres jóvenes en el horno de Babilonia y de Daniel en el lago de los leones.

La preponderancia de Daniel en la corte de Nabucodonosor, Baltasar, Darío el Medo y Ciro y su posición oficial eminente debió de ser de gran utilidad para los cautivos de Babilonia, puesto que en extraño país gozaban de una especie de autonomía como lo testifica el capítulo trece de este libro y lo demuestran los consejos del profeta Jeremías: *Edificad casas y habitadlas; y plantad huertos y comed sus frutos* (3). Pero, al fin, eran desterrados, estaban cautivos, comían el negro pan de la emigración, no vivían en la ciudad santa, ni veían su templo, ni oían las trompetas que llamaban á los sacrificios, se hallaban fuera de la Patria y ese nombre augusto y sacrosanto, que no es una

---

(1) Dan. I, 5-8.

(2) Dan. I, 13-20.

(3) Jerem. XXIX, 5.

abstracción, sino la cuna donde nos mecimos, el terruño amasado con el sudor de nuestros padres, el altar de nuestro Dios y el sepulcro de nuestros mayores y que en las orillas del Jordán y sobre las aguas del mar de Tiberiades y en las llanuras de Sarón y á la sombra del Tabor y en las calles de Jerusalén hubiera sonado como música regalada á sus oídos, era una especie de torcedor en las riberas del Eufrates y en las amplias calles de la gran ciudad de Babilonia. Por eso Daniel los consuela, los anima, los exhorta, presenta á sus ojos una serie de cuadros de visiones cuyo protagonista es el Mesías de la real estirpe de David, del mismo pueblo de Judá y como secuela necesaria la libertad de los cautivos y el triunfo definitivo del pueblo de Dios. Así cumple el profeta la patriótica misión de abrir á la esperanza el corazón de aquellas generaciones de proscritos.

El argumento del libro por lo que venimos diciendo y lo que diremos adelante, puede compendiarse en estas palabras: El supremo dominio de Dios sobre todas las cosas. Previa una introducción histórica que comprende el capítulo primero en el cual trata el profeta de su educación en la corte de Nabucodonosor, rey de Babilonia y de la religiosa observancia de las leyes divinas, los capítulos históricos II, VI y XIV demuestran la tesis para las gentes de aquel entonces y los proféticos VII-XII manifiestan á los hombres del porvenir cómo Dios omnipotente, árbitro soberano y dispensador de los tiempos, que desde el centro de su eternidad desenvuelve el orden de los siglos y que antes del origen de las cosas ha destinado todos los momentos según los consejos de su sabiduría, levanta imperios, destruye dinastías y levanta á los pueblos preparando así los caminos, el reino definitivo que no tendrá fin, el reinado del Mesías, el establecimiento de la Iglesia católica.

El texto masorético consta de solos doce capítulos y la versión de los LXX y la Vulgata edición latina tienen además otros dos capítulos complementarios, el XIII que trata de la historia de Susana y el XIV que refiere el episodio de Bel y del dragón, que se ajustan muy bien á la primera

parte del libro. En ésta, que es realmente histórica, no porque sea una historia propiamente dicha, es á saber: una exposición fiel y metódica de todos los acontecimientos acaecidos en Babilonia en tiempo del profeta, sino más bien una monografía ó una serie de cuadros copiados del natural y cuya finalidad es demostrar la tesis del autor, es decir que el Dios de Israel es el Dios verdadero, Daniel habla en tercera persona y emplea el lenguaje sencillo, natural, desprovisto de todo linaje de artificio y aún de adorno, y que es propio del género literario histórico. En la parte profética VII-XII inaugura Daniel (1) un nuevo género literario llamado apocalíptico por sus analogías con el celeberrimo libro de San Juan Evangelista titulado el *Apocalipsis* y que consiste en anunciar el porvenir, sobre todo los últimos días de la humanidad y del mundo, valiéndose de visiones, símbolos y formas plásticas tomadas del medio en que vivía. Decimos que Daniel inauguró el género literario apocalíptico, no porque antes de él no se cultivase, ejemplo de ello el capítulo trece de Jeremías, ni porque fuera propio y exclusivo de él durante la cautividad, pues ahí están las profecías de Ezequiel que lo desmienten, sino porque la obra, que vamos examinando, es la primera y más perfecta de las Apocalipsis judías, pues

---

(1) Se diferencia el libro de Daniel de los otros profetas en el fondo y en la forma. Por el fondo se distingue de tres maneras: 1.<sup>a</sup> El profeta recibe las revelaciones ó en sueño ó de un ángel que le explica el sueño ó la visión, ó también de un ángel que sencillamente le anuncia el porvenir, lo que no sucede en los otros profetas. 2.<sup>a</sup> Anuncia la suerte y sucesión de los cuatro imperios antemesiánicos no hablando de Israel sino indirectamente. Viviendo en Babilonia, en el palacio de los reyes, y siendo su consejero y amigo parece más bien el profeta de los gentiles que de la judea, mientras que los otros lo refieren todo al templo, á Jerusalem, á los judíos, á los sacerdotes y al pueblo. 3.<sup>a</sup> Retrasa más que los otros la venida del Mesías y la precisa y determina mejor que ningano otro. Por la forma, porque emplea la que se ha dado en llamar apocalíptica, que consiste en revelaciones generales acerca del fin de los tiempos valiéndose de imágenes grandiosas y simbolos extraordinarios. Ezequiel y Zacarías tuvieron visiones pero no como las de Daniel que llevan el sello del extranjerismo.



ninguna como ella elevóse jamás á tan alto grado de universalismo. Los antiguos profetas de una sola pincelada nos representan á Dios; las descripciones de Daniel son cuadros inimitables; Isaias, por ejemplo, nos le representa confinado en el templo de Jerusalén, Daniel en el gran templo de la naturaleza, cuyo pavimento es la tierra que pisamos con la lozanía de sus mieses, la verdura de sus prados, la frescura de las fuentes, el murmurio de los cristalinos arroyuelos y la mansa corriente ó el ímpetu formidable de los caudalosos ríos; cuyas columnas son las altas montañas de niveos capiteles y su bóveda el inmenso azul del firmamento; Isaias le llama *Jahavé Sabaoth*, Dios de los ejércitos, como si dijéramos Dios nacional; Daniel le dice *Attig yomin*, es decir, el antiguo de los días, el eterno, el que al comprender en sí todos los tiempos, comprende también todos los espacios, y es por consiguiente el Dios universal; Isaias le describe así: «En el año en que murió el rey Ozías, ví yo al Señor sentado sobre un solio alto y elevado y las cosas que estaban debajo de él, llenaban el templo. Serafines estaban sobre él; seis alas tenía el uno y seis alas el otro; con dos alas cubrían el rostro de él, y con dos cubrían los pies de él, y con dos volaban. Y daban voces el uno al otro y decían: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria» (1). Daniel compendia sus ideas mesiánicas universalistas en este cuadro de belleza incomparable: «Estaba mirando hasta tanto que fueron puestas sillas, y sentóse el anciano de día; su vestidura blanca como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana limpia; su trono de llama de fuego, sus ruedas fuego encendido. Un río de fuego é impetuoso salía de su faz: millares de millares le servían, y diez mil veces, diez mil, estaban delante de él; se sentó el primero y fueron abiertos los libros. Miraba á causa de la voz de las palabras grandes que hablaba aquella acta; y ví que había sido muerta la bestia y había perecido su cuerpo y había sido entregado al fuego para ser quemado, y que á las otras bestias

---

(1) Joai. VI, 1-3

»se las había quitado el poder y se las había señalado  
»tiempo de vida hasta tiempo y tiempo. Miraba yo, pues,  
»la visión de la noche y he aquí venía como Hijo de hom-  
»bre, con las nubes del cielo, y llegó hasta el anciano de  
»días y presentáronle delante de él. Y dióle la potestad, y  
»la honra y el reino: y todos los pueblos, tribus y lenguas  
»le servirán á él; su potestad es potestad eterna, que no  
»será quitada y su reino que no será destruído» (1).

Este género literario apocalíptico, propio y exclusivo de la literatura hebrea, distínguese del simplemente profético, exclusivo también de la literatura bíblica, en que no se puede buscar en él la matemática exactitud de los vaticinios, porque habla de acontecimientos inconcusos muchas veces, y tratando de sucesos acaecidos ó que acaecerán en la tierra, traslada bruscamente la escena al cielo, como lo demuestran las palabras que acabamos de citar del capítulo VII y el capítulo XII, donde hablando de la resurrección civil, es decir, de la libertad de los cautivos, pasa á tratar inmediatamente de la futura resurrección universal de los cuerpos y de la vida eterna de los buenos y eterno oprobio de los malos. Esto hace que se encuentren muchas dificultades exegéticas en el libro de Daniel; pero en cambio, por el sabor local de sus visiones y por la plasticidad de sus formas simbólicas, arrancadas al medio social, político, religioso y literario de Babilonia, arroja torrentes de luz en el campo de la crítica, donde luchan denodadamente los racionalistas y los creyentes. En Babilonia, dice el eminente crítico y sabio exégeta, M. Vigouroux, sacerdote de la Congregación de San Sulpicio de París, los judíos tenían siempre á su vista espectáculos que jamás presenciaron en Jerusalén. Daniel vivió en una época muy característica. Leyó sobre los muros del palacio de Baltasar las fatídicas palabras: *Mané, thecél, pharés*; asistió á la agonía y á la muerte de la antigua civilización semítica de Babilonia y de la Caldea, después de haber disfrutado de todo el esplendor y pompa de aquella civilización magnífica; saludó el advenimiento á la escena del mundo

---

(1) Dan. VII. 9-16.

antiguo de la emprendedora raza de Jafet en la persona de Ciro, y tomó parte en una gran revolución política y social. Algunos siglos después de él, en la época en que la crítica racionalista coloca al pseudo-Daniel, todo ha cambiado completamente. En Oriente no hay ya reliquias siquiera ni del imperio de Nabucodonosor ni de la dominación persa. Los Aryas de Europa habían absorbido á los Aryas de Asia; los griegos de Alejandro Magno habían derrotado á los vencedores de los Caldeos y se habían hecho dueños de las riberas de Eufrates; reinaban los Seleucidas en Siria y allí habían implantado las costumbres y artes de los griegos. Las ideas helénicas invadieron el Asia después de la conquista macedónica, como invadieron toda Europa las ideas revolucionarias del año ochenta y nueve. No fueron acontecimientos de escasa importancia los que han sucedido en el transcurso de ese tiempo, sino sucesos trascendentalísimos, verdaderas revoluciones, que cambiaron por completo la faz del mundo y que forzosamente dejaron su huella indeleble en los hombres que asistieron á semejantes espectáculos. Un Judío de los tiempos de los Selencidas no habla ni escribe como un Judío de los tiempos de Nabucodonosor. Léanse los libros de los Macabeos y se notará á primera vista, á causa de ciertas maneras nuevas de pensar y de escribir, que la Palestina estaba sujeta á la dominación de una raza griega. Mas de ésto ya trataremos más adelante al demostrar la autenticidad del libro contra los ataques racionalistas.

A continuación copiamos la tabla cronológica de la historia de Daniel, debida á la pluma del benedictino francés Dom Calmet, que es un compendio del argumento del libro y de capitalísima importancia en el orden exegético:

Año del mundo

- Daniel es conducido á Babilonia. Dan. I, 3-7.
- 3398 Muere Nabopolasar, padre de Nabucodonosor. Joaquín se separó de Nabucodonosor. IV Reg. XXIV, 3.
- 3399 La historia de Susana librada por Daniel. Dan. XIII,

## Año del mundo

- 3401 Sueño de Nabucodonosor de la estatua compuesta de varios metales, y cuyo sueño fué explicado por Daniel. Dan. II, 1 y siguientes.
- 3402 Daniel y sus compañeros son elevados á las altas dignidades del Estado. Dan. II, 48, 49.  
Nace Ciro, hijo de Cambises.
- 3405 Joaquín, rey de Juda, es hecho prisionero y pasado á cuchillo por los Caldeos.  
Le sucede en el Trono Jeconías, que reinó tres meses y diez días.  
Le sucedió Sedecías, que reinó por espacio de once años.
- 3406 Es tomada Jerusalén y destruido el Templo. II Paralip. XXXVI.
- 3434 Vuelve Nabucodonosor á Babilonia después de sus expediciones militares á la Fenicia, á la Judea y al Egipto.  
Ve en sueños un árbol que ha de ser cortado inmediatamente. Dan. IV, 2, 6, 7.
- 3435 Habiéndose apoderado de Nabucodonosor un extraño género de locura, vivió siete años entre las bestias de los bosques. Dan. IV, 32, 33.
- 3442 Después de los siete años de demencia, en los cuales Nabucodonosor ha vivido alejado del comercio de los hombres, vuelve á tomar posesión de su reino. Dan. VI, 31.  
Dedicación de la estatua de oro de Nabucodonosor; los tres jóvenes compañeros de Daniel son arrojados en el horno y librados milagrosamente por la Providencia divina. Dan. III.  
Muere Nabucodonosor después de haber reinado cuarenta y tres años. *Beroso*.  
Le sucede su hijo Evilmerodach, que reinó dos años.

## Año del mundo

- Este restituyó la libertad á Jeconías. Jerem. LII, 31.
- 3444 Baltasar, hijo de Evilmerodach, le sucede en el trono de Babilonia. Dan. VII, 1.  
Daniel vé en visión cuatro bestias, que son otros tantos grandes imperios. Dan. VII.
- 3447 Visión del carnero y el macho cabrío que luchan entre sí. Dan. VIII.  
Baltasar muere en la misma noche en que profanó los vasos sagrados del templo de Jerusalén. Dan. V.
- 3449 Le sucede en el Imperio de los Caldeos Darío el Medo, á quien Jenofonte llama *Cyajares* y Daniel *Astyages*. Dan. XIII, 65, hijo de *Astyages*, rey de los Medos y hermano del abuelo de Baltasar. Dan. V, 30, 31. Vid. Isai. I.  
Visiones de Daniel descritas en los capítulos IX, X, XI, XII.  
Ciro se separa de los Medos en el primero ó segundo año de Darío el Medo. Dan. X, 1.
- 3455 Daniel es arrojado en el lago de los leones. Dan. XI.
- 3456 Muere Darío el Medo, por otro nombre Astiages, y le sucede Ciro. Dan. XIII, 65.
- 3457 Fin de la cautividad judáica en el primer año de Ciro.
- 3468 Historia de Bel y del dragón. Dan. XIV.
- 3550 Comienzan las setenta semanas predichas por Daniel. Dan. IX, 24.  
Nehemías vuelve á Jerusalén. II. Esdr. II, 1-6.

## CAPÍTULO IV

## UNIDAD Y AUTENTICIDAD DEL LIBRO

A pesar del carácter episódico del libro, su unidad es indiscutible y no discutida hoy. Antes Bertholdt y Augusti inventaron nada menos que nueve autores de este libro apoyándose en las contradicciones (que según ellos existen) entre los capítulos I, 21 y X, 1; I, 1, 5 y II, 1; II, 48, 42 y V, 11-14. Según Eichorn ha sido escrito en cinco ó acaso diez ocasiones distintas y por consiguiente por otros tantos autores, y otros, finalmente, como *Nerlesl*, *Speil*, *Reusch* y *Hanneberg* sostienen que la parte profética es debida indudablemente á Daniel, pero que la parte histórica fué escrita posteriormente basándose en documentos dejados por el profeta; se fundan para ello en que Daniel no pudo escribir el versículo veintiuno del capítulo primero, que no es creíble haya escrito de sí mismo las encomiásticas frases de los capítulos I, 19, 20; y VI, 4, y finalmente, que en el capítulo I, 1 hay un error histórico. Pero estas dificultades son levísimas y caen por su base admitiendo en el libro una ligera glosa interpolación; en cuanto á las alabanzas nada tienen de particular, y muy bien pueden haber sido escritas por Daniel que hace recaer toda la gloria en el Dios excelso que ha obrado en él tales maravillas.

Lo cierto es que hoy los racionalistas no hacen hincapié en estas objeciones y admiten con los católicos y protestantes la unidad del libro (1).

---

(1) A. Kuenen. *Histoire critique des livres de l'Ancienne Testament*. trad. A. Renan, París. 1868, tom. II, pág. 520.

Pero aunque nuestros enemigos admiten la unidad del libro, hemos de demostrarla, sin embargo, porque es la base obligada de su autoridad.

Las dos partes del libro de Daniel, si bien la una es exclusivamente histórica y la otra apocalíptica, de tal modo se complementan, que son como miembros de un todo, animadas de un mismo espíritu y tienden al mismo fin que es de que *Jahavé* es el Dios de los dioses y el dueño de los reinos y de los imperios. Tienen ambas el mismo objeto general, pues el capítulo VII es el II simbolizado de otra manera. Así en el cap. VII se dice: «Y cuatro grandes  
»bestias subían, de la más diversas entre sí. La primera  
»como leona y tenía alas de águila; mientras yo la miraba  
»le fueron arrancadas las alas y se alzó de la tierra y se  
»tuvo sobre los pies como un hombre y se le dió corazón  
»de hombre. Y ví otra bestia semejante á un oso que se  
»paró á un lado y tenía en su boca tres órdenes de dientes  
»y decíanle así: Levántate, come carnes en abundancia.  
»Después de ésto, estaba yo mirando y he aquí como un  
»leopardo y tenía sobre sí como cuatro alas de ave y tenía  
»cuatro cabezas la bestia y le fué dado el poder. Des-  
»pués de ésto, miraba yo en la visión de la noche,  
»y he aquí una cuarta bestia espantosa y prodigiosa y  
»fuerte en extremo, tenía grandes dientes de hierro, comía  
»y despedazaba, y lo que le sobraba hollaba con sus pies y  
»era desemejante á las otras bestias que yo había visto  
»antes de ella, y tenía diez astas» (1). ¿Quién no ve aquí

(1) Les six chapitres de la seconde partie de Daniel referment quatre propheties ou visions. La premiere, VII, á pour objet les quatre grands empires comme le songe de Nabucodonosor raconté au chapitre II, mais ils sont figurés ici par des animaux, non par les parties diverses de la statue. La seconde vision, VIII, développe deux parties de la premiere, celles qui concernent l'empire médoperse et l'empire gréco-macédonien. La troisieme, IX, développe la prophetie mesianique, faite d'une maniere sommaire dans les ch. II et VII. En fin la quatrieme, X-XII, développe longuemen la partie de la premiere et de la seconde qui se rapporte á l'empire greco-macedonien. F. Vigouroux. La Bible et les decouvertes modernes. Tom. quatriem. Paris, 1889, página 426.

reproducida en distintas palabras la famosa visión de Nabucodonosor consistente en una estatua y descrita en el capítulo segundo?

Y en nada obsta á la unidad de este libro el empleo sucesivo de la primera y tercera persona, pues también lo encontramos en Isaías. Así en el cap. VI, 1-5 dice: «En el año en que murió el rey Ozías ví al Señor... y dije: Ay de mí, por qué callé que yo soy hombre de labios impuros y yo habito en medio de un pueblo que tiene los labios contaminados, y he visto con mis ojos al rey señor de los ejércitos». En el VII, 3 se lee: «Y dijo el Señor á Isaías: Sal al encuentro de Achaz tú y el hijo que te ha quedado Jasub al extremo del acueducto de la pesquera de arriba en el camino del Campo del batanero». En el cap. VIII, se dice: «Y el Señor me dijo: Tómate un libro grande, y escribe en él con estilo de hombre. Date prisa á quitar despojos, apresúrate á la presa». Y en el XXXVII, 6 (1), se hallan estas palabras: *Y dijoles Isaías...* Ni se opone tampoco la dualidad de lenguas pues también se encuentran en Esdras y nadie ha soñado siquiera en que tanto las profecías de Isaías como los escritos del escriba famoso en los fastos de Israel, sean debidos á más de un autor respectivamente. Más aún: la transición natural, sencilla, explicable que se hace del hebreo al arameo en medio del versículo cuarto del capítulo segundo excluye completamente la dualidad de autores. Así que los racionalistas han recogido velas en este asunto y hoy afirman unánimemente la unidad del libro de Daniel (2).

---

(1) Los racionalistas suponen por lo menos dos autores de Isaías, el verdadero Isaías y el pseudo Isaías. Del primero son los diez primeros capítulos, aparte de las frases y períodos que envuelven un sentido conminatorio. Los demás, según ellos, son del pseudo Isaías.

(2) A. Kuenen se explica de esta manera: «gardous-nous cependant de conclure de cette diversité de langue que nous ayons affaire ici á deux auteurs différents; la connexion étroite qui existe entre le vs. 4 a et le vs. 46 (passage où commence l'emploi de l'araméen) exclut d'avance toute conclusion de ce genre. L'unité des livres repose, d'ailleurs, sur les arguments les plus solides.



Brilla más aún la unidad del libro si examinamos separadamente y al detalle las dos partes de que se compone. En lo que se refiere á la parte la narración del cap. I, 2, que dice: «Y entregó el Señor en su mano á Joakín, rey de Judá, y una parte de los vasos de la casa de Dios: y los trasladó á tierra de Sennaar á la casa de su Dios, y metió los vasos en la casa del tesoro de su Dios», prepara la orden de Baltasar, V, 2, 3, 23. «Mandó, pues, estando ya lleno de vino, que trajeran los vasos de oro y de plata, que había traído Nabucodonosor su padre, del templo que hubo en Jerusalén, para que bebiesen con ellos el rey, y los grandes de su corte, y sus mujeres y concubinas. Entonces trajeron los vasos de oro y de plata, que había traído del templo de Jerusalén y bebieron con ellos el rey y los grandes de su corte, sus mujeres y concubinas... Sino que te has alzado contra el Dominador del cielo y los vasos de su casa han sido traídos á tu presencia; y tú y los grandes de tu corte y tus mujeres y tus concubinas habeis bebido vino en ellos». La educación é instrucción de Daniel y sus tres amigos y compañeros en las ciencias y artes de la Caldea, explican satisfactoriamente las altas dignidades que tuvieron en la corte de Babilonia (confer. I, 4, 17, 19, 20) y su austerísima piedad (I, 8-12) la enérgi-

---

Par tout regne le meme esprit: partout, bien que sous disformes diverses, nous retronvons les memes idées sur l'avenir. On á donc en raison de reponsser d'un accord unanime les hypotheses de Bertholdt et autres... Dans la partie historique (I-VI) il est toujours question de Daniel á la troisieme personne; en revanche, dans la seconde partie, il parle de lui meme á la premiere personne. Cette circonstance ne peut en aucune manière indiquer que la parté historique et la parté prophetique, ne soient pas du meme auteur (Hist. critiq. II, pag. 519). Y Reus escribe: Malgré la difference de forme que nous venons de signaler, le livre ne saurait étre ainsi divisé et scindi. Tout s'y tient. Les predictions de la seconde partie sont d'avance ebauchées dans le songe de Neboukadnessar, et la figure de Daniel, dans le que celui-ci raconte sur son propre compte, se dissine, partout où les textes se prétent á une comparaisson, de la meme façon dans les deux parties, dont l'une, á est egard, est le calque de l'autre», F. d' Euvieu, pag. 177-178.

ca y decidida oposición al rey como puede verse en todo el capítulo tercero de este libro. A causa de la inteligencia de las visiones y de los sueños, don especialísimo de Dios concedido á Daniel, hace muy natural su intervención en el proceso de Susana referido en el cap. XIII y en el sueño de Nabucodonosor consignado en el capítulo segundo. Conocido favorablemente del rey por este motivo se concibe muy bien que le explique la visión del cap. IV, é interprete las fatídicas palabras del festín de Baltasar, é intervenga en los acontecimientos extraordinarios que constituyen el fondo de los capítulos VI y XIV. En suma: en toda la primera parte se nota el mismo género de prodigios y la misma influencia del autor en la corte de Babilonia.

No es menos cierta é indudable la unidad en lo que se refiere á la segunda parte del libro. Las cuatro visiones de que se componen se complementan y puede afirmarse como quien asienta un lugar común que las tres últimas están implícitamente contenidas en la primera. Véase sinó VII, 4 y 5 que trata de la visión de las cuatro bestias y que ya hemos citado y el cap. VIII en que se habla primero de un carnero de dos cuernos y de un macho cabrío que tiene cuatro y vence al carnero; el cap. VII, 22-26 en que se dice: «Hasta que vino el anciano de días y dió sentencia á »favor de los santos del Excelso, y vino el tiempo y entraron en el reino los santos. Y dijo así: La cuarta bestia »será el cuarto reino en la tierra, que será mayor que todos »los reinos, y devorará toda la tierra, y la hollará y desmenuzará. Y las diez astas de su reino serán diez reyes »y se levantará otro después de ellos y éste será más poderoso que ellos y derribará tres reyes. Y hablará palabras contra el Excelso y atropellará los santos del Altísimo... y se sentará el juicio para quitarle el poder y que »sea quebrantado y perezca para siempre» y todo el capítulo noveno, el cap. VII, 6, 26 y los capítulos X-XII; el VIII, 9-14 en que se dice: «Y de la una de ellas salió una asta pequeña; y creció mucho hasta el mediodía y hacia el Oriente y hacia la fortaleza. Y se elevó hasta contra la fortaleza »del cielo y derribó de la fortaleza y de las estrellas, y ho-

»llólas. Y se engrandeció hasta contra el Príncipe de la  
»fortaleza y quitó de él el sacrificio continuo y abatió el  
»lugar de su santificación. Y le fué dada la fuerza contra  
»el sacrificio perpétuo por los pecados; y será echada por  
»tierra la verdad y él hará y tendrá buen suceso, y oí ha-  
»blar á uno de los santos que hablaba y dijo un santo á  
»otro, no sé á quién, que hablaba: ¿Hasta cuándo la visión  
»y el sacrificio perpétuo, y el pecado de la desolación que  
»fué hecha; y el santuario y la fortaleza serán hollados? Y  
»le dijo: Hasta la tarde y la mañana dos mil y trescientos  
»días: y será purificado el santuario», los versículos 22-26  
en que se lee: «Y que quebrado aquél se levantarán cua-  
»tro en su lugar; se levantarán cuatro reyes de su nación,  
»mas no con la fortaleza de él. Y después del reino de ellos,  
»creciendo las maldades, se levantará un rey descarado y  
»entendido en parábolas; y será afirmado su poder, mas no  
»por sus fuerzas y sobre cuanto puede creerse todo lo aso-  
»lará y tendrá buen suceso y hará. Y matará á los fuertes  
»y al pueblo de los santos según su placer y le saldrá bien  
»el dolo en su mano y elevará su corazón y en la abundan-  
»cia de todas las cosas matará á muchos y se levantará  
»contra el príncipe de los príncipes, mas será molido sin  
»mano (1). Y la visión de la tarde y de la mañana que se  
»ha dicho, es verdad: así tu sella la visión, la que será pa-  
»sados muchos días, y los capítulos X-XII. Finalmente  
una visión común, la visión escatológica VII, 9-14 la vi-  
sión del *Attiq yomín* el *antiquus dierum* de quien se dice  
en todas partes que dependen los reinos y los imperios,  
domina á todas las profecías y une maravillosamente las  
visiones todas de la segunda parte del libro.

Demostrada la unidad del libro, tenemos adelantado  
muchísimo para probar su autenticidad, porque si el libro  
es uno, uno ha de ser también el autor y si narra sucesos  
coetáneos de Daniel el autor tiene que ser el propio Daniel  
ó un contemporáneo suyo. En uno y otro caso la obra es

---

(1) Compárese ésto con lo que se escribe; I Macab. VI, 8 y II, cap. IX y se verá cuánta luz arroja para la interpretación de las profecías.

auténtica porque se llama auténtico un escrito cuando realmente ha salido de la pluma de aquel á quien se atribuyó ó, si el autor es anónimo, data de la época á que se refiere su composición (1).

Que el libro sea auténtico en el segundo sentido, esto es, que sea de la época de Daniel lo demuestran los argumentos siguientes: En primer lugar todos los críticos así católicos como protestantes y racionalistas, reconocen que fué escrito el libro intitulado de Daniel en dos idiomas diferentes (2), el hebreo y el arameo, por consiguiente al autor del referido libro debíanle ser muy conocidos, casi familiares los referidos idiomas. El idioma hebreo era propio y exclusivo de los judíos, era la lengua santa en que *Jahavé* había hecho sus revelaciones al pueblo escogido, sólo un judío podía conocerle á fondo y emplearle con tanta naturalidad como resplandece en el libro que vamos examinando. Por otra parte no vivía en Jerusalén, donde no se conoció más lengua que la sagrada, vivía en otro lugar donde pudo aprender el arameo que emplea en sus escritos y en una época en que fuese posible el empleo simultáneo de ambos idiomas, es decir, en el siglo VI, pues sólo por entonces, hacia el año 550 es posible, históricamente hablando, el simultáneo empleo de ambos idiomas por un judío. Porque es de notar que la parte hebrea

---

(1) El que el autor de un libro sea anónimo en nada se opone á su divina inspiración puesto que hay libros inspirados pseudónimos y uno de ellos la Sabiduría atribuida á Salomón, que sin embargo es de autor desconocido y fué escrito hacia el año 150 antes de J. C.

(2) El libro de Daniel está escrito en hebreo y en arameo conteniendo además algunas voces persas y griegas. El hebreo de este libro es el hebreo de la cautividad. 1.º por los aramaismos. 2.º Por su gran afinidad con Ezequiel. Compárese I, 10, Ezeq. XVIII, 7; XI, 16, 41, Ezeq. XX, 6-15; X, 6, Ezeq. I, 7; X, 21, Ezeq. XIII, 9; XII, 3, Ezeq. VIII, 2; XII, 6, Ezeq. IX, 3. 3.º Porque no es un libro de decadencia literaria, pues aunque se distingue mucho de Isaías y aún de Habacuc, tiene capítulos, como por ejemplo, el segundo y séptimo que son bellísimos por la grandiosidad de las imágenes y el gran relieve del pensamiento profético.

de este libro está llena de aramaismos así como el arameo tiene hebraismos en gran número, y ésto no podía ocurrir más que en la referida época, en el período exiliano, pues la convivencia de los cautivos con sus vencedores tuvo que influir necesariamente en la corrupción del hebreo, que llevaron preso á la cautividad de Babilonia. Esto se confirma comparando á Daniel con Ezequiel y Esdras. El hebreo de Daniel es (aparte del estilo propio y peculiar de cada escritor y que imprime el sello personal á la obra literaria) exactamente como el de Ezequiel (1) luego así como el libro de éste fué escrito en la época de la cautividad, así también el libro que lleva el título de Daniel en nuestras Biblias. El arameo del referido libro tiene gran parecido con el de Esdras, en algunas cosas, es más antiguo en otras, y siempre distinto completamente del idioma de los Targums, luego es anterior á estas producciones de la literatura rabínica, es anterior al propio Esdras, y por consiguiente, de la época que le asigna la tradición. Que el hebreo de Daniel sea idéntico al de Ezequiel lo reconocen hebraistas tan notables como Gesenius, Nengstemberg, Lengerke, Nacvernic, Delitesch, que por ser del campo racionalista son testigos de excepción. Que haya identidad entre el arameo de Daniel y Esdras y distinción entre éstos y los targums lo demuestran las consideraciones siguientes: En Daniel y en Esdras la terminación femenina es en ם mientras que en los targums es en ן; el infinitivo se termina muchas veces en ן en vez de ן; los verbos ןׁ conservan el ן en el futuro mientras que en tiempos pos-

---

(1) El estilo de Daniel es variadísimo «Ou y distingue (dice Pusey Daniel, pág. 37) quatre styles; 1.º celui du simple récit chap. 1; 2.º celui de la priere ardente, chap. IX, joiguez y les versets d'actions de graces en Chaldeur, chap. II, 20-24; 3.º Celui de la prophetie pure, dans la vision des soixante dix semaines, chap. IX, et 4.º Celui de la description prophetique, chap. XI, ou chaque phrases, presque chaque mot exprime tout un evenement ou meme une serie d'evenements. La simplicité du recit, l'ardeur émune de la priere, la noblesse et la grandeur de la prophetie, la vie intense de la vision historique, tout cela témoigne clairement de la maitrise incontestable del ecrivain.

teriores se coloca el ך en su lugar; el participio de los verbos לִי termina en ם ם ן y en tiempos de los targums en su lugar se pone el ך, lo mismo se advierte en el infinitivo; sólo en Daniel y en Esdras se encuentra la forma לִי־לִי־לִי־לִי־לִי־לִי por lo cual es lógico concluir con el docto Michaelis en su gramática caldea, pág. 23: «ex his similibusque Danielis et Ezdræ hebraismis qui his libris peculiari sunt intelliges utrumque librum eo tempore scriptum fuisse quo recens adhuc vernacula admiscensibus Hebræis lingua chaldaica (id est aramaica), non seriore tempore confictum; in targumin etiam antiquissimis plerumque frustra hos hebraismos quæsieris in Daniele et Ezra ubique obvios».

En el libro que vamos examinando hay no sólo alusiones sino que se consignan en él verdaderos relatos de instituciones babilónicas como lo demuestran los descubrimientos arqueológicos modernos, de suerte que todos los trabajos de los sabios en este sentido son una confirmación de la veracidad del libro de Daniel. En el capítulo primero del libro se lee: «Y dijo el rey á Asphenon, prefecto de los eunucos, que de los hijos de Israel y de la estirpe de sus reyes y grandes le destinase niños en que no hubiese defecto, de buena presencia é instruídos en todo saber, hábiles en ciencia y bien disciplinados, y que pudiesen estar en el palacio del rey y que les enseñasen las letras y la lengua de los caldeos» (1). Nótese en primer lugar que la expresión *príncipe de los eunucos* es genuinamente babilónica y quiere decir el mayordomo mayor de Palacio; en segundo lugar dice que los jóvenes fueron educados en la escuela del Palacio, según los datos de la Historia y de la Arqueología los reyes de Caldeos de Asiria tenían la costumbre de educar jóvenes de buenas familias de los pueblos sojuzgados para ponerlos después al frente de la gobernación de los referidos pueblos (2); y dice el texto *que les fueron enseñados las letras y la lengua de los Caldeos*

(1) Dan. I, 3, 4.

(2) Véase Sayce. *Babyloniam Litterature, Lectures delivered at the Royal Institution.*

y es ya un lugar común, en vista de los descubrimientos arqueológicos, que en Babilonia existían una escritura y una lengua extranjeras, creación de una raza no semítica, cuyos restos vivían en casta separada bajo el nombre de Kasdim (1) y que debían aprender las clases elevadas indígenas como extranjeras como lo prueban los silabarios, gramáticas, y diccionarios encontrados en las ruinas de Nínive y Babilonia (2).

En el versículo séptimo se lee: «Y el prefecto de los eunucos les puso nombres: á Daniel, Baltasar; á Ananías, Sidrach; á Misael, Misach; y á Azarías, Abdenago» (3).

Ponemos los nombres según la versión de la Vulgata y la traducción del P. Scio, que es la que seguimos generalmente en este trabajo, pero la verdadera ortografía de los nombres impuesta á los jóvenes hebreos es la siguiente: Beltsassar, Sadrach, Meisak y Abed-Nego. Los nombres de Baltasar y Abdenago son evidentemente babilonios; Beltsassar quiere decir *según el nombre de mi Dios y Bel* la principal deidad de Babilonia, y Abed-Nebo del cual es una alteración Abed-Nego y á su vez de éste el Abdenago de la Vulgata, significa *servidor del dios Nebo* una de las más grandes divinidades babilónicas. Es imposible reconstituir en su forma primitiva los de Misach y Sidrach desnaturalizados por los copistas del libro, pues no es una pretensión ridícula el afirmar, sobre todo después de los trabajos de Federico Delitzsch, que son nombres verdaderamente babilonios y por consiguiente de la época á que atribuimos el libro (4), ó lo que es lo mismo demuestran la autenticidad del escrito en el segundo sentido.

En el versículo veinte del capítulo primero se lee: «Y toda palabra que les preguntó el rey de sabiduría y de

(1) J. M. Fuller. Daniel, pág. 252.

(2) Taylor, *Records of the past*. tom. 1, pág. 34.

(3) Dan. I, 7.

(4) Tous les noms propres, quand les fautes des copistes ne les ont pas trop altérés, son parfaitement babyloniens et tels qu' on n' eût pas pu les inventer en Palestine au second siècle avant notre ère. Fr. Lenormant. *La divination chez les Chaldéens*, pág. 178.

»inteligencia, halló que ellos (los jóvenes hebreos) exce-  
 »dían diez veces á todos los adivinos y magos que había en  
 todo el reino». El II, 2, dice: «Y mandó al rey que fuesen  
 convocados los adivinos y los magos y los encantadores y  
 los Chaldeos para que mostrasen al rey sus sueños»; y el  
 VI, 35: «He hice (habla el rey Nabucodonosor) publicar un  
 decreto para que viniesen á mi presencia todos los sabios  
 de Babilonia..... Entonces entraron los adivinos, magos,  
 Chaldeos y agoreros...» ¿No parece ésto una página arran-  
 cada á la historia de Babilonia? En tiempo de los Seleuci-  
 das, época en que los racionalistas pretenden fijar la re-  
 dacción del libro de Daniel no tenían importancia alguna  
 los agoreros y adivinos, el sincretismo religioso y filosó-  
 fico que se estaba elaborando y la expansión de las ideas  
 helénicas más en armonía con la sencillez y diafanidad  
 de la naturaleza, habían dado al traste con las viejas su-  
 persticiones (1). Mas siglos antes, cuando nosotros fijamos  
 la fecha de este libro incomparable, los sueños tenían una  
 influencia casi decisiva en la conducta de la humanidad y  
 los intérpretes de ellas, adivinos, agoreros, Chaldeos y  
 magos eran los sabios y doctores de la época y gozaban del  
 prestigio y de la consideración que se ha tributado siempre  
 á la superioridad intelectual (2). Los libros mágicos, des-  
 cubiertos en Nínive, en la biblioteca de Asurbanipal, jus-  
 tifican la exactitud del relato bíblico y nos enseñan que  
 aquellos Caldeos, aquellos sabios conjuradores, médicos y  
 teósofos llegaron á formar un cuerpo distinguido (3), una

(1) Fr. Lenormant en su obra intitulada: *La divination chez les Chaldeens*, pág. 188, dice: Est-il admissible qu'un écrivain vi-  
 vant en Palestine vers 167 avant J. C. fut aussi bien au courant  
 de la place que les songes tenaient dans les préoccupations des  
 Chaldens et des Babyloniens, et de leur influence sur la conduite  
 des rois, précisément á l'époque ou il á place son récit? Y fau-  
 drait pour cela qu'il eût possidé une connaissance du passé et  
 un instinct de couleur locale qui fait défaut á toutes les composi-  
 tions factives de l'antiquité.

(2) *Records of the Past*. tom. 1. pág. 183.

(3) Según Fr. Lenormant en su obra: *Les sciences occultes en  
 Assie*, las ciencias ocultas tan patrocinadas por los reyes, for-  
 maban parte integrante de la cultura de Babilonia.



verdadera institución, adquiriendo una reputación tal, que aun mucho tiempo después Caldeo es sinónimo de mago y de adivino. Habían dado base científica á la interpretación de los sueños, consignado por escrito sus continuas observaciones, y recopilado en una especie de *súmula* cuanto se refería á la nigromancia, á la astrología, á los augures, á los arúspices, á los fenómenos meteorológicos, los acontecimientos casuales, los nacimientos monstruosos, y en fin, cuanto podía dar patente á la superstición más grosera (1). Los Caldeos, dice Diodoro Sículo, son los más

---

(1) Para que se vea hasta donde llegaba esta superstición, ponemos á continuación multitud de oráculos, que por el tono dogmático en que están enunciados, parecen más bien axiomas científicos:

«Si un perro amarillo entra en un palacio, el palacio será aniquilado.

Si un perro rojo entra en el palacio, el palacio será entregado á la devastación por el enemigo.

Si un perro entra en el palacio y muerde á alguno, será entregado á la devastación....

Si un perro entra en el palacio y se acuesta en el lecho, nadie....

Si un perro entra en el palacio y se echa sobre el trono, el palacio será quemado.

Si un perro entra en el palacio y se echa sobre el palanquín real, el palacio será devastado por el enemigo.

Si un perro entra en el templo, los dioses no tendrán misericordia con el país.

Si un perro blanco entra en el templo, la duración del templo será estable.

Si un perro gris entra en el templo, el templo sufrirá en sus posesiones.

Si un perro amarillo entra en el templo, el templo sufrirá en sus posesiones.

Si un perro rojo entra en el templo, los dioses del templo le abandonarán.

Si los perros se reúnen en tropel y entran en el templo, nadie...

Si un perro se vomita en la casa, el dueño de la casa morirá.

Si un perro en el palacio orina sobre el trono, el rey morirá y los enemigos se repartirán el país.

Si un perro orina en el templo, habrá lluvias torrenciales en el cielo, inundaciones en los canales, hambre y mortalidad.

antiguos de los Babilonios. Dentro del Estado forman una institución semejante á la que constituían los sacerdotes en el Egipto. Instituídos para tributar culto á los dioses, su vida toda pasábanla entregados á la meditación de las cuestiones filosóficas, llegando á adquirir en la astrología una reputación extraordinaria; dedicábanse principalmente á la ciencia de la adivinación y predecían el porvenir; procuraban apartar todos los males y acarrear todos los bienes, valiéndose para ello de las purificaciones, de los sacrificios y de los encantamientos; eran versadísimos en

---

Si un perro defeca en el templo, habrá temblor de tierra, Nergal, que devora los cadáveres, degollará á los hombres con su arma.

También las aves de rapiña eran de mal agüero.

Si el halcón desciende á la casa de un hombre, la mujer de éste morirá.

Si el halcón desciende á la casa de un hombre y se echa á volar, esta casa será destruída.

Si el halcón desciende á la casa y lleva alguna cosa, el hombre morirá.

Si el halcón desciende á la casa de un hombre y no lleva nada, el hombre se pondrá muy enfermo, pero vivirá.

Si el halcón caza su presa en la casa de un hombre, el dueño de la casa morirá.

Si el halcón construye su nido y cría sus pequeñuelos en la casa de un hombre, esta casa se hará vieja.

Si el halcón da al mundo los pequeñuelos bajo el techo de la casa de un hombre, esta casa será destruída.

Si el halcón da al mundo los pequeñuelos en los cimientos de la casa de un hombre, esta casa será saqueada.

Valíanse también para hacer sus presagios, de las serpientes y de las moscas; mas lo que era una fuente inagotable de presagios, prósperos ó adversos, eran los nacimientos monstruosos, llevados hasta lo inverosímil por aquellas imaginaciones delirantes. He aquí un ejemplo de adivinación por medio de los nacimientos monstruosos.

Si una mujer da á luz un hijo que tenga las orejas de león, habrá un rey poderoso en el país.

Si le falta la oreja derecha, los días del señor (el rey) alcanzarán á la vejez.

Si le faltan las dos orejas, habrá duelo en el país, el país será reducido.

el arte de preveer lo futuro por el vuelo de las aves de rapiña y explicaban los sueños y los prodigios. La ciencia de los Caldeos es una tradición de familia, los hijos que heredan esta ciencia de sus padres, exentos están de toda tributación y carga pública. Teniendo por maestros á sus padres tienen dos ventajas incalculables, la de aprender todos los conocimientos sin reserva alguna y la de prestar más fe á las enseñanzas de sus preceptores; habituados al trabajo desde la infancia, hacen grandes progresos en el estudio de la astrología, ya sea á causa de que se aprende

---

Si la oreja derecha es pequeña, la casa del hombre (el padre del niño monstruoso) será arruinada.

Si la oreja derecha es monstruosa, nacerá un andrógino en la casa del hombre.

Si tiene las dos orejas á la derecha y ninguna á la izquierda, los dioses concederán un reinado estable, el país florecerá y será un lugar de reposo.

Si tiene pico de pájaro, el país padecerá.

Si no tiene boca, la señora de la casa morirá.

Si no tiene ventanas en la nariz, el país estará de duelo y la casa del hombre será arruinada.

Si no tiene mandíbulas, los días del señor alcanzarán la vejez, pero la casa donde nació el niño será destruida.

Si no tiene lengua, la casa del hombre será destruida.

Si no tiene nariz, el país estará de duelo y el dueño de la casa morirá.

Si no tiene nariz, ni las señales de su virilidad, las armas del rey serán fuertes; habrá paz en el país, los hombres del rey estarán al abrigo de las malas influencias, y la *Libit* (divinidad femenina demiúrgica) no hará presa en ellos.

Si el labio superior cabalga sobre el inferior, buen augurio para los ganados.

Si no tiene labios, habrá duelo en el país y la casa del hombre será destruida.

Si le falta la mano derecha, el país será devastado por un terremoto.

Si tiene seis dedos en el pie izquierdo, calamidad para los ganados.

Si le falta el pie derecho, la casa será arruinada y habrá abundancia en la casa del vecino.

Si no tiene pies se interceptarán los canales de riego y la casa será destruida.

mejor en la edad de la juventud ó bien porque así dura más tiempo el aprendizaje» (1).

Otro argumento (y de no escasa valía) en favor de la autenticidad de Daniel en la fórmula: *Rex in aeternum vive: oh rey, vive para siempre, que se lee.* Dan. 11, 4; III, 9; V, 10; VI, 6, 21 y era exigida como salutación oficial por la etiqueta palatina de los orientales. Así Nehemias, dirigiéndose á Artajerjes dice: «Y dije al rey: Oh rey, »vivas para siempre: ¿cómo no ha de estar triste mi rostro »pues la ciudad, que es la casa de los sepulcros de mis »padres, está desierta y sus puertas han sido quemadas á »fuego?» (2). Y en Judit se lee: «Y dijo Judit (á Holofernes) »vive tu alma, señor mío, que no consumirá tu sierva todas estas cosas...» (3). La mismo podemos afirmar de las exigencias absurdas de Nabucodonosor: si no me indicareis »el sueño y su significado, perecereis vosotros y vuestras »casas serán confiscadas» (4) lo cual tiene su explicación en el despotismo oriental principalmente babilónico y el título *Rey de reyes* que Daniel (5) da al monarca babilonio se lee con mucha frecuencia en las inscripciones asirias (6).

---

Si tiene tres pies, dos en el sitio normal y el tercero entre los dos, habrá gran prosperidad en el país.

Si tiene las manos y los pies como aletas de pez, el señor será desgraciado y habrá hambre en el país.

Nos haríamos interminables si hubiéramos de consignar todos los sistemas de adivinación de los antiguos.

Pueden consultarse sobre el particular: Jer. XXIII, 32; XXVIII, 9; Zach. X, 2; Num. XII, 6, I; Reg. XXVIII, 6, III; Reg. III, 5; Job IV, 13, VII, 14, XXIII, 15; Joel, II, 28; Deut. XIII, 2, 12; Herodoto, 1, 181. Un cilindro que se conserva en el Museo de Louvre confirma las narraciones de este historiador. G. Pinches, *Proceedings of the Society of Biblical Archaeology*. Enero 1884, pág. 59. Fr. Vigouroux, *La Bible et les decouvertes modernes*, tom. quatrieme, pag. 453. E. Román Torio. *El Culto de Baal*, pág. 199 y siguientes.

(1) Diod. Sic., edición Didat. tom. 1, pág. 103.

(2) II, Esdras, II, 3.

(3) Judith, XII, 4.

(4) Dan. II, 5.

(5) Dan. II, 37.

(6) Fr. Kaulen. *Assyrien*, pag. 109.

En suma; aparte de otros argumentos internos que pudiéramos aducir en favor de la autenticidad del libro, alguno de los cuales pondremos cuando lleguemos á la parte exegética, podemos concluir con el sabio arqueólogo Fr. Lenormant: Plus je lis et je relis le livre de Daniel, en le comparant aux données des textes cuneiformes, plus je suis frappé de la vérité du tableau que les six premiers chapitres tracent de la cour de Babylone et des idées spéciales au temps de Nabucodonosor; plus je suis pénétré de la conviction qu'ils ont été écrits à Babylone même, et dans un temps encore rapproché des événements; plus je rencontre, enfin, d'impossibilités à en faire descendre la rédaction première jusqu'à l'époque d'Antiochus Épiphane... ce sont des raisons uniquement et exclusivement scientifiques qui me ont amené à changer d'opinion sur le livre de Daniel et à en revenir aux données de la tradition (1).

---

(1) F. Lenormant. *La divination chez les Chaldeens*, página 188.

## CAPÍTULO V

## AUTENTICIDAD DEL LIBRO

*(Continuación).*

De las pruebas aducidas hasta aquí en favor de la autenticidad del libro no resulta necesariamente que el escrito sea de Daniel sino de un judío que vivía en Babilonia en tiempo del profeta. Ahora damos un paso más y afirmamos resueltamente que es auténtico en toda la extensión de la palabra, es decir, que tiene por autor al propio Daniel.

Es cierto que Daniel escribió la parte profética VII-XII del libro que lleva su nombre. En primer lugar lo afirma implícitamente el profeta puesto que habla en primera persona. Dan. VII, 2, 6, 7, 8, 9, 11, 13, 16, 19, 21, 28; VIII, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 26, 27; IX, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 13, 20, 21, 22; X, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 15-21; XI, 2; XII, 1, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 13. Además en el capítulo VIII, 26 se manda escribir á Daniel la profecía, pues se dice: *Y la visión de la tarde y mañana que se ha dicho es verdad; así tú sella la visión, la que será pasados muchos días.* Los LXX y Teodoción dicen: σφραγίζειν, la Vulgata, *signa*, es decir, escribe porque todas estas versiones se apoyan en la palabra hebrea כותב, cerrar, archivar, y para archivar un documento, una noticia es preciso consignarla por escrito. Que tenga esta significación el verbo *claudere* y no el de ocultar se colige fácilmente por el contexto inmediato, pues en el siguiente versículo dice Daniel: «Y yo Daniel perdí las fuerzas y estaba enfermo por algunos días; y cuando me levanté, me

»ocupaba en los negocios del rey y estaba pasmado por la »visión y no había quien la interpretase» (1). Más adelante se lee: «Mas tú, Daniel, ten cerradas estas palabras y sella el »libro hasta el tiempo determinado: muchos lo repasarán y »se multiplicará la ciencia» (2), que vienen á corroborar el argumento que hemos aducido más arriba. Pero además lo afirma explícitamente. Así se lee: «En el año primero de Baltasar rey de Babilonia, vió Daniel un sueño, y la visión de su mente fué en su lecho; y escribiendo el sueño, lo ciñó á pocas palabras (en arameo: B' edagim belma ketab rés millim amâr) y notándolo por mayor dijo» (3).

Lo menos que puede decirse es que Daniel escribió esta visión, luego también las demás que son su complemento, su explicación (4). Ahora bien: si Daniel ha escrito las profecías también la parte histórica que forma un todo con la parte profética como hemos visto al tratar de la unidad del libro, luego Daniel es el autor del escrito que lleva su nombre.

Reconocemos desde luego la importancia capitalísima que tiene la crítica textual en materia de crítica literaria, pero al fin esta es una especie de juez en un debate histórico, y su deber, por consiguiente, es recoger los testimonios, medir su valor y dictar sentencia no según sus particulares inclinaciones, sino según el veredicto de los hechos. Únicamente la historia nos puede enseñar quién es el autor de un libro ó cuándo éste apareció sobre la tierra. El hombre más inteligente, el genio más hábil y el espíritu más sutil no se basta á sí mismo en la solución de problema semejante, necesita recurrir al testimonio de los demás y su deber, de la más elemental prudencia, es atenerse á ese testimonio siempre que le considere fidedigno. Ya se trate de un gran conquistador ante quien muda se postró la tierra, ora de un legislador que ha dictado sapientísimas leyes, ya de un poeta que nos ha dejado poe-

---

(1) Dan. VII, 27.

(2) Dan. XII, 4.

(3) Dan. VII, 1.

(4) Véase las páginas 41 y siguientes.

mas inmortales para regalo de nuestro espíritu; bien de un historiador que ha narrado en célebres anales los acontecimientos de las pasadas generaciones para enseñanza de las que han de surgir después á la vida, ó ya, finalmente, de un pintor que ha sabido confinar á la belleza en los estrechos límites de un lienzo ó de una tabla, trátese de Alejandro, Licurgo, Sófocles, Tacito, ó Apelles poco importa, no podremos jamás conocer su nombre sino por el testimonio de la historia ó, en otros términos, por la tradición. Tal es el auxilio primero, esencial é indispensable de toda crítica sana y digna de tal nombre; fuera de ella no habrá más que arbitrariedad, juegos de imaginación y errores innumerables (1).

Pues bien: la tradición judía y la cristiana atribuyen á Daniel el libro que lleva su nombre. Los racionalistas sintiendo todo el peso de este género de argumentación niegan la existencia de ambas tradiciones pero ya procuraremos defenderlas en la solución de las dificultades.

---

(1) He aquí cómo juzga á la crítica negativa un racionalista nada sospechoso: «On repousse de solides témoignages, et on y substitue de faibles hypotheses; ou récuse des textes satisfaisants, et on accueille presque sans examen les combinaisons hasardées d' une archéologie complaisante.

Du nouveau, voilà ce que l' on veut á tout prix, et le nouveau, on l' obtient par l' exagération d' idées souvent justes et pénétrantes. D' un faible courant bien constaté dans quelque baie écartée, on conclut á l' existence d' un grand courant océanique. L' observation était bonne, mais on entretient de fausses conséquences. Loin de moi la pensée de nier ou d' atténuer les services que la science allemande a rendus á nos difficiles études; mais, pour profiter réellement de ces services, il faut y regarder de très près et y appliquer un grand esprit de discernement. Il faut surtout être bien décidé á ne tenir aucun compte des critiques hantaines d' hommes á système, qui vous traitent d' ignorant et d' arriéré, parce que vous n' admettez pas d' emblée la dernière nouveauté, éclosion du cerveau d' un jeune docteur, et qui peut être bonne tout au plus á servir d' excitation á la recherche, dans les cercles d' erudits». Quien trata con tan poca piedad á la crítica alemana racionalista que se ha separado de la tradición para entregarse á los desvaríos de la arbitrariedad es M. E. Renan en su obra *Les Évangiles*, 1877, página 34.



La tradición judía está muy clara: Así Ezequiel que vivió en la cautividad dice: «Y Noe y Daniel y Job estuvieron en medio de ella...» Por de pronto aunque el argumento no sea explícito en favor de la autenticidad de Daniel, reconoce la existencia histórica de este personaje cosa que niegan muchos racionalistas.

La oración de Nehemías, por el fondo y por la forma, tiene gran afinidad con la de Daniel, IX, 5-19. Dice así Nehemías: «Tu mismo, oh Señor, tu sólo hiciste el cielo »y el cielo de los cielos, y todo el ejército de ellos; la »tierra y todo lo que en ella se contiene; los mares y todo »lo que hay en ellos, y tu das vida á todas estas cosas y el »ejército del cielo te adora. Tu mismo, Señor Dios, el que »escogiste á Abrán y le sacaste del fuego de los Caldeos »y le pusiste el nombre de Abrahán. Y hallaste fiel su »corazón delante de tí, é hiciste alianza con él que le »darías la tierra del Cananeo, del Heteo y del Amoneo y »del Fereceo y del Jebuseo y del Gergeseo, para dársela á »su posteridad y cumpliste tus palabras porque eres justo.

»Y viste la aflicción de nuestros padres en Egipto y »oiste sus clamores sobre el mar rojo, é hiciste señales y »portentos sobre Faraón y sobre sus vasallos y sobre todo »el pueblo de aquella tierra; porque sabías que les habían »tratado con soberbia y te hiciste un nombre cual es aún el »día de hoy. Y dividiste el mar delante de ellos y pasaron »por medio del mar en seco, y arrojaste á sus perseguidores en el abismo, como una piedra que cae en aguas profundas. Y fuiste su conductor en una columna de nube »por el día y en una columna de fuego por la noche, para »que descubriesen el camino por donde iban.

»Descendiste asimismo sobre el monte Sinaí y hablaste »con ellos desde el cielo, y les diste juicios justos y una »ley de verdad, ceremonias y mandamientos buenos, y les »enseñaste tu sábado santificado y les ordenaste mandamientos y ceremonias y ley por mano de Moisés tu siervo. Les diste también pan del cielo en su hambre y les »sacaste agua de una piedra cuando tenían sed, y les dijiste que entrasen á poseer la tierra, sobre la cual alzaste »tu mano que se la darías. Mas ellos y nuestros padres

»obrarón con soberbia, y endurecieron sus cervices y no escucharon tus mandamientos.....» (1).

Compárese esta oración con la de Daniel, IX, 5-19, y vérase que es el mismo espíritu el que la informa, que son los mismos pensamientos los de una y otra oración, que hasta en las palabras tienen mucha semejanza; luego cuando entonaron esta oración los levitas estaba escrito ya el libro de Daniel.

En Zacarías se lee: «Tuve de noche una visión, y he aquí un hombre montado sobre un caballo bermejo y él estaba parado en unos mirtos, que había en un hondo; y en pos de él caballos bermejos, manchados y blancos» (2). Y más adelante: «Y me volví y alcé mis ojos y miré; y de aquí cuatro carrozas que salían de entre dos montes; y estos montes eran montes de bronce. En la primera carroza había caballos bermejos, en la segunda carroza caballos negros, y en la tercera carroza caballos blancos y en la cuarta carroza caballos manchados y fuertes. Y respondí y dije al ángel que hablaba conmigo. ¿Qué cosas son éstas, señor mío? Y respondió el ángel y me dijo: «Estos son los cuatro vientos del cielo que salen para estar delante del Dominador de toda la tierra. En la que había caballos negros salían hacia la tierra del Aquilón, los blancos salieron en pos de ellos y los manchados salieron hacia tierra del Mediodía. Y los que eran fuertes salieron e intentaban ir y correr por toda la tierra. Y dijo: Id y recorred la tierra, y recorrieron la tierra. Y me llamó y me habló diciendo: He aquí los que salen hacia la tierra del Aquilón hicieron reposar mi espíritu en la tierra del Aquilón» (3). ¿No parece ésto una remembranza del capítulo séptimo de Daniel? (4). Muy lejos estamos de dar un

(1) II Esdras IX.

(2) Zacha. 1, 8.

(3) Zacha. VI, 1-8.

(4) En el libro primero de los Macabeos se lee: *Ananías y Azarías y Misael por su fe fueron librados de las llamas. Daniel por su sinceridad fué librado de la boca de los leones* (1). Luego

(1) I Macab. II, 59, 60.

valor apodíctico á los argumentos de la tradición que podemos llamar bíblica, pero de todos modos refuerzan admirablemente el argumento de posesión, baluarte que jamás ganarán nuestros adversarios.

La tradición rabínica ya es más clara. En el cánon hebreo que se dice haber sido cerrado en tiempos de Artajeges contiene entre los hagiógrafos (1) el libro de Daniel. Más aún: la versión de los LXX por sus alusiones, su adaptación visible á los tiempos de Antioco Epifanes, prueba que el libro así traducido es á lo menos anterior al año 163 en que pretenden fijar su redacción los racionalistas.

En el tercer libro sibilino escrito por un judío alejandrino por los años de 170 á 140 antes de la era cristiana se habla manifiestamente de Antioco Epifanes y se predice su muerte desastrosa en las siguientes palabras:

ρίζαν ἰαν γε διδοῦς, ἦν καὶ κόψει βροτολοιγος  
 ἐκ δεκα ὀκτὼ κεράτων, πικρά δὲ φυτὸν ἄλλο φυτεῖσσι  
 καὶ τότε δὲ παραφύμενον νερας ἄρσει (2).

Compárense estas palabras con Dan. VII, 7, 8, 20 y se verá más claro que la luz meridiana, la semejanza, la casi

el libro de Daniel había sido escrito antes de la época de los Macabeos, fecha en que fijan la redacción los racionalistas.

(1) Los racionalistas niegan la autenticidad de Daniel entre otras razones (la principal y aún la única porque contiene milagros y profecías) porque en el Cánon hebreo está entre los hagiógrafos y no entre los profetas. Mas esta objeción no tiene fuerza alguna. En primer lugar en la versión de los LXX más antigua que el texto masorético, Daniel está entre los profetas. Josefo, como veremos más adelante, le coloca entre los profetas mayores, más aún lo llama el más grande de los profetas, y finalmente como Daniel más que un profeta en el genuino sentido de la palabra según los judíos era un *vidente* y vivió no la vida llena de tribulación y persecuciones como los otros profetas, y profetizó principalmente para los gentiles porque en la nueva teocracia no había de haber distinción de judío ó de griego, de romano ó de bárbaro, sino que en ella habían de entrar todas las gentes, y escribió parte de su libro en una lengua que no era la oficial y sagrada de los hebreos, los talmudistas le colocaron no entre los profetas sino entre los hagiógrafos de sus Biblias.

(2) III. Lib. 397-400.

identidad de ambos pasajes.. Ahora bien: ya sea la composición sibilina una cita verdadera, ó una simple alusión, ó un vago recuerdo, ó una servil imitación del libro de Daniel, es lo cierto que ya por entonces gozaba éste de gran autoridad y para ello era menester el concurso del tiempo, el trascurso de años y aún de siglos en una época tan desemejante á la nuestra que con el uso de la imprenta puede lanzar á los cuatro vientos y en un solo día multitud de trabajos literarios.

Flavio Josefo, de gran autoridad para los señores racionalistas, dice sobre el particular lo siguiente: «Omnis eximia felicitas ut Prophetæ excellentissimo contigit, et viventi tam apud Regem, quam apud populum gratioso, et post obitum sempiternam memoriam consecuto. Libri ejus, quos conscriptos reliquit, etiam nunc apud nos leguntur, qui nobis certam fidem facient, quod deus cum eo eloquia miscuerit. Non solum enim futura prædixit, quaemadmodum alii Prophetæ, verum etiam tempus, quo eventura essent præfinivit. Et cum alii Prophetæ calamitates prædicerent, ideoque malam gratiam apud Reges et multitudinem vulgarem inirent; hic bonarum rerum fuit Vates, ut propter faustam ominationem quidem benevolentiam omnium sibi conciliaret, propter eventuum vero certitudinem, fidem sibi apud universum mortalium genus compararet» (1). Se pueden discutir los textos de F. Josefo y, con A. Kuenen, encontrarlos incoherentes y hasta inverosímiles, pero no se puede negar que el sacerdote historiador atribuye á Daniel con plena convicción el libro y las profecías que llevan su nombre (2). Esta era

(1) Antiquit. Judæi. Libr. X, cap. XII.

(2) En el libro de Fl. Josefo Auteq. Jud. 11, 8, se refiere que habiendo subido Alejandro Magno de Gaza á Jerusalén salió á su encuentro el Sumo Pontífice revestido de los ornamentos sacerdotales y le enseñó un oráculo del libro de Daniel según el cual un rey de los Griegos había de destruir el imperio de los Persas. He aquí el texto: «Ostensoque sibi Danielis libro in quo Graecum quaendam Persas debellaturum significat hunc ipsum se esse interpretem, latus dimisit multitudinem. Sequenti autem die vocatis eis, jussit ut quidquid vellent peterent, Pontífice

también la opinión unánime de los judíos contemporáneos de Daniel y una opinión de este género ni se forma en un instante como por arte de ensalmo, ni puede tener su origen, su movimiento inicial, en un error histórico.

Más clara aún y de más autoridad es la tradición cristiana. Jesucristo Nuestro Señor, para los creyentes que le adoramos, es la verdad misma y en todo linaje de materias tiene una autoridad omnímota, indiscutible. Para el racionalista que no quiere inclinarse su frente ni doblar su rodilla ante el que es Hijo de Dios y consubstancial al Padre, Jesús de Nazareth es un hombre probo, íntegro, de autoridad reconocida, gran entendedor de las Escrituras, incapaz del engaño, inaccesible al dolo, hombre veraz en suma, que según él se expresa ha venido á dar testimonio de la verdad. Pues bien, este Dios-Hombre nos dice taxativamente: «Según ésto, cuando viéreis que está establecida »en el lugar santo la abominación desoladora, que predijo »el profeta Daniel (quien lea ésto nóteló bien)» (1).

Luego según Jesucristo Señor Nuestro, Daniel es profeta, su libro es un libro profético, y de sumo interés sus profecías ó por lo menos escribió el vaticinio del cap. IX, que él cita; si escribió este vaticinio escribió también todo el libro porque ya hemos dicho que es de un solo autor, por consiguiente el libro de Daniel que el racionalismo tiene por un apócrifo del tiempo de los Macabeos es de la época que le asigna la tradición y es debido á la pluma del autor que lleva su nombre. En San Marcos se lee: «Cuan- »do, empero, viéreis la abominación de la desolación, es- »tablecida donde menos debiera (el que lea ésto haga refle- »xión sobre ello) entonces los que moren en la Judea »huyan á los montes; y el que esté en el campo, no torne »atrás á tomar su vestido. Mas ¡ay de las que estarán en »cinta y de las que criarán en aquellos días! Por eso rogad »á Dios que no sucedan éstas durante el invierno, porque

---

autem petente ut patriis legibus vivere sibi liceat, utque septimo quoque anno concederetur eis tributorum immunitas, concessit omnia.»

(1) Math. XXIV, 15.

»serán tales las tribulaciones de aquellos días cuales no se han visto desde que Dios crió el mundo, hasta el presente, ni se verán» (1). En este pasaje no se habla explícitamente de Daniel, ni se le atribuye la profecía que lleva su nombre; mas por el paralelismo (confr. Math. XXIV, 15; Marc. XIII, 14) venimos en conocimiento de que se trata del profeta, de la cautividad de Babilonia y de sus vaticinios. Por cierto que los racionalistas, enemigos declarados de las profecías porque son notas del orden sobrenatural, tienen que admitir *velint nolint* en las palabras que acabamos de citar una que ha tenido su cabal cumplimiento. Vamos á concederles, por un momento, que las susodichas palabras no son de Daniel sino de un autor desconocido, de un apócrifo, como ellos dicen, de la época de los Macabeos; más aún, damos por supuesto que la cita no es de Jesús, sino de los Evangelistas, como los evangelios de San Mateo y San Marcos escribiéronse mucho antes de la ruina de Jerusalén que pinta así Flavio Josefo testigo presencial de aquel desastre: «Ninguna ciudad ha sufrido jamás tantas miserias. Si las desgracias del mundo entero desde la creación se comparasen á las que entonces sufrieron los judíos, serían inferiores á las suyas» (2), resulta que contienen una profecía y admitida una sólo ó un solo milagro viénesse abajo derrumbado el magno edificio que ha pretendido levantar la soberbia racionalista.

Nuestros adversarios sienten todo el peso de los argumentos basados en las augustas palabras del Salvador según se contienen en San Mateo y San Marcos y acuden á mil subterfugios para librarse de su fuerza abrumadora. Dicen en primer lugar que estas palabras no son de Jesús sino de los evangelistas. ¿De dónde lo saben ellos? ¿Es que conocieron á Jesús, y escucharon sus pláticas suavísimas? ¿Es que tienen algún códice antiguo con los dichos y hechos del Maestro y comparándole con los Evangelios que nosotros leemos y ellos blasfeman hay tal diferencia de estilo que las palabras objeto de la cuestión haya que atri-

(1) Marc. XIII, 14 20.

(2) Flav. Josef. Debello jud. 1011.

buir las á los evangelistas? No. Lo afirman sólo sobre su palabra de honor y las palabras de honor valen poquísimas en materia de crítica literaria. Las palabras son de Jesucristo porque son las mismas en uno y otro pasaje por el fondo y aún por la forma y porque los evangelistas no solían añadir una palabra siquiera á las autorizadísimas que salían de los divinos labios de Jesús. Además, aunque concediéramos que los pasajes objeto de la discusión fueran de los evangelistas, el argumento sería de gran valor basado en la persuasión íntima, común de los judíos del tiempo del Salvador que atribuían este vaticinio al profeta Daniel.

En segundo lugar dicen que Jesús vino á salvar las almas, á anunciar á las muchedumbres el reino de Dios y su justicia, á recobrar las ovejas que habían perecido de la casa de Israel no á enseñar crítica literaria ni á decir quiénes eran los autores de los libros inspirados. Desde luego la misión de Jesucristo fué altísima, trascendental, muy superior en importancia á la modestísima que está reservada al investigador y al erudito, pero atribuir á Daniel un libro escrito por un falsario, llamarle profeta y sancionar sus fraudes... esto es impropio no ya sólo de Jesús cuya veracidad está mil codos sobre las audacias racionalistas, sino de cualquier hombre de mediana honradez y probidad. Y no vale decir que el Salvador se acomodó el error común del pueblo judío sobre el libro de Daniel porque el divino Jesús jamás se acomodó á los errores populares como lo demuestran Joan VI, 61, 68; VII, 44; Math. XXIII, 1-39; Luc. XI, 39-54 y su muerte ignominiosa en la Cruz que condena para siempre el sistema de acomodación inventado por Semler.

Jesucristo, Señor nuestro, dice: «Porque así como el »Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al »Hijo el tener la vida en sí mismo, y le ha dado la potestad de juzgar en cuanto es Hijo del hombre» (1). Y de dónde está tomada esta expresión sino de Daniel que dice: «Miraba yo, pues, en la visión de la noche y he aquí venía

(1) Joan. V, 26, 27.

»como Hijo de hombre con las nubes del cielo y llegó  
»hasta el anciano de días y presentáronle delante de él y  
»dióle la potestad, y la honra y el reino; y todos los pue-  
»blos, tribus, y lenguas le servirán á él; su potestad es  
»potestad eterna, que no será quitada y su reino que no  
»será destruido?» (1). Una tan altísima potestad, cual es la  
de juzgar á los vivos y á los muertos ¿la va á fundar Je-  
sucristo en la afirmación de un apócrifo, sin autoridad al-  
guna, desconocido á sus oyentes que no hubieran enten-  
dido el argumento porque no hay relación alguna natural,  
lógica necesaria entre el juicio y el Hijo del hombre? Por  
San Mateo dice: «Ello es que el Hijo del hombre ha de  
»venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de  
»sus ángeles á juzgar á los hombres; y entonces dará el  
»pago á cada cual conforme á sus obras. En verdad os digo  
»que hay aquí algunos que no han de morir antes que  
»vean al Hijo del hombre aparecer en el esplendor de su  
»reino (2). Mas Jesús les respondió: En verdad os digo  
»que vosotros que me habeis seguido, en el día de la re-  
»surrección universal cuando el Hijo del hombre se sen-  
»tará en el solio de su majestad, vosotros también os sen-  
»tareis sobre doce sillas y juzgareis á las doce tribus de  
»Israel (3).

»Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo  
»del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra  
»prorrumpirán en llantos y verán venir al Hijo del hombre  
»sobre las nubes resplandecientes del cielo con gran poder  
»y majestad (4). Pero Jesús permanecía en silencio. Y dí-  
»jole el sumo sacerdote: Yo te conjuro de parte de Dios  
»vivo que nos digas si tu eres el Cristo, el Hijo de Dios.  
»Respondióle Jesús: Tu lo has dicho, yo soy; y aún os  
»declaro que vereis después á este Hijo del hombre que  
»teneis delante de vosotros sentado á la diestra de la ma-  
»jestad de Dios venir sobre las nubes del cielo. A tal res-

---

(1) Dan. VII, 17, 14.

(2) XVI, 27.

(3) XIX, 28.

(4) XXIV, 30.



»puesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: «Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? »vosotros mismos acabais de oír la blasfemia con que se »hace Hijo de Dios. ¿Qué os parece? A lo que respondieron »ellos diciendo: Reo es de muerte» (1). Estas palabras están tomadas casi á la letra del libro de Daniel, luego para Jesús este libro goza de una autoridad indiscutible, es verdaderamente profético y á él (á Jesucristo) se refieren las profecías que contiene. Para los miembros del Sanhedrin goza también de gran autoridad puesto que á las respuestas de Jesús calcadas, tomadas mejor del referido libro, rasgan sus vestiduras en señal de escándalo por la blasfemia. Si no hubieran tenido conocimiento de Daniel, si las palabras de Jesús hubiéranse fundado no en un libro auténtico divinamente inspirado sino en un apócrifo sin autoridad alguna, los miembros del inícuo tribunal que juzgó á Jesús no se hubieran escandalizado, ni habrían rasgado sus vestiduras, antes bien se hubieran burlado del Reo que fiaba su autoridad á las páginas de un libro ignoto producto de la pluma de un falsario. Además, en los Evangelios, en las bellísimas y sugestivas parábolas que brotaban de los divinos labios de Jesús háblase del reino de Dios, del reino de los cielos, de una nueva teocracia, de una religión no circunscrita á los estrechos límites de la Judea, de un culto más amplio, más espiritual, más universal que había de tributarse al Dios verdadero, no como antes en el templo de Jerusalén, sino en toda la redondez de la tierra donde habían de levantarse templos para perpetuar el continuo sacrificio, y ¿en qué libro de la literatura bíblica del Viejo Testamento hállanse estas ideas tan elevadas, estos conceptos tan levantados sino en el libro de Daniel? Es más: La hermosa, la consoladora doctrina de la resurrección de los muertos y la gloria, el esplendor y la felicidad inefable de los bienaventurados no ya solamente en el fondo sino hasta en la forma parecen páginas arrancadas al libro de la cautividad de Babilonia. Así el divino Maestro dice: «No teneis que

---

(1) XXVI, 63-67.

»admiraros de ésto, pues vendrá tiempo en que todos los  
»que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios;  
»y saldrán los que hicieron buenas obras á resucitar para  
»la vida eterna; pero los que las hicieron malas, resucita-  
»rán para ser condenados» (1). En Daniel se lee: «Y mu-  
»chos de aquellos (todos en lenguaje bíblico) que duermen  
»en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida  
»eterna y otros para oprobio para que lo vean siempre» (2).  
La doctrina de la felicidad de los bienaventurados, así la  
expresa Jesús: «Al mismo tiempo los justos resplandecerán  
»como el sol en el reino de su Padre» (3). Daniel dice  
sobre el particular: «Mas los que hubieren sido sabios, bri-  
»llarán como la luz del firmamento, y los que enseñan á  
»muchos para la justicia, como estrellas por toda la eter-  
»nidad» (4).

También los Apóstoles dieron testimonio en favor de la autoridad del libro de Daniel. El Apocalipsis de San Juan, sobre todo, es una remembranza, un recuerdo de aquel otro Apocalipsis del Antiguo Testamento y en él hay no ya solamente alusiones sino verdaderas citas del libro del profeta de la cautividad. Es el mismo espíritu el que informa á ambos libros, las mismas levantadas ideas constituyen su fondo, campea en ellos igual destreza en los cuadros y la misma grandiosidad en las imágenes, idéntica sugestión en la doctrina que cautiva el ánimo del lector, le llena de un terror saludable y le eleva á las altas esferas de la sublimidad moral. Para convencerse de ello basta leer el libro de Daniel, sobre todo el capítulo VII, y compararle con los siguientes pasages del Apocalipsis: «Al  
»punto fuí elevado ó arrebatado en espíritu y ví un solio  
»colocado en el cielo, y un personaje sentado en el solio.  
»Y el que estaba sentado, era parecido á una piedra de  
»jaspe y de sardia ó granate y en torno del solio un arco  
»iris de color de esmeralda. Y alrededor del solio veinti-

---

(1) Joan. V, 28, 29.

(2) Dan. XII, 2.

(3) Math. XIII, 43.

(4) Dan. XII, 13.

»cuatro sillas y veinticuatro ancianos sentados, revestidos  
»de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y  
»del solio salían relámpagos y voces y truenos; y siete  
»lámparas estaban ardiendo delante del solio, que son los  
»siete espíritus de Dios (1). Ví también, y oí la voz de mu-  
»chos ángeles alrededor del solio, y de los animales y de  
»los ancianos y su número era millares de millares (2). Mas  
»después que concluyeron de dar su testimonio, la bestia  
»que sube del abismo, moverá guerra contra ellos, y los  
»vencerá y les quitará la vida (3). A la mujer, empero, se  
»le dieron dos alas muy grandes para volar al desierto á  
»su sitio destinado, en donde es alimentada por un tiempo  
»y dos tiempos, y la mitad de un tiempo lejos de la ser-  
»piente (4). Y ví una bestia que subía del mar, la cual tenía  
»siete cabezas y diez cuernos, y sobre los cuernos diez  
»diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia (5).  
»Miré todavía: y he ahí una nube blanca y resplandecien-  
»te y sobre la nube sentada una persona semejante al Hijo  
»del hombre, la cual tenía sobre su cabeza una corona de  
»oro y en su mano una hoz afilada (6). Los diez cuernos  
»que viste diez reyes son, los cuales todavía no han re-  
»cibido reino, mas recibirán potestad como reyes por una  
»hora después de la bestia (7). Entonces fué presa la bestia  
»y con ella el falso profeta, que á vista de la misma había  
»hecho prodigios, con que sedujo á los que recibieron la  
»marca de la bestia y á los que adoraron su imagen. Estos  
»dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego que  
»arde con azufre (8). Luego ví unos tronos y varios per-  
»sonajes que se sentaron en ellos, y se les dió la potestad  
»de juzgar; y ví las ánimas de los que habían sido dego-  
»llados por la confesión de Jesús y por la palabra de Dios,

(1) Apoca. IV, 2-5.

(2) Apoc. V. 11.

(3) XI, 7.

(4) XII, 14.

(5) XIII. 1.

(6) XIV, 4.

(7) XVII, 12.

(8) XIX, 20.



»y los que no adoraron la bestia, ni á su imagen, ni recibieron su marca en las frentes, ni en las manos, que vivieron y reinaron con Cristo mil años (1). Después ví un gran solio reluciente, y á uno (esto es á Jesucristo) sentado en él, á cuya vista desapareció la tierra y el cielo y no quedó nada de ellos. Y ví á los muertos grandes y pequeños estar delante del trono y abriéronse los libros (de las conciencias) y abriose también otro libro, que es el de la vida y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros según sus obras» (2). En Daniel se lee: «Mas en los días de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruído, y este reino no pasará á otro pueblo, sino que quebrantará y acabará todos estos reinos y él mismo subsistirá para siempre» (3). En el Apocalipsis: «El séptimo ángel sonó la trompeta y se sintieron voces grandes en el cielo que decían: El reino de este mundo ha venido á ser reino de Nuestro Señor y de su Cristo y (destruído ya el pecado), reinará por los siglos de los siglos. Amén» (4). Y lo mismo Dan. VIII, 26 y Apoc. XXII, 10; Dan. X, 6 y Apoc. I, 14 y otros pasajes que no citamos por no hacernos interminables.

El Apóstol San Pablo escribiendo á los fieles de Tesalónica describe así el Anticristo: «No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera, porque no vendrá este día (el día del Señor) sin que primero haya acontecido la apostasía casi general de los fieles y aparecido el hombre del pecado hijo de la perdición, el cual se opondrá á Dios y se alzaré contra todo lo que se dice Dios, ó se adora hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios dando á entender que es Dios (5). Palabras que parecen copiadas de Daniel VII, 8-20; VIII, 25; XI, 36». En la carta á los Hebreos exprésase así el Apóstol (viene hablando de los

(1) XX, 4.

(2) XX, 15, 12.

(3) Dan. II, 44.

(4) XI, 15.

(5) II. Tesa. II, 3, 4.

hombres célebres y de los profetas: «Los cuales por la fe »conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron las »promesas, taparon las bocas de los leones, extinguiéron »la violencia del fuego...» (1), aludiendo sin duda alguna á Daniel y á los jóvenes del horno de Babilonia. Y escribiendo su primera carta á los fieles de Corinto les dirige estas palabras el Apóstol de las naciones: «¿No sabeis que »los santos han de juzgar algún día á este mundo? Pues si »el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿no sereis dignos »de juzgar de estas menudencias?» (2), que están tomadas al pie de la letra de Daniel VII, 22: «hasta que vino el anciano »de días y dió sentencia á favor de los santos del Excelso »y vino el tiempo y entraron en el reino los santos». El Príncipe de los Apóstoles, entre otras cosas que pueden leerse en sus cartas, hace esta afirmación que, á nadie más que á Daniel, puede referirse: «De la cual salud tanto in- »quirieron é indagaron los profetas, los cuales pronuncia- »ron la gracia que había de haber en vosotros, escudri- »ñando para cuándo ó para qué punto de tiempo se la daba »á entender el Espíritu de Cristo que tenían dentro... (3) y sobre la cual pueden hacerse las mismas consideraciones que hemos hecho sobre las otras afirmaciones de la Escritura.

La tradición patristica está muy clara sobre el particular. Claro es que no hay aquella unanimidad que exigen los neocríticos (4) y que es imposible dada la finalidad que

(1) Ad Hebr. XI, 33, 34.

(2) I Ad Corintio VI, 2.

(3) I Petr. I, 11.

(4) Los neo-críticos dividen la tradición patristica en dogmática y literaria. Admiten desde luego que hace fe la unanimidad de los Padres *in rebus fidei et morum* mas no en otros asuntos y menos en crítica literaria. Para ello se fundan en estas palabras de Melchor Cano, uno de nuestros más insignes teólogos: «Om- »nium etiam sanctorum auctoritas in eo genere quaestionum, »quas ad fidem diximus minime pertinere; fidem quidem proba- »bilem facit, certam tamen non facit.» (De Locis Theol. VII, 3.)

Pero van más allá. No sólo niegan el derecho sino también el hecho diciendo que los Padres jamás trataron de la autenticidad de los Libros Sagrados, mas en sus escritos defendieron la

perseguían los Padres, pero es lo cierto que no bien Porfirio puso en tela de juicio la autenticidad del libro de Daniel salieron á su defensa el historiador Eusebio de Cesárea en tres libros de admirable doctrina; Apolinar en otro libro no menos recomendable y antes que ellos San Metodio en una obra que hoy lloramos perdida, San Jerónimo en el

canonicidad é integridad de los referidos libros contra la impudencia de los herejes. Pero esto mismo no dice que la autenticidad de las Sagradas Escrituras era para ellos una cuestión resuelta? Apóyanse, para defender su opinión, en los siguientes testimonios de los SS. Padres: Hier. Epist. LXXII, ad Vitalem presbyteruum: «Relege omnes et Veteris et Novi Testamenti libros et tantam annorum reperies dissonantiam, et numerum inter Judam et Israel, id est, inter regnum utrumque confussionem, ut hujusmodi harum quaestionibus non tam studiosi quam otiosi hominis esse videatur.» Jumilius africanus episcopus in Introductione in S. Scripturam de partibus divinae Legis l. I, cap. VIII. «Quod ideo credendum est divinitus dispensatum ut alii quoque divini Libri non auctorum merito, sed Sancti Spiritus gratia tantum culmen auctoritatis obtinuisse noscantur.» Teodoreto hablando de los Salmos dice: «Aliqui dicunt non omnes Psalmos esse David, sed multos fuisse auctores. Nomina autem explicant tribuentes aliquos Psalmos Idutham, alios Etham vel filiis Coré, vel denique Asaph, qui ut prophetae cognoscuntur juxta libros Paralipomenorum. Ex me nihil affirmo: Quid enim mihi ut omnes sint David vel plurium auctorum, si securus sum omnes conscriptos fuisse sub Spiritu Sancti inspiratione?» (In Psal. Prologus). San Hipólito explicaba así el hecho de atribuir á David todos los salmos: «Eo quod cantica distincta sint et quia non omnes Psalmi sunt David, aliquis interrogabit quare omnes Psalmos David tribuuntur et sub ejus nomine inscripti fuerunt. Nos respondemus: quia fuit occasio sic operandi. Ipse David cantores elegit propter quod David honorem accepit et omne quod dicitur de cantoribus ipsi David tribuitur» (In Psalmos). San Jerónimo en el prólogo á los libros sapienciales dice estas palabras: «Secundus (Liber Sapientiae) apud Haebreos nuspiam est, nam et ipse stylus graecam eloquentiam redolet: et nonnulli scriptorum veterum hunc esse judaei Filonis affirmant.» Y hablando de su canonicidad añade: «Sicut ergo Judith, Tobiae et Machabeorum libros legit quidem eos Ecclesia, sed inter canonicas scripturas non recipit, sic et hoc duo volumina (Ecclesiasticum et Sapientiam) legat ad aedificationem plebis, non ad auctoritatem

Proemio de sus comentarios sobre Daniel, dice: «Non enim »solum scribit (Daniel) Eum (Christum) esse venturum, »quod est commune cum caeteris, sed etiam quo tempore »venturus sit docet, et Reges per ordinem praenuntiat. »Quae quia vidit Porphyrius universa completa, et tran- »sacta negare non poterat superatus historiae veritate in

»ecclesiasticorum dogmatum confirmandam.» San Agustín «De consensu evangelistarum, lib. III, cap. VII» explicando por qué San Mateo cita como de Jeremías un pasaje de Zacarías, dice: «Potuit enim fieri, ut animo Matthaei Evangelium conscribentis »pro Zacharia Jeremias occurreret, ut fieri solet, quod tamen »sine ulla dubitatione emendaret, saltem ab aliis admonitus, qui »ipso adhuc in carne vivente, hoc legere potuerunt, nisi cogita- »ret recordationi suae, quae Sancto Spiritus regebatur, non »frustra occurrisset aliud pro alio nomen Prophetæ, nisi quia ita »Dominus hoc scribi constituit.» «Cur autem ita constituerit »Dominus, prima illa causa utilissima debet cogitari, etiam sic »esse insinuatam, ita omnes prophetas uno Spiritu locutos mira- »bili inter se consensione constare, ut hoc multo amplius sit, »quam si omnium omnia Prophetarum uno enim hominis ore »dicerentur: et ideo indubitanter accipi debere quaecumque per »eos Spiritus Sanctus dicit, et singula esse omnium et omnia »singulorum. Cum igitur et quae dicta sunt per Jeremiam tam »sint Zachariae quam Jeremiae et quae dicta sunt per Zacha- »riam tam sint Jeremiae quam Zachariae, quid opus erat ut »emendaret Matthaeus cum aliud pro alio sibi nomen occurrens »a se scriptum relegisset: ac non potius sequens auctoritatem »Spiritus Sancti, a quo mentem suam regipus no bis ille utique »sentiebat, ita ut scriptum relinqueret sicut cum admonendo »constituerat ei Dominus, ad informandos nos tantam verborum »suorum inter Prophetas esse concordiam, ut non absurde uno »congruentissime etiam Jeremiae deputaremus quod per Zacha- »riam dictum reperiremur?»

San Gregorio Magno (Moralium In Job. Praef. cap. 1, 2), dice: «Sed quis haec scripserit valde supervacue quaeritur: cum »tamen auctor libri Spiritus Sanctus fideliter credatur. Ipse igi- »tur haec scripsit, qui scribenda dictavit. Ipse scripsit, qui et in »illius opere inspirator extitit, et per scribentium vocem imitan- »da ad nos ejus facta transmissit. Si magni cujusdam viri suscep- »tis epistolis legeremus verba, sed quo calamo fuissent scripta, »quaereremus, ridiculum profecto esset epistolarum auctorem »scire sensumque cognoscere, sed quali calamo earum verba im- »pressa fuerint indagare. Cum ergo rem cognoscimus, ejusque

»hanc prorupit calumniam. Ut omnia quae in consumatione Mundi de Antichristo futura dicuntur propter gestarum in quibusdam similitudinem, sub Antiocho Epiphane impleta contendat: Cujus impugnationis testimonium veritatis est. Tanta enim dictorum fides fuit, ut Prophetam incredulis hominibus non videatur futura praedixisse sed narrasse praeterita.»

Pero tenemos un argumento de fuerza incontrastable, el argumento de prescripción. Siempre se ha creído que el libro de Daniel era del autor que lleva su nombre. El primero que lo negó fué el filósofo neoplatónico Porfirio en el siglo III de la Iglesia y lo negó porque sí, porque según él un escrito en el cual se lee una profecía es posterior al acontecimiento predicho que es cabalmente lo que afirman Semler y Bertold á quienes siguen ciegamente la turba multa de exegetas y críticos, protestantes y racionalistas que ni aún en sus impías negaciones tienen el mérito de la originalidad. Decimos que las objeciones de Porfirio de-

»rei Spiritum Sanctum auctorem tenemus, quia scriptorem quaerimus, quid aliud agimus nisi legentes litteras de calamo percontamur?»

Santo Tomás en el proemio del cantar de los cantares dice: «Sicut ergo superstitiosum esset cum quareretur de auctore alienius libri, quaerere cum qua penna scriptus fuisset liber, ita quodam modo superstitiosum videtur quod aliquis sit multum sollicitus inquirere causas instrumentales sacrae Scripturae: nam si constat de veritate quod liber sit a Spiritu Sancto, non est magna cura adhibenda ad inveniendum auctorem alium.»

Estos y otros testimonios que pudieran aducirse prueban á lo sumo una cosa, que con ser de capital importancia la cuestión de los autores materiales de los Libros Sagrados, es de un orden secundario comparándola con la cuestión del autor principal de ellos que es el Espíritu Santo. Pero ni prueban que los autores de los Libros no sean los que asigna la tradición, ni demuestran que no hay tradición patristica, ni mucho menos puede invocarse su testimonio para fijar la redacción del libro de Daniel en una época posterior á la cautividad.

Por lo demás, en el texto, á lo menos según nuestro parecer, quedan cumplidamente resueltas las objeciones de nuestros adversarios.



bieron ser de escasa fuerza, porque si hubieran tenido algún fundamento, si hubiesen sido argumentos decisivos en contra de la autenticidad de Daniel, la Iglesia, columna y firmamento de la verdad que tuvo siempre en gran estima la palabra de Dios, que no permitió jamás á la palabra del hombre, siquiera fuese de un genio, usurpar aquel título sagrado; que mostróse implacable siempre contra las producciones apócrifas por mucha que haya sido su reputación y que por conducto de los antiguos Papas las ha condenado con una severidad inflexible, le hubiera excluído decididamente de la colección de las Santas Escrituras (1). Pero como en el libro de Daniel no puede acotarse ni una inexactitud histórica, ni un error por levísimo que sea sino únicamente predicciones del porvenir, la Iglesia que ha creído siempre, como cree ahora y creerá hasta la consumación de los siglos en el orden sobrenatural y en las profecías, que son su nota característica, ha conservado en el Canon de sus libros sagrados éste que es el blanco de los racionalistas y en ello ha obrado admirablemente como hace siempre asistida como está en sus determinaciones con las luces del Espíritu Santo.

---

(1) El Canon más antiguo de la Iglesia sobre el Antiguo Testamento fué fijado en un concilio de Roma bajo el Papa San Dámaso, y ochenta años antes habían aparecido los famosos discursos de Porfirio donde ataca sañudamente la autenticidad de Daniel.

## CAPÍTULO VI

## CONTESTACIÓN Á LAS DIFICULTADES

Quizá ningún libro de la Sagrada Escritura ha sido objeto de tan rudos ataques de parte de los racionalistas como este de Daniel que vamos examinando y por eso contra ningún otro hanse acumulado tantas dificultades que procuraremos ir solucionando en la medida de nuestras fuerzas, no sin antes hacer notar á nuestros lectores que si á alguna de las objeciones no encontramos solución plausible, lo diremos con cristiana franqueza, que no siempre la bondad de las armas está en razón directa de la santidad de la causa que se defiende.

El primer argumento que hemos aducido en pro de la autenticidad de Daniel es el empleo simultáneo en su redacción de dos idiomas: el hebreo y el arameo. Desde luego confesamos que no es apodfético y hacemos esta ingenua confesión porque tenemos á los argumentos internos como subsidiarios en este género de controversias. Sin embargo, no deja de tener su fuerza, que tratan de desvirtuar precisamente los racionalistas y los partidarios de la Escuela neo-crítica que rinden culto casi supersticioso á este linage de argumentos. Si el autor, dicen, empleó en la redacción de su libro el hebreo y el arameo por conservar el sabor local, debió hacer hablar á Nabucodonosor y á Baltasar y á sus cortesanos en Caldeo, á Darío en medo y á Ciro en persa, pero resulta que hablan en arameo, lengua de la Siria que comenzó á mezclarse con la hebrea en la

época de los macabeos y dió por resultado el siro-caldáico que hablaron desde el primer siglo antes de Jesucristo, y cuya lengua es de suponer que no usaran los reyes babilonios y persas para comunicarse con su pueblo que ninguna obligación tenía de saberlo. Pero es de advertir que la fuerza de nuestro argumento no estriba precisamente en que el autor emplease las dos lenguas para conservar el sabor local, sino en que el empleo de los referidos idiomas es únicamente posible desde el punto de vista histórico en la época de la cautividad. Por lo demás, los reyes Babilonios y Persas podían saber y aún emplear en sus documentos oficiales y en su vida particular todos los idiomas del mundo, pero un historiador como es el autor de nuestro libro, ha de emplear en la redacción de su libro aquel ó aquellos idiomas que sean del dominio y de uso vulgar entre aquellas personas á quienes se dirige, y estos idiomas eran el hebreo para las que gemían en la cautividad de Babilonia y el arameo, lengua vulgar, entre los vencedores del pueblo de Dios.

Lo que dicen del arameo que degeneró en el siro-caldáico, lengua vulgar un siglo por lo menos antes de Jesucristo, más bien favorece á la opinión tradicional que la perjudica, porque un idioma, sea cualquiera el grado de cultura y civilización del pueblo que lo emplea, no se forma en un instante como por ensalmo y por vía de encantamiento, sino que ha de conformarse á ciertos cánones fundados en la psicología de los pueblos y ha de contar sobre todo con el tiempo, factor indispensable de toda obra humana digna de pasar á las generaciones venideras.

Otro argumento que aducíamos en favor de nuestra tesis era el hebreo aramaizado y el arameo hebraizado del libro, hecho explicable únicamente en el período exiliano por la convivencia de los cautivos con sus vencedores. Pues bien: para nuestros adversarios, ésto es, precisamente lo que retrasa la composición del libro hasta fines del siglo II ó principios del I antes de la era cristiana, porque hasta entonces habíase empleado el hebreo sin mezcla de ninguna clase, como lo prueban los fragmentos del Ecle-

siástico (libro que no ha podido ser escrito antes del 180) que se han encontrado hace pocos años y que están escritos en hebreo purísimo que en nada cede al clasicismo de Isaías ni al de Job, más clásico aún que el de Isaías, y que representando el protagonista del libro al pueblo hebreo oprimido por Antioco no pudo ser aquel escrito en una época anterior á los Macabeos. Nada tenemos que oponer á nuestros adversarios respecto á la fecha de redacción del libro del Eclesiástico, porque efectivamente el traductor griego, nieto del autor (1), hizo la versión del libro en el año 38 de Ptolemeo VII, llamado Fiscón; hermano de Ptolomeo Filometos, año que corresponde al 130 antes de Jesucristo, y por consiguiente su abuelo debió vivir y componer el libro entre los años 180 y 200 antes de nuestra era. Pero ésto no obsta en manera alguna para que la escribiera en hebreo purísimo y aún clásico. Esto que vemos afirmando tiene precedentes en la Historia de la Li-

---

(1) En el prólogo de este libro se lee: «Mi abuelo Jesús, después de haberse aplicado con la mayor diligencia á la lección de la ley y de los profetas y de los otros libros que nos entregaron de mano en mano nuestros padres; quiso él también escribir alguna cosa de las que pertenecen á la doctrina y á la sabiduría, para que los que desean aprender y tener instrucción de aquellas cosas, atiendan más y más á su deber, y se fortifiquen en vivir según la ley. Amonéstoos, pues, que lleguéis con benevolencia y que lo leáis con muy atento cuidado y que nos perdoneis en aquellas cosas, en que siguiendo la imagen de la sabiduría, parece que hemos desfallecido en la contextura de las palabras. Porque desfallecen las palabras hebreas cuando son trasladadas en otra lengua. Y no sólo éstas, sino también la misma ley y los profetas y las de los otros libros, no tienen pequeña diferencia, cuando enuncian en la propia lengua. Porque el año treinta y ocho, en tiempo del rey Ptolomeo Evergetes después que llegué á Egipto, y habiendo estado en él largo tiempo, encontré allí los libros (el griego: un ejemplar de este libro) que se habían dejado, de no pequeña ni despreciable doctrina. Y así yo también creí que sería bueno y necesario aplicar algún estudio y trabajar para interpretar este libro: y en este espacio de tiempo empleé hartas vigiliias y no pequeño estudio, con el fin de concluirlo y darlo acabado á aquellos que quieren aplicarse, y aprender de qué manera deben arreglar sus costumbres, los que se han propuesto vivir según la ley del Señor».

teratura de todos los pueblos. El griego de Esquilo, Sófoles, Eurípides y Aristófanes en el arte dramático, el de Heródoto y Tucídides en el género histórico, y el de Demóstenes y Esquines en la oratoria, es más puro que el griego vulgar empleado por el pueblo heleno en su vida de relación; el latín de las oraciones de Cicerón y de Hortensio, las lucubraciones de Marco Terencio Varrón el doctísimo, las historias de Tito Livio, Salustio, Julio César y Cornelio Nepote y el lenguaje de los poetas Tibulo, Ovidio, Horacio y Virgilio, estaban muy por encima del lenguaje del pueblo romano, de aquella muchedumbre de pobres que pasaban la vida acumulados en la fangosa Suburra ó en los tugurios que el Tiber se llevaba á cada inundación, amontonados en casas de siete y ocho pisos, el haraposos, el ratero, la andrajosa meretríz, el gramático sin dinero, el charlatán de griego, el niño expósito se educaban en la escuela de la corrupción y salían sólo para meterse en las *pópinas* á tomar el pan malo, el vino caliente, las cabezas de carnero que les daban por dos ases obtenidos en la calle por vía de limosna ó arrancados á la generosidad patricia; que pasaban el día en saludar y hacer la corte al patrono, mendigando la espórtula en los vestíbulos de los palacios, oyendo luego las disputas en el foro, aplaudiendo cuando un orador pronunciaba un período que halagase su oído descontentadizo ó una palabra que lisonjease la vanidad nacional; asistiendo después á las revistas en el campo de Marte, ó jugando á la pelota ó á los tejos; refrescándose en los baños; calentándose en los sudarios; divirtiéndose con las agudezas de un bufón ó de un filósofo, y ansiando siempre la pompa de los sacrificios y la suntuosidad de las cenas sacerdotales. Hoy mismo lo estamos viendo, lo estamos palpando. El castellano de los Sres. Valera, Menéndez Pelayo y Mir, de la Real Academia Española, parece arrancado á los clásicos del siglo de oro de nuestra literatura; más aún, el discurso del Sr. Brieva y Salvatierra en la apertura de curso de este año en la Universidad Central, es un caso fulminante de clasicismo. ¿Y hemos de decir por eso que los escritos de estos distinguidos y eruditísimos literatos

pertenecen al siglo diez y seis? Además el hecho que examinamos tiene su explicación en el capítulo XIII de Nehemías (1). Por lo que se refiere al libro de Job negamos resueltamente que este personaje sea tipo de los sufrimientos del pueblo hebreo bajo la dominación de Antioco Epifanes y todas las consecuencias que se derivan de esta hipótesis por demás extraña y sin fundamento.

El libro de Job es una composición dramática (2) que concreta en un ejemplo vívido, palpitante, el problema

(1) En el cap. XIII, 23-31, se lee: «Ví asimismo en aquel tiempo algunos judíos que estaban casados con mujeres de Azoto de Ammon y de Moab. Y sus hijos la mitad hablaban la lengua de Azoto y no sabían hablar judáico, y hablaban según la lengua de los dos pueblos. Y los reprendí y maldije. El hice azotar á algunos de ellos, y mesarlos los cabellos, y que jurasen por Dios, que no darían sus hijas á los hijos de ellos, y que no tomarían de las hijas de ellas para sus hijos, ni para sí mismos diciendo: ¿Pues no es en ésto en lo que pecó Salomón, rey de Israel? y ciertamente, en muchas naciones no había rey semejante á él, y era amado de su Dios, y Dios le puso rey sobre todo Israel, pues aún á éste indujeron á pecar las mujeres extranjeras. ¿Por ventura desobedientes también nosotros haremos toda esta grande maldad, que prevariquemos contra nuestro Dios y tomemos mujeres extranjeras? Y entre los hijos de Joiaidá hijo de Eliásib, sumo sacerdote, uno era yerno de Sanaballat, Haronita, á quien ahuyenté de mí. Acuérdate, Señor mío, contra aquellos que profanan el sacerdocio, y derecho sacerdotal y Levítico. Los purifiqué, pues, de todas las extranjeras, y restablecí las clases de los sacerdotes y de los Levitas, á cada uno en su ministerio». ¿No está indicando este pasaje que Nehemías procuró corregir todos los abusos, uno de los males y no el menor de todos era el olvido de la lengua santa? Es de presumir fundadamente que si no fundó una Academia, en el sentido que hoy se dá á esta palabra, por lo menos excogitaría algún medio para devolver á la lengua de los profetas su pureza primitiva.

(2) Esta denominación no es rigurosamente exacta. El drama exige una acción exterior y en el libro de Job no hay más que una lucha interna. En la literatura aria no hay con quien compararle. En cambio en la semítica sí. Se parece mucho á la *Makama* ó á la *Musamirá* de los Árabes, especie de piecitas de pasatiempo nocturno entre los semitas y que si no se ajustan á los cánones de la poesía griega no son por eso menos dignas de ocupar la atención de las gentes.

filosófico religioso de la Providencia divina y la distribución de bienes y males en el mundo. Por su forma es de la época de Salomón y por su fondo parece anterior á Moisés, pues no hay en él ni una alusión siquiera á los hechos posteriores al éxodo, mientras las hay muy marcadas á los grandes acontecimientos anteriores, la creación, la caída del hombre, los gigantes, el diluvio y la ruina de Sodomá. El parecido, la identidad que pretenden encontrar los racionalistas entre las tribulaciones del pacientísimo Job y los trabajos del pueblo de Dios bajo la dominación de los Seleucidas, no existe más que en la exuberante imaginación de nuestros adversarios. ¿Qué tiene que ver el dolor sublime del Patriarca de la Idumea, que tenía conciencia de su probidad, de que era inocente, que esperaba su rehabilitación con firmeza inquebrantable y la consiguió por inescrutables designios de la Providencia, con el dolor común, vulgar y prosáico de un pueblo prevaricador, que tenía conciencia de sus defecciones, que se entibió por lo menos en la fe y piedad de sus mayores y perdió para siempre su nacionalidad?

Hemos invocado en testimonio de la veracidad del libro de Daniel y de su autenticidad, desconocida por nuestros adversarios, el sello de extranjerismo que lleva la indicada composición literaria así como sus alusiones claras, patentes á la época de la cautividad y á los usos y costumbres de la Corte de Babilonia revelados por los textos cuneiformes debidos á los descubrimientos arqueológicos modernos. Pero los racionalistas sintiendo todo el peso de este argumento incontrastable hacen un *tour de force* por debilitar su eficacia y sostienen *per contrapositionem* que el libro lleva el sello de la época de los macabeos; que las narraciones y oráculos en él consignados no tienen otra finalidad que levantar el abatido ánimo de los judíos y confortarlos é inflamarlos en la fiel observancia de la ley en medio de las persecuciones; que los que se titulan reyes Nabucodonosor, Baltasar y Darío el Medo no son más que cualidades de Antioco Epifanes, que se consignan en el libro tan notables ejemplos de la justicia divina para mover al impío rey al arrepentimiento, y finalmente, que el

autor, para rodear á su libro de más autoridad, tomó el nombre de Daniel y en él propuso al afligido pueblo los oráculos y narraciones. Desde luego hacemos notar que para los racionalistas es Daniel un sér perfectamente desconocido, cuya existencia histórica niegan no pocas veces y en esta ocasión porque les conviene lo elevan á la categoría de personaje célebre. Y ahora iremos contestando categóricamente á las afirmaciones de nuestros enemigos.

No negamos, antes al contrario, lo hemos afirmado resueltamente al tratar de la misión de Daniel en la corte de Babilonia, que los ejemplos de piedad que abundan en la vida del profeta y la fortaleza heroica de los tres jóvenes que prefieren las llamas del horno candente á doblar su rodilla en señal de adoración á la estatua erigida por Nabucodonosor, són muy á propósito para levantar la piedad y fomentar el culto del verdadero Dios y la observancia religiosa de las divinas leyes. Más aún: en este libro admirable resplandee la bondad de Dios y su providencia especial para los que le aman á quienes no abandona jamás antes bien socorre con solicitud cariñosa, aunque para ello haya que obrar prodigios estupendos.

Es el libro de Daniel una obra llena de doctrina incomparable y contiene admirables documentos aplicables á todos los hombres de todos los tiempos y de todas las latitudes, lo mismo á los que viven sentados á la sombra de sus camellos en los ardientes arenales del África y del Asia, que bajo los inmensos toldos de verdura en los sombríos bosques del Nuevo Mundo; lo mismo á los que habitan en las orillas del Ganges, que en las risueñas islas de la Océanía, lo mismo á los que están allá sobre los hielos donde las noches son eternas, que al sol abrasador, hirviente de los trópicos. Que tal es la finalidad de toda la Sagrada Escritura.

Pero no es ésta la cuestión á resolver. Aquí se trata de saber si las narraciones contenidas en el libro llevan el sello peculiar de la época de Antioco y no son ya un boceto sino una pintura exacta, un retrato más bien, una fotografía de la personalidad moral del rey impío.



Los racionalistas lo afirman solamente bajo su palabra de honor para concluir que el libro en cuestión es del período postexiliano. Nosotros lo negamos resueltamente apoyados en las siguientes consideraciones:

En primer lugar hemos visto ya y puede notarlo el lector con abrir el capítulo primero de Daniel, que este profeta y sus compañeros, todos ellos piadosísimos, fueron educados en la corte de Babilonia, que aprendieron la lengua, ciencias y artes de los Caldeos, y recibieron de manos de un rey gentil todo género de condecoraciones y dignidades. Mas en tiempo de los Macabeos, son los impíos, los hijos indignos de Israel los que se van con los gentiles, mientras los buenos israelitas, atentos á la voluntad de Dios que prohíbe tales reuniones, viven alejados de toda sociedad. Daniel y sus compañeros pueden abstenerse sin dificultad alguna de los manjares prohibidos por la ley, los israelitas de la época de los Macabeos vense obligados bajo severísimas penas no solamente á comer las viandas declaradas inmundas por la Ley sino también á abandonar el culto del verdadero Dios. Los tres jóvenes pónense en manos de Dios, confiados en su amorosa Providencia, pero sin defenderse y el Señor por medio de grandes milagros les libra de todo género de tribulaciones; en los días del impío Antioco los más piadosos varones del pueblo de Israel engrosan las filas del ejército, excítanse á defender con valor la Religión de sus padres (1) y la madre patria, es decir, la casa que los vió nacer, la cuna donde se mecieron, el terruño amasado con el sudor de su frente y los sepulcros

---

(1) Y dijo Matatías: ¡Ay de mí! ¿Por qué nací para ser la ruina de mi pueblo, y la ruina de la santa ciudad y estarme en ella sentado mientras que es entregada en manos de sus enemigos? Las cosas santas están en manos de extraños; su templo es como un hombre deshonrado. Los vasos de su gloria llevados son en cautiverio; sus ancianos son despedazados en las calles, y sus jóvenes han muerto á espada de los enemigos. ¿Qué gente no heredó el reino de ella, y no participó de sus despojos? Todo su atavío ha sido quitado. La que era libre, ha sido hecha esclava. Y he aquí nuestras cosas santas, y nuestra hermosura y nuestro esplendor todo ha sido afeado, y lo han profanado las gentes. ¿Pues de qué nos sirve vivir aún? I. Machab. cap. II, 7-13.

sacrosantos de sus mayores, muchos de ellos caen vencidos en el campo de batalla, sufren muerte ignominiosa por no pisotear las santas leyes y sin embargo Dios no hace prodigio de ningún género. ¿Dónde está la identidad, ni siquiera la semejanza entre los datos del libro de Daniel y la época de los Macabeos? Aunque agoten nuestros adversarios toda la sustancia gris de sus cerebros no llegarán jamás á demostrar sus afirmaciones sobre este asunto.

Tampoco podemos suscribir la comparación que establecen los racionalistas entre Antioco Epifanes y los reyes de Babilonia Nabucodonosor, Baltasar y Darío el Medo. Es cierto que Nabucodonosor llevó consigo como señal de trofeo los vasos sagrados del templo de Jerusalén, que destruyó la ciudad y el templo, y condujo cautivo á todo el pueblo, y quitó la vida á los hijos de los reyes (1) y á los pri-

---

(1) He aquí cómo describe Jeremías LII la toma de Jerusalén por los Caldeos: Hijo de veintiun años era Sedecías cuando comenzó á reinar; y reinó once años en Jerusalén y su madre se llamaba Amital, hija de Jeremías de Lobna. El hizo lo malo delante del Señor, conforme á todo lo que había hecho Joaquín... Y aconteció en el año nono de su reinado, el mes décimo, á los diez del mes: Vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, él mismo y todo su ejército contra Jerusalén y la cercaron y levantaron baterías alrededor contra ella. Y estuvo la ciudad sitiada hasta el año undécimo del rey Sedecías. Mas el cuarto mes, á nueve del mes, se apoderó el hambre de la ciudad y no había víveres para el pueblo de la tierra... Y el ejército de los Caldeos persiguió al rey y asieron de Sedecías en el desierto... y luego que prendieron al rey lo llevaron al rey de Babilonia... y degolló el rey de Babilonia á los hijos de Sedecías ante sus ojos; y mató además á todos los príncipes de Judá en Reblatha y sacó los ojos á Sedecías y lo aprisionó con grillos, y el rey de Babilonia lo llevó á Babilonia y lo puso en la casa de la cárcel hasta el día de su muerte. Y en el mes quinto, á los diez del mes, este es el año décimo-nono de Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino á Jerusalén Nabuzardán general del ejército, el cual estaba delante del rey de Babilonia. Y quemó la casa del Señor y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén y toda casa grande la abrasó con fuego. Y todo el ejército de los Caldeos, que estaba con el general de la tropa, derribó todo el muro de Jerusalén al rededor. Casi con las mismas palabras se lee este acontecimiento. IV, Reg. XXV, lo cual demuestra que aquí no se trata de Antioco.

mates de la nación (1), pero en cambio á Daniel le colmó de honores y dignidades y á sus compañeros hizoles prefectos de la provincia de Babilonia y en suma ambos relatos son semejantes pero no idénticos, porque Nabucodonosor no pretende abolir la religión de los judíos, ni que abandonasen sus leyes ni siquiera á su Dios nacional sino que, indiferentista en materia de religión, quiere que además de á su Dios tributen el supremo culto á los dioses del Imperio. Más aún, él mismo colma de alabanzas al Dios de Daniel y da dos decretos castigando con severísimas penas á los que impudentes osen blasfemar el sacrosanto nombre del Dios de los judíos (III, 16; IV, 34). Y si Dios castiga á Nabucodonosor con aquel extraño género de locura, no es á causa de haber perseguido á su pueblo sino por la elación y soberbia que se apoderó de su corazón al contemplar el poder, el lujo y la magnificencia de Babilonia.

Ni Baltasar, ni Darío el Medo tienen el más leve parecido con Antioco Epífanes. Baltasar jamás persiguió á los judíos; reprendido ásperamente por Daniel recibe hasta con humildad la reprensión y colma al que le reprende de todo linaje de honores y dignidades; castígale Dios por haber profanado los vasos sagrados y alabado á los ídolos con mengua del honor que es debido exclusivamente al Dios verdadero, pero Antioco lleno de soberbia entró en el templo, quitó los vasos sagrados y los redujo á menudo polvo,

---

(1) Y subió (Antioco) á Jerusalén con su poderoso ejército. Y entró con soberbia en el santuario y tomó el altar de oro y el candelero para alumbrar y todos sus vasos y la mesa de la proposición y las tazas y las copas y los morteros de oro y el velo y las coronas y el ornamento de oro, que estaba en la fachada del templo, y todo lo hizo trozos. Y tomó la plata y el oro y los vasos preciosos; y tomó los tesoros que halló escondidos y llevándoselo todo se volvió á su tierra. E hizo grande estrago de hombres y habló con grande soberbia, y hubo grande duelo en Israel y en todos los lugares de ellos. Y gimieron los príncipes y los ancianos, las doncellas y los jóvenes quedaron sin alientos, y se cambió la hermosura de las mujeres. Todo marido tomó luto y los que estaban sentados en el lecho nupcial lloraban y se conmovió la tierra á causa de los que moraban en ella y toda la casa de Jacob fué cubierta de confusión. I Machab. I, 22-29.

y se apoderó de los tesoros del templo, cosa que no hizo nunca Baltasar. Baltasar fué muerto y su reino pasó de un pueblo á otro, de los Caldeos á los Medos y á los Persas; mas Antioco ni murió asesinado ni su reino pasó inmediatamente á otros, antes bien su hijo Antioco Eupator reinó dos años bajo la sucesiva tutela de Filippo y de Lysias (1).

Mucho menos puede ser tipo del perseguidor Antioco el pacífico Darío el Medo, tal como nos le pinta el capítulo sexto de Daniel en admirable conformidad con los textos cuneiformes. Engañado por la falsa y astucia de los envidiosos enemigos de Daniel, mas sin sospechar nada malo para su querido amigo del alma, da un decreto obligatorio á todos los palaciegos para que por espacio de treinta días no pidan favor alguno á ninguna divinidad nacional ó extranjera sino solamente al rey. Cuando hubo que aplicar la sentencia condenatoria á Daniel, el rey se entristeció sobremanera, puso todo su conato en librarle y trabajó denodadamente hasta la tarde para arrancarle del lago de

---

(1) Y cuando el rey (Antioco) oyó estas noticias, quedó lleno de espanto y turbación y se postró en cama y enfermó de melancolía, porque no le había sucedido como pensaba. Y estuvo allí muchos días, porque se renovó en él una grande melancolía y consintió en que se moría. Y llamó á todos sus amigos y les dijo: Se ha retirado el sueño de mis ojos y me veo desfallecido, y mi corazón abatido de cuidados, y he dicho en mi corazón: ¡A cuánta tribulación me veo reducido, y en qué ondas de melancolía me hallo ahora yo, que era feliz y querido en mi dignidad! Mas ahora se me representan los males que he hecho en Jerusalén, de donde me traje todos los despojos de oro y de plata, que había en ella, y envié á exterminar sin causa á los de Judea. Y conozco que por eso me han venido todos estos males, y ved que muero de profunda melancolía en tierra extraña. Y llamó á Filippo, uno de sus confidentes, y le dió el mando sobre todo su reino, y le dió la corona, y su manto real y anillo, para que trajese á Antioco su hijo y cuidase de su educación, y que reinase. Y murió allí el rey Antioco en el año ciento cuarenta y nueve. Y entendió Lysias que era muerto el rey, y proclamó por rey á Antioco su hijo á quien había criado desde que era niño y le puso por nombre Eupator. I Machab. VI, 8-17. Véase también II Machab. V, 15; IX, 5.

los leones. Tuvo que ceder contra su voluntad por razones de Estado, mas pide á Dios que le libre; lleno de profunda melancolía no puede comer ni dormir, acude muy de mañana al lago de los leones y llénase de intensa alegría al ver á Daniel incólume entre las fieras del desierto; castiga á los acusadores del profeta y manda que el Dios de Daniel sea temido y adorado por todos los hombres de todos los pueblos, de todas las tribus y de todos los idiomas. ¿Hay en ésto algo que se parezca á la impía conducta de Antiocho perseguidor de los judíos y destructor del culto del Señor?

Por lo cual concluimos con un notabilísimo exegeta de nuestros días: *¿Quae, igitur, similitudo inter Danielem amicum regum gentilium, in aula eorum commorantem, honoribus ab eis affectum et Machabeos omnia cum gentibus societatem abominantes, armis fortiter pugnantes contra regem gentilem? ¿Quae similitudo inter reges Danielis Judaeos promoventes honoribus, Dominum laudantes ejusque reverentiam praecipientes et Antiochum persecutorem qui omni conatu et crudelitate cultum Dei debere conatur? Profecto nulla. Mirum, si qui tempore machabaico Antiochum voluit depingere non alia selegisset exempla. Daniel reges honorat; aliter, plane aliter loquuntur aequales Machabeorum: tu inventor omnis malitiae, sceleste, omnium hominum flagiotissisime (1); tempora plane mutata sunt; qui gentilem favent apostatae consentur. Prinde si ex indole temporis et sententia communi judicandum est, fieri non potuit ullo modo, ut tempore ma-*

(1) «Mas tú que eres el autor de todos los males contra los Hebreos, no escaparás de la mano de Dios. Pues nosotros padecemos ésto por nuestros pecados. Y si el Señor nuestro Dios se ha airado un poco contra nosotros para corregirnos y enmendarnos; mas de nuevo se reconciliará con sus siervos. Pero tú, oh malvado, y el más perverso de todos los hombres, no te ensoberbezcas inútilmente con vanas esperanzas, enfurecido contra tus siervos. Porque aún no has escapado del juicio de Dios todopoderoso, y que ve todas las cosas. Porque mis hermanos, habiendo ahora tolerado un dolor pasajero, están ya bajo la alianza de la vida eterna, mas tú por el juicio de Dios pagarás las penas debidas á tu soberbia. II Machab. VII, 31-36.

chabaico Danielis res gestae fingerentur. Eo tempore alius plane Daniel, alii prorsus reges gentiles descripti essent et piis propositi» (1).

Otro de los argumentos de nuestros adversarios contra la autenticidad de Daniel son estas palabras que se leen en el capítulo primero de su libro: «Y permaneció Daniel hasta el año primero del rey Ciro» (2). Luego lo que es posterior al primer año de Ciro no es de Daniel y por consiguiente el libro de este profeta, tal como le tenemos en nuestras biblias, no es auténtico. Mas este argumento es más especioso que eficaz, porque no quieren decir estas palabras que Daniel muriese en el primer año del rey Ciro sino que conoció el primer año que fué el más célebre de este monarca y el fin de la cautividad (3).

Con lo cual queda contestada otra objeción de nuestros adversarios fundados en estas palabras del libro que vamos examinando: «En el tercer año de Cyro, rey de los Persas, fué revelada palabra á Daniel por sobrenombre Baltasar, y palabra verdadera y fortaleza grande; y entendió la palabra, porque menester es inteligencia en la visión» (4). Como

(1) Jos. K. Nabenbaner. S. J. In Dan. pág. 36.

(2) Dan. I, 21.

(3) Le complement biographique, qui forme le chap. I, se termine par une phrase sur le sens de la quelle on s' est mépris; je cite le latin quire ad le texte hébreu á la lettre: *fuit autem Daniel usque ad annum primum Cyri regis*. Cela signifie, dit-on, que Daniel est mort la premier année de le prince á été ajoutée apris coup, par une maladresse inconcevable. Ce raisonnement prouve trop et ainsi ne prouve rien. Les critiques les plus exigeants accordent que les six premiers chapitres au moins forment un ensemble. Or le chapitre VI, dans le texte aramien, se termine par ces mots: «Ce Daniel (dont on vient de parler) eut un sort prospère sous les regnes de Darius et de Cyrus le Perse». La contradiction convencerait donc ici. Le vrai sens du premier passage cité le voici: Daniel vit la premiere année, si memorable, de Cyrus et la fin de la captivité. On ne parle nulle part de la mort du prophete; on assigne á la carriere un terme très vague, et dece chef le livre pourrait avoir reçu le [forme actuelle du vivant de son principal auteur]. A Delatre. *De l' autenticite du livre de Daniel*, pág. 425.

(4) Dan. X, 1.

se ve no hay entre estas palabras y las del capítulo primero, versículo veintiuno, la contradicción que presumen nuestros enemigos.

Fundándose en estas palabras de Daniel: «En el año tercero del reino de Joaquín, rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia á Jerusalén y la sitió: Y entregó el Señor en su mano á Joaquín, rey de Judá, y una parte de los vasos de la casa de Dios y los trasladó á tierra de Sennáar á la casa de su dios y metió los vasos en la casa del tesoro de su dios. Y dijo el rey á Asfenez, prefecto de los eunucos, que de los hijos de Israel, y de la estirpe de sus reyes y grandes, le destinase niños en que no hubiese defecto, de buena presencia, é instruídos en todo saber, hábiles en ciencias y bien disciplinados, y que pudiesen estar en el palacio del rey y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. Y les señaló el rey ración para cada día de sus manjares, y del vino que él bebía para que mantenidos así TRES AÑOS, después sirviesen en la presencia del rey» (1), y estas otras: «En el año segundo del reino de Nabucodonosor, vió Nabucodonosor un sueño y fué consternado su espíritu y su sueño huyó de él» (2), pretenden coger al autor inspirado en contradicción flagrante. Porque si habían de estarse educando los jóvenes tres años en la corte no es posible que á los dos años los llamase Nabucodonosor bajo pena de muerte (3). Pero tiene nada de particular que despechado el rey por no encontrar solución al enigma envolviese en su odiosa proscripción así á los caldeos titulares, digámoslo así, como á los que aspiraban á obtener este título honroso en la corte

---

(1) Dan. I, 1-5.

(2) Dan. II, 1.

(3) Nabucodonosor llevó cautivo á Joaquín, cumplido el año tercero de su reinado y después los jóvenes cautivos de la Judea, fueron criados y educados por espacio de tres años, por lo que este segundo año no se puede entender desde que empuñó el cetro; y así es verosímil, que después de haber sujetado al rey de Egipto su mayor émulo, y establecido bien su monarquía, comenzó á contar otra nueva serie de años en su reinado. Ilmo. Sr. Seo de San Miguel, Daniel IV, pág. 529.

de Babilonia? Sobre todo Daniel y sus compañeros en esta ocasión tenían contra sí el despótico furor del rey que afectaba por igual á todos los intelectuales, á los profesionales de las ciencias ocultas, y la insidiosa envidia y la persecución franca y el odio concentrado de unos enemigos que no vieron con buenos ojos la preponderancia de los jóvenes hebreos.

Esto explica también aquella especie de ostracismo á que estuvo condenado el profeta Daniel durante los primeros años de Baltasar y reduce á las modestísimas proporciones de una quimera, aquella antilogía que los racionalistas pretenden encontrar entre las palabras de Daniel del capítulo quinto y lo que se lee en el capítulo segundo de la misma obra (1). Y no es ésto una ingeniosidad para salir del apuro, sino una afirmación basada en el relato bíblico. Porque si Darío que tenía en gran estimación las cualidades relevantes del profeta, que le amaba tiernamente como á un amigo cariñoso, que trabajó lo increíble por sustraerle á la sentencia condenatoria, tuvo que ceder

---

(1) En el capítulo V, versículos 11-14 se lee: Hay un hombre en tu reino que tiene en sí el espíritu de los santos dioses, y en los días de tu padre se manifestaron en él la ciencia y sabiduría; por lo que tu padre, el rey Nabucodonosor, le hizo príncipe de los magos, de los encantadores, caldeos y agoreros; tu padre, digo, oh rey; porque fué hallado en él un espíritu superior y prudencia é inteligencia é interpretación de sus sueños y declaración de secretos y solución de dificultades: quiero decir, en Daniel, á quien el rey puso el nombre de Baltasar; ahora, pues, que llamen á Daniel y te dirá lo que significa. Y así al punto fué introducido Daniel á la presencia del rey y le dijo el rey: ¿Eres tu, Daniel, de los hijos del cautiverio de Judá á quien trajo de la Judea el rey mi padre? He oído de tí, que tienes el espíritu de los dioses y que se ha hallado en tí mayor ciencia é inteligencia y sabiduría.» Y en el II, 48 y 49, estas otras al parecer en contradicción con las anteriores: «Entonces el rey ensalzó á Daniel á mucho honor y le hizo muchos y magníficos presentes: é hizo le príncipe de todas las provincias de Babilonia y presidente de los magistrados sobre todos los sabios de Babilonia. Y Daniel pidió al rey y estableció sobre las obras de la provincia de Babilonia á Sidrach, Misach y Abdenago; mas el mismo Daniel estaba á las puertas del rey.



y consentir y dejar que Daniel fuese arrojado en el lago de los leones porque se le habían impuesto los magos (1), ¿no es explicable dados estos antecedentes que el envidiado profeta permaneciese en la sima del olvido hasta esta ocasión memorable?

Ni es de gran importancia el silencio del Eclesiástico sobre Daniel para negar su autenticidad ó ponerlo por lo menos en tela de juicio, porque el autor de él no se propuso dar una lista completa y detallada de las glorias de Israel, puesto que las hay, y muy puras por cierto, de quien no dice una palabra siquiera. Ejemplo de ello, Esdras, Mardoqueo y casi todos los jueces. ¿Hemos de negar por eso la existencia de estos magistrados y la autenticidad del libro que lleva el nombre de Esdras? Además no observa orden alguno en los elogios que tributa y no es imposible ni menos inverosímil que el manuscrito de donde se hizo la versión dejase algo que desear en cuanto á su fidelidad, pues es sabido que los últimos capítulos del libro han sido mutilados ó interpolados (2).

---

(1) Dan. VI.

(2) Véase J. Fabre d'Envien. Daniel, tomo 1, pág. 764.

## CAPÍTULO VII

## CONTINÚA LA SOLUCIÓN DE LAS DIFICULTADES.

Dicen nuestros adversarios que los primeros versículos del capítulo primero en que se habla del sitio de Jerusalén (1) y su toma por Nabucodonosor no son auténticos, y apoyan su afirmación en el silencio de los libros de los Reyes y en que Jeremías (2) en el año siguiente habla de los Caldeos, de suerte que hace notar que sus ejércitos no se habían dejado ver todavía en Judá. Mas no es imposible en primer lugar que Nabucodonosor haya sitiado á Jerusalén el tercer año del rey Joaquín como hemos indicado más arriba.

Además lo que afirma Daniel I, 1, es que el rey de Babilonia vino (*bá*) y se puso en marcha para esta campaña en el tercer año de Joaquín rey de Judá (3). Comprendida así esta fecha

(1) En el año III del reino de Joaquín rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia á Jerusalén y la sitia.

(2) Palabra que vino á Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá: en el cuarto año de Joaquín hijo de Isaías rey de Judá (que es el primer año de Nabucodonosor rey de Babilonia)... «He aquí que yo enviaré y tomaré todas las familias del Aquilón dice el Señor, y á mi siervo Nabucodonosor rey de Babilonia y los traeré sobre esta tierra, y sobre sus moradores y sobre todas las naciones, que están en su contorno; y los mataré; y los pondré por pasmo y silbo y en soledades perdurables». Jeremías XXV, 1-9.

(3) He aquí el texto original: וַיִּצְעֲלֶיהָ בְּשַׁנַּת שְׁלוֹשׁ לְמַלְכוּת יְהוֹאָכִין מֶלֶךְ-יְהוּדָה בֵּא גְבוּרֹנָא צְרֹמְלֵהּ בְּבֵל וְיֹוֹשֵׁם

nadie puede tacharla de errónea. Marchó, pues, á la Judea en este año pero hasta el siguiente no tomó á la ciudad de Jerusalén. La expedición está atestiguada no solamente por este pasaje sino explícitamente por los Paralipómenos (1) é implícitamente por el cuarto libro de los Reyes (2) que vienen á confirmar la profecía de Jeremías contra las naciones (3). Y efectivamente al siguiente año es á saber, de hecho en el cuarto año, cuando el profeta (XXV, 1), refiere la llegada de los Caldeos, fué cuando Nabucodonosor sitió á Jerusalén.

Schrader en su obra intitulada *Die Keilinghisiflen und das Alte Testament*, pág. 429, propone esta objeción que es repetida por todos los racionalistas. La palabra *Caldeos* en Daniel I, 4, 2 y siguientes es una expresión equivalente á una casta ó sociedad de sabios; es así que este sentido es desconocido completamente en el vocabulario Asirio-babilonio y no aparece su uso hasta después de la caída de este imperio, luego su empleo en Daniel está indicando que el libro atribuido á este profeta es de la época portexiliana. Esta dificultad tiene más fuerza aparente que real, puesto que la palabra *Caldeos* en Hebreo בְּטָרִים tiene dos sentidos en el libro de Daniel, uno general, el de sabios

---

(1) De veinticinco años era Joaquín cuando entró á reinar y once años reinó en Jerusalén é hizo lo malo delante del Señor su Dios. Contra éste subió á Nabucodonosor rey de los Caldeos, y atado con cadenas lo llevó á Babilonia, adonde transportó también los vasos del Señor y los puso en su templo. II Paralip. XXXVI, 5 7.

(2) En sus días subió Nabucodonosor rey de Babilonia y Joaquín quedó sujeto á él por tres años; mas después se reveló contra él. Y el Señor envió contra él ladroncillos de la Caldea y ladroncillos de la Siria y ladroncillos de Moab, y ladroncillos de los hijos de Ammón: y los envió contra Judá para que la destruyeran, conforme á la palabra del Señor, que había hablado por sus siervos los profetas. IV. Reg. XXIV, 1-2.

(3) Palabra del Señor, que vino á Jeremías profeta contra las naciones, para Egipto, contra el ejército de Faraón Neco rey de Egipto que estaba junto al río Eufrates en Carcamín, á quien hirió Nabucodonosor rey de Babilonia, en el año cuarto de Joaquín hijo de Isaias rey de Judá. Jerem. XLVI, 1-2.

babilonios (I, 4) y otro más restringido el (II 2), el de astrólogos, una de las cinco clases en que se dividían los primeros (1). El sentido estricto no aparece, á lo menos que se sepa, en los textos cuneiformes publicados hasta aquí. Mas por ésto vamos á deducir que el libro en cuestión no ha sido escrito hasta después de la cautividad? Esto sería ilógico. No es más que un argumento negativo de escasa fuerza dados nuestros poquísimos conocimientos, más aún, nuestra verdadera ignorancia de las cosas de Babilonia y muy especialmente de su lengua enfrente de otras positivas que tienen una fuerza incontrastable.

El libro de Daniel, á causa de su forma episódica, pasa desde la rara locura de Nabucodonosor hasta la última noche de Baltasar, que fué también la última de la independencia de Babilonia. Pero no fué Baltasar el sucesor inmediato de Nabucodonosor sino su hijo Evilmerodach que reinó dos años, puso en libertad al desgraciado rey de Jerusalén, Jeconías que hacía treinta y cinco años gemía en oscuro calabozo y murió víctima de una insurrección general de los Babilonios que se levantaron á causa de las intemperancias del rey y su profundo desprecio de las leyes.

Le sucedió Neriglisor (2) que estaba casado con una hija de Nabucodonosor y era por consiguiente cuñado de Evilmerodach.

(1) Los sabios babilonios se dividían en cinco clases los *kartumin*, los *hakamin*, los *asaftm*, los *kasdim* y los *gazrim*. Los primeros eran conjuradores que se valían de ciertas fórmulas é imprecaciones para expulsar á los espíritus malignos. Los *hakamin* eran médicos, llamémosles así, que poseían determinados remedios empíricos y algunos encantamientos que tenían poder de curar algunas enfermedades. Los *asaftm* eran teósofos que empleaban ciertos cantos de un sabor sobrenatural y misterioso para consultar los oráculos de los dioses. Los *kasdim* eran astrólogos que anunciaban el porvenir por medio de la observación de los astros, y los *gazrim* adivinos que se valían de varios géneros de adivinación. Fr. *Lenormant*, *La Magie chez les Chaldeens* et les origines accadiennes, pág. 13.

(2) Nuestra Vulgata, por su mala puntuación actual, hace de *Neriglisor* el *Rab-mag* tres personajes distintos. Así Jeremías XXXIX, 3, dice: «Y entraron todos los principes del rey de Ba-

Fué *rab-mag* (1) de Nabucodonosor y uno de los principales jefes que tomaron parte en el sitio de Jerusalén. Le sucedió su hijo *Laborrasaco* niño aún (Beroso dice: Ηζς Ων) á quien depusieron por las malas inclinaciones que presumieron encontrar en él y le condenaron á muerte pasando

bilonia, é hicieron alto en la puerta del medio Neregel, Sereser, Semegarnabn, Sarsáquim, Rabsares, Neregel, Sereser, Rebmag y todos los demás príncipes del rey de Babilonia.» Y en el 13: «Envió, pues, Nabuzardán, general del ejército y Nabusezbau, y Rabsares y Neregel, y Sereser, y Rebmag y todos los magnates del rey de Babilonia.» Pero ésto es una equivocación de la Vulgata que pone un ׀ copulativo donde no existe. He aquí el texto hebreo נִרְגַל שְׂרָאֲצַר que quiere decir: *el dios Nergal proteja al príncipe*. A continuación le da el título de רַב־מַגּוּ dividido en dos palabras y no haciendo de él una sola como se ve en nuestra Vulgata edición latina. El conocimiento que hoy tenemos de los monumentos asirios, nos permite afirmar resueltamente que Neriglisor el *Rab-Mag* no es más que un solo y único personaje.

(1) He aquí la explicación más plausible del origen de la palabra *rab-mag*: «Se han hecho varias tentativas para explicar el nombre de los מַגּוּ *Mag* ó *Magi* porque se esperaba que el descubrimiento de su verdadera etimología arrojaría mucha luz sobre el origen de las artes mágicas y sobre la nacionalidad de los antiguos Medos, una de cuyas tribus es llamada Μᾶγοι por Heródoto. Algunos sabios han pretendido explicar este nombre por una etimología aria mientras otros defienden su origen completamente semítico. Es muy difícil concebir cómo ha podido ser desconocido por tan largo tiempo el verdadero origen de esta palabra. El pasaje de Jeremías XXXIX, 3, que pinta al *rab mag* entrando en Jerusalén con los otros dignatarios de Nabucodonosor y el conocidísimo hecho de que Babilonia es la patria de las artes mágicas y adivinatorias, dan testimonio fehaciente del origen babilonio de la palabra.

Las inscripciones cuneiformes vienen á confirmar este mismo abolengo. El asirio *Mahu* es sinónimo de *Asipu* (brujo, hechicero) y un texto de Assurbanipal publicado por Jorge Smthit en su obra intitulada: *History of Assurbanipal*, pág. 128 dice que la interpretación de las visiones habidas durante el sueño es la función peculiar de los *mahe*. La forma asiria de la palabra es *magha* que ha pasado al babilonio bajo la forma *mahu* «el muy reverendo». Véase Federico Delitzsch. *The Hebrew Language viewed in the light of Assyrian Research*, pág. 14.

á ceñir las sienes de Nabónides, uno de los conjurados, la corona que por espacio de setenta años estuvo vinculada á la dinastía de Nabopolasar. Esto es lo que nos enseñan los datos históricos y epigráficos; en vista de lo cual nuestros enemigos formulan esta objeción que no deja de tener fuerza aunque encontramos á ella una solución plausible.

En el capítulo quinto (1) se dice que Baltasar fué rey de Babilonia y el último rey é hijo de Nabucodonosor y sin embargo el último rey fué Nabónides, que fué el padre de Baltasar. Lo cual está indicando que el autor del libro de Daniel no es contemporáneo de los sucesos que relata porque es imposible que un coetáneo dé el título de rey y de hijo á un personaje que no es ni uno ni otro. Mas pese á nuestros adversarios, Baltasar fué rey ó por lo menos vi-rrey. Nabónides, su padre, para afirmar el usurpado trono, casó con una hija de Nabucodonosor de la cual tuvo á Baltasar que por descender del gran rey de Babilonia tenía indiscutibles derechos á la corona del imperio. Esta fué sin duda alguna, si no la única, la principal causa de que su padre le asociase al trono, de la cual asociación tenemos un testimonio fehaciente en Daniel quien hablando de los honores que Baltasar quería tributarle y las dignidades supremas de que quería investirle, dice que sería el tercero en el reino (2). ¿Por qué el tercero y no el segundo? Porque el segundo era Baltasar el hijo de Nabónides. Esta opinión está basada en los datos de las inscripciones cuneiformes.

En un cilindro encontrado en 1876 se lee que estando Nabónides en Teva ó Tema los séptimo, noveno, décimo y undécimo años de su reinado, EL HIJO DEL REY, los oficiales y los soldados estaban en las fortalezas de la Acadia. Esta expresión el *hijo del rey* ó mejor *el rey asociado* prueba que Nabónides asoció al trono á su hijo, y es natural que el hijo asociado sea el primogénito y el hijo primogénito se

---

(1) Dan. V. 2, 11, 13, 18, 22.

(2) Entonces por mandato del rey fué Daniel vestido de púrpura y le rodearon al cuello un collar de oro; y se hizo publicar que él tenía poder el tercero en su reino. Dan. V, 29.

llamaba *Bel-sar-usur* (ó Baltasar) (1). Así, pues, no es inverosímil, como presumen los racionalistas, de que su contemporáneo le dé el título de rey.

Nabucodonosor es llamado padre de Baltasar y con razón por muchos motivos. La palabra padre, *ab*, en asirio como en hebreo, tiene un sentido muy lato. Significa predecesor como lo prueban muchos ejemplos, pero en el pasaje que vamos examinando significa abuelo, ascendiente. En efecto, Baltasar era nieto de Nabucodonosor, é hijo de Nabónides tenido del matrimonio con una hija de Nabucodonosor, la viuda de *Negal-sar-usur*.

Otra prueba epigráfica de que Baltasar era hijo de Nabónides y nieto de Nabucodonosor fué rey y asociado al trono de su padre, la tenemos en los cilindros de Nabónides encontrados en Mugheir y que se encuentran en el *British Museum* de Londres. He aquí una traducción exacta de los mismos.

*Columna primera.*

- 1 Nabónides, rey de Babilonia,
- 2 restaurador de E-Saggatu
- 3 y de E-Zida
- 4 adorador de los grandes dioses, yo.
- 5 El edificio del rey Ram-sidi
- 6 llamado la torre del templo del gran árbol,

---

(1) L'inscription du cylindre de Cyrus, dont nous parlerons plus tard, nous le montre aussi sinon comme un roi, du moins comme un vice-roi. Y est á la tete des armées, entoure de tous les grands, dans les forteresses du pays de Accad, tandis que son pere, durant plusieurs années, se retire volontairement du gouvernement. Baltasar est entouré de l'affection de tout le peuple, tandis que son pere Nabónides indispose les dieux par son impiété persistante. En fin, une revolté eclate contre Nabónide, et on peut croire que Baltasar á la tete de l'armée et des grands, dut prendre en main la rayauté. Il devint, au moins pendant quelques semaines, roi de fait, apres que le 16 du mois de Tammuz, Nabónide eut été fait prisonnier par ugbaru. E. Babelon, Les inscriptions cuneiformes relatives á la prise de Babylone par Cyrus, pag. 307.

- 7 que está en la ciudad de Ur,  
8 que Ligbagas, un rey que vivía en los pasados  
tiempos,  
9 había comenzado pero no había acabado,  
10 pero Ilgi, su hijo,  
11 había terminado el techo:  
12 en las inscripciones de Ligbagas  
13 y de Ilgi, su hijo, he leído yo  
14 que esta torre  
15 Ligbagas había comenzado á construir  
16 pero no la había acabado  
17 y Ilgi su hijo  
18 había terminado.  
19 En mis días, esta torre  
20 había desaparecido completamente.  
21 Sobre el antiguo *timin*  
22 que Ligbagas é Ilgi,  
23 habían hecho  
24 de esta torre  
25 semejante á la antigua,  
26 en cemento y en ladrillo  
27 una restauración he hecho yo.  
28 Al dios Sin (la luna) jefe de los dioses del cielo y de  
la tierra,  
29 rey de los dioses de los dioses  
30 que habitan en el cielo grande, Señor de este tem-  
plo del gran árbol,  
31 en la ciudad de Ur, mi señor,

*Columna segunda.*

- 1 y desde sus cimientos,  
2 yo le he levantado de nuevo.  
3 Oh Sin, jefe de los dioses,  
4 rey de los dioses del cielo y de la tierra,  
5 y de los dioses de los dioses  
6 que habitan en el cielo grande:  
7 en este templo  
8 cuando alegremente tú entras



- 9 en los edificios sagrados de E-Saggatu  
 10 y de E-Zida, y en el templo del gran árbol  
 11 que son las moradas de tu gran divinidad  
 12 puedan tus labios proclamar su estabilidad!  
 13 El temor de tu gran divinidad  
 14 en los corazones de sus habitantes  
 15 fija sólidamente! que no cometan ninguna trans-  
 gresión  
 16 contra tu gran divinidad!  
 17 Que, como el cielo, sus cimientos puedan ser fir-  
 mes!  
 18 A mí mismo, Nabónides, rey de Babilonia,  
 19 en el temor de tu gran divinidad,  
 20 consérvame!  
 21 Mi vida por largos días  
 22 prolonga abundantemente  
 23 y la de Bel-sar-usur (Baltasar)  
 24 mi hijo primogénito  
 25 nacido de mí;  
 26 el temor de tu gran divinidad  
 27 fija firmemente en su corazón,  
 28 á fin de que no pueda jamás  
 29 caer  
 30 en el pecado  
 31 y que su gloria pueda durar (1).

Daniel reconoce como sucesor inmediato de Baltasar en el trono de Babilonia á Darío el Medo, hijo de Asuero (2),

(1) Véanse Cuneiform Inscriptions of Western Asia, tom. I, pág. 68. Fox Talbot Records of the past, tom. V, pág. 148, y J. Ménant Babylone et la Chaldée, pág. 458.

(2) Aquella misma noche mataron á Baltasar rey Caldea, y Darío, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos años. Pareció bien á Darío y estableció sobre el reino ciento y veinte sátrapas, para que estuviesen sobre todo su reino. Dan. V, 30 y 31 y VI, 1.

En el año primero de Darío, hijo de Asuero, de la estirpe de los Medos, que tuvo el mando en el reino de los Caldeos. Dan. IX, 1.

Y yo desde el primer año de Darío Medo, le asistía para alentarle y fortificarle. Dan. XI, 1.

y sin embargo en la historia no hay lugar para este rey. Según todos los autores, fué Ciro el que sucedió inmediatamente á Nabónides, no á Baltasar que no fué rey (ya hemos demostrado que sí) y llegó á ser rey de todo el imperio persa. Se ha conjeturado que Darío ha podido reinar como virrey colocado por Ciro en el trono de Babilonia, pero es lo cierto que la historia nada nos dice sobre el particular.

Cierto que Darío es un personaje envuelto en las sombras del misterio, que ningún autor antiguo le menciona, que no se han hecho sobre él más que conjeturas fundadas sí y plausibles, pero conjeturas no más, y que hoy mismo con los datos que nos presta la Arqueología, estamos incapacitados para resolver este problema histórico. Pero de la ignorancia que tenemos de la historia de Darío el Medo vamos á concluir la no existencia de este personaje?

Acaso este nombre no ha sido transcrito y conservado con verdadera exactitud por los copistas, quizá calculadamente, ó ya por inadvertencia han cambiado un nombre desconocido de ellos por el más conocido de Darío, hijo de Asuero. Por de pronto Josefo asevera formalmente que entre los griegos llevaba otro nombre.

Hánse excogitado varias hipótesis (1), todas ellas fundadas, para resolver esta dificultad, pero es lo cierto que

---

(1) Ernesto de Bunsen en el periódico *Transactions of the Soc. bibli.* 1878, sostiene que Darío es el propio Ciro el Medo, siguiendo esta opinión Raska, quien en su libro *Chronologia de Bibel*, pág. 121, la fundamenta diciendo que Daniel en su libro escribió no Darío sino Ciro que por equivocación se cambió en Darío dando lugar á este error Darío, hijo de Histaspes, de quien se habla VI, 1, 28, IX, 1. Otros como Genebrard y Clavier opinan que el Darío de Daniel es hijo de Histaspes; quien sostiene que Astiages. La *Civiltá Catholica* en un artículo intitulado: *Il Darío Medo di Daniel*, cree que fué Ciájares, hijo de Astiages; según Oppert fué un general de Ciro y según Fr. Lenormant Ugbaru, lugarteniente de Ciro en la campaña contra Babilonia. La opinión más común es que Darío el Medo era un príncipe distinto de los otros personajes y completamente desconocido por los escritores antiguos á causa de haber sido puesto por Ciro en el

hasta ahora no se ha resuelto satisfactoriamente, mas de aquí á negar la existencia de Darío y acusar de impostura á la Biblia, hay un abismo.

Driver y con él otros racionalistas pretenden hallar una contradicción entre el capítulo VI, 1 (1), donde se refiere la organización del imperio dividiéndole en ciento veinte satrapías y el VI, 25 (2), en que aparece Darío como rey absoluto de Babilonia sin ninguna limitación de poder. Pero la contradicción no es más que aparente, porque los sátrapas eran simples gobernadores semejantes á los *pihat* asirios, pudiendo ser, por consiguiente, Darío un rey absoluto en el genuino sentido de la palabra.

Se dice en el capítulo IX (3), que Daniel aprendió en los libros los años de la desolación de Jerusalén. Esta expresión: *en los libros* está indicando que las profecías de Jeremías formaban parte de una colección de los libros santos y como ésta no es anterior en manera alguna al año 536, síguese que el libro de Daniel es posterior á esta época, ó lo que es lo mismo, que no es auténtico. Mas nuestros adversarios se fundan en un falso supuesto, es á saber, que *Bassefarim* בַּסְפָּרִים εν ταις βιβλιας de los LXX

trono de Babilonia y no haber hecho, durante su reinado, cosa alguna digna de mencionarse en los anales de la historia. Puede verse sobre este asunto: Fr. Lenormant *La divination chez les Chaldeens*, pág. 181-82; J. Oppert *Le peuple et la langue des Medes*, pág. 167; *Civiltta Cattolica*, Marzo de 1884; *Niebuhr Geschichte Assur's und Babel's.*, pág. 92 y *Palmieri de veritate historica libri Judith*, pág. 249, Brunengo *L'Impero*, página 452.

(1) Pareció bien á Darío y estableció sobre el reino ciento veinte sátrapas para que estuvieran sobre todo su reino. Dan. VI, 1.

(2) Entonces el rey Darío escribió á todos los pueblos, tribus y lenguas que moraban en toda la tierra: LA PAZ se multiplique entre vosotros. Yo he establecido un decreto para que en todo mi imperio y reino respeten y teman al Dios de Daniel. Dan. VI, 25, 26.

(3) En el primer año de su reino, yo Daniel entendí en los libros la cuenta de los años, de que el Señor habló al profeta Jeremías, en los que se debían cumplir los setenta años de la desolacion de Jerusalén. Dan. IX, 2.

significa necesariamente colección de libros, cuando lo que quiere decir son libros, libros determinados, quizá los escritos de Jeremías que ciertamente existían antes de Daniel y dada su finalidad, debían andar en manos de casi todos los cautivos.

Como prueba de que el libro de Daniel es posterior al período exiliano, invocan sus enemigos la improbabilidad de que el profeta, un judío profundamente religioso, consintiese en pertenecer á la clase de los Chaldeos y que éstos, despreciadores de los cautivos, los hayan admitido en su compañía (1). Esto que estiman prueba nuestros adversarios, es un arma de dos filos que hiere al que la maneja. Porque cabalmente sólo en el período exiliano se explica la convivencia y la mútua consideración entre Daniel y sus compañeros de una parte y de la otra los sabios de Babilonia. Algún tiempo después, en la época de Esdras y Nehemías, hubiera sido muy difícil, imposible con la imposibilidad que Balmes llama de sentido común, no hay más que leer los escritos de estos dos personajes; en tiempo de los Macabeos, absolutamente imposible, porque no eran días aquellos de tolerancia sino de mútua y franca persecución.

Que nó hay improbabilidad alguna en que Daniel haya sido iniciado en los secretos de las ciencias de los Caldeos, lo prueba el hecho de haber precedentes en la historia de Israel. Moisés fué instruído y educado por los sacerdotes (2) egipcios (3). ¿Por qué el profeta de la cautividad, el que

---

(1) Véase todo el capítulo primero de Daniel y los versículos doce y trece del capítulo segundo que dicen así: «Cuando ésto oyó el rey, lleno de furor y grande enojo, mandó que matasen á todos los sabios de Babilonia, y publicada la sentencia hacían morir á los sabios: y Daniel y sus compañeros eran buscados para hacerles morir».

(2) Los egipcios llamaban sacerdotes á los que los hebreos llamaban *escribas*, los babilonios *caldeos*, otros orientales *magos*, los griegos *filósofos*, los latinos *maestros*. San Juan Damasceno. De fide orthodoxa. Lib. II, cap. 20.

(3) Y Moisés fué instruído en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y en sus obras. Act. VII, 22.

vivió en la misma corte de Babilonia no ha podido serlo por los caldeos tomando de ellos toda aquella instrucción que no se oponía á la piedad y á la religión de sus mayores? Es verdad que los persas no instruían jamás á los que no eran persas á menos que lo mandase el rey y por analogía se puede afirmar lo mismo de los babilonios, pero aquí tenemos la orden expresa (1), y por consiguiente Daniel y sus compañeros fueron instruidos en las ciencias de los Caldeos. Además, según sabemos por los textos cuneiformes, los asirios hacían educar en su corte jóvenes extranjeros de quienes se servían para el gobierno de los países conquistados y por analogía, fundándonos principalmente en el decreto de Nabucodonosor, podemos afirmar lo mismo de los babilonios.

---

(1) Dan. I, 3, 4.

## CAPÍTULO VIII

## OBJECIONES DOCTRINALES

He aquí cómo resume S. R. Driver las objeciones doctrinales que se oponen á la autenticidad del libro de Daniel: «La teología del libro prueba que ha sido compuesto después del destierro. Esta prueba ha sido presentada ciertamente con exageración, por ejemplo, cuando se dice que la doctrina de la resurrección ó la distribución jerárquica de los ángeles que allí se encuentran, es debida á la influencia del parsismo, ó que el ascetismo de Daniel y de sus compañeros y la frecuencia de sus oraciones son debidas al judaismo sinagoga. Estas exageraciones se justifican difícilmente. Sin embargo, es innegable que las doctrinas de este libro acerca del Mesías, los ángeles, la resurrección, el juicio del mundo, son más claras, más precisas y más amplias que otros pasajes del Antiguo Testamento y tienen rasgos muy parecidos, sin ser idénticos, á los que se encuentran en la primera parte del libro de Henoch escrito cien años antes de nuestra era. Sea lo que quiera de estas evoluciones doctrinales, sean debidas ó no en parte á influencias extranjeras, es indudable que ocupan en la historia de la Revelación un período posterior á la fecha tradicional del libro. Esta conclusión está confirmada por el espíritu que informa el libro y por el tono que en él campea, que no se encuentran ciertamente en ninguno de los escritos pertenecientes á la época del destierro, siendo más bien del período que separa la literatura postexiliana de la literatura judía, que surge después del último libro inspirado. Otras muchas consideraciones independientes unas

de otras y algunas de un peso incontrastable, únense también para testimoniar que el libro de Daniel no ha podido ser escrito antes del año 300» (1).

Todo ésto no prueba en manera alguna que el libro de Daniel no haya podido ser escrito en el destierro, menos aún, que lo haya sido hacia el año 300 y mucho menos en el año 163 antes de nuestra era.

Las doctrinas de que se trata en el libro en cuestión, no proceden ciertamente del parsismo. Se ha sostenido por algunos que los dos sistemas religiosos de la antigüedad, el mazdeísmo ó parsismo, sistema que se atribuye á Zoroastro y el judaísmo proceden de una misma fuente, tienen un mismo origen, pero ha demostrado el sabio asiriólogo M. Harleez, de la manera más cumplida y sin que nadie le haya refutado, que precisamente el parsismo ha tomado del judaísmo gran parte de su sistema doctrinal, por consiguiente sería ilógico referir al parsismo la angeología de Daniel, y si alguna influencia extraña debiéramos admitir en la confección del libro, no sería, ciertamente, la de los persas, que no existían ya en el año 163 en que fijan nuestros adversarios la fecha de la redacción de nuestro libro, sino la de los griegos que á la sazón dominaban.

Por lo demás, (y hablando en nuestra tésis) el autor sin necesidad de recurrir á los persas, tenía en las teogonías Caldeas de la época de la cautividad gran copia de materiales para formar una angeología amplísima, porque en el viejo sistema acadio y en el más depurado de los Babilonios encuéntrase una jerarquía muy complicada y muy exactamente clasificada de espíritus buenos y malos que nos han revelado los estudios de Asiriología.

Pero vamos á contestar detalladamente á nuestros adversarios haciendo esta previa afirmación que es como el resumen de lo mucho que se ha escrito sobre el origen de la Religión: «Ni en el fondo ni en la forma el libro de Daniel procede del parsismo ni del judaísmo sinagogal». El libro de Daniel nos enseña que un soberano medo ó persa, convencido por la elocuencia de un profeta judío, mandó

(1) S. R. Driver. Introduction, pag. 477.

que se adorase en su Imperio al Dios único de Israel (1), que no reconoce rival ni poder alguno capaz de resistirle ni por un solo instante y á cuyo lado no hay genio de ninguna especie, pues los espíritus son puras criaturas, humildes servidores de su Creador y Señor, siempre sumisos á sus órdenes y sin más poder que el que ejercitan en su servicio. Los arcángeles mismos permanecen delante de su trono como servidores ante el trono de su rey (2). El Avesta pone en boca de Aura Mazda el dios supremo del mazdeísmo, estas palabras: «Yo que soy Aura Mazda...., cuando yo creé esta morada, modelo de belleza y esplendor, el deva criminal me miró. Ahrimán el asesino creó contra mí 99.999 males ó enfermedades. Cúrame, pues, oh Manthra Çpenta, tú que despides rayos de puro esplendor. Yo te daré en cambio mil caballos, mil bueyes, mil camellos, etcétera.» Manthra Çpenta le responde: «¿Cómo he de curarte yo de estos males?» Entonces Aura Mazda dice á Nairyoçanha: «Sabio Nairyoçanha llama á Aryaman y dile que Arhimán me abruma con 99.999 males.» Aryamán corrió apresuradamente, preparó una nueva raza de caballos machos, de camellos jóvenes, una nueva clase de forraje, y trazó nueve surcos para combatir los males suscitados por el jefe de los devas (3). No hay necesidad de notar que Dios no es aquí el Señor Todopoderoso, que fija á la acción del demonio límites infranqueables; es un rey casi destronado, que tiembla ante un rival que le ha arrebatado la mitad de su imperio y que goza en atormentar á las criaturas. Ahrimán, igual á Dios por su origen eterno, no reconoce sus leyes y destruye sus obras cuando le place. Por todas partes donde Aura Mazda crea el bien, Ahrimán le sigue para producir un mal capaz de aniquilar la obra divina. Compárense ambas concepciones acerca de la Divinidad y verase con meridiana claridad que el monoteísmo original, perfecto, fundamental del libro de Daniel no puede ser trasunto de una doctrina torpe, imperfecta y adve-

---

(1) Dan. VI, 25, 27.

(2) Dan. VII, 9, 10.

(3) Vendidad XXII.



nediza que nunca se ha conciliado bien con las otras enseñanzas que se contienen en el Avesta.

La angeología de Daniel es diametralmente opuesta á la del Zoroastrismo y por consiguiente no puede tener su origen en el Avesta. En este libro, nuestros Arcángeles que llaman ellos *amesha cpentas* son genios de naturaleza indeterminada, pues que aparecen flotando entre la abstracción, la alegoría y la personalidad real (1); en Daniel tienen personalidad real y permanecen en la presencia de Dios para adorarle y recibir sus órdenes, prontos siempre á ejecutarlas con la mayor celeridad (2). En Daniel los ángeles, son incorpóreos mientras que según el Avesta cada cuerpo tiene su Fravashi, esto es, su ángel, de la misma naturaleza que él, y todos los Fravashi de los hombres y de las mujeres justas fueron formados del cuerpo del primer hombre (3). Los ángeles de Daniel son distintos, independientes de las almas de los hombres; los Fravashis de la concepción zoroástrica son los espíritus de los muertos, que no gozan de felicidad sino á condición de ser honrados y provistos de alimentos por su descendientes y que vuelven á la tierra en los cinco últimos días del año consagrados á la memoria de los difuntos (4). Nuestros ángeles tienen un fin altísimo, una misión completamente espiritual; la misión de los Fravashis es puramente material y extremadamente grosera, pues su acción tiene por objeto «hacer que el entendimiento obre de tal modo que haga provechosos todos los alimentos digestivos y rechace lo que es indigesto. En la muerte, el principio vital se mezcla con el viento, la conciencia con la sustancia celestial, el entendimiento, el alma y el Fravashi subsisten y sufren juntos el juicio. Mézclanse todos los tres juntamente y dan cuenta de sus actos» (5).

La creencia en la futura resurrección universal de los cuerpos que tan admirablemente y con maravillosa clari-

(1) Yesht. XII.

(2) Dan. VII. 9-16.

(3) Yesht. XIII.

(4) Yesht. XIII.

(5) Sad-deri Bundehishn.

dad y precisión describe Daniel con estas palabras: «Muchos (es decir, todos en sentido bíblico) de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán; unos para la vida eterna y otros para oprobio para que lo vean siempre» (1), no tuvo su origen en Persia, ni aún ha existido en este país hasta muy tarde, habiéndose desarrollado progresivamente. En el Avesta no se anuncia la resurrección de la carne en términos claros y precisos sino en un solo lugar, en el Yesht XIX que pertenece á las partes más recientes del libro, y cuya fecha debe hallarse muy cerca de la era cristiana, si no es posterior al comienzo de esta era. Otro pasage supone igualmente esta creencia (F. XVIII); pero es también de los menos antiguos y á pesar de ello ni en uno ni en otro pasage se habla de la resurrección de los cuerpos (2).

En el resto de la obra no se hace alusión alguna. Los únicos hechos que han de verificarse al fin del mundo son: la retribución (Anqashuta) con el triunfo de los justos y el restablecimiento del mundo en un estado de bienandanza y de inmortalidad (Ameretaiti); y la Frasho-kere-tis, es decir, la perpetuidad, la perennización. El primer suceso se anuncia en estos términos: «Cuando la Druje hay sido vencido por la verdad, por la realización en la inmortalidad de lo que ha sido declarado falso por los devas y los hombres perversos, que tu culto prospere ¡oh Aura! ¡Dime lo que sabes antes de que me alcance el combate de los espíritus! ¿Cómo el justo vencerá al malvado? Porque en esto estriba el cumplimiento perfecto de este mundo» (3).

Del segundo no se dice más que esto: «Ojalá pudiéramos nosotros ser aquellos que harán al mundo perpétuo; *yoí im frashem kereñaon ahinu!*». En esta frase se ha querido ver la indicación de la resurrección de los cuerpos. Ahora bien: es evidente que ésto no dice absolutamente nada.

(1) Dan. XII, 2.

(2) Se trata simplemente de la resurrección de los muertos: iristo usehistan.

(3) Yaçna. XLVII, 1-2.

Desde luego *ahu* significa mundo, y no cuerpo que se dice *ast, tanu kehrop*. En rigor cabría que se le diera el sentido de sér ó de vida, pero de ninguna manera el de cuerpo. Además, *Frashem kanc* no puede significar resucitar. La tradición, es decir, la versión pehiví, vierte estos términos por una expresión derivada de ellos y que tiene el mismo sentido: *frashkart*. Estos términos se encuentran en otros muchos pasajes y allí tienen ciertamente, según opinión de todos, el sentido que nosotros admitimos, porque es evidente que no pueda tener otro.

En el Oaça LIV, 22, se aplican á los Gâthâs ó á aquel que los recita; en el Yaça XXXIV, 24, indica la acción ordinaria de Aura Marda y el resultado de las oraciones y de los cánticos de alabanza. El Yesht XIX que contiene el único pasaje en el cual se indica con claridad la resurrección, distingue claramente el *frashem kanc* de esta resurrección. En efecto, en el § II se dice: «Aura crió las criaturas muy buenas, muy bellas, muy elevadas, muy prósperas (*frasha*) para que hagan el mundo perpétuo (*frashem*), no envejeciendo ya ni muriendo, sin corrupción, ni infección, siempre viviendo, engrandeciéndose siempre, á fin de que los muertos resuciten y que venga la inmortalidad que opera la perennización del mundo». Este pasaje indica muy claramente lo que significa el *frasho ahu*: es el estado futuro del mundo, estado de inmortalidad y perfección, pero que de ningún modo comprende la resurrección de los cuerpos. Este estado es producido por las virtudes de las criaturas y la resurrección es la obra del profeta Çoshyant.

En fin, el deseo expresado en el vers. 9 del Yaça XXX, citado más arriba, sería absurdo en boca de un mazdeo si tuviera por objeto la resurrección, porque los hombres, aún los fieles, son impotentes para operarlas. Sólo el último descendiente de Zoroastro, *Çosyant*, el profeta prometido al mundo, tiene poder para resucitar los muertos. Aquel deseo hasta sería impío; tendería nada menos que á derribar todo el orden y el sistema religioso, y á atribuir al simple creyente un poder reservado únicamente al enviado del cielo.

La resurrección no fué, por consiguiente, una creencia del Erán primitivo, llegó allí traída de fuera y, como escuela necesaria, los semitas, que eran los únicos que la poseían entonces, fueron los que la comunicaron á Persia, lejos de haberla recibido de ella.

Cítase también, como prueba de la creencia de los Persas en la resurrección de los cuerpos, una palabra de Heródoto que no es realmente más que una ironía. El matador de Smerdis dice á Cambises: «Vuestro hermano ha sido muerto por mi mano; yo le he visto muerto. Si los muertos han resucitado alguna vez, temed entonces que vuelva el mismo Astiages. Pero si todo se halla como antes no temais nada de éste. (Ἐγὼ μὲν νομῶ οἱ τεθνεῶτες ὡς ἀνεστῆσι.)» El sentido real de esta frase es el siguiente: «Si ha llegado ya el tiempo en que los muertos resuciten.» Ahora bien el confidente de Cambiseç no podía suponer que hubiere llegado ya la resurrección general de los cuerpos; además, si Heródoto hubiese sabido que los Persas poseían semejante creencia, no hubiese dejado de hablar de ella en el estudio que consagró á la religión de los Persas, porque una concepción de este género debiera haber llamado la atención de un griego poco acostumbrado á semejantes ideas.

La idea mesiánica que palpita en todo el libro de Daniel no es más que una evolución regular de las revelaciones anteriores acerca del Mesías, su persona y su imperio, contenidas en la Sagrada Escritura y no un plagio, ni siquiera una asimilación de las doctrinas del Erán. Nunca los mazdeos antiguos y modernos han concebido la idea de un mediador entre Dios y los hombres tal como nos lo describe el profeta de la cautividad (1); el zend ni siquiera posee una palabra con qué expresarla. El mazdeo culpable consigue el perdón de su culpa por el cumplimiento de una penitencia cuya cuantía está fijada en la mayor parte del Vendidad. Ciertos crímenes se declaran inexpiables; así el Fagard I cita entre los males creados por Ahrimán, los crímenes inexpiables, la sodomia y el enterramiento de los cadáveres. En otra parte se dice textualmente: «Si alguno

(1) Dan. IX, 24-27.

sepulta en la tierra perros ú hombres muertos, y transcurren dos años sin que los haya desenterrado, no hay castigo, no hay expiación para este crimen. Estos actos son para siempre inexpiables» (1).

Es verdad que este rigor se mitigó con el tiempo, pero en la antigüedad, en la época que nos ocupa, estaba vigente en toda su severidad. Las atenuaciones introducidas más tarde, consistieron en una disminución de las penas y en la determinación de las penitencias exigida para la remisión de las faltas primitivamente imperdonables, pero nunca se supone para ello la intervención de un mediador. Se ha errado comúnmente sobre este punto de historia religiosa á causa de la interpretación errónea de un sencillísimo pasaje de Plutarco. En el capítulo XLVI de su libro *De Isis y Osiris* dice el historiador griego: «Según los persas, Ormuz se parece á la luz y Ahrimán á las tinieblas, Mithra está entre ambos. Por ésto los persas llaman á Mithra intermediario» (2). No hay necesidad de ninguna discusión filológica para demostrar que Plutarco habla, no de un mediador entre Dios irritado y el hombre culpable, sino de una simple naturaleza intermedia entre los dos principios, de esencia opuesta. Dios es la luz, el espíritu malo las tinieblas, y Mithra es el crepúsculo. He aquí el sentido óbvio y verdadero de esta frase.

Lejos de desempeñar las funciones de mediador entre el cielo y la tierra, Mithra se presenta en todo el Avesta como un juez severo, como el vengador de las infracciones de las leyes de la justicia. En el himno consagrado á sus alabanzas y á la enumeración de sus prerrogativas, leemos: «Honramos á Mithra, á quien los guerreros ofrecen á coro sacrificios sobre la espalda de sus caballos, pidiéndole vigor para sus vehículos, salud para los cuerpos, pidiéndole también abatir á sus enemigos..., quien, irritado, ofendido, derriba la casa y arruina la aldea, destruye la tribu, la comarca y á los jefes de los romanos, barrios, tribus y

(1) Fagard III, § 134.

(2) ...αμφῶν μεσον; διὰ τοῦτο μεσιτην τον Μιθραν καλονσιν οι Ηέρσαι.

regiones; que hiere á los devas en la cabeza; que castiga á los culpables y á los metirosos; que es enemigo de los peris; que convierte en oblicuos los senderos rectos del país, que le engaña, le arrebatata la victoria y le entrega sin defensa al guerrero exterminador..., que excita los preparativos bélicos; que dispone los ejércitos; dominador poderoso, omnisciente, que forma el frente de la batalla á vanguardia, y que firme allí abre brecha en las filas armadas... y por su poder esparce la desolación y el terror (1) He aquí ciertamente algunas funciones que no se compaginan bien con las de un mediador y aún se podría decir con toda verdad que son diametralmente opuestas. Un mediador que no hace otra cosa sino castigar y vengarse, es un mediador muy singular por cierto.

Tampoco proceden del judaismo sinagogaal las doctrinas contenidas en el libro de Daniel por la sencilla razón de que son anteriores á esta secta y aún á la redacción del libro que vamos examinando. Por lo que se refiere á la doctrina de los ángeles está bien clara y terminante en todos los libros anteriores á la cautividad. Así leemos: «Y habiendo alzado los ojos se le aparecieron tres varones (á Abraham) puestos en pie junto á él; y cuando los vió corrió desde la puerta de la tienda á recibirlos»... (2). Y llegaron los dos ángeles á Sodoma al caer de la tarde y cuando Sot estaba sentado á las puertas de la ciudad... (3) El Señor Dios del cielo que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, él que me habló y me juró diciendo: «A tu linaje daré esta tierra; él enviará su ángel delante de tí y tomarás de allí mujer para mi hijo» (4). «El Señor, dijo, en cuya presencia ando, enviará su ángel contigo y enderezará tu camino; y tomarás mujer para mi

(1) El Avesta trad. Yesht X, 10, 18, 19, 26, 27, 35-37.

(2) Gen. XVIII, 2. Estos varones de que habla el texto son indudablemente ángeles del Señor como lo demandan el contexto inmediato y el mediato: Así S. Pablo. Ad Hebr. XIII, 2, dice: «Y no olvideis el ejercitar la hospitalidad, pues por ella algunos sin saberlo hospedaron ángeles.»

(3) Gen. XIX, 1 y siguientes,

(4) Gen XXIV, 7.

hijo de mi parentela y de la casa de mi padre» (1). Lo mismo puede verse: Gen. XXVIII, 12; XXXII, 1; XLVIII, 16; XVI, 7, 9; XXI, 17; XXII, 11; XXXI, 11. Exod. XIV, 19; XXIII, 20, etc. Háblase, en fin, de los ángeles en los Números, los Jueces, los Reyes, los Salmos, Isaías y finalmente, en toda la literatura bíblica anterior al período exiliano, lo cual demuestra que la doctrina de los ángeles no es de la época de los Macabeos.

Tampoco es debida al judaismo sinagogal la doctrina de la resurrección de los muertos. Jesucristo nuestro Señor dice: «Los hijos de este siglo contraen matrimonio recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la dichosa resurrección de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos. Porque ya no podrán morir otra vez, siendo iguales á los ángeles é hijos de Dios por el estado de la resurrección á que han llegado. «Por lo demás, que los muertos hayan de resucitar, Moisés (2) lo declaró cuando estando junto á la zarza, le dijo el Señor: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Claro está que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos viven» (3). Luego, según la interpretación autorizadísima, verdaderamente auténtica de Jesucristo Señor Nuestro, Moisés enseñó la resurrección y por consiguiente esta doctrina no ha sido tomada del judaismo sinagogal como pretenden nuestros adversarios.

Tenemos el famosísimo texto de Job que así en la Masora como en los LXX, como en la Vulgata edición latina demuestra que la creencia en la resurrección universal no es patrimonio de la Sinagoga. Así en el original hebreo se lee:

וְאֵיךְ יִרְעָתִי גָאֵלִי הִי וְאַחֲרָיוֹן עַל־עֵפֶר יָקוּם: וְאַחֵר צוּרִי נִקְבֹּץ-וְאֵהָא  
 וְכּוּבְשָׁרֵי אֵהוּהָ אֵלֹהֵי: אֲשֶׁר אֲנִי אֲחַזְקֶה־לִּי וְעֵינָי רָאוּ וְלֹא־זָר כָּל־  
 כְּלִיָּהִי בְהַקִּי:

(1) Gen. XXIV, 40. Por este pasage y por el anterior se ve cuán antigua es la tradición, que había entre los Hebreos, del ángel tutelar ó custodio, que cada uno de los hombres tiene para su guarda.

(2) Exod. III, 6.

(3) Luc. XX, 34-38.

La versión de los LXX: οὐδὲ ἐγὼ ὅτι σενναςος εἶναι ὁ ἐκλυεῖν με μελλῶν, ἐπὶ γῆς ἀναζητᾶται καὶ δερμὶς μου καὶ ἀνατλοῦν ταῦτα, ἠαρξίζω κυρίου ταῦτα μοι συνετέλεσθη, καὶ ἐγὼ ἐμκυτῶ συνεπι εἰμι καὶ σφθλιμος μου εἰωρακε, καὶ οὐκ ἄλλος, πάντα ἕ μοι συνετέλεζεν ἐν κόλπῳ.

La de San Jerónimo: «Scio enim quod Redemptor meus vivit et in novissimo die de terra surrecturus sum; et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum. Quem visurus sum ego ipse et oculi mei conspecturi sunt et non alius; reposita est haec spes mea in sinu meo». La versión del Ilmo. Scio que seguimos en este trabajo dice: «Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré á mi Dios. A quien he de ver yo mismo y mis ojos le han de mirar y no otro: ésta mi esperanza está depositada en mi pecho» (1). La interpretación literal de la futura resurrección de los muertos, es la seguida por muchos Padres, entre ellos San Jerónimo, verdadera autoridad en esta materia, y es la que está exigiendo el texto y el contexto: La traducción literal del texto hebreo es la siguiente: «Yo sé que vive mi Redentor y que al fin se levantará sobre el polvo y después de la consunción de mi piel, de mi carne, veré á Dios, á quien veré yo para mí y á quien contemplarán los mismos ojos míos, mis riñones han desfallecido en mi seno». La versión de los LXX no es tan clara, pero dice: «Sé, pues, que el Eterno debe libramme y RESTAURAR sobre la tierra la piel mía que esto padece.....» Qué significa en la mente de Job esta restauración á que alude, sino la futura resurrección de los cuerpos? Porque el contexto lo está exigiendo evidentemente. Cierto que el personaje idumeo parece referirse en sus palabras al grande, al soberano consuelo de nuestra vida: el testimonio de nuestra conciencia honrada. Porque perseguidos, calumniados, aherrojados con las cadenas de la injusticia y la deshonra, nosotros sabemos refugiarnos en el santuario de nuestra conciencia para formular en manos de Dios una protesta tan íntima como sincera que defienda nues-

(1) Job. XX, 6.



tro honõr y nuestra dignidad. Pero lo hacemos sin apelar á esas palabras solemnes, enfáticas y verdaderamente magestuosas que emplea el pacientísimo Job en el proemio (1), y que están pidiendo la realización de un suceso magno y extraordinario en demasía y no un acontecimiento que no rebasa los límites de la vulgaridad, cual es la restitución de la salud y de la fortuna.

En Ezequiel, profeta de la cautividad como Daniel, leemos estas decisivas palabras que demuestran cómo la hermosa y consoladora doctrina de la futura resurrección universal de los cuerpos es anterior á la época que la atribuyen nuestros enemigos: «Y díjome: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso, que vivirán estos huesos? Y dije: Señor Dios, tu lo sabes. Y díjome: Profetiza sobre estos huesos y les dirás: Huesos áridos, oid la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios á estos huesos: He aquí que yo haré entrar en vosotros espíritu y vivireis. Y pondré en vosotros nervios, y haré crecer carnes sobre vosotros, y extenderé piel sobre vosotros y os daré espíritu y vivireis y sabreis que yo soy el Señor. Y profeticé como me lo había mandado: mas cuando yo profetizaba, hubo ruido y he aquí una conmoción y ayuntáronse huesos á huesos, cada uno á su coyuntura. Y miré y ví que subieron nervios y carnes sobre ellos: y se extendió en ellos piel por encima, mas no tenían espíritu. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza hijo de hombre y dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: De los cuatro vientos ven, oh espíritu, y sopla sobre estos muertos y revivan. Y profeticé como me lo habia mandado y entró en ellos el espíritu y vivieron y se levantaron sobre sus pies un ejército numeroso en extremo» (2). Cierta que las palabras del profeta se refieren inmediatamente y en sentido literal al pueblo de Israel y á la terminación de la cautividad, pues añade el escritor sa-

---

(1) ¡Oh! ¿quién me diera que las palabras que voy á proferir se conservasen escritas? ¿quién me diera que se imprimiesen en libro con punzón de hierro y se esculpiesen en planchas de plomo ó con el cincel se gravasen en pedernal?

(2) Ezeq. XXXVII, 3-10.

grado: «Y me dijo: Hijo de hombre, todos estos huesos la casa de Israel es: ellos dicen: secáronse nuestros huesos y pereció nuestra esperanza y hemos sido cortados. Por tanto profetiza y les dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os conduciré á la tierra de Israel. Y sabreis que yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros y os sacase de vuestras sepulturas, pueblo mío: y pusiere mi espíritu en vosotros, y viviéreis, y os haré reposar sobre vuestra tierra, y sabreis que yo, el Señor, hablé é hice, dice el Señor Dios» (1). Pero es indudable, que aquellos á quienes se dirigía Ezequiel, tenían clara noticia de la resurrección, pues de lo contrario, hubiera añadido oscuridad á la densísima oscuridad de los profetas (2).

(1) Ezeq. XXXVII, 11-14.

(2) San Jerónimo dice sobre el particular: «Qui putant de resurrectione quae ab omnibus et Judaeis et Christianis creditur Dei esse sermonem facere quaestionem id quod in v. 11 dicatur, eo quod non de generali resurrectione, sed proprie de resurrectione dicatur domus Israel, quae dicat: aruerunt ossa nostra.... et si, sicut nonnulli arbitrantur, de generali resurrectione dicit sermo divinus, quid necesse fuit specialiter dici: et inducam vos in terram Israel, cum in omni orbe terrarum resurgere debeant mortui ex his locis in quibus sepulti sunt? Sed qui locum hunc de resurrectione mortuorum interpretantur non debent nobis facere invidiam quod istum locum aliter exponentes resurrectionem negare videamur. Scimus enim multo robustiora testimonia et in quibus nulla sit dubitatio in Scripturis Sanctis reperiri (Job XIX, 26; Dan. XII, 2; Math. X, 28; Rom. VIII, 11), ex quo perspicuum est nos non negare resurrectionem, sed haec non scripta de resurrectione contendere et per resurrectionis parabolam de restitutione Israel prophetari». Pero á la vez sostiene que indirectamente puede concluirse de esta parábola la resurrección de los muertos diciendo: «Nec statim haereticis occasiorem dabimus, si haec de resurrectione communi intelligi denegemus. Numquam enim poneretur similitudo resurrectionis ad restitutionem israelitici populi significandam, nisi staret ipsa resurrectio et futura crederetur, quia nemo de rebus non stantibus in certa confirmat. Totaque nostra illo tendit assertio, quod quomodo videtur incredulum quod ossibus aridis et multa vetustate confectis futura resurrectio promitta-

En Isaías se lee: «Vivirán tus muertos, mis muertos resucitarán; despertaos y dad alabanza los que morais en el polvo; porque tu rocío es rocío de luz; y á la tierra de los gigantes la reducirás á ruinas» (1). En Osías se lee: «Del poder de la muerte los libraré, los redimiré de la muerte: seré tu muerte ó muerte, seré tu mordedura, ó infierno...» (2) Sobre los cuales pueden hacerse las mismas consideraciones que sobre el vaticinio de Ezequiel.

Por lo que se refiere á la abstinencia de manjares prohibidos tampoco es peculiar del tiempo macabaico, pues leemos en Ezequiel: «Y dije: Ah, ah, ah, Señor Dios, ved que mi alma no está contaminada; y cosa mortecina, ni despedazada de bestias no comí desde mi infancia hasta ahora, y no entró en mi boca ninguna carne inmunda» (3). Y en Oseas: «No morarán en la tierra del Señor: se tornó Efrain á Egipto y entre los Asirios comió lo impuro» (4). Y lo mismo podemos afirmar de la costumbre de orar muchas veces al día consignada en el salmo LIV, 18, que ya sea de David, ya sea de Jeremías, como quieren otros, es ciertamente anterior á la época de la cautividad.

En cuanto á la idea mesiánica no sólo no la tomó el libro de Daniel de la Sinagoga, más aún, no pudo tomarla porque el judaismo tenía un concepto muy erróneo, muy grosero, verdaderamente materialista del Mesías prometido y en Daniel es el Libertador espiritual de los hombres.

Para convencerse del crasísimo error en que estaban los judíos respecto del Salvador, basta leer los Evangelios,

---

tur et tamen futurum est quod promittitur, sic et restitutio populi Israel.... videtur quidem incredibilis his qui Dei non norunt potentiam, sed tamen futura est». In Ezeq. XXX, VII. Y Tertuliano dice á este propósito: «Non posset de ossibus figura componi, si non id ipsum et ossibus eventurum esset; nam etsi figuratum veritatis in imagine est, imago ipsa in veritate est sui; necesse est esse prius sibi quo alii configuretur». Knabenbauer in Ezeq. pág. 379.

(1) Isai. XXVI, 19.

(2) Os. XIII, 14.

(3) Ezeq. IV, 14.

(4) Os. IX, 3.

y para demostrar que la idea mesiánica, la noción clara y espiritual del Mesías nada tiene que ver con las escuelas judías, no hay más que abrir el Antiguo Testamento singularmente el Pentateuco, los Salmos y los Profetas.

Luego el libro de Daniel ni por el fondo ni por la forma, es debido á la influencia del parsismo ni del judaismo sinagogal como pretenden nuestros adversarios.

## CAPÍTULO IX

## PRIMER SUEÑO DE NABUCODONOSOR

He aquí cómo describe Daniel la estatua que vió en sueños el rey Nabucodonosor: «Tú, oh rey veías y te pareció como una grande estatua: aquella estatua grande y de mucha altura estaba derecha, enfrente de tí, y su vista era espantosa. La cabeza de ésta era de oro muy puro, mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y la una parte era de hierro y la otra de barro. Así la veías tú, cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra; é hirió á la estatua en sus pies de hierro y de barro y los desmenuzó. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro y reducidos como á tamo de una era de verano, la que arrebató el viento y no parecieron más; pero la piedra que había herido la estatua, se hizo un grande monte é hinchó toda la tierra.

Este es el sueño; diremos también en tu presencia, oh rey, su interpretación. Tú eres rey de reyes y el Dios del cielo te ha dado á tí reino y fortaleza é imperio y gloria, y todos los lugares en que moran los hijos de los hombres, y las bestias del campo; también ha dado en tu mano las aves del cielo y todo lo ha puesto bajo de tu poder: tú eres la cabeza de oro. Y después de tí se levantará otro reino menor que tú, de plata: y otro tercer reino de cobre, el cual mandará á toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará á todos éstos. Y

lo que viste de los pies y de los dedos una parte de barro de alfarero y otra parte de hierro: el reino será dividido, el cual, no obstante, tendrá origen de vena de hierro según lo que has visto hierro mezclado con tiesto de barro. Y los dedos de los pies en parte de hierro y en parte barro cocido; en parte, el reino será firme y en parte quebradizo. Y el haber visto el hierro mezclado con el tiesto de barro, se mezclarán por medio de parentelas, mas no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se puede ligar con el tiesto.

Mas en los días de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruído, y este reino no pasará á otro pueblo, sino que quebrantará y acabará todos estos reinos; y el mismo subsistirá para siempre. Según lo que viste, que del monte se desgajó sin mano una piedra y desmenuzó el tiesto, y el hierro, y el cobre, y la plata, y el oro, el grande Dios mostró al rey las cosas que han de venir después. Y el sueño es verdadero y su interpretación fiel» (1).

Este pasaje del libro de Daniel no solamente es un esbozo sino un cuadro admirable copiado de la naturaleza, una pintura exactísima, una fotografía más bien de las cosas y costumbres de la corte de Nabucodonosor, una página arrancada á la historia de Babilonia que viene á poner el sello de la autenticidad á la obra del cuarto de los profetas mayores. Es, además, una profecía mesiánica en el sentido estricto de la palabra y hemos de defender este carácter no solamente contra los racionalistas que en ella ven una predicción *post eventum* sino también contra la Escuela neocrítica que la tiene por mesiánica en un sentido amplio, amplísimo y de escasa fuerza dogmática.

Que sea una profecía se demuestra por el contexto inmediato, pues en el versículo 28 se lee: «Mas hay un Dios en el cielo que revela los misterios, el cual te mostró, oh rey Nabucodonosor, las cosas que han de venir», pues esto es profecía; la predicción de las cosas futuras que no pueden preverse por las leyes naturales, ó la manifestación

(1) Dan. II, 31-45.

de una cosa futura oculta á las criaturas (1). Que sea mesiánica lo prueban de una manera apodíctica la siguiente locución tomada del mismo versículo: «*en los últimos tiempos*», porque es sabido que en la literatura bíblica del Antiguo Testamento sobre todo en el lenguaje profético ésta y parecidas frases quieren significar la venida del Mesías y su reinado espiritual sobre las almas. Así en Isaías se lee: «Y en los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes» (2). Y en Miqueas: «Y acacerá: En los últimos días el monte de la casa de Dios será fundado sobre la cima de los montes, y ensalzado sobre los collados; y correrán á él los pueblos y se apresurarán muchas gentes y dirán subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob...» (3) ¿Quién no ve pintado por los profetas el reino mesiánico, ésto es, la Iglesia Católica, ese ingente organismo cuyo cerebro y cuyo corazón piensa y late en la inmensidad de los cielos y cuyos miembros abarcan toda la redondez de la tierra? La profecía, pues, es mesiánica no en el sentido típico sino en el literal que es el intentado por el Espíritu Santo, autor principal de los Sagrados Libros.

Mas continuemos nuestra exégesis acomodada en un todo á los cánones de la hermenéutica. El primer reino simbolizado por la cabeza de la estatua es indiscutiblemente el de Nabucodonosor según la interpretación auténtica del profeta que dice: «Tú eres la cabeza de oro» (4).

Versículo 39. «Y después de tí se levantará otro reino, menor que tú, de plata.» El profeta simboliza en Nabucodonosor el imperio de Babilonia porque realmente en el rey está encarnado el principio de autoridad en el orden político, muy especialmente entre los orientales muy afec-

---

(1) Dicendum quod prophetia primo et principaliter consistit in cognitione, quia videlicet prophetae cognoscunt ea quae sunt procul et remota ab hominum cognitione. S. Thom. 2, 2 q. 171, art. 1.

(2) Isai. II, 2.

(3) Mich. IV, 1.

(4) Dan. II, 38.

tos al régimen autoritario ó despótico. Por eso dice: «*después de tí*», ésto es, después del reino de cuya primera magistratura estás investido. El reino que surgió después del imperio de los Caldeos fué el medo-persa que comparado con el de Nabucodonosor resulta inferior á él en análoga proporción á la que hay entre la plata y el oro. En tiempo de Nabucodonosor era Babilonia el emporio del poder, de las riquezas, del fausto, de la magnificencia. En los mismos Sagrados Libros se celebra su gran esplendor, comparándola con la estrella de la mañana, llamándola dueña de los reinos, señora de los imperios, gloriosa é ínclita capital de la Caldea (1) hasta el punto de que su poder y belleza extraordinaria hicieran caer al monarca que así la había embellecido en aquel supremo grado de elación que por disposición de Dios degeneró en locura por demás extraña y significativa. Bajo la dominación persa perdió Babilonia mucho de su antiguo esplendor y prístina gloria, no se levantaron monumentos que fuesen la admiración de las naciones, y aunque Ciro y sus sucesores sojuzgaron muchas provincias no llegaron sin embargo, en su poder, á la grandeza de Nino, Semiramis, Sardanápalo (2) y Nabucodonosor.

(1) «Y Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, la magnífica soberbia de los Caldeos, será destruída...» Isai. XIII, 19. ¿Cómo caíste del cielo, ó Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra tú que llagabas á las gentes? Tú que decías en tu corazón: «Subiré al cielo, sobre los astros de Dios pondré mi trono, me sentaré en el monte del Testamento á los lados del Aquilon. Subiré sobre la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo. Mas al infierno serás precipitado en lo profundo del lago; los que te viesen se inclinarán á tí y te contemplarán. ¿Por ventura es este el hombre que conturbó la tierra, que estremeció los reinos, que puso al mundo desierto y asoló sus ciudades, no abrió la cárcel á sus cautivos? Todos los reyes de las naciones, todos durmieron en gloria, cada uno en su casa.» Isai. XIV, 12-18.

(2) Según los trabajos de los orientalistas, Nino es un personaje fantástico y probablemente también Semiramis, aunque se ha adelantado poco en la materia. Sardanápalo es el Assurbanipal de las inscripciones cuneiformes, y aunque fué propiamente rey de Asiria, reinó también algún tiempo en Babilonia.



Versículo 39. Y otro tercer reino de cobre el cual mandará á toda la tierra. Este reino es el imperio greco-macedonio, es á saber el fundado por Alejandro Magno sobre las ruinas de la dominación persa, valiéndose para ello no de la influencia de las letras ni de la penetración pacífica, sino de las armas que en aquella época se hacían de cobre y con las cuales sometió á su dominio casi toda la tierra conocida. En efecto, paseó triunfante sus armas por el Asia, por casi toda la Africa y por gran parte de Europa, llegando á constituir uno de los más grandes imperios del mundo que con el cuarto y los dos anteriores, es conocido en la historia bíblica con el nombre de monarquía universal (1). Algunos llevando hasta la exágeración la analogía entre la estatua y el imperio macedonio dicen que está simbolizado en el vientre porque no hizo más que devorar con la mayor rapidez todo lo que encontraba, pero también está simbolizado en los muslos que nada devoran ni consumen. Está simbolizado el imperio macedonio en el vientre y muslos de la estatua porque ese es el lugar que le corresponde en la gradación descendente que hace el profeta desde la cabeza, la parte más noble del cuerpo humano, hasta los pies la parte inferior en naturaleza. Además los metales diversos de que se compone la estatua que vió en sueños el rey Nabucodonosor son una señal cierta, un distintivo, lo que hoy es la bandera nacional en los diferentes Estados, la enseña que distinguía á los cuatro grandes imperios, el oro el imperio de los Caldeos, la plata el de los Persas, el cobre el de los Griegos y, finalmente, el hierro el de los Romanos (2).

(1) Dan. VIII, 5. Esdr. I, 2. Luc. II, 1.

(2) Metalla ista quatuor proprietate quadam superficiali etiam apud ipsos gentiles cum quattuor istis populis et regnis consociari. Apud Herodotum res babilonicas narrantem auri ingens copia memoratur, praesertim imago Beli tota ex auro conflata (Herod. 1, 133). Inter Persas custodes regis corporis argyraspides et ἄργυροφόροι argenteis hastis armati a caeteris distinguebantur. Achivi, id est graeci, in Homeri carminibus χρυσοχίτωνες sunt, aere cooperiuntur, aere terra marique dimi-

Versículo 40. «Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará á todos éstos. «En lo que se refiere á este cuarto imperio no están conformes todos los exégetas. Los racionalistas que tienen á la obra de Daniel como un escrito postexiliano refieren este último imperio al de los Lagidas de Egipto y al de los Seleucidas de Siria, siguiéndoles en ésto los neocríticos que así ésto como todo lo demás del libro lo refieren á los tiempos de Antioco IV Epifanes. El fundamento de los racionalistas es el odio á lo sobrenatural, la negación de la profecía, el de los neocríticos es más positivo pero de menos fuerza de lo que ellos se imaginan. En todo libro, dicen ellos, así humano como divino es preciso interpretar primero los pasajes claros y por ellos, dada la unidad del libro, vendremos en conocimiento de aquellos que por su oscuridad son de interpretación difícil, y puesto que el capítulo XI de Daniel es el más claro de todo el libro y se refiere evidentemente á los tiempos de Antioco Epifanes, á ese mismo tiempo hemos de referir el cuarto imperio simbolizado en los pies de hierro de la estatua. Apóyanse también para discurrir de este modo en el común sentir de los exegetas ultratradicionalistas y en la autoridad de San Jerónimo quien en su comentario sobre Daniel dice así: *Hucusque ordo historiae sequitur, et inter Porphyrium ac nostros, nulla contentio est. Caetera quae sequuntur usque ad finem voluminis, ille interpretatur super persona Antiochi... Nostri autem haec omnia de Antichristo prophetari arbitrantur qui ultimo tempore futura est*». Y más adelante refiriéndose á los versículos 44 y 46 añade: «*Haec ille in sugillationem nostri artificiosissimo sermone composuit, quae etiamsi potuerit approbare, non de Antichristo dicta, sed de Antiocho, quid ad nos qui non ex omnibus Scripturarum locis Christi probamus adventum, et Antichristi mendacium? Pone enim haec dici de Antiocho, quid nocet*

---

*cant; aere etiam ad domesticas usus plerumque accinguntur. Romani denique ferro rem gerunt, ferrei ipsi. Palmer In Dan. pág. 14.*

religioni nostrae? (1). Ciertó que nada pierde la religión aunque refiramos todo el capítulo XI á Antioco IV Epifanes y no al Anticristo, pero nos parece que es ir fuera de las leyes de la hermenéutica aplicar estas palabras de San Jerónimo á todo el libro de Daniel porque ¿es acaso posible referir á la época de los Seleucidas la escena admirable, conmovedora de que habla el profeta en el capítulo séptimo? (2).

Apóyanse también los que interpretan el cuarto imperio por el de los Lagidas y Seleucidas en que éstos eran dos como las piernas de la estatua, pero precisamente la estatua tenía dos piernas porque representaba á un hombre y estas dos piernas de hierro constituían un solo imperio que según el profeta desmenuzó y quebrantó á todas las anteriores llegando á formar la última de las cuatro grandes monarquías que precedieron al establecimiento de la monarquía universal, la Iglesia católica, que es el reino mesiánico.

El hierro de que habla el profeta simboliza maravillosamente la austeridad, la fortaleza, la constancia, el valor y el arrojo indómito de los romanos en sus mejores tiempos, no las cualidades de los Seleucidas y Lagidas, porque ¿dónde están los príncipes vencidos por Seleuco Nicator y los pueblos sojuzgados por Ptolomeo? Es verdad que el Imperio romano ni sucedió inmediatamente al imperio de Alejandro ni con él tenía nexo de ninguna clase, y que el Mesías había de venir después de la ruina del cuarto imperio y cabalmente el imperio de Roma estaba en todo su apogeo á la venida de Jesucristo, pero ni la profecía dice que el cuarto imperio ha de suceder inmediatamente ni ha de tener nexo alguno con el tercero y por lo que toca al esplendor del imperio romano en la época del nacimiento de Jesucristo podemos decir que era aparente, que vivió por atavismo, puesto que entonces comenzó á declinar.

Versículo 41. «Y lo que viste de los pies y de los dedos una parte de barro de alfarero, y otra parte de hierro, el

(1) Com. in Dan. pág. 538.

(2) Dan. VII, 9-14.

reino será dividido» que tendrá origen de vena de hierro, según lo que has visto hierro mezclado son tiesto de barro». El imperio romano que llegó á todo su esplendor y poderío en el reinado de Augusto, fué un verdadero imperio de hierro puro que destruyó, y desmenuzó y redujo á menudo polvo á innumerables pueblos, así bajo el mando de los Cónsules que llevaron por doquier sus armas vencedoras, como bajo los emperadores Julio César, Augusto y Tiberio que tuvieron bajo su dominación muchos reinos y provincias, pero después fué escoria de hierro, hierro mezclado con arcilla bajo la dominación de los otros emperadores, afrenta del género humano, que por sus vicios en aquella época en que la virtud no tenía apenas asiento sobre las almas, eran el objeto del desprecio de todos y por su tiranía se conciliaron el odio de propios y extraños mirando así la estabilidad del imperio y confirmando aquella sentencia del Espíritu Santo que es á la vez un axioma de Filosofía de la Historia: «*Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum*».

Versículo 42. «Y los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido: en parte el reino será firme y en parte quebradizo». Los dedos son la parte inferior de la estatua y el ser en parte de hierro y en parte de barro cocido representa al imperio romano que en sus principios fué uno y por consiguiente poderoso y después debilísimo en sus postrimerías por las guerras civiles y las revoluciones separatistas. La plebe luchó contra el Senado, Sila contra Mario, Cesar contra Pompeyo y Augusto contra Antonio; vino después el descontento general, la preponderancia de los pretorianos, la invasión de los bárbaros que por su desigualdad pueden muy bien compararse á los dedos de los pies de la estatua y finalmente sacudieron el yugo de Roma España, Polonia, Gran Bretaña, Francia, etcétera, quedando el imperio en suma debilidad y pobreza de suerte que en lo humano no había medio de devolverle á su antiguo esplendor y poderío.

Versículo 43. «Y el haber visto el hierro mezclado con tiesto de barro, se mezclarán por medio de parentelas; mas no se unirán el uno con el otro así como el hierro no se puede

ligar con el tiesto. Para apuntalar el imperio que se derrumbaba carcomido más por los vicios que por los años, se unieron por medio de alianzas matrimoniales. Pompeyo casó con Julia hija de Julio César y M. Antonio con Octavia hija de Augusto. Con estas alianzas parece que debiera haber reinado la paz y la tranquilidad en la República y sin embargo César declaró la guerra á Pompeyo, y vencido éste sojuzgó al pueblo romano sometién-dole á su despótica autoridad. Para asegurarse en el trono á que había subido por el derecho de la fuerza, nada omitió, alianzas, adopciones, matrimonios, mas en vano porque había dicho el profeta, *se mezclarán por medio de parentelas mas no se unirán el uno con el otro*, y sobre la casa de César llovieron muertes, traiciones, crímenes de todo género siendo destruída por Nerón que á su vez murió de una manera trágica y por demás horrible.

Versículo 44. «Mas en los días de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido y este reino no pasará á otro pueblo; sino que quebrantará y acabará todos estos reinos y él mismo subsistirá para siempre». Los que sostienen que el cuarto imperio del sueño de Nabucodonosor es el de los Lagidas y Seleucidas aplican estas palabras al imperio de Roma, porque efectivamente el imperio romano tuvo humildísimos comienzos y llegó á ser un coloso que dominó sobre toda la redondez de la tierra y echó sus cimientos cabalmente en los tiempos de aquellos reinos, que dice el texto sagrado, es decir, cuando los griegos, los reyes del Egipto y de la Siria se destruían mutuamente. Pero han de advertir los que así opinan que el reino de que aquí se trata, es la piedra del versículo treinta y cuatro, que sin mano alguna se desgajó del monte y el imperio romano más que otro alguno se fundó por la fuerza de las armas, el reino de que se habla en este versículo no será destruido jamás y el imperio de los romanos sucumbió víctima de sus vicios y de la irrupción de los bárbaros del Norte; el reino, en fin, de que vamos tratando, no pasará á otro pueblo y de las cenizas del imperio romano surgieron las monarquías medioevales que lo sucedieron en el dominio de Europa. El

oráculo, pues, del profeta, á ningún otro imperio se refiere sino al de Jesucristo, ésto es, á la Iglesia católica fundada sin auxilio alguno humano, asentada por Dios del cielo sobre la piedra angular que es Cristo, y propagada por doce hombres oscuros sin ilustración, sin cultura, sin poder alguno y sin más ciencia que lanzar las redes al mar y contar los peces que salían. Reino que no tendrá fin, Nación cuyo dominio no pasará de uno á otro pueblo, Monarquía verdaderamente universal que no sufrirá la suerte de las otras monarquías que nacen, crecen, llegan á su apogeo, decaen y desaparecen de la faz de la tierra para dar lugar á otros reinos que andando el tiempo correrán la misma suerte. La Iglesia católica no sólo se fundó sin auxilio alguno humano, sino que tuvo que superar en su desenvolvimiento innumerables obstáculos y dificultades invencibles. Apenas ha nacido y es casi sofocada en la cuna y en su propia sangre, su Fundador muere en un infame patíbulo; sus Apóstoles sufren las más ignominiosas de las muertes; sus prosélitos es fuerza que presten su cuello á la cuchilla del verdugo, sus cuerpos á la hoguera, al tormento, á las puntas aceradas, á la cruz y á la sanguinaria ferocidad de los animales, y sus bienes de fortuna á la no menos fiera rapacidad de los satélites del Imperio.

Y cuando la sangre de Cristo, de los Apóstoles y de los Mártires fué semilla fecundísima que dió por resultado la propagación maravillosa del Cristianismo, esta sociedad lucha inermemente contra la omnipotencia de los emperadores, bajada del cielo véese obligada á ocultarse en las profundidades de la tierra; pero luego traspassa los límites del Imperio y al cabo de tres siglos de lucha y de sangre sube al trono de los señores del mundo, y el Vicario de Jesucristo que había entrado en Roma descalzo y humilde ocupa luego el trono de los Césares. Así venció la Iglesia, así *quebrantó y acabó con todos aquellos reinos* como dice el profeta (1). Muchos intérpretes entienden por la piedra

---

(1) «*Destrueta sunt omnia regno a Christo, non eversa temporalium eorum dominatione, sed sublata idololatria ex cusoque de-*

que se desprendió del monte no el reino mesiánico, éste es, la Iglesia, sino al mismo Jesucristo Señor Nuestro. En nada se opone ésto á las leyes de la hermenéutica, porque así como el primer reino, el imperio babilónico está simbolizado y como encarnado en Nabucodonosor,—*tu eres la cabeza de oro*—así este reino celestial y divino, este imperio sobre las almas, está simbolizado por, Jesucristo que es la cabeza de la Iglesia. Además, el tránsito del reino de Dios fundado y propagado por Cristo al mismo autor y fundador del reino, es obvio y facilísimo, tanto más cuanto que Jesucristo es la cabeza del cuerpo místico que es la Iglesia y por ella y en ella obra continuamente milagros de amor que es la cohesión de los espíritus, que á su vez da lugar á la formación y conservación de los grandes imperios.

Tienen, finalmente, los que así opinan, otros muchos pasajes de la Sagrada Escritura (1) y así se explica por qué este pasaje de Daniel le explican de Jesucristo. En la piedra comparada con los metales de que se componía la estatua ven la humildad y anonadamiento del Salvador; fué desgajado del monte, es decir, de la estirpe de Abraham según San Efrén, ó del linaje de los judíos cuyo símbolo era el monte de Sión, ó más bien de la Santísima Virgen María cuyas virtudes son de tan alto precio, de tan subidos quilates, que están expuestos á la imitación de todos como los montes tienen sus elevadas cumbres á la mirada de los hombres; se desgajó del monte sin manos, ésto es, fué concebido y nació sin concurso de varón de una Virgen por vencer á todos los enemigos; se hizo un monte grande, es decir que su evangelio ha sido anunciado por todas partes como quiere San Efrén, ó porque encierra en sí todos los otros reinos como dice San Crisóstomo, ó porque

---

monis imperio, cui illa erant subjecta, nec putadum est hoc esse factum in omnibus regnis simul et uno tempore, sed paulatim et per varia temporum intervalla, nunc his, nunc illis regnis ad fidem Christi conversis. Per. in dan. pág. 110.

(1) Isai. XXVIII, 16. Psal CXII, 22. Math. XXI, 42. Marc. XII, 10. Luc. XX, 17. Act. IV, 11. Rom. IX, 32. I. Peto. II, 4.

jamás hubo sobre la tierra un imperio tan colosal que abarcase toda su redondez como opinan Estio y Maldonado, ó porque como dice San Hilario: «ex monte in lapidem, et rursuse ex lapide in montem; exinanivit enim se in forma Dei constitutus et formam servi accepit, et per passionem suam mundo cum superstitionibus suis terroribusque prostrato in gloria Dei Patris est, et Deus super omnia est, propter infirmitatem carnis ex monte in lapidem exinanitus, propter gloriam passionis ex lapide rursus effectus in montem». De esta opinión son muchos Padres de la Iglesia como S. Ireneo, Eusebio, S. Atanasio, S. Cirilo de Jerusalén, S. Epifanio, Tertuliano, S. Cipriano, S. Agustín y S. Jerónimo, y de los intérpretes Maldonado, Sánchez, Estio, Menoquio, Tirino, Calmet y algún otro.

La estatua que vió en sueños el rey Nabucodonosor tiene altísima importancia para los que estudian el orden de los acontecimientos humanos. Aquellos cuatro reinos simbolizados en la estatua, comprenden cuanto los hombres apartados del culto del verdadero Dios y de la religión verdadera pueden hacer por sus propias fuerzas; propónense los cuatro imperios bajo una sola forma, y ésta humana, porque los reinos así establecidos son parte de una sola obra, que es el género humano, y está en forma de estatua, es decir, de objeto con apariencias de vida pero sin espíritu, porque eso es un reino que no se deja influir del espíritu de Dios, que no tiene su asiento sobre las bases inmovibles de la justicia. El hombre individuo y el hombre social separado de Dios, obrando contra Dios, luchando contra la omnipotencia de Dios, nada puede hacer para alcanzar la verdadera vida y la verdadera felicidad, así en Jeremías se lee: «Esto dice el Señor de los ejércitos; aquel anchísimo muro de Babilonia será socavado enteramente y sus puertas excelsas serán quemadas á fuego y los trabajos de los pueblos y de las naciones serán aniquiladas y por el fuego y perecerán» (1). Y en Habacuc: «¡Ay de aquél que edifica una ciudad con sangre y

---

(1) Jer. LI, 58.



del que asienta sus muros con injusticia! ¿Acaso no son éstas cosas del Señor de los ejércitos? Por cuanto trabajarán los pueblos con mucho fuego y las gentes en vano y descaecerán» (1). Compónese la estatua de distintos metales, que significan los varios y múltiples recursos de que se vale el hombre en todas sus obras. Pero ¿qué hace con todo ésto? Comparemos esta estatua compuesta de los ricos metales oro y plata y del cobre y el hierro, que significan la fortaleza, y que al fin cayó rodando por el suelo á impulso de aquella piedrecita que se desprendió del monte; comparémosla con el Hijo del hombre que ha de venir sobre una nube con gran poder y magestad (2) en el último día de los tiempos cuando el sol ha de negarnos su luz, cuando la luna ha de aparecer ensangrentada y las estrellas se han de oscurecer, y las montañas huirán de sitio en sitio y los hombres quedarse han yertos y callados (3), y veráse la enorme diferencia que hay entre los reinos de los hombres cuando se apartan de Dios y el reino de Dios, que es la Iglesia militante en este mundo, y en el otro la Iglesia triunfante. Por lo cual concluimos con Teodoreto, que aplica el simbolismo de la estatua á la segunda venida de Jesucristo: «Si domini prior nativitas Romanorum haud evertit imperium reliquum est omnino, ut secundum illius intelligamus adventum. Nam lapis qui prius excisus est sine manibus, quique evasit mons magnus et orbem terrarum cooperuit, hic in secundo adventu percutiet imaginem super pedes fictiles, hoc est, in ipso fine ferrei regni quod jam factum fuerat imbecille adveniet et omnia regna demoliens ea tradit oblivioni, sempiternunque suum regnum dignis communicabit» (4).

(1) Nab. II, 12 y 13.

(2) Dan. VII, 13, 14.

(3) Luc. XXI, 27.

(4) Teodor. in Dan. pág. 166.

## CAPÍTULO X

LA ESTATUA DE ORO DE NABUCODONOSOR Y LOS TRES JÓVENES  
EN EL HORNO DE BABILONIA

«El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis codos de anchura, y púsola en el campo de Dura, de la provincia de Babilonia. Envió, pues, el rey Nabucodonosor para que se juntasen los sátrapas, magistrados y jueces, los capitanes y los grandes señores y presidentes y todos los príncipes de la tierra, para que concurriesen á la dedicación de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor. Entonces se juntaron los sátrapas, los magistrados, y los jueces, los capitanes y los grandes señores y los presidentes de los tribunales y todos los gobernadores de las provincias para concurrir á la dedicación de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor» (1).

(1) «Il n' est pas un des titres de cette enumeration qui ne corresponde á un titre veritablement assyrien, mentionne dans les documents des rois de Ninive et de Babylone: le correspondance en serait facile á donner et certaine. Mais il est á remarquer que pour deux de ces titres seulement, *pahat et Sakan*, rigundant exactement á ce que sont dans la hierarchie actuelle de l' empire ottoman *pacha* et *Kihaya*, la forme assyrienne a été conservée; pour tous les autres le texte aramee donne des equivalents... Si ce livre avait été inventé au temps d' Antiochus Epiphane, nous aurions lá quelque mots grecs;... nous aurions du moins le titre de *strategos* (general), qui fut tout de suite adopté dans les langues semitiques, ainsi que nous le voyons par les inscriptions aramiennes.» Fr. Lenormant, La divination chez les Chaldeens pag. 199.

Y gritaba un pregonero en alta voz: «á vosotros, pueblos, tribus y lenguas, se os manda: que en la hora en que oyéreis el sonido de la trompeta y de la flauta y del arpa, de la zampoña y del salterío y de la sinfonía y de toda especie de instrumentos músicos postrándoos adoréis la estatua de oro que hizo levantar el rey Nabucodonosor. Y todo aquél que no la adorase postrado en la misma hora, será echado en un horno de fuego ardiendo. (1)

Ver. 1. El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, etc. Los racionalistas acusan de contradicción á la Biblia por las proporciones exageradas que atribuye á la estatua que mandó levantar el rey Nabucodonosor, y he aquí que los descubrimientos arqueológicos vienen á dar testimonio de la veracidad del libro de Daniel. Asurbanipal identificado con los Caldeos en religión, usos y costumbres, cuenta así el botín obtenido en la guerra contra Vunmanaldas, rey de Elam, en un cilindro que se conserva en el museo británico.

- 75 Susinaq, el dios de sus oráculos que habita en los  
bosques,  
76 de quien nadie había visto la imagen  
77 Samud, Lagamar, Pantikira,  
78 Amankasibar, Uduran y Sapak  
79 cuyas divinidades adoran los reyes de Elám  
80 Ragiba, Smegnosarâ, Karsá,  
81 Kirsamas, Sudun, Aipaksina,  
82 Bilala, Panimtiurî, Silagara,  
83 Napsa, Nabirg Kindakorb,  
84 estos dioses y estas diosas, con sus ornamentos,  
85 sus muebles, sus riquezas,  
86 como los sacerdotes que las adoraban, yo he llevado  
á Asiria  
87 treinta y dos estatuas de reyes, hechas de plata, de  
oro y de bronce  
88 y de alabastro, de Susa,  
89 de Madakt y de Nuradi  
90 y una estatua de Ommanigas, hijo de Umbadara,

(1) Dan. III, 17.

- 91 una estatua de Istarnanhundi, una estatua de Nalludus,  
 92 y una estatua de Tamarit segundo,  
 93 que por mandato de Assur y de Istar me juraron sumisión  
 94 yo las llevé á Asiria. Rompí los leones alados,  
 95 y los toros que velaban sobre el templo, todos los que había allí.  
 96 Llevé los toros alados de las puertas de los  
 97 templos de Elám (1).

Esta inscripción de Assurbanipal viene á testificar varias cosas: primera, la afición de los Asirios y Caldeos por las estatuas; segunda, que los metales que empleaban en su fabricación eran precisamente los mismos que viera en sueños Nabucodonosor, el oro, la plata y el bronce ó el cobre, y tercera, que se erigían estatuas no sólo á los dioses tutelares del imperio sino á los mismos reyes. Otro testimonio de esta verdad son las estatuas de Assurnazerhabal del dios Nebo y de Salmanasar II que se conservan en el British Museum de Londres. En un documento encontrado en la Biblioteca de Assurbanipal en Ninive háblase de estatuas de oro de colosales dimensiones (2) la cantidad

(1) G. Smith. History of Assurbanipal, pág. 228.

(2) Au roi mon Seigneur, tou serviteur Abad-Nebo. Paix au roi, mon Seigneur! qu' Assur, Samas, Bel, Zaparnit, Nebo, Tasmit, Istar de Ninive, Istar d' Arbeles, les dieux puissant et grands, protecteurs de la royauté, accordent ceset ans de vie au roi et multiplient les esclaves et les enfants du roi men seigneur!

L' or que dans le mois de *tasrit*, le conseiller intime et le prefet du palais, ni ont fait verser, trois talento d' or pur et quatre talents d' or pur, entre les mains du *rab danium*, l' or pour la statue du roi et pour la statue de la mere du roi n' a pas ete donne aux ouvriers. Que le roi, mon seigneur, donne ordre au conseiller intime et au prefet du palais de redre d' or, et de le donner d' ici á un mois aux soldats, et qu' ils le fassent exactement. » Fr. Lenormant, La divination chez les Chaldeens, página 194.

Con siete talentos de oro que pesan próximamente 213 kilogramos, ya se puede levantar una estatua de regulares dimensiones.

de metales preciosos que como botín de guerra se acumularon en Babilonia exceda á toda ponderación y muchos de estos metales empleólos Nabucodonosor, de carácter emprendedor y muy protector y amigo de las artes, según el testimonio de Beroso, en la decoración de los edificios sagrados; y el mismo Nabucodonosor nos enseña, según se lee en su grande inscripción, que hizo fabricar de oro puro, de un peso incalculable, un altar monumental, destinado á la pirámide de Babilonia, é hizo revestir interiormente de oro repujado «brillante como la aurora y el ocaso», todo el santuario superior de la pirámide de Borsippa (1). Heródoto logró ver todavía en este santuario aun después de las devastaciones de Jerjes, una estatua de Bel, un trono y un escabel de oro puro de ochocientos talentos, es decir, próximamente de unos veinte mil doscientos kilogramos de peso, por lo cual el relato de Daniel no debe asustar á los racionalistas. Además que en la medida de la estatua entran el basamento y la columna (2).

Versículo 1.º «Y púsola en el campo de Dura de la provincia de Babilonia». El campo de Dura está próximamente á unos ocho kilómetros al sur-este de Babilonia y la comisión francesa que no pudo encontrar la estatua de oro de Nabucodonosor ha encontrado su emplazamiento (3) lo cual nos basta para defender la veracidad del libro del último de los grandes profetas.

---

(1) Cuneiform Inscriptions of Western Asia, tom. II, página 53.

(2) En las catacumbas está representada la estatua erigida por Nabucodonosor sobre una columna. Véase Roma sotterránea, pág. 279, además de que era costumbre entre los Caldeos fabricar las estatuas de barro cocido revistiéndolas de láminas de oro más ó menos espesas.

(3) En voyant cette colline, on est immédiatement frappé de la ressemblance qui elle presente avec le piedestal d' une statue colosale, par exemple, celui de la Bavaria, pres de Munich, et tout porte á croire que lá se trouvait la statue dont le livre de Daniel nous á transmis le souvenir... Le fait de l' erection de la statue semble étre confirmé par la découverte du Mokhattat». J. Oppert. Expédition en Mesopotamie. tom. 1, pág. 240.

En honor de quién erigió la estatua Nabucodonosor? Algunos expositores sostienen que erigió el simulacro en honor de su padre Nabopolasar; quieren otros, la mayor parte, á Bal, la principal deidad de Babilonia y otros, finalmente, que la erigió á sí propio deseoso como estaba de los honores divinos. Esta última opinión nos parece más en armonía con el carácter de Nabucodonosor y con lo que se desprende del contexto. En el capítulo sexto, versículo séptimo, se lee: «Todos los príncipes de tu reino, magistrados y sátrapas, los senadores y jueces son de parecer, que salga un decreto imperial mandando: que todo aquel que pidiera alguna cosa á cualquier Dios ú hombre hasta treinta días sino á tí, oh rey, sea echado en el lago de los leones»: Según hemos visto ya había costumbre de erigir estatuas á los emperadores y personajes conspicuos y la misma locura de Nabucodonosor está indicando que fué á sí propio á quien erigió la estatua, porque la tal locura fué evidentemente un castigo de Dios y no es de presumir que Dios le castigase por el hecho sencillo y natural de gloriarse en la grandeza y poderío de Babilonia á la cual él había colmado de riquezas. Además; Nabucodonosor en sus inscripciones dice que fué engendrado por Marduk, que Marduk había depositado el germen de su vida en el seno de su madre y por consiguiente era del linaje de los dioses; ¿qué había de extraño en que se mandase erigir una estatua de oro, como eran las de los dioses, en señal de sumisión y acatamiento?

He aquí de qué manera describe Daniel la solemne dedicación de la estatua: «Y después de ésto, luego que los pueblos todos oyeron el sonido de la trompeta, de la flauta, y del arpa, de la zampoña y de la sinfonía y del salterio y de toda especie de instrumentos músicos; postrándose todos los pueblos, tribus y lenguas adoraron la estatua de oro que había levantado el rey Nabucodonosor». Los racionalistas hacen hincapié en los nombres de los instrumentos músicos para negar la autenticidad de este capítulo y de todo el libro de Daniel.

Según ellos estos nombres son evidentemente helénicos y no pueden haber sido consignados en el libro en

chección hasta la época de los Seleucidas, porque es inaudito, dice Wetter Schrader, que se encuentren palabras griegas en un libro hebreo antes de la dominación griega.

Pero este argumento flaquea por la base, porque los nombres de los instrumentos no son griegos evidentemente. La trompeta es de origen semita. Un bajo relieve de Senaquerib representa una trompeta recta semejante por la forma á la trompeta romana representada en la columna de Trajano, es la trompeta que la Biblia llama שׁוֹפָר *sofâr* en oposición á קֶרֶן *queren* cuerno. La flauta, según los propios griegos, es de origen asiático y es una prueba de la influencia de la Asiria sobre los griegos.

El arpa ó la cítara *αὐλὴ* de los griegos y la zampoña en griego *συμβύλη* según Estrabon, son de origen asiático. Además uno y otro instrumento se hallan representados en los más antiguos monumentos de la Asiria. Un cilindro Babilonio publicado por Lajard representa un arpa de forma triangular que el músico lleva colgada al cuello y puede tocar con las dos manos. Entre los bajo-relieves descubiertos por Sarzec se encuentra un fragmento que representa á un músico sentado que toca con la mano derecha un arpa que tiene con la izquierda. El salterio *ψαλτήριον* es un instrumento asiático. Por un bajo-relieve de Asurbanipal, que representa una procesión, venimos en conocimiento de la forma de este instrumento que era triangular casi como el arpa y que suspendido al cuello del artista sonaba herido por un mazo que el músico tenía en la mano derecha, acompañando alguna vez ligeras percusiones con la mano izquierda. Por lo que se refiere á la sinfonía, último de los instrumentos mencionados por Daniel, desconocemos completamente su naturaleza. Según unos es la *sampogeca* de los italianos de gran parecido si no es idéntica á la gaita gallega. Otros pretenden que es una especie de órgano y se fundan en un bajo-relieve de los tiempos de Senaquerib que representa una procesión de músicos, uno de los cuales lleva un instrumento desconocido. Es una caja de metal ó de madera que contiene probablemente cuerpos duros que al chocar unos con otros merced á la agitación que el artista imprimía al instru-

mento producía sonidos más ó menos armoniosos. Instrumentos análogos se han encontrado en Egipto (1), lo cual si no prueba de un modo evidente el origen asiático del instrumento, mina por su base la afirmación racionalista que le hace originario de la Grecia.

Todos adoraron la estatua menos los tres jóvenes hebreos compañeros de Daniel, por lo cual los Caldeos que los odiaban de muerte les acusaron delante del rey Nabucodonosor diciendo: «Tu, oh rey, has dado un decreto, para que todo hombre que oyere el sonido de la trompeta, de la flauta y del arpa, de la zampoña y del salterio, y de la sinfonía y de toda especie de instrumentos músicos, se postre y adore la estatua de oro: Y que si alguno no la adora postrándose, sea echado en un horno de fuego ardiendo. Hay, pues, unos hombres judíos, que presiden sobre las obras de la provincia de Babilonia, Sidrach, Misach y Abdenago: estos hombres, oh rey, han despreciado tu decreto: no dan culto á tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado». Llamóles el rey á su presencia y les dijo: ¿Es verdad Sidrach, Misach y Abdenago que no dais culto á mis dioses, ni adorais la estatua de oro que hice yo levantar? Ahora, pues, si estais dispuestos, en toda hora que oyéreis el sonido de la trompeta, de la flauta, del arpa, del salterio, y de la zampoña, y de la sinfonía, y de todo instrumento músico, postraos y adorad la estatua que he hecho; pero si no la adorais, en la misma hora sereis arrojados en el horno de fuego ardiendo, y ¿quién es el Dios que os libraré de mi mano?» Nabucodonosor en el paroxismo de su ira, en el colmo de su soberbia satánica se olvida de que poco antes con motivo de haberle descifrado el profeta Daniel un sueño cuya interpretación era inaccesible á los magos, caldeos, adivinos y demás cultivadores de las ciencias ocultas había pronunciado estas palabras, que si no una profesión de fe monoteísta era una declaración solemne de la superioridad del Dios verdadero: «Vuestro Dios es en verdad, es el

---

(1) Wilkiron, *Manners and Customs of the ancient Egyptian*, tom. II, pág. 231.



Dios de los dioses y el Señor de los reyes y el que revela los misterios» (1).

Pero los jóvenes, puesta su confianza en Dios, le respondieron con una libertad santa, con una intrepidez digna de todo encomio é imitación: «Porque he aquí nuestro Dios á quien adoramos, puede sacarnos del horno ardiendo y librarnos, oh rey, de tus manos. Y si no quisiere, ten entendido, oh rey, que no damos culto á tus dioses ni adoramos la estatua que has levantado». ¡Respuesta admirable en que reina la más profunda piedad y campea la prudencia más exquisita! No piden con petulancia, ni confían temerariamente, ni desconfían tampoco de la misericordia de Dios y de su poder inenarrable. Sólo afirman un hecho, una decisión, la voluntad inquebrantable de adorar á sólo Dios con suma reverencia de cuerpo y alma, aunque ésto les costase la vida.

En efecto: Nabucodonosor «dió orden á los soldados más fuertes de su ejército, que atando de pies y manos á Sidrach, Misach y Abdenago, los echasen en el horno de fuego ardiendo. Y en el punto fueron atados aquellos tres varones y echados en el horno de fuego ardiendo con sus calzas y tiaras y calzados y vestiduras, porque la orden del rey apremiaba, el horno estaba muy encendido». El suplicio del horno ardiendo fué siempre desconocido en Palestina y en tiempo de los Macabeos estaba completamente desusado, si es que alguna vez estuvo en vigor, de los reyes de la dinastía de los seleucidas.

Así entre los suplicios á que fueron condenados los valentísimos é intrépidos hermanos Macabeos no se enumeró este género de martirio, antes bien, el texto sagrado le excluye taxativamente cuando dice: «Y aconteció también que habiendo sido presos siete hermanos con su madre, los quería el rey obligar á comer carne de puerco contra la ley, atormentándoles con azotes y con nervios de toro. Mas el uno de ellos, que fué el primero, dijo de esta manera: ¿Qué pretendes y qué quieres saber de nosotros? aparejados estamos á morir antes que violar las leyes de Dios y

(1) Dan. II, 47.

de nuestra patria. Con lo que irritado el rey, mandó caldear al fuego sartenes y ollas de metal; las cuales caldeadas prontamente, mandó que le cortasen la lengua al que había hablado primero; y que arrancada la piel de la cabeza, le cortasen también las extremidades de las manos y los pies, viéndolo sus hermanos y la madre. Y quedando ya del todo imposibilitado, mandó traer fuego, y que le tostasen en una sarten, mientras que respiraba: en la que siendo atormentado largo rato, los otros hermanos con la madre se alentaban entre sí á morir con valor» (1). En cambio era muy común en las riberas del Tigris y el Eufrates donde eran castigados con este género de suplicio los que blasfemaban el nombre de los dioses ó se negaban á tributarles el culto supremo. Así en un cilindro que se conserva en el Museo de Londres, y del cual hace mención G. Smith (2), se lee que un blasfemo fué abrasado en un horno ardiendo:

- 74 .....Dunan  
 75 y Nebozalli, hombres que mandaban en Gambul,  
 76 que contra mis dioses habían proferido grandes mal-  
     diciones,  
 77 en Arbeles los he arrancado sus lenguas;  
 78 he desollado su piel. Dunan en Ninive  
 79 en un horno se le arrojó  
 80 y se quemó enteramente.

Un castigo semejante sufrió Samasumukin que se había rebelado contra su hermano Asurbanipal, pues la rebelión contra los reyes era castigada de igual modo que la blasfemia contra los dioses. En otro cilindro que se conserva también en el Museo de Londres y que trata el eminente asiriólogo G. Smith en su hermosa obra *History of Assurbanipal*, pág. 164, se lee:

- 107 Samassumuki, mi hermano rebelde  
 108 que hacía la guerra contra mi  
 109 en las llamas de un fuego ardiente  
 110 le arrojaron

(1) II Mach. VII, 1-6.

(2) *History of Assurbanipal*, pag. 157.

101 y le quitaron la vida. El horno ardiente de que habla Daniel es una nueva prueba de su veracidad y de que el autor conocía perfectamente los usos y costumbres de los babilonios, cosa no muy fácil en la época de los Seleucidas.

Tenía el horno en cuestión, según los descubrimientos arqueológicos modernos, dos pisos de forma rectangular, en cada uno de los cuales había tres orificios en forma de ventanas por donde salían las llamas abrasadoras. Hoy mismo se conserva en Persia la costumbre de arrojar á ciertos condenados á muerte en un horno ardiendo. Chardin refiere que vió él mismo en 1662 durante un hambre horrosa que invadió toda la Persia, dos hornos alimentados diariamente durante un mes para arrojar en ellos á los mercaderes de granos y á los comerciantes que valiéndose de las circunstancias abusaran de la miseria pública.

Versículos 22 y 23. «Mas la llama de fuego mató á aquellos hombres que habían echado á Sidrach, Misach y Abdenago. Y estos tres varones Sidrach, Misach y Abdenago cayeron atados en medio del horno de fuego ardiendo». Dios por medio de un estupendo milagro libró á los integérrimos y piadosísimos jóvenes de la voracidad de las llamas (1) que consumieron hasta reducirlos á cenizas á los envidiosos caldeos que los acusaron delante de Nabucodonosor. En este pasaje podemos notar dos cosas: primera, que los envidiosos acusadores perecieron víctimas de su propia envidia, porque esta pasión, dice San Gregorio de Nisa, es el mayor mal de los males, la madre de la muerte, primera puerta del pecado y raíz de los vicios; y en otro lugar dice: la envidia es el principio de los dolores, la madre de la miseria, la causa de la desobediencia, el manantial de la ignominia, un aguijón emponzoñado, un puñal oculto, la enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una llaga funesta, un dardo de hiel, un potro

---

(1) Grande miraculum, ligati mittuntur in fornacem et cadunt in medium ipsis praecipites: ardent vincula quibus ligati sunt et vincitorum corpora timens flamma non tangit. S. Hieron. Canu. in Dan.

que sujeta al hombre, una llama que devora el corazón y un fuego interior. Los envidiosos son aves de rapiña...» (1) que se devoran á sí mismos! Lo segundo que hemos de notar es el alto ejemplo de virtud que á todos los hombres dieron aquellos jóvenes de ánimo esforzado, que no temieron á la turbamulta de sátrapas, adivinos y caldeos, ni temblaron al oír los terroríficos edictos del rey, ni se llenaron de horror ante las llamas del horno ardiendo, antes bien lo despreciaron todo, desafiaron impávidos las iras del rey, miraron cara á cara con valor heroico á la muerte, se sobrepusieron á todas las cosas de la tierra, porque siempre, y sobre todo en aquella hora suprema, se apoyaban en el santo temor de Dios (2) que es el principio de la sabiduría» (3).

Versículo 24. «Y andaban en medio de las llamas loan-do á Dios y bendiciendo al Señor». En el texto masorético no se lee este versículo, ni la oración de Azarías, ni el cántico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia, pasando al versículo noventa y uno del texto griego y de la Vulgata que dice así: «Entonces el rey Nabucodonosor quedó atónito, y se levantó apresuradamente y dijo á sus magnates: ¿No mandamos echar tres hombres atados en medio del fuego? Ellos respondiendo al rey dijeron: Así es oh rey». Estas palabras de Nabucodonosor están demostrando que en el texto masorético hay solución de continuidad, pues de otro modo es inexplicable la actitud del rey á menos que se quede atónito de su propia crueldad. Además los versículos 24-90 hállanse en la versión de Teodocion que evidentemente está hecha directamente del hebreo, como lo demuestran los hebraismos de que está llena y sus diferencias irreductibles con los LXX intérpretes, lo cual es una garantía de la autenticidad de la parte deuterocanónica.

Vers. 25-45. «Y poniéndose en pie Azarías, oró así y abriendo su boca en medio del fuego, dijo: «Bendito eres

(1) Hom. in Gen.

(2) Hip. Hom. in Dan.

(3) Salmo. CX, 10.

Señor Dios de nuestros padres, y tu nombre digno de alabanza y glorioso por los siglos: porque justo eres en todas las cosas que hiciste con nosotros, y todas tus obras son verdaderas y tus caminos rectos y verdaderos tus juicios....» Esta oración fervorosa está calcada en el Pentateuco y en los Salmos, lo cual es ya una prueba de su autenticidad, y fué dicha en hebreo, como lo demuestran los nombres de los piadosos jóvenes que aquí se llaman Ananías, Azarías y Misael y no Sidrach, Misach y Abdenago como en otros pasajes, y su ilación con el himno de gratitud, 50-90, que es á la vez un canto religioso y patriótico, que probablemente se sabrían de memoria todos los hijos de los hebreos. Con ésto podemos contestar á una dificultad que nos oponen los racionalistas. Cierto que naturalmente no se puede improvisar ni siquiera recitar de memoria un canto que por el fondo y por la forma es una bellísima producción literaria, que es difícil en medio de los tormentos, expresarse en pensamientos levantados, que sólo surgen al choque de las ideas en la tranquilidad del gabinete de estudio ó cuando las almas son fuertemente agitadas por el entusiasmo; pero olvidan nuestros adversarios que aquí todo es evidentemente sobrenatural.

Una demostración de ello y de esta idea que palpita en toda la oración de Azarías: Vers. 45. «Y sepan que tú sólo eres el Señor Dios y glorioso sobre la redondez de la tierra», son los versículos 46-51 que dicen de esta manera: «Y no cesaban los ministros del rey, que los habían echado, de cebar el horno con nafta y estopa y pez y hacecitos. Y se extendía la llama sobre el horno cuarenta y nueve codos, y salió fuera y abrasó á los Caldeos que halló cerca del horno. Y el ángel del señor descendió al horno con Azarías y con sus compañeros, y sacudió del horno la llama de fuego é hizo que soprase en medio del horno como un viento de rocío, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los afligió, ni causó la menor molestia.» Parece que hay una contradicción entre el versículo 48, que nos muestra á los Caldeos echando combustible en el horno, y el versículo 22, que nos los presenta abrasados por las llamas del horno. La contradicción es evidente en la vul-

gata que hasta el versículo 23 sigue el texto arameo, y del versículo 24 en adelante la versión de Teodocion. Mas en ésta, que representa con más exactitud el texto primitivo, nada se dice en el versículo 22, nada se dice en la muerte de los Caldeos, contentándose con afirmar que los jóvenes fueron arrojados vestidos en el horno de fuego ardiendo. Probablemente la causa de esa contradicción en el texto masorético sea el haber quitado de él las partes litúrgicas; es decir, los versículos 24-90, en que se habla del fin desastroso de los acusadores, pintado en el versículo 48, una mano posterior añadió este versículo al 22, dando origen al estado actual en el texto masorético, de él lo tomó la vulgata edición latina y de ahí la contradicción.

Versículos 49 y 50. «Y el ángel del Señor descendió al horno con Azarías y sus compañeros y sacudió del horno la llama del fuego». El ángel del Señor descendió al horno, dice Teodoreto, y disipó la llama, la apagó más bien, contribuyendo ésto y un viento suavemente húmedo, que milagrosamente comenzó á reinar, á hacer de la estancia de los jóvenes hebreos, no un lugar de horroroso suplicio, sino una habitación de honesto placer y recreo (1). Según Menoquio, quitó las llamas del horno y las arrojó sobre los Caldeos. El viento aquél debió ser, dice Maldonado, como esa fresca brisa de las noches estivales que reanima nuestros miembros enervados á causa del excesivo calor. San Jerónimo dice: *Oppressa perturbationibus anima et variis molestiis occupata, cum hominum desperaverit auxilium et tota ad Deum fuerit mente conversa, descendit ad eam angelus Domini, id est sermo divinus, et excutit flammae aestuantis ardores, ut nequaquam ignita jacula inimici cordis nostri arcana penetrent nec illius fornace claudamur* (2), palabras que son una paráfrasis de

(1) Comm. in Dan.

(2) Muchos Santos Padres, entre ellos Tertuliano, San Justino. San Agustín y S. Hilario, creen que este cuarto personaje que aparece en el horno ardiendo, no es un ángel sino el propio Jesucristo, quien antes de tomar nuestra naturaleza, se revistió de apariencias humanas para ejercer en cierto modo el oficio de redentor. Así explican todas las apariciones de los ángeles como

aquellas otras que pronunció la Verdad eterna: «No de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Los jóvenes vieron al ángel, ya fuese un ángel propiamente dicho ya una Teofanía, y la prueba de ello es que le vió también el rey, según dice el versículo 92. «He aquí que yo veo cuatro hombres sueltos y paseándose en medio del fuego y no hay en ellos ningún daño y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios».

Libertados milagrosamente por la omnipotencia divina de la voracidad de las llamas, entonaron los jóvenes aquel himno que canta la Iglesia casi todos los días y que está impregnado de ingénua piedad, de suave misticismo, de austeridad que no deprime, de entusiasmo que no llega al enloquecimiento, himno del cual escribe San Jerónimo estas notables palabras: «Generali laudatione praemissa quod omnis creatura debeat laudare Dominum, in consequentibus per partes singulas cohortatur angelos et coelos,

---

hechas por el mismo hijo de Dios, que es el Angel del gran consejo. Esta opinión parece corroborarse con esta Antifona del Oficio Eclesiástico en el tiempo pascual: «Surrexit Christus de sepulchro, qui tres pueros liberavit de camino ignis ardentis, allelluja». Pero San Jerónimo opina que es un puro angel, como vierten los LXX y lo exige el contexto, pues en el versículo 49 se dice: «Y el ángel del Señor descendió al horno...» Ya se sabe la escasísima autoridad que en crítica y exégesis tiene la versión alejandrina de este libro, y por lo que se refiere al contexto «venia tanti viri», nos atrevemos á afirmar que se trata del Hijo de Dios. Porque hemos de explicar el versículo 49 por el 92, no viceversa, puesto que lo que es oscuro lo hemos de explicar por lo claro, y lo que nos es desconocido por lo que conocemos perfectamente. Ahora bien; en el versículo 49 la palabra ángel tiene un sentido genérico indeterminado que es preciso explicar por el más claro, determinado y específico que tiene en el versículo 92, que dice:... «y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios.» Por lo demás, San Jerónimo cree que este ángel es tipo de Nuestro Señor Jesucristo, diciendo: «Hoc juxta historiam. Coeterum in typo praefigurat iste angelus, sive Filius Dei, Dominum Nostrum Jesuchristum qui ad fornacem descendit inferni, in quo claussae, et peccatorum et justorum animae tenebantur, ut absque exentione et noxa sui, eos qui tenebantur indusi, mortis vinculis liberaret.» Comm. in Dan.

aquas atque virtutes, solem et lunam imbrem et rorem, spiritum, ignem et aestum, frigus et pruina et coetera quae longum est texeri, ita ut fontes quoque et maria et cete et volucres, bestiasque et pecora ad laudem Dei provocet et filios hominum et post omne hominum genus Israellem, et de ipso Israel sacerdotes et servos Domini, spiritus animasque justorum; sanctos et humiles corde, et ad extremum Ananiam, Azariam, et Misaelem, qui ad laudem Dei praesenti beneficio provocantur. Omnis autem creatura non voce, sed opere laudat Dominum, quia ex creationis consequentia creator intelligitur et in singulis operibus atque efectibus Dei magnificentia demonstratur» (1).

---

(1) Hieron. in Dan.





## CAPÍTULO XI

SEGUNDO SUEÑO DE NABUCODONOSOR Y LOCURA DE ESTE  
MONARCA

El capítulo IV, donde se refieren estos acontecimientos extraordinarios, debiera comenzar en el versículo 98 del capítulo anterior, puesto que el noventa y siete es evidentemente la conclusión del capítulo tercero. Pero siguiendo la división actual en capítulos y versículos y en la imposibilidad de comentarles todos por no dar al libro proporciones exageradas, trasladaremos aquí el sueño de Nabucodonosor y su interpretación por Daniel, haciendo de final algunas observaciones sobre la extraña locura del monarca de Babilonia.

«Yo, Nabucodonosor, en paz estaba en mi casa y floreciente en mi palacio: ví un sueño que me estremeció y mis pensamientos en mi cama y las visiones de mi cabeza me conturbaron. E hice publicar un decreto para que viniesen á mi presencia todos los sabios de Babilonia y para que me declarasen la interpretación del sueño. Entonces entraron los adivinos, magos, caldeos y agoreros y expuse el sueño en presencia de ellos: mas no me dieron la solución de él, hasta que vino á mi presencia el compañero Daniel, cuyo nombre es Baltasar, según el nombre de mi Dios, el cual tiene el espíritu de los santos dioses en sí mismo, y delante de él expuse mi sueño.

Baltasar, príncipe de los adivinos, por cuanto yo sé que tienes en tí el espíritu de los santos dioses y que ningún arcano te es impenetrable: exponme las visiones de mis

sueños que ví, y dime su significado. Esta es la visión de mi cabeza estando yo en mi cama. Me parecía ver un árbol en medio de la tierra, y su altura era extremada; un árbol grande y fuerte y su copa tocaba al cielo, su aspecto era hasta los términos de toda la tierra, sus hojas muy hermosas y su fruto en grande copia y mantenimiento para todos en él, debajo de él moraban animales y bestias, y en sus ramas se juntaban las aves del cielo y de él comía toda carne.

Así estaba viendo en la visión de mi cabeza sobre mi lecho, cuando el velador y el santo descendió del cielo, clamó altamente y dijo así: Cortad á raíz el árbol y desmochad sus ramas; sacudid sus hojas y esparcid sus frutos; huyan las bestias que están debajo de él y las aves de sus ramas, empero dejad en la tierra la cepa de sus raíces y sea él atado con cadenas de hierro y de cobre entre las hierbas que están fuera, y sea bañado con el rocío del cielo y su parte sea con las fieras en la hierba de la tierra. El corazón de él sea cambiado de corazón de hombre y désele corazón de fiera y siete tiempos se sucedan sobre él. Por sentencia de los veladores fué así decretado y palabra y demanda es de los santos; hasta que conozcan los vivientes que el Excelso tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo dará á aquel que quisiere y al más abatido de los hombres pondrá sobre él. Yo, Nabucodonosor, rey, ví este sueño: y tú, oh Baltasar, dime luego su explicación porque todos los sabios de mi reino no me pueden decir lo que significa; mas tú puedes porque en tí está el espíritu de los santos dioses.

Entonces Daniel, cuyo nombre es Baltasar, comenzó á pensar entre sí mismo, callando como una hora, y le turbaban sus pensamientos, y respondiendo el rey dijo: Baltasar, no te turbe el sueño y su explicación. Respondió Baltasar: Señor mío, el sueño recaiga sobre los que te quieren mal y lo que él significa sea para tus enemigos. El árbol que viste sublime y robusto cuya altura llega hasta el cielo y el aspecto de él á toda la tierra; y sus ramas muy hermosas y sus frutos copiosos, y mantenimiento para todos en él, las bestias del campo que moraban debajo de él

y las aves del cielo que habitaban en sus ramas; tú eres, oh rey, que has sido engrandecido y te has hecho poderoso y ha crecido tu grandeza y ha llegado hasta el cielo y tu potestad hasta los términos de toda la tierra.

Y el haber visto el rey al velador y al santo descender del cielo y decir: Cortad de raíz el árbol y desmochadlo, pero dejad en tierra la cepa de sus raíces y sea atado con hierro y cobre entre las yerbas de fuera, y sea bañado con el rocío del cielo y su pasto sea con las fieras hasta que se muden sobre él siete tiempos; ésta es la interpretación de la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre el rey mi señor.

Te echarán de entre los hombres y con las bestias y fieras será tu morada y comerás heno como un buey y será bañado del rocío del cielo y se mudarán sobre tí siete tiempos hasta que sepas que el Excelso tiene dominio sobre el reino de los hombres y lo da á aquel que quiere. Y en cuanto á lo que mandó que se reservase la cepa de las raíces de él, ésto es, del árbol, tu reino te quedará para tí después que conocieres que toda potestad es del cielo. Por lo cual, oh rey, toma mi consejo y redime tus pecados con limosnas y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres, puede ser que él perdone tus pecados.

Todas estas cosas vinieron sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses se estaba paseando por el palacio de Babilonia y respondió el rey y dijo: ¿No es esta Babilonia la grande que yo edificué para capital del reino, con la fuerza de mi poder y la gloria de mi majestad? Y cuando aún estaba la palabra en la boca del rey, vino de repente una voz del cielo. A tí, rey Nabucodonosor, se dice: Tu reino pasará de tí, y te echarán de entre los hombres y con las bestias y fieras será tu morada y siete tiempos se mudarán sobre tí, hasta que sepas que el Excelso tiene dominio en el reino de los hombres y lo da á aquel que quiere.

En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor y fué echado de entre los hombres y comió heno como buey y su cuerpo fué bañado con el rocío del cielo hasta que crecieron sus cabellos como de águilas y sus uñas como las de las aves.

Mas al cabo de los días, yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo y me fué restituído mi juicio, y bendije al Altísimo y alabé y glorifiqué al que vive eternamente porque su poder es un poder eterno y su reino de generación en generación. Y todos los moradores de la tierra delante de él son reputados como nada; porque hace según su voluntad así en las virtudes del cielo como en los moradores de la tierra y no hay quien resista á su mano y le diga: ¿Por qué lo has hecho? En el mismo tiempo me volvió á mí el juicio y recobré la honra y dignidad de mi reino y me volvió á mi primera figura y los grandes de mi corte y magistrados me vinieron á buscar y fuí restablecido en mi reino y me fué añadida mayor grandeza. Pues ahora yo, Nabucodonosor, alabo y engrandezco y glorifico al Rey del cielo; porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos son juiciosos, y puede él humillar á los que caminan en soberbia». ¡Hermosa lección! tan necesaria á los que ciñen corona como á los que rigen los destinos de los pueblos; á los que mandan y á los que obedecen, á los que ocupan los altos puestos en la jerarquía social y á los que viven oscurecidos ganando el pan con el trabajo de sus manos. Palabras que son una conclusión histórica y un dato de la experiencia y de las que son una hermosísima paráfrasis estas bellísimas frases del insigne Rossnet: «Si hoy los pecadores marchan con la cabeza levantada y gozan aparentemente de la libertad de una buena conciencia, si engañan al mundo, si Dios disimula no piensen por ello haberse escapado de sus manos. Dios tiene el día fijo y la hora marcada que espera con paciencia. Así como un gran Rey que ve su trono asegurado y su poder establecido, si sabe que se conspira en secreto contra su persona, podría sofocar la conspiración en sus comienzos; pero, confiado en su poder, no precipita su justa venganza hasta que lleguen al término fatal adonde han resuelto que lleguen, así y con más razón Dios omnipotente, árbitro soberano y dispensador de los tiempos, que desde el centro de su eternidad desenvuelve el orden de los siglos y que antes del origen de las cosas ha destinado todos los momentos según los consejos de su sabiduría, no tiene por qué precipitarse.

Los pecadores están á su vista y bajo su omnipotente mano, sabe muy bien el tiempo que les ha dado para arrepentirse y cuándo llegará el día de confundirlos» (1).

Antes de tratar de la locura de Nabucodonosor hemos de dar solución á una dificultad histórica propuesta por nuestros adversarios. Sólo en Daniel se habla de esta larga locura, luego no ha existido. En primer lugar hemos de advertir á nuestros enemigos que la conclusión está muy lejos de ajustarse á las leyes de la lógica. En segundo lugar esta locura nada tiene de extraña ni por su duración ni por su naturaleza. La duración la expresa Daniel de esta manera: «...y siete tiempos se mudarán sobre tí...» (2). Pero es lo cierto que no sabemos lo que significa la palabra *tiempo*. Los LXX vertirían. *καὶ ἐπτά ἔτη βοσκῆθῃ σὺν αὐτοῖς* y San Jerónimo, Maldonado, Alapide, Menoquio, Tirino y otros muchísimos expositores entienden la palabra *tiempo* como sinónima de año, de suerte que según ellos la locura del monarca de Babilonia duró siete años. Apóyanse estos intérpretes en la autoridad de los LXX y en el contexto, pues en el cap. VII se lee: «Y hablará palabras contra el Excelso, y atropellará los santos del Altísimo y pensará poder mudar los tiempos y las leyes y serán puestos en sus manos hasta un tiempo y dos tiempos y mitad de tiempo» (3) y en el XII: «Y oí al varón, que vestido de ropas de lino, estaba en pie sobre las aguas del río, habiendo alzado su derecha y su izquierda hacia el cielo y juró por el que vive siempre diciendo, que en tiempo, y tiempos y mitad de tiempo...» (4). También los lugares paralelos son favorables á esta opinión. Así en los Macabeos se lee: «Y después al cabo de dos años cumplidos envió el rey al superintendente de los tributos á las ciudades de Judá»... (5). Y en el Apocalipsi: «Pero el atrio exterior del templo, déjalo fuera, no cuides de él, y no lo midas, por cuanto está dado á los gentiles, los cuales han

(1) Bossut Oeuvres complet. tom. 7, pag. 834.

(2) Dan. IV, 22.

(3) Dan. VII, 25.

(4) Dan. XII, 7.

(5) I Machab. I, 2.

de hollar la ciudad santa cuarenta y dos meses» (1). «Diósele asimismo una boca que hablase cosas altaneras y blasfemias y se le dió facultad de obrar así por espacio de cuarenta y dos meses» (2). Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días» (3). «A la mujer, empero, se la dieron dos alas de águila grandes para volar al desierto á su sitio en donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos y la mitad de un tiempo, lejos de la serpiente» (4).

Otros como S. Efrén, S. Crisóstomo y Teodoreto creen que cada tiempo es medio año, de suerte que los siete tiempos componen tres años y medio. Se fundan en la costumbre de los persas y de otros pueblos orientales de dividir el año en dos estaciones, el estío y el invierno. Casi todos los modernos intérpretes que en la exégesis de los libros Sagrados á los cánones de la Hermenéutica añaden los datos de los descubrimientos arqueológicos modernos, son de esta segunda opinión que se funda en la autoridad de los sabios orientalistas Harris Rule (5) y Brunengo quien dice textualmente: «*atteso che in Caldea l' anno dividevasi in due sole stagione, inverno é state*» (6). Algunos suponen que se trata de siete meses y otros, finalmente, como Rabí Abraham, de siete semanas aunque estas opiniones son hipótesis puramente gratuitas sin ningún fundamento ni en el texto base de toda interpretación racional, ni en los datos de la Arqueología, ayuda poderosísima en toda exégesis digna de tal nombre. Quizá, dada la significación simbólica del número siete, no se trate de un número determinado, sino de un intervalo indeterminado de tiempo que cesára cuando cesó la causa que motivó la enfermedad que fué la soberbia. Así en el versículo 22 leemos: «Te echarán de entre los hombres y

(1) Apoc. XI, 2.

(2) Apoc. XIII, 5.

(3) Apoc. XII, 6.

(4) Apoc. XII, 14.

(5) Oriental Records, pág. 225.

(6) L' Impers, pág. 338.

con las bestias y fieras será tu morada, y comerás heno como un buey y serás bañado con el rocío del cielo y se mudarán sobre tí siete tiempos HASTA QUE SEPAS QUE EL EXCELSO TIENE DOMINIO sobre el reino de los hombres, y lo da á aquel que quiere» (1). De todas suertes la duración de la locura no es arma que puedan esgrimir contra nosotros los enemigos del orden sobrenatural.

Lo mismo podemos afirmar del silencio de otros escritores sobre el particular, que se explica también cumplidamente. Entre los que escribieron ó pudieron escribir de Nabucodonosor, unos como Jeremías y Ezequiel habían muerto sin duda, aunque por otra parte ninguna obligación tenían de tratar este asunto. Otros vivieron más tarde como Esdras y Nehemias y otros, en fin, no han dejado más que fragmentos ó monografías como el autor de los anales de los fenicios y Filostrato. Pero no es cierto que no aparezcan vestigios de este acontecimiento, pues todos están unánimes en reconocerlo aunque un poco desfigurado en un texto de Abideno, que nos presenta á Nabucodonosor, después de un triunfo militar, diciendo en el primer acceso de locura estas palabras: «Babilonii, calamitatem vobis praedica, a qua nec Belus nostri pater, nec Regina Baltis nos potterunt prohibere. Much. Persa has regiones venturo tempora invadet et Deorum no irovum auxilio innixas et Medorum viribus auctus, vos omnes in servitutem rodiget» (2). Y dicho ésto, añade el historiador, Nabucodonosor *evanuit* enloqueció, porque ninguna cosa como la locura aniquila y hace nulo al hombre. También podría explicarse este silencio por la costumbre

(1) El número siete es sagrado y empléase en la literatura bíblica como símbolo de alguna cosa: Gen. XXI, 28; XLI, 2 y siguientes; L, 10; Ex. XII, 15; XXIX, 30; XXXVII, 23; Lev. VIII, 11-33; XIII, 4 y siguientes; XV, 13, XXIII, 15; XXV, 8. Los babilonios teníanle también por número sagrado como se ve, por ejemplo, en las siete estrellas de donde toman el nombre los días de la semana; las siete puertas del infierno por las cuales pasa Istar, los siete espíritus, etc. Véase Fr. Lenocmant. La magie chez les Chaldeens, pág. 17.

(2) Euseb. Prop. Evangelica, IX, 41, tom. XXI, col. 160.

más bien ley impuesta por los monarcas de Asiria y Babilonia de ocultar ó desfigurar lo que pueda menoscabar la gloria y la dignidad de sus dinastías. Y finalmente, no es extraño que este accidente singular dejara huellas sensibles porque duró poco y fué desconocido de las muchedumbres de aquel imperio que muy discretamente siguió rigiéndose como de costumbre ó por la mujer favorita ó por el *rab-mag*, ó también por un consejo á cuya cabeza estaba Daniel.

Por lo que se refiere á la enfermedad de Nabucodonosor se ha fantaseado muchísimo. El eruditísimo Calmet trae una bien escrita disertación, «De metamorphosi Nabucodonosoris» que recomendamos al lector y de la cual locura sólo expondremos *per summa capita* las principales opiniones. Orígenes, siguiendo su sistema de explicar alegóricamente los pasajes oscuros de la S. Escritura dice que Daniel no explica la enfermedad de Nabucodonosor ni habla siquiera de ella, sino que describe á Lucifer caído del cielo (1). Bodino cree que Nabucodonosor fué convertido en verdadero toro, de suerte que perdió no solamente la forma exterior sino hasta el alma humana, fundándose para ello en un caso análogo que según testigos presenciales ocurrió á un tal Alberto Pericof. Era éste un avaro que sin perdonar medio, por ilícito que fuese, llegó á poseer numerosos rebaños. En una sola noche perdió el fruto de sus rapiñas y fraudes y montando en cólera prorrumpió en imprecaciones y blasfemias horrorosas y al instante fué convertido en un negrísimo perro que devoraba los restos putrefactos de su rebaño. Nos parece que esta opinión no puede resistir el exámen de una crítica imparcial, desde luego no se funda en el texto que nada nos dice de tal metamorfosis y sobre todo nos da una pobrísima idea de Dios que no prodiga los milagros de su omnipotencia ni siquiera los hace sin algún motivo de un orden altamente providencial.

---

(1) Sobre los inconvenientes que entraña en sí la interpretación alegórica, tiene aquí el gravísimo de tomar como una alegoría lo que son hechos perfectamente históricos y repetidos hasta tres veces por el profeta en la interpretación del sueño de Nabucodonosor.



Otros quieren que la metamorfosis fué incompleta es decir que afectó sólo á la forma exterior que era de buey. Y se apoyan en la *fábula* de Apulayo que fué convertido en asno. San Agustín refiere que ciertos sujetos por haber comido queso confeccionado por arte de magia trasformáronse de súbito en caballos. Mas esta opinión adolece de los defectos de la anterior y de todos sus delirios.

Los rabinos pretenden que el alma de Nabucodonosor pasó á animar otro cuerpo y en su lugar tuvo el monarca de Babilonia alma de buey. Pero entonces no sería Nabucodonosor sino un buey, y tendríamos los inconvenientes de los sueños anteriores, además que la metempsícosis es un absurdo que no cabe en cerebro humano medianamente culto (1).

No faltan quienes en este asunto no reconocen otra cosa que una sugestión del monarca que se creía trasformado en animal y de los espectadores que por tal le tenían. Pero la sugestión en este caso es imposible porque es instantánea, y puede extenderse á algunos sujetos, muy pocos, y la enfermedad de Nabucodonosor duró algún tiempo y fueron muchos los que le vieron víctima de ella. Además que esta opinión tiene todos los inconvenientes de las anteriores, puesto que la tal sugestión la explican por arte diabólico ó por vía de encantamiento que podrá servir para divertir las infantiles imaginaciones de los muchachos y niñas, pero que no puede admitirla quien tenga alguna dosis de formalidad y buen sentido.

La opinión más común fundada en el texto, en los descubrimientos arqueológicos, en las conclusiones de la Medicina y en los datos de la experiencia, es que Nabucodo-

---

(1) Por extraño que parezca, aún hay en pleno siglo XX, quien admita el delirio de la metempsícosis. Tales son los espiritistas que niegan la existencia de los ángeles y de los demonios tal como nos lo enseña la Teología católica, y en cambio sostienen que todos los espíritus tienen la misma naturaleza que nuestras almas, que se purifican y progresan pasando por una serie sucesiva de existencias corpóreas, que cesan para cada espíritu cuando ha llegado á la perfección, quedando entonces en espíritu puro.

nosor, á causa de su soberbia, fué castigado por Dios con esa especie de locura que los frenópatas llaman *Lycanthropia*. El desgraciado que padece esta tristísima enfermedad créese trasformado realmente en un animal y déjase guiar impulsado por los instintos de la bestia, llega á perder el uso del lenguaje oral empleando gritos inarticulados que unas veces imitan el canto de las aves, el ladrar de los perros, el rugido del león, el aullido del lobo ó el mugido de los bueyes; niéganse á tomar los alimentos propios de la raza humana, alimentándose exclusivamente de carnes crudas ó de vegetales, según se crea convertido en felino ó en animal rumiante y más de una vez abandonan la estación bípeda ó la locomoción propia del hombre para andar en cuatro pies como los animales (1). Nabucodonosor creyóse convertido en buey á causa de la multitud de toros alados que había esculpidos en los soberbios monumentos de Babilonia que debieron ejercer una influencia decisiva en su extraviada imaginación. Cediendo á las exigencias de su desdichada manía abandonó su regia estancia para vivir al aire libre como los animales, quizá confinado en los vastos jardines de su palacio; es decir, que tenía todos los instintos de la bestia y así se explica el versículo 13: «El corazón de él sea cambiado de corazón de hombre y désele corazón de fiera»; como es natural en este género de enfermedades, pondriase alguna vez furioso y entonces los cortesanos bien á su pesar le sujetarían cumpliéndose lo que dice el versículo doce: «Y sea él atado con cadenas de hierro y de cobre, entre las hierbas que están fuera»; alimentábase de vegetales como los bueyes, versículo 30... «y fué echado de entre los hombres y comió heno como buey (2) y su cuerpo fué bañado con el

---

(1) J. Mercurialis, *Medicina práctica*, pág. 57, dice á este propósito: *Latrant, discurrunt, nocte vagantur, sepulcra perquirunt interdium latent domi: ubi tenebrae apparent, statim exeunt, et hunc atque illum discursantes clamant, latrant, fugiunt obvios, persequuntur sepulcra, oculos habent cavos, colorem vultus foedum et nigrum, linguam aridam et siticulosam.*

(2) No hay necesidad de admitir, para explicar estas palabras, que Nabucodonosor se alimentase exclusivamente de heno,

rocío del cielo; hasta que crecieron sus cabellos como de águilas y sus uñas como las de las aves». Los LXX traducen λεοντων, ésto es, leones y no águilas, de donde vino la opinión de algunos Padres de la Iglesia, entre ellos San Epifanio, de que Nabucodonosor fué convertido de rey en león. Por lo que se refiere al crecimiento del cabello y de las uñas, nada tiene de particular, pues se observá hoy mismo entre los salvajes que llevan una cabellera larga y descuidada que más bien parecen bestias que séres dotados de razón. Y en medio de los pueblos más civilizados los enfermos ven crecer desmedidamente sus uñas y cabellos que les dan un aspecto verdaderamente triste y á algunas veces casi bestial.

Por fin llegó el día señalado en los eternos decretos de Dios y le fué restituído el juicio (1) al monarca de Babilonia, quien por este beneficio inmenso bendijo al Altísimo y glorificó y alabó al que vive eternamente».

No queremos terminar este capítulo sin decir algo acerca del ver. 24, que es importante sobre toda ponderación. El profeta después de interpretar el sueño, dirigiéndose á Nabucodonosor, le dice: «Por lo cual toma, oh rey, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres: puede ser que él perdone tus pecados». Algunos expositores de gran nota traducen la palabra יִרְדֶּם que nosotros hemos

---

basta que le comiera alguna vez él que estaba acostumbrado á los placeres de la mesa. Además que la palabra יִרְדֶּם tiene una significación latísima y tórnase por las plantas y hortalizas que comen los hombres. Así Gen. I, 29 se lee: «Y dijo Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento.» III, 18. «Espinas y abrojos te producirá y comerás la yerba de la tierra.» Y en el Salmo CIII de la Vulgata y CIV del hebreo vers. 14: «Que produces heno para las bestias y yerba para el servicio de los hombres.»

(1) Est certe hie morbus horrendus, verumtamen non est exitiosus; imo vero etsi pluribus mensibus duret; attamen legiens etiam post amos fuisse persanatum.» N. Meremialis, Medicina práctica, pág. 57.

vertido *limosna* apoyados en la autoridad de la Vulgata, como sinónima de justicia, de suerte que Daniel recomienda al monarca de Babilonia la principal virtud en un gobernante que es la justicia sobre todo cuando va acompañada de la misericordia para con los pobres y desvalidos.

Otros traducen esta palabra por liberalidad, beneficencia, fundándose en la autoridad de los LXX, de Teodoción y San Jerónimo, que no sólo en este pasaje sino en otros muchos como Deut. VI, 25; XXIV, 13; Psal. XXIII, 5; XXII, 5; CII, 6; Isai 1, 27; XXVIII, 17; LIX, 16 y Dan. IX, 16, ponen las palabras *ελεημοσυνη*, *Eleemosinae*, limosnas como versión exacta del original *יְרֻקָה* versión que está exigiendo la ley del paralelismo, y está autorizada además por los hebraístas de más nota (1). Por lo demás el propio Dom Calmet, que es de la primera opinión, dice que en el uso bíblico es muy común emplear la palabra justicia por misericordia para con los pobres, citando entre otros el siguiente pasaje: «*Dispersit, dedit pauperibus, justitia ejus manet in saeculum saeculi*».

Esta disquisición podrá tener alguna finalidad filológica, pero es de escaso valor dogmático, pues aunque concedamos á nuestros adversarios, principalmente á los protestantes, que en el primer miembro del hemistiquio trata de la justicia en el sentido de la palabra, tenemos aún el segundo miembro que prueba más claro que la luz meridiana que la limosna redime los pecados. Lo cual puede entenderse en dos sentidos; primeramente dispone á la gracia y á la remisión de los pecados, y una vez perdonada-

(1) Ges. Thes. pág. 1151 escribe acerca de esta voz lo siguiente: «*passim est benignitas, et misericordia Psal. XI, 4; XXIV, 5; liberalitas Prov. X, 2; Mich. VI, 5*». Y por lo que se refiere á este pasaje de Daniel, dice que no puede traducirse por otra palabra que por liberalidad, beneficencia y añade: «*ita saepe apud talmudistas et rabinos*». Fürst da también á esta palabra el sentido de probidad, justicia, pero añade que casi siempre se la toma en el sentido de beneficencia, munificencia, generosidad, liberalidad y cita los pasajes siguientes: Sal. VII, 11. XXV, 4; Prov. X, 2 y Os. X, 12, y la misma significación de beneficio, favor, limosna tiene la palabra *sira* *זְרֻקָה*.

da la culpa y pena eterna, merece de condigno la remisión de la pena temporal. Aunque no siempre merezca el pecado la remisión de la culpa y pena eterna, merece casi siempre la de la pena temporal, es decir, es acreedor á que Dios no le castigue en este mundo. Así parece deducirse del contexto, la sentencia se dilató doce meses por las buenas obras de Nabucodonosor y se cumplió cuando este monarca se dejó llevar de la soberbia.

Algunos traducen la palabra פָּדָה por abandono, deja, depone, para fundamentar así su sistema de la significación por sólo la fe; pero en ningún pasaje de la Biblia está empleada en el sentido que pretenden nuestros adversarios, antes bien, tiene siempre la significación de apartar del peligro, librar (Salm. CXXXVI, 24; Tren. V, 8), en la lengua aramea no se emplea jamás sino en el sentido de librar y en la misma significación en la literatura de los Targums, por lo cual los LXX y Teodoción han traducido con toda propiedad γύτρωσαι y la Vulgata redime». Es decir que con las buenas obras podemos satisfacer á Dios por nuestros pecados y apartar de nosotros los rayos de la cólera de Dios. He aquí como expone este pasaje el sabio cardenal Belarmino, uno de los que con más claridad han escrito sobre la gracia y los Sacramentos: «Locus Danielis duobus modis exponi solet; uno modo ut per peccatum intelligatur culpa sive inimicitia cum Deo, et tunc significatur illis verbis posse hominem poenitentem per eleemosynas placare Deum ex congruo atque ab eo gratiam reconciliationis impetrare... alio modo exponuntur a nonnullis verba ea, ut per peccatum sola poena intelligatur. Ceterum plenus commentarius erit si verba Danielis intelligamus de perfecta remissione quoad culpam et poenam, ita ut cohortatio sit ad magnas et frequentes eleemosynas quibus primum disponatur rex ad reconciliationem, deinde etiam poenam ex condigno ridimat» (1).

(1) Belarm. De poenit. lib. 4, cap. 8.

## CAPITULO XII

EL FESTÍN DE BALTASAR Y DANIEL EN EL LAGO  
DE LOS LEONES

Hemos dicho ya anteriormente que el libro de Daniel, más que una historia completa del período de la cautividad, es una serie de episodios tomados por el profeta, bajo la inspiración del Espíritu Santo, para demostrar que *Jahaveh* es el Dios de los dioses, el único Dios, y el dueño y Señor de los reinos y de los imperios, y á causa de este carácter episódico pasa el escritor sagrado desde la locura de Nabucodonosor hasta el festín de Baltasar; que, ciertamente, no fué sucesor inmediato del gran monarca de Babilonia.

Versículo 1.º «El rey Baltasar hizo un grande convite á mil de los grandes de su corte y cada uno bebía según su edad». La celebración de este banquete es una prueba más de la autenticidad del libro que lo reseña como puede verse por los descubrimientos arqueológicos (1). Se-

---

(1) Puede verse Fr. Vigouroux, *La Bible et les decouvertes modernes*, et. tom. IV, pág. 547. Los racionalistas fundándose en la frugalidad de los orientales niegan la autenticidad del relato, pero es lo cierto que si habitualmente comían con moderación, cuando tenían ocasión propicia, celebraban festines que muy bien podían compararse con las cenas romanas en las que la templanza brillaba por su ausencia. De todas suertes no es la imaginación, sino los datos, lo que hay que emplear en este género de disquisiciones, y los datos de la arqueología demuestran que los babilonios como los asirios eran dados á la gastronomía.

gún la opinión de los rabinos, que algunos Padres, entre ellos San Jerónimo, califican de fábula, el rey Baltasar celebró este banquete para dar gracias á sus dioses, despreciar al Dios de Israel y burlarse de los pobres que en Él tenían puesta su esperanza. Podrá ser fábula ó invención esta opinión de los hebreos, pero es lo cierto que no carece de verosimilitud, y ciertísimo que el festín de Baltasar fué un banquete sagrado, ó mejor dicho, sacrílego, que tenía la finalidad que le asignan, como lo prueban los

Versículo 2.º Mandó, pues, estando ya lleno de vino que trajeran los vasos de oro y de plata, que había traído Nabucodonosor, su padre, del templo, que hubo en Jerusalén, para que bebiesen con ellos el rey, y los grandes de su corte y sus mujeres y concubinas.

Versículo 3.º Entonces trajeron los vasos de oro y de plata que había traído del templo de Jerusalén y bebieron con ellos el rey, y los grandes de su corte, sus mujeres y concubinas.

Versículo 4.º Bebían vino y loaban á sus dioses de oro y de plata, de cobre, de hierro, y de palo y de piedra». Fué un sacrilegio robar los vasos sagrados del templo de Jerusalén y llevarlos á Babilonia y destinarlos al culto de los falsos dioses, pero fué una sacrílega profanación, un pecado enormísimo, emplearlos en usos completamente profanos y ponerlos al servicio de la crápula (1) por lo cual no se hizo esperar mucho el castigo.

En efecto:

Versículos 5.º y 6.º «En la misma hora aparecieron unos dedos como de mano de hombre, que escribía en frente del candelero en la superficie de la pared de la sala real; y el rey miraba los artejos de la mano que escribía. Entonces se inmutó el semblante del rey, y le conturbaban sus

---

(1) San Jerónimo dice: «Quandiu vasa fuerunt in idolis Babyionis, non est iratus Dominus; videbatur enim rem Dei secundum falsam quidem opinionem, tamen divino cultui consecrasset; postquam autem humanis usibus divina contaminant statim poena sequitur post sacrilegium; laudant autem deos suos insultantes Deo judæorum quod illis victoriam tribuentibus bibebant in vasis ejus». In cap. V, Dan.

pensamientos; y las coyunturas de sus riñones se descoyuntaban y sus rodillas se batían la una contra la otra». ¡Justo castigo de un pecado enorme cual es, el sacrilegio que aquí tuvo por causa otro no menos grave como es la embriaguez, y cumplimiento de aquellas amenazas del Señor por Isaías que tantas veces la vemos cumplida entre nosotros: «Ay de los que os levantaiis de mañana para seguir la embriaguez, y beber hasta la noche, hasta abochornaros de vino!» (1). Porque la embriaguez ha sido siempre la causa de enormes desdichas.

Noé se embriaga, y su hijo Cam le insulta y le castiga con una burla sangrienta. Sansón, debilitado por el vino, es entregado á sus enemigos por Dalila; y los filisteos le arrancan los ojos y le hacen dar vueltas á una noria como una bestia. La embriaguez de Holofernes da margen á que Judith le corte la cabeza. Los hijos de Job, mientras se entregaban á los placeres de la mesa, son aplastados por la casa que se derrumba sobre ellos. Herodes en su embriaguez manda cortar la cabeza al Bautista y él mismo queda herido de muerte cruel. El rico avaro del Evangelio, amigo del vino, es precipitado en los infiernos y ni siquiera puede alcanzar una gota de agua en la otra vida. Ya lo había dicho el Espíritu Santo. «¿A quién el ay? ¿á qué padre el ay? ¿á quién las rencillas? ¿á quién los precipicios? ¿á quién las heridas sin causa? ¿á quién el extrañarse los ojos? ¿Acaso no son para aquellos que se detienen largo tiempo en el vino y ponen su placer en agotar copas?» (2). Deseoso de saber lo que significaba aquella escritura misteriosa (Ver. 7) «gritó el rey en alta voz para que hiciesen entrar magos, caldeos y agoreros. Y hablando el rey dijo á los sabios de Babilonia: «Cualquiera que leyere esta escritura y me declarare su significación, será vestido de púrpura y llevará collar de oro en su cuello y será el tercero en mi reino».

Versículo 8.º «Entonces entraron todos los sabios del reino y no pudieron ni leer la escritura, ni mostrar al rey

---

(1) Isai. V, 11.

(2) Proverb. XXIII, 29, 30.



su significado; por lo que (Vers. 9) quedó el rey Baltasar muy conturbado y su rostro se inmutó y sus cortesanos quedaron también aterrados». Los sabios de Babilonia, á pesar de sus ciencias ocultas, de su pericia en el arte de descifrar los enigmas é interpretar los sueños, eran impotentes para conocer los misterios cognoscibles únicamente para Dios y para aquellos á quienes quiera revelarlos, y en esta ocasión como en la interpretación del sueño de Nabucodonosor, confesaron paladinamente su incapacidad. Dios reservaba la interpretación del enigma á su profeta, condenado al ostracismo, por la envidia de los Caldeos y he aquí en qué palabras refiere este episodio el libro de Daniel:

Versículo 10 y siguientes: «Mas la reina con motivo de lo que había acontecido al rey y á sus cortesanos, entró en la sala del banquete y dijo ella: Oh rey, vive para siempre: no te conturben los pensamientos ni se altere tu semblante. Hay un hombre en tu reino, que tiene en sí el espíritu de los santos dioses, y en los días de tu padre se manifestaron en él la ciencia y sabiduría; por lo que tu padre, el rey Nabucodonosor, le hizo príncipe de los magos, de los encantadores, Caldeos y agoreros; tu padre, digo, oh rey, porque fué hallado en él un espíritu superior, y prudencia, é inteligencia é interpretación de sueños y declaración de secretos y solución de dificultades; quiero decir en Daniel, á quien el rey puso el nombre de Baltasar; ahora, pues, que llamen á Daniel, y te dirá lo que significa. Y así al punto fué introducido Daniel á la presencia del rey y le dijo el rey: ¿Eres tú, Daniel, de los hijos del cautiverio de Judá, á quien trajo de la Judea el rey, mi padre? (1) He oído de tí que tienes el espíritu de los

---

(1) «Regem sane non latuit avi sui Nabuchodonosor humilis e solio dejectio. Inde tamen minime sequitur Danielelem qui hoc in negotio interpretis tantum munere functus erat ad ejus notitiam pervenisse. Nullibi insuper asseritur prophetam per rerum discrimina quibus mórtuo Nabuchodonosor regnum babilonicum obnoxium fuerat, pristinum suum locum servasse; ita forsán acciderit ut Balthasar ipsum prorsus ignoraverit. Porro si contendas prophetam in aula babylica mansisse, alium

dioses y que se ha hallado en tí mayor ciencia é inteligencia y sabiduría. Y ahora han entrado á mi presencia magos sabios, para que leyesen esta escritura y me dijesen lo que significa: y no han podido declarar el sentido de aquellas palabras. Mas yo he oído decir de tí que puedes interpretar las cosas oscuras, y desatar las cosas intrincadas; por lo cual, si puedes leer la escritura y declararme lo que significa, serás vestido de púrpura y llevarás collar de oro en tu cuello y serás príncipe, el tercero en mi reino». Y Daniel, respondiendo á ésto, dijo al rey en su presencia: «Tus dádivas para tí sean y los dones de tu casa dalos á otros; mas yo te leeré, oh rey, la escritura y te mostraré su significado».

«Oh rey, el Dios altísimo dió á tu padre Nabucodonosor el reino y la grandeza, la gloria y la honra. Y por la grandeza que le dió, todos los pueblos, tribus y lenguas le respetaban y temían: á los que quería mataba y á los que quería hería, y á los que quería ensalzaba, y á los que quería los abatía. Mas cuando su corazón se levantó, y su ánimo se obstinó en la soberbia, fué depuesto del trono de su reino y le fué quitada su gloria; y fué echado de entre los hijos de los hombres, y se hizo su corazón como el de las bestias, y moró con los asnos monteses; comió; además, heno como buey, y su cuerpo fué bañado con el rocío del

---

*etiam modum omnia componendi ipse textus noster suppeditat. Innuit enim regina filium suum alloquens Danieli nomen impositum esse Balthassar, rex vero interrogat sitne ipse Daniel de filiis captivitatis Judae. Hinc suspicio oritur fieri potuisse, ut rex de Danielis judaei olim sapienter dictis et factis quaedam audiverit simul etiam aliquatenus noverit aulae suae praepositum cui nomen Balthasar, ignoraverit tamen hunc virum eundem esse cum Daniele judaeo. Spectata enim indole Danielis principum favoris minime studiosi, spectata simul rerum perturbatione regnantibus vicissim Evilmerodach, Neriglisor, Laborsoarchodo ac Nabonide Babylone exorta, manifestum est hanc hypothesim nulla veritatis specie esse destitutam», Kna-benbauer in Dan. pag. 105. Estas palabras que cita de otro expositor el docto jesuita alemán, explican también la antilogía que pretenden encontrar los racionalistas entre este capítulo y el primero.*

cielo, hasta que reconoció que el Altísimo tenía poder en el reino de los hombres y que levantaba sobre el trono á cualquiera que quería».

Después, con una libertad santa, merecedora de todo encomio y digna de imitación, no sólo por parte de los consejeros de los reyes y grandes señores sino de todos, porque la adulación y la falsía contribuyen mucho á viciar esta atmósfera de convencionalismo donde se ahogan las almas, le dice al rey: Vers. 22-29. «Y tú Baltasar, siendo hijo suyo, sabiendo todo ésto no has humillado tu corazón, sino que te has alzado contra el Dominador del cielo, y los vasos de su casa han sido traídos á tu presencia, y tú y los grandes de tu corte, y tus mujeres y tus concubinas, habeis bebido vino en ellos; también has honrado á dioses de plata y de oro y de cobre, de hierro y de palo y de piedra que no ven, ni oyen, ni sienten: mas no has glorificado al Dios que tiene en su mano tu aliento y todos tus caminos. Por tanto él envió los dedos de una mano que escribió ésto, que está grabado. Esto es, pues, la escritura que allí está dispuesta: MANE, THECEL, PHARES, y ésta la interpretación de las palabras: MANE, Dios ha numerado tu reino y le ha puesto término. THECEL has sido pesado en balanza y has sido hallado falto. PHARES, dividido ha sido tu reino y le ha dado á los Medos y á los Persas. Esta lección de la Vulgata está tomada de la versión de Teodoción en que se lee: (1) pues el texto masorético dice:

וְרַגְלָהּ כְּתֹבָא דִּי רִשְׁמַי מִנָּה מִנָּה תִּקְל וּפְרָסִין

De todas suertes, cualquiera que sea la etimología de las palabras del texto, es lo cierto que todos, gramáticos y lexicógrafos é intérpretes están unánimes en darlas el sentido de la Vulgata (2). Así Cornelio A. lapide dice: «Audite haec, ebrii, audite temulenti, qui assidetis mensis, gaudetis, ridetis, canitis, potatis; omnia vobis laeta sunt omnia jucunda: at non videtis extentam manum Dei super

(1) Μανη, θεκελ, φαρεις.

(2) Calmet, Knabenbauer, Vigouroux, Kautzsch, etc.

vos. MANE muneravit Deus vitam tuam, et brevi com-  
plevit illam, forsan in hac hora, forsan in hac ebrietate  
tua. Deus ab aeterno decrevit tibi diem et horam mortis:  
dixit ista hora, isto momento morieris; forte haec est ipsa  
hora tua fatalis. TEKEL appensus est in statera, et inventur  
est habere minus sobrietatis, minus rationis, minus virtu-  
tis; multum vero crapulae, multum amentiae, multum vi-  
tiorum. PHARES divissum est regnum tuum, divisus est  
ipse tu; corpus tuum dabitur vermibus devorandum, ani-  
ma daemonibus; bona tua rapiunt vel haeredes perversi,  
vel executores cupidi, vel superiores iniqui. Vide quibus  
corpus tuum saginasti; vide quibus tanto labore opes per  
fas et nefas coacervasti» (1).

Versículo 29. «Entonces, por mandado del rey, fué Da-  
niel vestido de púrpura y le rodearon al cuello un collar  
de oro; y se hizo publicar que él tendría poder el tercero  
en su reino». Cuando Baltasar promete colmar de honores  
y dignidades al profeta, Daniel no quiere aceptarlos porque  
no es la ambición el móvil que le inspira sino el cumpli-  
miento de un destino altamente providencial y al aceptar-  
los ahora, dice S. Jerónimo, los refiere todos á la gloria de  
Dios y al bien del pueblo bajo la dominación del nuevo  
monarca.

Versículos 30 y 31. «Aquella misma noche mataron á  
Baltasar, rey Caldeo, y Darío, que era Medo, le sucedió en  
el reino, siendo de edad de sesenta y dos años». Entrega-  
dos los Caldeos á la orgía fueron sorprendidos por los sol-  
dados de Ciro que penetraron en la gran ciudad por el  
álveo del Eufrates desecado, é impotentes á causa de la  
embriaguez, para resistir á sus enemigos, cayeron, no como  
soldados, sino como mujeres bajo los golpes certeros de los  
vencedores, cumpliéndose de esta manera las profecías  
sobre la destrucción de Babilonia. Así en Jeremías se lee:  
«Voz de clamor de Babilonia y quebranto grande de tierra  
de Caldeos: porque asoló el Señor á Babilonia é hizo cesar  
en ella su grande voz y sonarán las olas de ellos como rui-  
do de muchas aguas; dió sonido la voz de ellos; porque el

(1) Alap. Commen. in Dan. cap. V. pág. 74.

robador vino sobre ella, ésto es, sobre Babilonia, y fueron presos sus valientes, y marchitose el arco de ellos, porque el Señor vengador fuerte pagando les retornará. Y embriagaré sus príncipes y sus sabios, y sus capitanes, y sus magistrados, y sus valientes; y dormirán sueño sempiterno, y no despertarán, dice el rey, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos. Esto dice el Señor de los ejércitos: «Aquel anchísimo muro de Babilonia será socavado enteramente, y sus puertas excelsas serán quemadas á fuego, y los trabajos de los pueblos y de las naciones serán aniquilados y para el fuego y perecerán» (1). ¡Conclusión obligada, término fatal de los pueblos corroidos por el vicio!

Daniel no sólo recibió dignidades y honores de Baltasar y sus predecesores en el trono de Babilonia, sino que también ocupó un lugar preeminente en la corte de Darío el Medo, quien le distinguió además con la amistad más sincera, como se desprende de la letra y el espíritu del capítulo sexto. Así en los Versículos 1-4 se lee: «Pareció bien á Darío, y estableció sobre el reino ciento veinte sátrapas, para que estuviesen sobre todo su reino, y sobre ellos tres príncipes de los cuales Daniel era el uno, para que los sátrapas les diesen cuenta á ellos y el rey no sufriese molestia. Mas Daniel aventajaba á todos los príncipes y sátrapas porque en él era más abundante el espíritu de Dios. Y el rey pensaba constituirle sobre todo el reino, por lo que los príncipes y sátrapas buscaban ocasión de indisponer al rey contra Daniel, y no pudieron hallar ninguna acusación, ni sospecha por cuanto era fiel y no se hallaba en él culpa alguna, ni sospecha». Los cortesanos de Darío, sin atender al mérito de Daniel, más aún, precisamente á causa de los grandes merecimientos, y movidos solamente de envidia, dice el Ilmo. Sr. Scio, por ver que el rey quería echar mano de un extranjero, para darle toda su confianza, pensaron en los medios de derribarle y oprimirle, buscando ocasiones y pretextos para poderle acusar. Las virtudes heróicas rara vez se forman en las cortes. Los cortesanos no se cuidan de hacer justicia al mérito, ni de prescindir

---

(1) Jerem. LI, 54-59. Vid. Jer. LI, 31, 37, 40. L. 43.

de sus intereses particulares para hacer juicio de las cosas. La ambición, la avaricia, la envidia, son los resortes que los hacen mover. No piensan sino en ver cómo han de derribar al que ven elevado, y bajo las apariencias de amistad sincera ocultan el odio y la envidia que los consume y despedaza.

No encontrando los envidiosos acusadores hecho alguno ni motivo en que apoyar su odiosa acusación, Vers. 5, dijeron, pues, aquellos hombres: «No hallaremos en qué acusar á este Daniel, sino acaso por lo que hace á la ley de su Dios». Versículos 6, 7, 8 y 9: «Entonces los príncipes y sátrapas sorprendieron al rey y le hablaron de esta manera: Oh rey Darío, vive para siempre: Todos los príncipes de tu reino, magistrados y sátrapas, los senadores y jueces son de parecer que salga un decreto imperial mandando: Que todo aquel que pidiere alguna cosa á cualquier dios ú hombre hasta treinta días, sino á tí, oh rey, sea echado en el lago de los leones. Ahora pues, oh rey, confirmá su parecer, y firma el decreto, para que no sea alterado lo que se ha establecido por los Medos y los Persas, ni sea lícito á ninguno el traspasarlo, y el rey publicó el decreto y lo confirmó». Este pasaje es interesante desde el punto de vista crítico, pues como dice F. Lenormant: «La fosse aux lions devient pour nous un détail d' une exactitude et d' une précision topiques, en presence des admirables bas-reliefs de chasses d' Assurbanipal, transportés á Londres, ou nous voyons amener sur le terrain, dans des cages, les lions gardés pour les plaisirs du roi» (1). Enséñanos, además, el gran poder de la lisonja, pues que Darío oyéndose adular y poner sobre los mismos dioses á quienes adoraba, cayó incauto en la red que le tendieron, sin considerar, que los aduladores son los que menos honran á los reyes, á quienes sólo ofrecen el humo vano del incienso de sus lisonjas.

Daniel perseguido y calumniado por sus enemigos, supo refugiarse en el santuario de su conciencia y poner en ma-

(1) F. Lenormant, La divination chez les Chaldeens, página 192.

nos de Dios la santidad y justicia de su causa. Vers. 10. «Lo cual habiéndolo sabido Daniel, ésto es, la ley que había sido establecida, entró en su casa y abiertas las ventanas de su cámara hacia Jerusalén, hincaba sus rodillas tres veces al día y adoraba y daba gracias á Dios, como antes también había acostumbrado á hacer». Así nosotros, cuando estemos en la tribulación y la desgracia, debemos abrir las ventanas de nuestro corazón, que son los ojos, y levantarlos al cielo, que es la Jerusalén verdadera; cuando nos persigan la envidia insidiosa ó la feroz calumnia, levantemos nuestro espíritu á Dios que tiene puestos sus ojos sobre los justos y sus oídos sobre las preces de ellos y ha dicho: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos».

El santo profeta no solamente había colocado su confianza en Dios y le adoraba en el santuario de su conciencia, sino que le tributaba culto público y solemne, tan solemne y público como era posible en el cautiverio, haciendo ostensible manifestación de su fe sin curarse para nada del riesgo inminente que por tal causa corría su preciosa vida. Ver. 11. «Por lo cual aquellos hombres espíandole con el mayor cuidado, halaron á Daniel orando y rogando á su Dios, y llegándose (ver. 12) hablaron al rey acerca del edicto y dijeron: Oh rey, ¿no has mandado, que todo hombre que rogase á algún dios ó á algún hombre en el espacio de treinta días, sino á tí, oh rey, fuese echado en el lago de los leones? A los cuales respondió el rey y dijo: Verdad es, según lo establecido por los Medos y por los Persas, que no es lícito quebrantar». Entonces (ver. 13) respondieron y dijeron delante del rey: «Daniel de los hijos del cautiverio de Judá, no se cuidó de tu ley, ni del decreto que pusiste, sino que tres veces al día ora con su manera de oración».

El rey no había caído aún en la dificultad. Colocado por su dignidad y por la alteza de miras y elevación de pensamientos sobre las miserias de sus cortesanos, no podía presumir siquiera, viviendo en el malsano ambiente de la adulación y la lisonja, que pudiera llegar á tan alto grado la perfidia humana, y así «cuando (ver. 14) oyó el rey

estas palabras, quedó muy contristado y resolvió su corazón el salvar á Daniel, y hasta que el sol se puso trabajó por librarle».

Estimaba Darío en gran manera las altas dotes de gobierno que adornaban á Daniel y quería librarle, aunque fuese burlando la ley que por ser injusta no tenía el carácter de tal, «pero aquellos hombres (ver. 15) conociendo el ánimo del rey, le dijeron: «Sabe, oh rey, que es ley de los Medos y de los Persas, que todo edicto que el rey pusiere no se puede alterar». Así son los aduladores. Cuando pretenden algún favor de los príncipes ó personas constituidas en dignidad, los tributan honores cuasi divinos, les ponen sobre la humana condición y después que han obtenido el fin bastardo que perseguían llegan á hacer al rey esclavo de sus propios caprichos, es decir, menos que hombre al que antes reconocían como un Dios.

Por eso Darío, esclavo de su propia debilidad, ver. 16, «entonces dió la orden; y trajeron á Daniel y lo echaron en el lago de los leones». Y dijo el rey á Daniel: «Tu Dios, á quien tu siempre adoras, él te librará». ver. 17: «Y trajeron una piedra y la pusieron sobre la boca del lago y la selló el rey con su anillo y con el anillo de sus magnates, para que nada se hiciese á Daniel».

La versión de Teodoción, dice: *οπως μη αλλοιωθη πραγμα εν Δαυιηλ*, es decir, para que nada se cambiase en lo que se refiere á Daniel, y así el rey selló con su anillo la piedra que cerraba la entrada del lago para que los enemigos del profeta no le sacasen de allí y le quitasen la vida que las fieras del desierto, más humanas que ellos supieron respetar, y fué sellada con el anillo de los príncipes, según dice Maldonado, para que el rey no le extrajese y le pusiera en libertad. Falto de carácter el rey, y no sabiendo defender los fueros de la inocencia y la santidad de la justicia, como hombre, lloró como debíl mujer la suerte de su amigo. Vers. 18, 19, 20. «Y se fué el rey á su casa y se acostó sin cenar, y no le fué puesta vianda en su presencia y su sueño se apartó también de él. Al otro día levantándose el rey muy de mañana, fué apresurado al lago de los leones, y llegando al lago llamó á Daniel con voz lacri-



mosa y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, tu Dios, ¿a quien tu sirves siempre ¿ha podido acaso librarte de los leones?»

Vers. 21, 22 y 23. Y respondió Daniel al rey y dijo: oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel y cerró las bocas de los leones y no me hicieron daño, porque justicia fué hallada en mí delante de él, y contra tí, oh rey, no he cometido delito alguno. Entonces quedó el rey muy gozoso por causa de él y mandó que sacasen á Daniel del lago, y fué sacado Daniel del lago, y no fué en él hallada lesión alguna, porque fió en su Dios». Así da el Altísimo testimonio de la inocencia de Daniel confirmando con un milagro estupendo que es mejor obedecer á Dios que á los hombres. ¿En qué consistió el milagro? Unos dicen que realmente el ángel de Dios cerró la boca de los leones; otros que les quitó todo apetito; algunos que el ángel representó á Daniel en la imaginación de las fieras como una cosa nociva, y otros, finalmente, creen que Daniel los hipnotizó. Pero esta opinión sobre carecer de verosimilitud (además no se concilia con el carácter milagroso del hecho) porque entonces no se conocía la sugestión, ni puede emplearse, á lo que sabemos, sino en seres dotados de voluntad, es completamente extraña al texto que atribuye la acción sobre los leones no á Daniel, sino al ángel de Dios.

Libre Daniel de la voracidad de las fieras, sus émulo en cambio, sufrieron la pena del talión, «y (Ver. 24) por mandado del rey fueron traídos aquellos hombres que habían acusado á Daniel y fueron echados en el lago de los leones ellos y sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al suelo del lago, cuando los arrebataron los leones y desmenuzaron todos sus huesos». Así expiaron su odioso crimen! Este hecho, sobre ser completamente bíblico (Núm. XVI, 26 y siguen. Jos. VII, 24; II Reg. XXI, 5), está conforme con los usos y costumbres de los persas según un escrito del testimonio de Heródoto y la carta de Artajerjes, consignada en el libro de Estér, en la que se leen estas palabras: «Por cuya maldad, él mismo (Amán) que la tramó y toda su parentela han sido puestos

en patíbulos á las puertas de esta ciudad, ésto es, de Susán» (1).

Ver. 25-28. «Entonces el rey Darío escribió á todos los pueblos, tribus y lenguas que moraban en toda la tierra: LA PAZ se multiplique entre vosotros. Yo he establecido un decreto para que en todo mi imperio y reino respeten y teman al Dios de Daniel. Porque él mismo es el Dios viviente y eterno por los siglos, y su reino no será destruído, y su poder hasta en la eternidad. Él es el que libra y

(1) Copiamos íntegra la carta de Artajerjes, por las profundas enseñanzas que se desprenden de ella (1). «El grande Artajerjes, rey desde la India hasta la Etiopía, á los gobernadores y príncipes de las ciento y veinte y siete provincias que están sujetas á nuestro mando, salud. Muchos para ensoberbecerse han abusado de la bondad de los príncipes y del honor que se les ha conferido y no sólo se empeña en oprimir á los vasallos de los reyes, sino que no manteniendo la gloria que se les dió, maquinan asechanzas contra los mismos que se les dieron, y no se contentan con ser ingratos á los beneficios y con violar en sí mismos los derechos de la humanidad, sino que presumen también poder escaparse del juicio de Dios, que todo lo ve. Y llegaron á tal grado de locura que á los que cumplen exactamente los cargos que les han sido confiados y proceden en todo de suerte que se hacen dignos del común aplauso, intentan derribarlos con artificios y mentiras, engañando con solapadas fraudes los oídos sencillos de los príncipes que juzgan de los otros por su naturaleza. Lo cual se comprueba ya con las historias antiguas, ya también con lo que acaece cada día, cómo las buenas inclinaciones de los reyes se pervierten por las malas sugerencias de aquellos.

Por lo cual se debe proveer á la paz de todas las provincias. Ni debéis creer, que si damos contraórdenes, proviene ésto de ligereza de ánimo, sino que damos las órdenes conforme á la condición y necesidad de los tiempos, como lo pide el bien de la república.

Y para que más claramente entendais lo que decimos: Amán, hijo de Amadathi, macedonio de corazón y origen, y extraño de la sangre de los Persas, y que ha mancillado nuestra piedad con su crueldad, siendo extranjero le dimos acogida, y después que halló en Nos tan grande humanidad, que era llamado nuestro padre y adorado por todos, como segundo después

(1) El Asuero de Estér, según los orientalistas es Jerjes no Artajerjes como dice la Vulgata.

el que salva, el que hace señales y prodigios en el cielo y en la tierra, el que libró á Daniel del lago de los leones. Y Daniel se conservó hasta el reino de Darío, y hasta el reino de Ciro, rey Persa». Es decir, que gozó de gran autoridad así en la corte de Ciro como en la de Darío el Medo. En el sentido alegórico dice el abad Ruperto: «Danielem hic fuisse typum Christi patientis; sicut enim Danieli insidiati sunt satrapae, ita Christo Judaei et Scribae, idque ex invidia. *Secundo* sicut satrapae Danielem ad necem

del rey, éste se hinchó de tan grande arrogancia que intentaba privarnos del reino y de la vida. Porque á Mardoqueo, por cuya lealtad y beneficio vivimos, y á Estér, consorte de nuestro reino y á toda su nación, demandó para ser muertos, usando de ciertas maquinaciones nuevas y nunca oídas, teniendo el designio, quitada la vida á éstos, de poner asechanzas á nuestra soledad y trasladar el reino de los persas á los macedonios. Mas nosotros no hemos hallado la menor culpa en los judíos, destinados á morir por el peor de los hombres, sino que por el contrario, siguen leyes justas, y que son hijos del Dios altísimo y máximo, y que vive por siempre, por cuyo beneficio fué dado el reino á nuestros padres, y á nosotros, y hasta el día de hoy nos es conservado.

Por tanto, debeis saber que son de ningún valor las cartas, que él expidió en nuestro nombre. Por cuya maldad el mismo que la tramó, y toda su parentela han sido puestos en patibulos á las puertas de esta ciudad, ésto es, de Susan: no siendo nosotros sino Dios el que le ha retornado lo que ha merecido. Y este edicto, que ahora enviamos, se publicará en todas las ciudades, para que sea permitido á los Judíos seguir sus leyes, á quienes debeis dar auxilio, para que el día trece del mes duodécimo, que se llama Adár, puedan dar muerte á aquellos, que estaban preparados para dársela á ellos, pues el Dios Omnipotente les trocó en día de gozo, este de tristeza y llanto.

Por lo que vosotros contad también este día entre los otros días solemnes, y celebradlo con toda alegría, para que se sepa en lo venidero, cómo todos los que obedecen fielmente á los Persas, reciben la digna recompensa de su lealtad, y los que ponen asechanzas á su reino perecen por su culpa. Y toda provincia ó ciudad, que no quisiere tener parte en esta solemnidad, perezca á cuchillo ó á fuego y de tal manera sea destruida, que quede para siempre inaccesible, no solamente á los hombres, sino también á las bestias, para escarmiento de los menospreciadores y desobedientes» Esther XVI.

adigere conati sunt per edictum Darii Medi, ita Judaei Christum per sententiam Pilati et Romanorum. Sed sicut Daniele per angelum liberato, gavisus est Darius, ita Christo a mortuis suscitato, et toto orbe praedicato, gavisus est orbis romanus, mutavit leges, convertit edicta Romani imperii majestas, Christum que praedicari praecepit. *Tertio* sicut Danielis accusatores in lacum missi, mox a leonibus devorati sunt, ita Judei Christi hostes a Tito eversi sunt» (1). Anagógicamente Daniel saliendo incolume del lago de los leones fué el tipo de la resurrección y como el preludio y las primicias de la misma. Por eso los primitivos cristianos esculpían en sus sepuleros entre otros símbolos de la resurrección, á Daniel en el lago de los leones; acaso fué también porque nadie hasta él, en el Antiguo Testamento había tratado con tanta claridad de la resurrección de los muertos, pero es lo cierto que saliendo libre del lago de los leones, expresa á maravilla la idea del hombre que surge del sepulcro, por lo cual fué tenido siempre como símbolo de la resurrección.

---

(1) Alap. Comm. in Dan., pág. 84.

## CAPÍTULO XIII

LAS VISIONES DE DANIEL (*cap. VII y VIII del libro*).

Versículo 1.º «En el año primero de Baltasar, rey de Babilonia, vió Daniel un sueño y la visión de su mente fué en su lecho y escribiendo el sueño lo ciñó á pocas palabras: y notándolo por mayor dijo: Vers. 2.º «Veía de noche en mi visión y he aquí los cuatro vientos combatían en el mar grande». Ya hemos dicho más arriba las diferentes maneras que tenía Dios para comunicar el porvenir á sus profetas, y entre ellas era la visión la que ocupaba un lugar distinguido. Respecto al mar de que habla el profeta piensan algunos que es el Mediterráneo, pero como todo aquí es simbólico es de presumir que es la tierra donde luchan los encontrados vientos de las pasiones humanas, que de hecho dan origen á los pequeños Estados y á las grandes Monarquías, aunque de derecho proceden de Dios, pues según profunda expresión del Apóstol de las gentes: «Non est potestas nisi a Deo».

Versículo 3.º «Y cuatro grandes bestias subían de la mar diversas entre sí». Estas cuatro bestias eran cuatro grandes imperios que se habían de suceder en la dominación del mundo relacionado más ó menos directamente con la implantación del reino mesiánico porque la idea mesiánica fué una áncora que Dios lanzó en el río de la vida, es la que alentó á aquellas generaciones de cautivos, la que explica las victorias y los desastres del pueblo de Israel, la que informa la condición económica, política y social del pueblo de Dios, la que condensa los oráculos de los profe-

tas, la que constituye el fondo de los Sagrados Libros, y la que forma lo que pudiéramos llamar filosofía de la Religión.

Versículo 4.º «La primera como leona, y tenía alas de águila: mientras yo la miraba le fueron arrancadas las alas, y se alzó de tierra y se tuvo sobre sus pies como un hombre y se le dió corazón de hombre». Esta primera bestia simboliza el imperio asirio-babilonio porque así como el león es el rey de las selvas y el águila superior á todas las aves, así este imperio excedió en gloria, poder y majestad á los que le sucedieron antes de la venida de Jesucristo. Así le representan Jer. IV, 7; II, 15, V, 6; XLIX, 19; L, 17 y Ezeq. XVII, 3. Según todos los expositores, aún racionalistas, es la cabeza de oro de la estatua. Se le quitaron las alas, es decir, se le torció la próspera fortuna que le hacía llevar triunfantes sus armas por todas partes, y el que antes era un coloso temible quedó reducido á las exiguas proporciones de un hombre (se le dió corazón de hombre) y no de un hombre lleno de salud y de vida sino de un hombre débil que caerá al primer golpe del enemigo.

En este estado de debilidad no es extraño que fuera vencido por el oso. Y así el profeta dice: Vers. 5: «Y otra bestia semejante á un oso, que se paró á un lado y tenía en su boca tres órdenes de dientes y decíanle así: Levántate, come carnes en abundancia». El oso de esta visión del profeta simboliza el imperio medo-persa. Se dice se paró á un lado, ésto es, predominó el elemento persa sobre el medo, y tenía en la boca tres órdenes de dientes, el hebreo es más gráfico. «Y tres costillas en su boca entre sus dientes» porque en efecto devoró la Babilonia, la Lydra y el Egipto, y la glotonería y crueldad del oso, significada por estas palabras: «Levántate, comé carnes en abundancia», simbolizan á maravilla la ambición de conquistas y la sed de sangre que caracteriza el segundo imperio.

Versículo 6.º «Después de ésto estaba mirando, y he aquí como un leopardo, y tenía sobre él cuatro alas como de ave y tenía cuatro cabezas la bestia y le fué dado el poder». Este tercer imperio es el greco-macedónico fundado

por Alejandro que así como el leopardo salta veloz á apoderarse de la presa, así también el gran conquistador volaba de victoria en victoria y como la fiera en cuestión distínguese por la policromía de su piel, así el insigne capitán se diferenciaba de los otros por la multiplicidad de dotes de raro y extraordinario mérito. En el dorso tiene alas el leopardo, cosa que no es natural, sino añadida y como de supererogación, así dice el profeta le fué dada la potestad, el poder, á Alejandro no por su valor y pericia en el arte de la guerra, afirma S. Jerónimo, sino por pura voluntad de Dios. Esta bestia tenía cuatro cabezas, el imperio de Alejandro se dividió bien pronto en cuatro grandes reinos, á saber: El Egipto, la Siria, la Tracia y la Macedonia.

Versículo 7.º «Después de ésto miraba yo en la visión de la noche, y he aquí una cuarta bestia espantosa y prodigiosa y fuerte en extremo, tenía grandes dientes de hierro, comía y despedazaba y lo que le sobraba hollaba con sus pies; y era desemejante á las otras bestias, que yo había visto antes de ella y tenía diez astas».

Versículo 8.º «Contemplaba las astas, y he aquí otra asta pequeña, que nació de en medio de ellas; y de las primeras astas fueron arrancadas tres delante de ella; y en aquella asta había ojos, como ojos de hombre y boca que hablaba cosas grandes».

Algunos críticos y expositores creen que el cuarto animal simboliza el imperio sirio que realmente no llegó al poderío y majestad de los otros pero que llegó á impresionar horriblemente porque los otros pertenecían ya á la historia, hacía mucho tiempo que habían pasado por el mundo mientras este existía á la sazón (y las cosas presentes afectan mucho), y destruía y molía, y desmenuzaba. Los diez cuernos son los diez predecesores de Antioco Epifanes que es la pequeña asta. Los siete primeros son Seleuco Nicator (312-280), Antioco Soter (279-261), Antioco Theos (260-246), Seleuco Galinico (245-226), Seleuco Ceranno (225-223), Antioco el Grande (222-187), Seleuco Filopator (186-176). Las tres últimas astas arrancadas delante del pequeño cuerno son Heliodoro que había envenenado á Seleuco Filopator, para apoderarse del trono; Demetrio, hijo

de Seleuco Filopator, privado del trono por su tío Antioco Epifanes, y Ptolomeo Filometor, rey de Egipto que le disputó la corona de la Siria. La pequeña asta que habla muy alto es Antioco Epifanes el blasfemo. Esta es la opinión del R. P. Lagrange sostenida en la «Revue Biblique» de Octubre de 1904 y cuyo título es: *Les propheties messianiques de Daniel*. El Ilmo. Sr. Scio, en sus notas sobre Daniel, es también de esta opinión, así dice: Son los diez reyes Seleucidas de Asia y de Asiria hasta Antioco, que es comprendido en el número de estos diez: Vers. 24, «por cuanto aunque este tuvo sucesores, esto no obstante el pueblo de Dios comenzó después de Antioco á respirar, y gozar de su libertad bajo los Asmoneos hasta la venida del Mesías».

Respetamos la autoridad del sabio escriturario español y del insigne crítico francés, pero hemos de decir con la libertad de todo ciudadano de la república de las letras y que no cautiva su entendimiento sino en las cosas que son de fe, que esta opinión, la del P. Lagrange desde luego, se funda en que el libro es de la época de los Seleucidas, puesto que dice: «C'est l'impression de la terreur présente», y ya hemos demostrado que es del período de la cautividad y que su autor es el propio Daniel. En segundo lugar, por mucha que sea la autoridad de un crítico, no es tanta que pueda violentar el texto y hacerle decir lo contrario, y el sabio francés afirma que fueron arrancadas las tres últimas astas (les trois dernières cornes) mientras el texto dice: «de las primeras astas fueron arrancadas tres delante de ella». Finalmente, la primera asta no puede ser Antioco Epifanes por la sencilla razón de que no existía cuando fueron arrancadas las tres primeras astas. Además, aun suponiendo por un momento que el libro es de la época de los Seleucidas (cosa que no acertamos á conciliar con la fe) esta visión no puede referirse en manera alguna el imperio Sirio, porque lo que se ve, lo que se oye, lo que se palpa, lo que está vívido no es un secreto para nadie, no es un misterio que necesite explicación y Daniel, (ó el autor de la visión según ellos) pregunta y se informa con minuciosidad de todo; principalmente de la cuarta bestia.



La opinión más probable, aunque no sea hoy la más común porque hay católicos que hacen como alarde de llegar á los límites del racionalismo, es que la cuarta bestia es el imperio romano. Está apoyada en el texto y tiene en su favor el común sentir de los Padres de la Iglesia (1). Desde luego el texto calla la naturaleza y el nombre de esta bestia, es decir, que en la visión no tiene nombre como es innominado lo heterogéneo é incoherente y esta es la cualidad del imperio romano, regido por reyes primeramente, después por cónsules, luego por decemviros, por dictadores más tarde, y finalmente por emperadores, fué una monstruosísima república compuesta de monarquía, aristocracia y democracia que abarcó todo el mundo conocido. Las cualidades de la bestia también cuadran única y exclusivamente al imperio romano que fué una monarquía terrible, admirable, fortísima, de que son los dientes ejércitos poderosos, devoró al mundo, que sojuzgó á todos los pueblos; allí donde no puso las águilas imperiales los hizo tributarios, que es equivalente á conculcar á los hombres porque es menospreciar sus derechos, y finalmente, tendrá diez reyes poderosos al fin del mundo (Apoc. XVII, 12). «Los diez cuernos que viste, diez reyes son, los cuales todavía no han recibido reino, mas recibirán potestad como reyes por una hora después de la bestia».

Los Padres están contestes en esta afirmación. Así San Agustín dice: «*Quam vero convenienter (viene hablando de que los Padres anteriores admitían esta opinión) id fecerint qui nosse desiderant, legant presbyteri Hieronymi librum in Daniele m satis diligenter eruditique conscriptum*» (2). San Jerónimo: «*Ergo dicamus quod omnes scriptores ecclesiastici tradiderunt; in consummatione mundi quando regnum destruendum est Romanorum, de cem futuros reges qui orbem romanum inter se dividant et*

---

(1) Melchor Cano de Locis, Theol. VIII, 3, dice: «*Omnium etiam sanctorum auctoritas in eo genere quaestionum, quas ad fidem diximus minime pertinere, fidem quidem probabilem facit, certam tamen non facit*».

(2) August. De Civit. Dei, 20, 23.

undecimum ressurecturum esse regem parvulum qui tres reges de decem regibus resperaturus sit, id est, Aegyptiorum regem et Africae et Aetiopiae» (1). En otro lugar dice: «ut omnes gentes quae romano imperio subjacent, recedant ab eis... . tantum est romanum imperium quod nunc universos gentes tenet recedat et de medio fiat, et tunc antichristus veniet, fons iniquitatis» (2). S. Hipólito: «Si quarta bestia quae nunc adhuc viget ipsa sublata fuerit, cessabunt tandem terrestria, incipient denique coelestia» (3). S. Crisóstomo: «Quando romanum imperium de medio fuerit sublatum, tunc antichristus veniet» (4). S. Cirilo de Jerusalén: «Quando completa erunt romani imperii tempora, decem reges exurgent» (5). S. Ireneo adv. haer. V, 26, dice lo mismo; Teodoreto dice: «Circa finem regni romanorum decem eodem tempore consurgent reges atque omnis improbitatis opifex et magister novissimus apparebit» (6), y así otros muchos Padres cuyo testimonio sería prolijo enumerar, por lo cual nos contentaremos con citar al insigne teólogo y notable controversista Belarmino, quien resume la opinión de su tiempo en estas palabras probando que el Romano Pontífice no era el anticristo como deliraban los herejes: «quia adhuc manet succesio et nomen imperatorum romanorum et mirabili providentia Dei, quando defecit imperium in occidente, mansit incolume imperium in oriente, quia vero imperium orientis destruendum erat per Turcas, ut nunc factum videmus, iterum Deus erexit in occidente imperium occidentale per Carolum magnum, quod imperium adhuc durat» (7).

Desde luego no estamos conformes con esta opinión de Belarmino en todos sus detalles porque el imperio de Carlo Magno, ni el propio imperio romano

(1) Hieron. in Dan. VII, 8,

(2) Id. id.

(3) Hip. in Dan. VII, 7.

(4) Chrys. in II. Thess. II. 6.

(5) Ciril. Catheq. 15.

(6) Teodoret. in Dan.

(7) Bellarm. De Rom. Pont. lib. 3, cap. 5.

desde Constantino, pueden ser la cuarta bestia terrible y que todo lo arrolla á su paso, que vió Daniel. Tampoco es necesario referir cronológicamente al imperio romano, aunque muchos lo han hecho, los diez reyes y el rey impío simbolizados por las diez astas y por el asta pequeña de la cuarta bestia. Es el contexto óptico y se refiere al anticristo y á su época (1).

Ver. 9. «Estaba mirando hasta tanto que fueron puestas sillas, y sentóse el anciano de días; su vestidura blanca como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana limpia; su trono de llama de fuego, sus ruedas fuego encendido». Descritas por Daniel las cuatro grandes monarquías que han de preceder al establecimiento del reinado de Cristo, pinta en este versículo la majestad infinita de Dios al decir «que fueron colocados los tronos; y el trono símbolo es de la majestad y grandeza», su eternidad llamándole el Antiguo de los días con prudencia consumada diciéndole que sus cabellos son como la lana limpia, es decir, blancos, porque la blancura de los cabellos es propia de la ancianidad de la que dice la Sagrada Escritura: «La mucha experiencia es corona de los ancianos» (2), y en otro lugar: «En los ancianos está la sabiduría y la larga edad la prudencia» (3). Y se dice que sus vestiduras son blancas como la nieve porque Dios es la luz eterna é increada. Su trono llama de fuego que simboliza la infinita gloria del Altísimo y sus ruedas de fuego que significan el poder de que Él que es por los siglos, abarca todos los tiempos y todos los espacios y se extiende más allá de los espacios y de los tiempos.

Versículo 10. «Un río de fuego é impetuoso salía de su faz: millares de millares le servían y diez mil veces cien

---

(1) «Dierum antiquus laudatur Deus, propter hoc quod omnium ipse est et aevum, et tempus, et ante dies, et ante aevum, et tempus et diem, sicut existens intransmutabilis, et immobilis, et in hoc quod semper movetur manens in se ipso, et sicut aevi et temporis et dierum causa». S. Dionis. De Divinis Nom. Cap. X.

(2) Eceli. XXV, 8.

(3) Job. XII, 12.

mil estaban delante de él; se sentó el juicio y fueron abiertos los libros». De una pincelada maestra retrata la inconmensurable majestad del Todopoderoso descrita más tarde por el profeta de Patmos en estas palabras: «Ví también y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio y de los animales y de los ancianos y su número era millares de millares» (1). Lo cual así como estas otras palabras: «Y ví á los muertos grandes y pequeños estar delante del trono, y abriéronse los libros, y abrióse también otro libro que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos, por las cosas escritas en los libros según sus obras» (2) está indicando que esta escena no se debe referir al tiempo de Antioco Epifanes sino al fin del mundo.

Esta interpretación se funda en el texto y en el contexto, prosigue diciendo el profeta: Vers. 10: «Miraba á causa de la voz de las palabras grandes que hablaba aquella asta; y ví que había sido muerta la bestia y había perecido su cuerpo, y había ido al fuego para ser quemado». Vers. 12. «Y que á las otras bestias se las había también quitado el poder y se les habían señalado tiempos de vida hasta tiempo y tiempo». Vers. 13: «Miraba yo, pues, en la visión de la noche y he aquí venía como Hijo de hombre con las nubes del cielo, y llegó hasta el anciano de días y presentáronle delante de él». Vers. 14: «Y dióle la potestad y la honra y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán á él: su potestad es potestad eterna que no será quitada: y su reino que no será destruído». Todas estas palabras demuestran que no se trata de una victoria obtenida por el pueblo de Dios según la carne sobre sus enemigos Antioco y los perseguidores; indirectamente se pueden entender del pueblo de Dios según las promesas que es el pueblo cristiano y directamente en su sentido literal del Mesías individual, personal, no colectivo como quieren los judíos y algunos intérpretes modernos. La prueba es que sólo á él y no al pueblo se le dan en herencia todas las gentes y la potestad y el dominio

(1) Apoc. V, 11.

(2) Apoc. XX, 12.

sobre todos los pueblos. (Gen. XLIX, 10; Psal. II, 6; XLIV, 5 y sigs. LXXI, 1 y sigs.; Isai. XI, 10; XLIX, 6; LIII, 11, 12; Jerem. XXIII, 5; XXX, 21, etc.) y Jesucristo Nuestro Señor con indiscutible autoridad lo entiende de sí mismo y no del pueblo y de la época de Antioco diciendo: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad» (1). Y de él dice San Lucas: «..... reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin» (2).

Versículo 15. «Se horrorizó mi espíritu, yo Daniel fuí consternado de estas cosas y me conturbaron las visiones de mi cabeza». La cuarta bestia era horrible, aumentando la perturbación del profeta el ignorar su significado.

Por lo cual dice: Vers. 16: «Me llegué á uno de los que estaban allí, y le pregunté la verdad de todas estas cosas. Y me dijo la interpretación de todas estas visiones, y me instruyó». Vers. 17. «Estas cuatro bestias grandes son cuatro reinos que se levantarán de la tierra». Vers. 18. «Mas los santos del Dios Altísimo recibirán el reino y tendrán el reino hasta el siglo y hasta el siglo de los siglos». Versículo 19. «Después de ésto quise informarme por menor de la cuarta bestia, que era muy desemejante de las otras y muy terrible; sus dientes y uñas de hierro; comía y desmenuzaba, y lo que quedaba hollaba con sus pies». Versículo 20. «Y de las diez astas que tenía en la cabeza y de la otra que había nacido, delante de la cual habían caído las tres astas; y de aquella asta que tenía ojo, y boca que hablaba cosas grandes, y era mayor que las otras». Versículo 21. «Estaba mirando, y he aquí aquella asta hacía guerra contra los santos y podía más que ellas», Versículo 22, «hasta que vino el anciano de días y dió sentencia á favor de los santos del Excelso y vino el tiempo y entraron en el reino los santos». Vers. 23. «Y dijo así: La

(1) Math. XXIV, 30.

(2) Luc. I, 32, 33.

cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, que será mayor que todos los reinos y devorará toda la tierra y la hollará y desmenuzará». ¡Admirable descripción del férreo imperio romano!

Después por una transición, muy frecuente en los profetas, pasa á los remotísimos tiempos del Anticristo diciendo:

Versículo 24. «Y las diez astas de su reino serán diez reyes; y se levantará otro después de ellos y éste será más poderoso que los primeros y derribará tres reyes». Versículo 25. «Y hablará palabras contra el Excelso y atropellará los santos del Altísimo y pensará poder mudar los tiempos y las leyes y serán puestos en su mano hasta un tiempo y dos tiempos y mitad de tiempo». Es decir, blasfemaré contra Dios, abolirá el culto público solemne y perseguirá á los que cumplan la ley divina. Las siguientes palabras de San Pablo son el mejor comentario de este pasaje: «El cual se opondrá y se alzaré contra todo lo que se dice Dios, ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios» (1).

Versículos 26 y 27. «Y se sentará el juicio para quitarle el poder, y que sea quebrantado y perezca para siempre, y que el reino y la potestad y la grandeza del reino que está debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán».

El primer versículo le comenta así S. Pablo: «Y entonces se dejará ver aquel perverso á quien el Señor Jesús matará con el resuello de su boca, y destruirá con el resplandor de su presencia» (2). El segundo es una confirmación de lo que venimos diciendo de que en este capítulo no se trata para nada de Antioco Epifanes y sí del fin del mundo, cuando la victoria será en definitiva del Hijo del hombre y por consiguiente de los escogidos que ostentarán los laureles del triunfo en el reino eterno de la gloria. Termina el profeta diciendo: Vers. 28. «Hasta aquí el fin

(1) II Theo. II, 4.

(2) Id. id. 8.

de la palabra. Yo Daniel me conturbaba mucho por estos mismos pensamientos y se mudó en mi rostro: mas guardé en mi corazón las palabras».

El capítulo octavo de Daniel contiene otra visión del profeta. El relato de la visión comprende los catorce primeros versículos y su explicación los siguientes hasta el veintisiete inclusive.

Versículo 1.º-14. «En el año tercero del reino del rey Baltasar, me apareció una visión. Yo Daniel, después de lo que había visto en el principio. Ví en mi visión y hallándome en el castillo de Susa, que está en la región de Elám, ví, pues, en visión que yo estaba sobre la puerta de Olai. Y alcé mis ojos y miré y he aquí que estaba delante de una laguna un carnero que tenía unas astas altas y la una más que la otra, y que iba creciendo. Después ví el carnero que acorneaba hacia el Poniente y hacia el Aquilon y hacia el Mediodía, y ninguna bestia podía defenderse de él, ni librarse de su poder: é hizo según su voluntad, y se engrandeció».

«Y ya estaba considerándolo; y he aquí venía un macho de cabrío de la parte de Occidente sobre la haz de toda la tierra y no tocaba la tierra y macho de cabrío tenía una asta notable entre sus ojos. Y llegó hasta aquel carnero armado de astas, que había visto estar delante de la puerta y corrió para él con todo el ímpetu de su fuerza. Y cuando llegó cerca del carnero, se enfureció contra él, é hirió al carnero y quebróle ambas las astas, y no le podía resistir el carnero: y cuando le hubo echado en tierra, lo holló, y no podía ninguno librar al carnero de su poder. Y el macho de cabrío se hizo muy grande; y cuando hubo crecido, fué quebrada la asta grande y nacieron cuatro astas debajo de ella hacia los cuatro vientos del cielo».

«Y de la una de ellas salió una asta pequeña y creció mucho hacia el Mediodía y hacia el Oriente y hacia la fortaleza. Y se elevó hasta contra la fortaleza del cielo y derribó de la fortaleza y de las estrellas y hollólas. Y se engrandeció hasta contra el Príncipe de la fortaleza y quitó de él el sacrificio continuo y abatió el lugar de su santifi-

cación. Y le fué dada fuerza contra el sacrificio perpetuo por los pecados y será echada por tierra la verdad y él hará y tendrá buen suceso».

«Y oí hablar á uno de los santos que hablaba y dijo un santo á otro no se á quien que hablaba. ¿Hasta cuándo la visión y el sacrificio perpetuo y el pecado de la desolación que fué hecha; y el santuario y la fortaleza serán hollados? Y le dijo: Hasta la tarde y la mañana dos mil y trescientos días y será purificado el santuario».

Veamos ahora la explicación. Previos estos cuatro versículos que sirven como de introducción ó proemio. Versículos 15, 16, 17 y 18. Y acaeció que estando yo Daniel viendo la visión y buscando su inteligencia: he aquí se presentó delante de mí como una figura de hombre, y oí la voz de un hombre y clamó y dijo: «Gabriel, haz entender á éste la visión». Y vino y se paró cerca del lugar donde yo estaba; y luego que llegó de temor caí sobre mi rostro, y me dijo: Hijo de hombre entiende como esta visión se cumplirá al fin á su tiempo, y como hablase conmigo, caí de rostro contra tierra, y me tocó y me tornó en mi estado», el arcángel Gabriel que había de jugar un papel importantísimo en la economía de la redención; ésto es en el establecimiento del reino mesiánico explicó la visión de este modo: Ver. 19-27. «Y me dijo: Yo te mostraré las cosas que han de acontecer en lo último de la maldición, porque este tiempo tiene su fin. El carnero que viste armado de astas es el Rey de los Medos y de los Persas (luego no es lícito dividir en dos el imperio medo-persa como hacen algunos á propósito de la visión del capítulo VII). Y el macho de cabrío es el rey de los Griegos. Y la asta grande que tenía entre sus ojos, es el primer rey Y que quebradó aquel se levantaron cuatro en su lugar; se levantarán cuatro reyes de su nación, mas no con la fortaleza de él. Y después del reino de ellos, creciendo las maldades, se levantará un rey descarado y entendido en parábolas y será afirmado su poder, mas no por sus fuerzas; y sobre cuanto puede creerse, todo lo asolará, y tendrá buen suceso y hará. Y matará á los fuertes y al pueblo de los santos, según su placer y le saldrá bien el dolo en



su mano y elevará su corazón y en la abundancia de todas las cosas matará á muchos; y se levantará contra el príncipe de los príncipes, mas será molido sin mano. Y la visión de la tarde y de la mañana que se ha dicho, es verdad; así tu sella la visión (guarda, archiva la visión, por consiguiente escribela antes) la que será pasados muchos días. Y yo Daniel perdí las fuerzas y estuve enfermo por algunos días, y cuando me levanté, me ocupaba en los negocios del rey y estaba pasmado por la visión, y no había quien la interpretase».

El carnero de dos astas simboliza indudablemente la monarquía medo-persa. Así lo declara el ángel, este símbolo está tomado de la mitología, y conviene además á los reyes del segundo imperio y á los pueblos que le componen. La Media dominadora al principio concluyó por ser absorbida por la Persia que obtuvo la hegemonia; se extendió en tres direcciones y sojuzgó sucesivamente al Oeste la Libia, al Norte la Armenia y la Escitia y al Sur Babilonia y la Arabia y más tarde el Egipto y la Libia, sin que nadie pudiera resistírsele como atestigua la Historia.

El tercer imperio, ésto es, el greco-macedonio, está simbolizado á maravilla por el macho de cabrío para significar las diferencias entre el imperialismo de los griegos y el gobierno pacífico y cuasi patriarcal de los persas. El asta grande del macho de cabrío es el primer rey de Javan Alejandro el Grande que marcha como por saltos y á brincos, tales la celeridad en sus conquistas; opera en Granico en 334, en Ipsus en 333, en Arbelles en 302 y el imperio del carnero, ésto es, la gran monarquía medo-persa cae por tierra con todo su poderío. Pero estando en todo su apogeo y en el cenit de su gloria de conquistador, cuando ante él muda se había postrado la tierra (1), murió repentinamen-

(1) «Alexander per duodecim annos trementem sub se ferro pressit, principes vero ejus quatuordecim annis dilaniaverunt et velut opimam praedam á magno leone prostratam avidi discerpere catuli, aequo ipsos invicem, in rixam irritates prae- dae aemulatione fregerunt». Paulo Osorio, lib. III, hist. Capítulo XXIII.

te en 323, ésto es, se quebró, se rompió, el asta grade que dice el Sagrado Texto. En su lugar, y en el mismo imperio, aparecieron á los cuatro vientos, después de veintidós años de sangrientas luchas cuatro reinos naturalmente más débiles que el de Alejandro; la Siria, el Egipto, la Macedonia y la Tracia.

Al fin de los reinos cuando el mal haya imperado en ellos (1) saldrá de una de estas dinastías, la de los Selencidas, un príncipe fiero y cruel, inteligente y astuto, que indudablemente es Antioco IV Epifanes. Pobrísimos y humildes en demasía son sus comienzos, pues se elevó al trono por la astucia y la protección del extranjero, se afianzó en él y se engrandeció por permisión divina, hizo la guerra á los Persas y al Egipto y cuando, intimado por Popilio Lenas con estas palabras: «Manda el pueblo Romano que evacues inmediatamente el Egipto, su aliado, respondió: «Obedeceré», descargó su ira terrible contra sus pacíficos vecinos los judíos. El hebreo dice: *וַיִּלֶּחַץ הַצָּבָא יְיָ* *hacia la gloria* donde la Vulgata vierte «contra fortitudinem» hacia la fortaleza. *צָבָא* significa una cosa excelente, eminente, hermosa, fértil, amable, de modo que pelear contra *Tsebi* es pelear contra la Judea que es la tierra de promisión, el país de las bendiciones, la tierra deseable cuyos frondosos bosques y valles de vegetación exuberante excitaban la codicia de los pueblos comarcanos. Este es el sentido que se le da en la Sagrada Escritura. Así en Jeremías se lee: «Y yo dije: ¿cómo te pondré de hijos y te daré la tierra deseable, la heredad excelente *צָבָא* de los ejércitos de las naciones?» (2). Y en Ezequiel: «En

(1) Algunos expositores como Maldonado, Sánchez, Cornelio a Lapide, Menoquio, Calmet y otros refieren la maldad de que se habla en el texto á los Israelitas cuya apostasía fué la causa de la horrible persecución de Antioco, según se lee en los libros de los Macabeos; pero el contexto exige que se atribuya á las naciones de que viene hablando y hasta ahora ni incidentalmente siquiera se ha ocupado de los judíos. Por lo demás el medio ambiente de crueldad, de injusticia y de iniquidad en que vivió Antioco Epifanes pudo contribuir por mucho á formar la altanera ferocidad de su carácter.

(2) Jen. III, 19.

aquel día alzé mi mano por ellos para sacarlos de la tierra de Egipto á una tierra que les tenía aparejada que mana leche y miel; que es excelente *tsebi* entre todas las tierras» (1). «Antiocho, pues, se dirigió contra la Judea, suprimió el culto, profanó el templo y atacó con fiera saña al pueblo de los santos y al mismo Dios rey de reyes y Señor de los que dominan, pero murió sin golpe de mano, ésto es, de una enfermedad incurable que le envió el Señor en castigo de su crueldad y perfidia (2). La opresión duró desde el 170 á 163, seis y medio años, dos mil trescientos días que había predicho el ángel» (3).

Algunos pretenden ver en la pequeña asta al anticristo apoyados en la semejanza con el pequeño cuerno del capítulo anterior, pero la semejanza no es identidad, además que hay diferencias notables entre ambos, pues tienen distinto origen, cometen pecados diferentes y tienen diverso fin.

---

(1) Ezeq. XX, 6, Vid. XX, 15 y XI, 16, 41.

(2) Machab. VI, 10-13. II Mach. IX, 5.

(3) Dan. VIII, 14.

## CAPÍTULO XIV

## PROFECÍA DE LAS SETENTA SEMANAS

La profecía de las setenta somanas es interesante sobre toda ponderación y ha sido objeto de hondo estudio y reñidísima discusión entre los católicos y protestantes ortodoxos y los adeptos del racionalismo bíblico. Para éstos que viven de la negación del orden sobrenatural, las palabras de Daniel no son otra cosa que el anuncio *post eventum* de la destitución de Onías, del principio de la guerra de Antioco y del estrago y desolación horribles que por todas partes llevaban sus huestes vencedoras; para los supernaturalistas constituyen una profecía mesiánica y aún pudiéramos decir la profecía mesiánica por excelencia. El error racionalista refutado queda en el capítulo que trata de la autenticidad de este libro y refutado será doblemente en este capítulo según vayamos exponiendo la doctrina católica.

No están conformes todos los intérpretes supernaturalistas en la exposición de esta profecía, contándose hasta más de cien sistemas de interpretación. Pero todos ellos pueden reducirse á dos: el que pudiéramos llamar tradicional y el que diremos *neocrítico* por darle algún nombre, y, aún referida profecía en sentido literal á Antioco Epifanes y en sentido típico á la época del Mesías.

Si no fuera por dificultades tipográficas, pondríamos aquí el texto hebreo y la versión de las setenta que por las variantes que ofrecen son causa de la diversidad de interpretaciones, aunque ya las haremos notar en la exposición de los distintos sistemas de exégesis sobre el particular.

Remitiendo al lector á la interesantísima disertación del erudito benedictino Dom Calmet intitulada *De septuaginta hebdomadis Danielis* (1), donde podrá ver los múltiples métodos de exégesis, ponemos á continuación la interpretación llamada tradicional tal como la expone el insigne escritor P. T. I. Lamy de la Congregación del Oratorio, y que reduce á menudo polvo las aseeraciones racionalistas (2).

«Mientras que Daniel, macerando su carne con el ayuno y vestido de saco y espolvoreada de ceniza su cabeza, oraba con fervor para que se cumpliesen los divinos oráculos, que marcaban el fin del cautiverio de los setenta años, el ángel Gabriel, que se había aparecido ya otra vez en forma humana al profeta, vino á interrumpir su oración: «Orando yo todavía, dice Daniel, he aquí que Gabriel, el varón á quien había visto en visión al principio, voló rápidamente hacia mí y me tocó al tiempo del sacrificio de la tarde».

El Profeta emp'ea la palabra *volar* y con ello parece conceder alas al ángel. Ezequiel da también alas á los querubines; antes de ésto, Isaías había visto en una visión simbólica serafines alados; los querubines cubrían con sus alas el Area de la alianza. Por lo demás, las alas representan muy bien la rapidez con que los ángeles, esos mensajeros divinos, ejecutan las órdenes de Dios. Los Asirios parecen haber conservado esta tradición en los genios alados que decoran sus monumentos. Según M. Reuss, los serafines de la visión de Ezequiel no son ángeles; pues entonces, ¿qué son?

Daniel continúa (seguimos el texto hebreo que sobre ser de más importancia crítica y exegética que la versión de los LXX es el preferido por nuestros adversarios). «El ángel me instruyó, me habló y me dijo: Daniel, he venido ahora para instruirte y para que comprendas. Al empezar tus plegarias ha salido un oráculo de la boca de Dios

(1) Calmet. Comm. in Dan. pag. 418-24.

(2) J. B. Jaugéy. Diccionario Apologético. Colm. 779 y siguientes.

»y yo he venido á comunicártelo porque eres hombre de deseos...» Nada indica que se trate aquí del oráculo dado á Jeremías sobre la duración del cautiverio, como suponen gratuitamente M. Kuenen y su traductor francés (1).

«Presta, pues, atención al oráculo y comprende la visión. Setenta semanas se han fijado (*abbreviatae sunt*, dice la Vulgata) sobre tu pueblo y sobre la ciudad santa para abolir la prevaricación (la Vulgata *ut consummetur praevaricatio*) poner fin al pecado, expiar (ó borrar) la iniquidad, hacer venir la justicia eterna, sellar la visión y el Profeta (*ut impleatur visio et prophetia* según la Vulgata edición latina) y para ungir al Santo de los Santos».

Antes de pasar adelante, hemos de resolver algunas dificultades de detalle. Hemos traducido *poner fin al pecado* allí donde M. Reuss traduce: *sellar el pecado*. Verdaderamente el texto hebreo tiene: להחם *para sellar*; pero el Keri de los Masoretas manda leer להחם *para abolir*, y ésta es la lección que debe retenerse primeramente porque así lo exigen las leyes gramaticales de la lengua hebrea, y en segundo lugar, porque así lo está pidiendo el contexto, pues inmediatamente se dice: *para expiar la iniquidad* y los cuatro términos que aquí se emplean, se explican uno por otro y significan una sóla é idéntica cosa: la remisión de los pecados. «La justicia sempiterna es un nombre abstracto usado por el concreto, con el cual, como dice Teodoreto, se significa á Cristo que es la justicia eterna. «La visión y el profeta» están en singular colectivo, y significan «las visiones de los profetas».

¿Qué hay que entender por la unción del Santo de los Santos de que aquí se habla?

El hebreo dice á la letra *para ungir Santo de Santos*. Según M. Kuenen se trata aquí de la parte del templo denominada *Sancta Sanctorum*. El Profeta, según él, designa el altar de los holocaustos profanado por Antiocho

(1) *Histoire critique de l' Ancien Testament*, traduite par Pierson. Paris 1379, tomo II, pág. 542, nota.

Epifanes, altar que había que purificar y ungir de nuevo, rehabilitándole para los sacrificios. M. Reuss dice: «La »unción del Santo de los Santos es la purificación del »altar y del templo por Judas Macabeo. El gran altar de los holocaustos es llamado el Santo de los Santos en la ley misma (Exod., XXIX, 37) lo mismo que aquí» (1).

Esta interpretación es la de muchos racionalistas muy instruidos. Yo no puedo admitirla, porque desde luego la profecía no se refiere á Antioco Epifanes ni á su época, no se habla de él en manera alguna y además el texto no tiene la significación que le dan MM. Kuenen y Reuss. La expresión hebrea קדש קדשים empleada aquí no designa nunca la parte del tabernáculo ó del templo llamada *el Santo de los Santos*, para convencerse de ello basta leer los siguientes pasages: Exod. XXIX, 37; XXX, 10,16; Lev. II, 3, 10; VI, 25; VII, 1, 6; X, 12, 17; XIV, 13; XXVII, 28; Núms. IV, 4, XVIII, 9; I Paral. XXIII, 13; Ezeq. XLIII, 12; XLV, 3; XLVIII, 1, donde se demuestra que la expresión hebrea equivale á nuestro superlativo *santísimo*, pues cuando se quiere designar la parte del templo llamada *el Santo de los Santos* se antepone en hebreo el artículo á la segunda palabra de esta manera (que puede verse en el Éxodo XVI, 33 y 34 y otros lugares) קדש הקדשים. Así, la expresión hebrea *para ungir al Santo de Santos* significa *para ungir al Santísimo* ó como prefiere el P. Corluy *para ungir lo que es santísimo*. De cualquier modo que se entienda no puede aplicarse esta expresión sino al Mesías: de quien se habla inmediatamente. La Vulgata vertió, pues, con exactitud el sentido de estas palabras, como ya lo había hecho Teodoción, al decir: *Ungatur sanctus sanctorum*. Así es como lo comprendió la versión siriaca traduciendo: «Para cumplir la visión y los Profetas y el Mesías, Santo de los Santos». No obstante, la imperfección de la versión griega, San Hipólito había comprendido ya que aquí se trataba del Mesías, pues en su *Comentario* sobre este texto dice: «No existe otro Santo de

(1) La Bible, traduction nouvelle. Daniel, págs. 256-57.

«los Santos que el ÚNICO HIJO DE DIOS, el cual cuando se manifestó dijo: «EL ESPÍRITU DE DIOS ESTÁ EN MI; POR ESTO ME HA UNGIDO» (1).

San Efrén explicó en el mismo sentido la versión siríaca, la cual además está bastante clara en sí misma: «Para »que lleguen al cumplimiento la visión y los Profetas; porque »que Cristo, con su advenimiento y su pasión y muerte, »ha cumplido todos los oráculos de los Profetas, y Cristo, »Santo de los Santos, es el resultado de la profecía, porque »él es el santificador de las almas». Ya se ve, pues, la Vulgata redactada por San Jerónimo, cuyos conocimientos hebraicos nadie se atreverá á negar; la versión griega interpretada por San Hipólito; y la versión siríaca comentada por San Efrén, es decir, las principales autoridades de Oriente y Occidente en los tiempos antiguos, ignoran en absoluto la nueva interpretación y la excluyen de acuerdo con la exégesis. Las semanas, pues, de que habla el ángel Gabriel, son semanas fijadas, ó determinadas, para la venida de Aquel que es la eterna justicia, y para la unción ó manifestación del Mesías que *es el Santo de los Santos*.

El ángel continúa: «Sabe, pues, y advierte: desde la »orden dada para edificar de nuevo á Jerusalén hasta el »Cristo caudillo ó jefe, habrá siete semanas y sesenta y »dos semanas; volverá (se edificará nuevamente), y las plazas y los muros serán restablecidos en tiempos de angustias». M. Reuss traduce de otro modo: «Sabe, pues, y advierte: desde que ha sido pronunciada la palabra para que se devuelva y reedifique á Jerusalén hasta un ungido, un príncipe, hay siete semanas, y durante sesenta y dos semanas será devuelta y reedificada en su emplazamiento y en sus murallas, pero en la estrechez ó angustia de los tiempos». La traducción de M. Kuenen ofrece el mismo sentido. Ambos separan los siete años y los sesenta y dos años, y añaden la palabra *durante* que no se halla en el texto. Así que llegan á suponer que á los siete años ha de ocurrir el advenimiento de un Cristo ó de un príncipe des-

(1) Patrol. gr. X, 654.



conocido, y que en las sesenta y dos semanas ha de verificarse la reconstrucción de Jerusalén, lo cual haría durar esta obra cuatrocientos treinta y cuatro años.

Esto es ya suficiente para desechar esta interpretación, además de que todas las versiones antiguas tienen la partícula copulativa delante de *volverá*, lo cual nos impide separar el siete del sesenta y dos.

El ángel continúa: «Y después de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo (1) y no será ya suyo el pueblo que le ha de negar. El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario, y su fin sobrevendrá por el desbordamiento (et finis ejus vastitas dice la Vulgata) y hasta el fin, guerras y devastaciones determinadas (et post finem bebli statuta desolatio de la Vulgata). En el medio de la semana (2) hará cesar las víctimas y los sacrificios. Y sobre el ala de las abominaciones vendrá el devastador y hasta la consumación decretada, que se extenderá sobre la desolación». Esta última frase es muy oscura. La Vulgata traduce: «La abominación de la desolación estará ó reinará en el templo, y la desolación continuará hasta la consumación y hasta el fin». El Salvador, en el famoso sermón que reproduce S. Mateo (3), cita esta última parte en el sentido de la Vulgata y de la versión de los Setenta.

Hemos de justificar muchos detalles de la profecía que vamos examinando, antes de hablar del sentido general de la misma.

*El pueblo que ha de negarle no será suyo.* El hebreo dice simplemente *וְיִסְרֹף* y *no de él ó para él*; lo cual es muy oscuro y da lugar á diferentes interpretaciones. Los Setenta tradujeron *καὶ οὐκ ἔσται αὐτοῦ*, y *no será*. La versión si-

(1) *יכרת* literalmente *será golpeado, herido*; se dice siempre de una muerte violenta, nunca de una muerte natural. Esta observación la hacen Pusey, Keil, Rosenemiller, Maurer, Leugcker y otros muchos.

(1) *חצי* no significa la mitad como quiere M. Reuss sino la parte media. No se trata aquí, pues, de media semana, sino del punto que la divide en dos. Vid. Jud. XVI, 3; II Reg. X, 4.

(2) Math. XXIV, 15.

riaca conservó la frase hebrea refiriendo el pronombre no al Mesías, sino á Jerusalén. San Efrén lo interpreta así: *Y Jerusalén no tendrá otro Mesías*. San Agustín: *Et non erit ejus, id est, ejus civitatis*. Entre los modernos, unos quieren que esta frase signifique: *será entregado á la muerte no por él sino por los hombres culpables*, ó bien: *será entregado á la muerte no por él, que es inocente, sino por causa de los hombres que han pecado*, ó también: *nadie lo será por él*, ó con Pusey *ella (la ciudad) no existirá ya*; ó finalmente, con los revisores ingleses y americanos: *no tendrá nada, nadie le pertenecerá*.

Según M. Kuenen, ésto significa la falta de sucesores legítimos en Onías, que es, según él, el Cristo ó ungido de que se trata. Otros intérpretes creen que la frase está incompleta, que los copistas han omitido una palabra, que hay que suplir algo, como á la palabra *shiloh* de la profecía de Jacob.

Parece verosímil esta opinión; porque no se encuentra en ninguna otra parte esta frase, muy frecuente por cierto, sin una palabra que determine su sentido. Así encontramos esta expresión un poco más lejos, en el mismo Daniel (1) completada por la palabra עזר *y no para él* (tuvo auxilio para socorrerle. La Vulgata ha sobreentendido aquí la palabra *pueblo* parafraseándole. Esta interpretación está conforme con el contexto. Y si no quiere suplirse nada, entonces la interpretación de San Efrén es la mejor. La traducción de los revisores ingleses y americanos en la *Versión revisada* no se compagina con el contexto que dice que el Cristo entregado á muerte *confirmará la alianza con muchos* en la última semana. No puede, pues, decirse que no tendrá nada ó que nadie le pertenecerá.

Otra dificultad proviene de la palabra פני *su fin* que gramaticalmente puede referirse á *pueblo*, á *príncipe* ó á *santuario*. El contexto exige que se refiera el pronombre á la ciudad y al santuario, pues se trata de la destrucción del templo y de la ciudad, no de la destrucción del príncipe, según explicó hace ya tiempo San Efrén, quien por

(1) XI, 45.

su lengua comprendía fácilmente el genio de la lengua hebrea: el fin de la ciudad y del santuario coincidirá con la inundación de guerreros que todo lo destruirán y que llevarán en cautiverio á aquellos á quienes el hombre hubiere perdonado. Ha errado, pues, M. Kuenen al traducir: *el príncipe que volverá encontrará su fin en la inundación*; no es el príncipe, es la ciudad, es el templo los que perecerán en la inundación de los ejércitos, que se precipitarán como olas devastadoras.

Las últimas palabras de la profecía difieren, como hemos visto ya en el texto masorético y en la edición Vulgata latina pero vienen á expresar la misma idea de un modo diferente.

La palabra hebrea *אָבִיָּדָה* que hemos traducido por *abominación* significa cosa abominable, despreciable y, se dice particular, sino exclusivamente de los ídolos. Así al ídolo Kelcam se le llama la abominación de los Ammonitas; el ídolo Chamos es llamado la abominación de los moabistas, Astaroth es la abominación de los sidonios. Los ídolos son llamados en plural *abominaciones* en muchos pasages (1). Yo no he hallado ningún texto en que la palabra hebrea signifique otra cosa que ídolo. La palabra griega *βδέλυγμα* tiene con frecuencia el mismo significado, así como la palabra latina *abominatio*. No es fácil decir qué significa aquí la palabra *אֵלָה* que hemos traducido por *ala*. Se emplea también para significar la extremidad de una cosa, el borde de un vestido; pero estas diferentes acepciones de la palabra citada no la esclarecen cuando, como aquí, se junta á la palabra abominación ó ídolo. La versión siríaca transcribe *allan* en plural y San Efrén la explica así: *Y sobre las alas de la abominación la reina*. Y se dice ésto por el águila que los romanos, al llegar á Judea, colocaron en el templo con la estatua del emperador. El sentido, pues, sería éste: el devastador vendrá con sus ídolos alados, es decir, vendrán los romanos con sus estan-

(1) III Reg. XI, 5, 7; IV Reg. XXIII, 13 24; II Paralip. XV, 8; Jer. XIII, 27; Ezech. VII, 20; XX, 7 y 8; XXXVII, 23.

dartes adornados de águilas y se precipitarán sobre la ciudad y el templo.

Tal es la profecía de las setenta semanas. Era necesario presentarla entera á la vista del lector sin ocultar ninguna de sus oscuridades. De paso hemos resuelto las dificultades de detalle que hubieran entorpecido la marcha de la discusión en que vamos á entrar ahora. Libre ya de maleza el terreno y llano el camino que hemos de recorrer, trátase ahora de saber si esta profecía es verdaderamente una como afirman los supernaturalistas ó no es más que una ficción práctica compuesta después de los acontecimientos como pretende el racionalismo contemporáneo; trátase de saber si el Ungido, el Cristo ó el Mesías de que habla el profeta es Ciro el sumo sacerdote Josedec, Onias ó tal cual otro que se ha imaginado; si el pueblo-jefe ó el pueblo con su jefe que ha de venir es el pueblo sirio con Antioco Epifanes ó el pueblo romano con Tito, trátase también de aclarar la cuestión de las semanas que sirven de punto de partida y de término á los cálculos del profeta, y como ésto forma el principio de la profecía, también nosotros empezamos por ello.

¿Qué significan las semanas de que se habla en la profecía? ¿Desde qué época hay que empezar á contarlas? ¿Cuál es el punto de partida, cuál el de llegada ó término del cumplimiento de las mismas?

La palabra hebrea שָׁבִיעָה que aquí emplea el profeta significa propiamente *septena* ó *septenario*. Se halla usada en dos sentidos solamente; para indicar una *septena de días* es decir una semana, ó *una septena de años*. Nunca se emplea para designar siete semanas ó siete meses. Y es que los judíos observaban el séptimo día ó sábado y el séptimo año ó sábatin, de aquí el doble uso de la palabra *shabua* ó septenario. Es verdad que en otros libros de la Sagrada Escritura no se encuentra empleada sino para designar la semana de días (1). Pero Daniel la emplea evidentemente en el sentido de «*semanas de años*»; porque

(1) Lev. XXV, 8 y 9, la Vulgata dice: *hebdomades annorum*; pero el hebreo trae: *sabatta annorum*.

más adelante, cuando habla de semanas ordinarias, añade la palabra *día*. *Yo Daniel he llorado durante tres SEMANAS DE DÍAS... No he comido pan agradable al gusto; no he probado carne ni vino; no he usado perfume alguno hasta tanto que se han cumplido estas tres SEMANAS DE DÍAS* (1). Si en el capítulo IX, ó sea, en la profecía se hubiese tratado de semanas ordinarias, hubiese añadido la palabra *día* como aquí lo hace. Por lo demás los sucesos que han de ocurrir, según el profeta, durante estas setenta semanas y especialmente en la última, indican bien á las claras que no se trata de semanas ordinarias. Ezequiel, contemporáneo de Daniel, añade también la palabra *día* cuando quiere hablar de la semana propiamente dicha.

No son sólo los profetas Daniel y Ezequiel los que hablan de *semanas de años*; también los autores profanos han hecho uso de esta expresión (2). Así, pues, las semanas de que se habla en la profecía son semanas de años. Las setenta semanas dan un total de cuatrocientos noventa años; forman una serie no interrumpida, pues corresponden á los setenta años de cautiverio, profetizados por Jeremías y de los cuales trataba el profeta. Sin embargo, aunque estas setenta semanas han de sucederse sin interrupción, el profeta distingue las siete semanas ó cuarenta y nueve años que han de venir desde luego y setenta y dos semanas ó cuatrocientos treinta y cuatro años que seguirán inmediatamente; y, en fin, una última semana cuya parte media se señala con particular cuidado.

Estos cuatrocientos cuarenta y nueve años empezaron á contarse desde el decreto dado para reedificar á Jerusalén. El profeta lo dice claramente: *Desde la orden dada para reedificar a Jerusalén...* No pueden, por consiguiente, contarse los años, como quiere M. Kuenenr desde el momento en que Jeremías había predicho el fin del desierto hasta la subida de Ciro al trono. Ciro, según el sabio profesor de Leyden, sería el *ungido, el príncipe*. La profe-

(1) Dan. X, 3.

(2) Varron ha dicho: *Se quoque jam duodeciman annorum hebdomadem ingressum esse*. Apud. A. Gelium.

cía de Jeremías no es un decreto, y no anuncia la reconstrucción de Jerusalén; se limita á anunciar la duración del cautiverio y el regreso á Palestina.

Cuatro decretos se encuentran concernientes al regreso de los judíos. El primero es de Ciro el primer año de su reinado, en 536 antes de Jesucristo; por este decreto se permite á los judíos volver á Jerusalén y reedificar el templo. No se hace mención de reedificar la ciudad (1).

El segundo es de Darío, hijo de Histaspes, en el año 520, manda se proporcionen los fondos necesarios para la reconstrucción del templo. No se habla tampoco de la ciudad (2).

El tercer decreto es de Artajerjes Longimano, el séptimo año de su reinado; es decir, el año 467 antes de Jesucristo. En este decreto Artajerjes permite á todos los judíos el que puedan volver libremente con Esdras. Ofrece dinero, rentas y víctimas para el templo de Jerusalén; concede á Esdras autorización para nombrar magistrados y autoridades que gobiernen el país según la ley judáica. Permite á Esdras y á su pueblo se invierta en el templo la mayor suma posible, según el gusto de ellos y la voluntad de Dios (3).

No se trata tampoco en este decreto de la reconstrucción de Jerusalén, sino que, como en los decretos precedentes, se habla sólo del templo, que había empezado á reconstruirse en el segundo año después de la cautividad.

El cuarto decreto es también de Artajerjes Longimano y está fechado en el vigésimo año de su reinado, 454 antes de Jesucristo. En este decreto consigue Nehemías la autorización para reconstruir á Jerusalén con sus puertas y sus muros de defensa (4). Y en efecto, una vez que han llegado á Jerusalén, Nehemías con los judíos empiezan á reconstruir las puertas y las murallas de la ciudad santa.

(1) II. Par. XXVI, 22, 23; II. Esdr. 1, 3.

(2) I. Esdr. VI, 1-13.

(3) I. Esdr. VII, 12-28.

(4) II Esdr. II, 3-9.

Sanaballat con los samaritanos hostigaron á los judíos, de modo que estos construyeron, en efecto, la ciudad rodeados de angustias (1). Este cuarto decreto es el único que se aviene bien con la profecía, hallándose todos los detalles en perfecta consonancia con ella. Resta sólo una dificultad de escasa importancia, pero que nuestros adversarios pretenden convertir en poderoso ariete con que demoler el oráculo del profeta.

¿Por qué Daniel distingue primero siete semanas y luego sesenta y dos semanas; después de las cuales Cristo será entregado á muerte? M. Kuenen, seguido por M. Reuss, quiere que las siete semanas se refieran al Cristo-caudillo, que, según él, es Ciro; de suerte que éste Cristo-caudillo había de venir después de cuarenta y nueve años y sería distinto del Cristo que había de ser entregado á muerte transcurridas las otras sesenta y dos semanas. Este segundo Cristo sería Onías III, muerto en 170 antes de Jesucristo. Pero esta hipótesis es contraria á la profecía y á la historia, por cuanto antes de Ciro, ni aun en su tiempo, no se dió á conocer decreto alguno para la reconstrucción de Jerusalén. Además, según hemos visto ya, la hipótesis de M. Kuenen separa arbitrariamente, y contra el sentido del texto, las siete semanas de las sesenta y dos semanas; concede para la reconstrucción de Jerusalén sesenta y dos semanas, ó cuatrocientas treinta y cuatro años, lo cual es tan inverosímil en sí como contrario á la historia; y, finalmente, distingue entre el Cristo del versículo 25 y el del versículo 27 y admite dos Cristos donde no hay más que uno, como nosotros demostraremos.

Puede explicarse la distinción de las siete y sesenta y dos semanas en el sentido de que la reedificación de Jerusalén hubiera de durar siete semanas ó cuarenta y nueve años, lo cual nada tiene de inverosímil, si se consideran las dificultades que los samaritanos, los árabes y los ammonitas suscitaron á los judíos para impedirlos que continuaran.

(1) II. Esdr. III, 4.

Así, pues, según la interpretación tradicional, la única admisible, las sesenta y nueve semanas empiezan á correr desde que se dió el decreto de Artajerjes Longimano, el año vigésimo de su reinado, y llegan hasta el Cristo jefe ó caudillo, es decir, hasta el momento en que Jesucristo, de treinta años de edad próximamente, comienza su vida pública. Y en efecto: desde el año 454 en que se dió el decreto de Artajerjes, según la cronología más comunmente admitida, hasta el año 29 de la era vulgar, tenemos la suma exacta de cuatrocientos ochenta y tres años, ó sesenta y nueve semanas de años. Es verdad que se conviene generalmente en que la era vulgar es defectuosa. Nuestro Señor se cree que nació cuatro ó cinco años antes. En este supuesto, hay una diferencia de algunos años; pero esta diferencia no es bastante para constituir una dificultad, toda vez que procede de la imperfección de nuestros conocimientos cronológicos.

Bastaría para obtener una concordancia perfecta referir, como algunos lo hacen, el edicto de Artajerjes al año 458 antes de Jesucristo. Pero no es necesario ésto como observó hace ya tiempo Bossuet, el cual cuenta como nosotros. «Estas semanas, dice, nos llevan exactamente desde el año vigésimo de Artajerjes hasta la última semana, semana llena de misterios, en la cual al ser inmolado Jesucristo, pone término con su muerte á los sacrificios de la Ley y realiza sus figuras. Los doctos hacen cálculos para determinar con rigurosa exactitud este tiempo de modo que se conforme en un todo con el texto bíblico. El cálculo que yo os propongo no tiene inconveniente alguno. Lejos de oscurecer la marcha de los Reyes de Persia, la esclarece: aunque nada tiene de particular que, habiendo alguna incertidumbre en cuanto á las fechas de estos príncipes, hubiere algunos años de diferencia; pero siendo estos tan pocos en una cuenta de cuatrocientos noventa años, no pueden nunca contribuir una grave dificultad. ¿Pero á qué discurrir más todavía? El mismo Dios ha cortado la dificultad, si existía, por medio de una decisión que no admite réplica. Un acontecimiento claro, manifiesto, nos coloca por encima de todas las cavilaciones de las



cronologistas, y la reunión total de los judíos, que siguió tan de cerca á la muerte de Nuestro Señor, hace entender aún á los menos perspicaces el cumplimiento de la profecía» (1).

Por lo demás, las dificultades cronológicas son de más entidad para nuestros adversarios que para nosotros por cuanto ellos ni saben donde comienzan ni donde acaban las setenta semanas. M. Zoeckler cuenta nada menos que doce sistemas diferentes para fijar el punto de partida, aumentando el número á medida que se avanza en el camino y llegando á más del doble en el punto de llegada. Así M. Kuenen, por no citar más que á éste, coloca el punto de partida de la profecía de Jeremías para la vuelta de la cautividad. Como hay muchas profecías no sabe por cuál decidirse. El punto de llegada de las siete primeras semanas ó cuarenta y nueve años, es, según él, *Ciro*.

Pero no se preocupa en ver si está conforme la cronología. En efecto, la primera profecía de Jeremías se verificó el año 606, el cuarto año de Joaquín y *Ciro* dió su decreto el año 536 lo cual da setenta años en vez de cuarenta y nueve. Posteriormente M. Kuenen, como también M. Reuss, aplican el término de las sesenta y dos semanas á *Onias III* en el año 170, lo cual da 366 años siendo necesarios 434. No sin razón, pues, escribe M. Coquerel: «En medio de este dédalo, la opinión más fácil, más atractiva y más verosímil es que todas las cifras de las profecías son indeterminadas, indefinidas, que no se las debe tomar aritméticamente». Véase, pues, á que se ha visto reducido el racionalismo, á tomar las setenta semanas por un número vago indeterminado y á decir que, aunque el profeta distingue en este número primeramente siete, luego sesenta y dos, y después una, aunque esto aparece en el texto profético, para el racionalismo no hay distinción de ningún género. He aquí el error combatiéndose y destruyéndose á sí mismo. Es difícil decir qué es lo que el ra-

---

(1) Disc. sur l' hist. univ. 2.<sup>a</sup> part. cap. IX. Ouvres compl. t. XXXV, pág. 239.

cionalismo conserva y qué lo que rechaza de la profecía que vamos examinando.

La crítica se esfuerza sobre todo en acumular espesas sombras sobre el sujeto principal de la profecía. No quiere en manera alguna que se trate aquí del Mesías prometido. Según ella, el Santo de los Santos, que recibe la unción es el altar de los holocaustos; el Cristo es Ciro, ó Josedec ú Onias, de ningún modo Jesucristo. Según las exigencias del sistema que se adopta, unas veces habla de un ungido indefinido, otras distingue dos Cristos; uno que viene al final de los cuarenta y nueve años y otro que viene hacia el tiempo de los Macabeos. Por infundado que sea todo ésto, el racionalismo no tiene más remedio que admitirlo, pues de lo contrario debería admitir una profecía, y ésto sería la muerte, dado que no vive sino de la negación de lo sobrenatural.

¿De quién se trata en la profecía de las setenta semanas?

A esta pregunta contestamos diciendo: se trata del Mesías esperado por los judíos; se trata de Jesucristo Nuestro Señor, de su advenimiento, de su muerte y de la ruina de los judíos como consecuencia de ella.

Que se trata aquí del Mesías, bastaría para demostrarlo el principio de la visión. Después de «setenta semanas de años será destruída la prevaricación, extinguido el pecado, borrada la iniquidad; vendrá la justicia eterna; se cumplirán las visiones y profecías y el Santo de los Santos ó el Santísimo recibirá la unción». He aquí perfectamente delineados los tiempos del Mesías y el Mesías mismo. Él sólo es, en efecto, y nadie sino sólo Él, según hemos demostrado, el Santo de los Santos ó el Santísimo; Él es la eterna justicia ó el eterno Justo, pues en el lenguaje profético se usan muchas veces los nombres abstractos por los concretos. Constituye ésto una elegancia de dicción no desconocida por nuestros oradores y que se encuentra muchas veces en las poesías siríacas de San Efrén, cuyo lenguaje tanta afinidad presenta con el de la poesía hebraica. La eterna Justicia que borra la iniquidad es ciertamente la que Isafas atribuye al Mesías: «Mi Justo está próximo,

»ha aparecido mi Salvador, mi salvación será eterna y mi  
 »justicia no decaerá nunca. Él ha sido herido á causa de  
 »nuestras iniquidades. El Señor ha cargado sobre Él la  
 »iniquidad de todos nosotros. Él ha soportado las iniquida-  
 »des de un gran número, ha rogado por los pecadores.  
 »Nosotros hemos sido curados por sus heridas» (1). ¿No es  
 verdad que parece estamos oyendo á San Juan Bautista  
 cuando decía: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que  
 quita los pecados del mundo?* (2) Ciertamente, pues en las  
 palabras de Daniel se trata del Mesías, y no de otro algu-  
 no. Sólo el Mesías es el término, el cumplimiento de las  
 profecías y de las visiones, Ciro y Antioco Epifanes son  
 el término de profecías particulares, no de profecías gene-  
 rales. Daniel anuncia que trascurrirán siete y sesenta y  
 dos semanas hasta el Cristo-Jefe. Se pretende que aquí se  
 trata no del Mesías esperado por Israel, sino de un ungido  
 ignorado, de un príncipe no designado. Se traducen, pues,  
 las dos palabras hebreas *Mashiah magid* por un *ungido  
 príncipe* y se hace observar que la palabra hebrea *Mashiah*  
 no está precedida del artículo, como debiera estarlo si  
 designara al Mesías prometido, y no á un Mesías cual-  
 quiera.

Pero estas afirmaciones pueden calificarse de sofismas  
 filológicos. La palabra *Mashiah* no tiene, efectivamente,  
 artículo ni aquí ni más adelante. Pero en hebreo y en grie-  
 go se omite alguna vez, y aún con bastante frecuencia, el  
 artículo delante de los nombres apelativos, cuando en una  
 clase de personas ó de cosas indican una de ellas particu-  
 larmente conocida ó más excelente que las demás (3). El  
 nombre de Mesías ó ungido era conocido por los judíos.  
 Isaías había dicho de él: *El espíritu del Señor está sobre  
 mí, porque el Señor me ha ungido.* Así encontramos tam-  
 bién en griego la palabra Mesías sin artículo en el Evan-  
 gelio de San Juan. *Οἶδα ὅτι Μεσσίας ἐρχέται.* Sé, dice la Sa-

(1) Isai. LI y LIII.

(2) Joann. I, 29.

(3) Sal. CIII, 19. Jerem. XXXI, 35. Sal. VIII, 4. Jos. X, 13.  
 Joel II, 10, etc.

maritana, que el Mesías viene (1). Podía, pues, emplearse la palabra *Mashiah* sin artículo. Por otra parte, estaba suficientemente determinado por el contexto, toda vez que el profeta acababa de hablar de la unción del Santísimo. Además la palabra *Mashiah* está aquí unida á la palabra *nagid* príncipe, caudillo, jefe y parece haber sido considerado no solamente como el que indicaba el Mesías mejor que cualquier otro sino como su nombre propio y éste es el que le dan los judíos constantemente en tiempo del Salvador (2).

Se pretende que Daniel habla de dos Mesías diferentes, que hay que distinguir entre el *Mashiah nagid* del versículo 25 y el *Mashiah* á secas del versículo siguiente. El primero sería Ciro, el segundo Onías III. Esto es un error, pues hemos visto ya que la cronología se opone á ello y el texto lo excluye también porque el *Mashiah nagid* viene después de las sesenta y nueve semanas y lo mismo el *Mashiah* del versículo 26.

Acabamos de demostrar que el *Mashiah nagid* es la eterna Justicia y el Santísimo. Ahora bien: la eterna Justicia y el Santísimo debe venir al fin de las setenta semanas y no antes, no es posible por tanto dos Mesías en el oráculo de Daniel. El mismo *Ungido*, el mismo Cristo ó Mesías es el Justo eterno, el Santísimo; el que borra los pecados, acaba con la iniquidad y será entregado á la muerte. Esto es, además, lo que habían predicho ya los otros profetas. Aquel á quien Isaías había llamado el *Enmanuel* (Dios con nosotros), «el Admirable, el Consejero» Dios el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz (3), el mismo profeta le había visto atormentado por Dios, herido por causa de nuestras iniquidades, torturado á consecuencia de nuestros crímenes, conducido á la muerte como una oveja al matadero y arrebatado de la

(1) Joan. IV, 25.

(2) Math. II, 4; XI, 42; XXIV, 5, 25. Marc. VIII, 9, XII, 35, XV, 32. Luc. II, 11, 26, III, 15, IV, 41, XXIII, 35; XXIV, 26. Joan. I, 20, 25. III, 28. IV, 25, 29, VII, 26. IX, 22, X, 24; XII, 34.

(3) Isai. VII, 14.

»tierra de los vivos» (1). El resto de la profecía lo mismo conviene al Mesías del versículo 25 que al del versículo 26. ó, mejor dicho, demuestra que el profeta no vió sino un solo Mesías. En efecto, con su muerte selló la alianza de Dios con los hombres, viniendo á ser por la abolición de la antigua alianza el pontífice de la Ley nueva, ó de la alianza nueva de Dios con los hombres. Malaquías había llamado al Mesías el *ángel de la alianza* (2) é Isaías había dicho de él que sería la *alianza del pueblo*.

Los acontecimientos anunciados se realizaron como Daniel lo había predicho. Jesucristo empezó su vida pública al fin de la semana sexagesimanona. Después de haber predicado y manifestado al mundo el objeto de su venida durante tres años y medio, fué clavado en una cruz. En virtud de esta muerte cruel se cumplieron las profecías, se realizaron las figuras de la antigua Ley, quedó abolido el culto levítico, rota la alianza pactada con el pueblo de Israel, también estableció Jesucristo la nueva alianza sellada con su sangre y reemplazó los sacrificios antiguos. Daniel vió que el Mesías *haría cesar los sacrificios á mitad de la última semana*. Y en efecto, los sacrificios quedaron abolidos con su muerte. El sacrificio de nuestros altares, predicho por Malaquías é instituído por el Salvador la víspera de su muerte, no es otra cosa que la continuación del sacrificio de la Cruz, que se perpetúa de una manera incruenta y altamente maravillosa.

Al mismo tiempo que *el Mesías herido de muerte* el profeta ve también al *pueblo de un jefe* ó al *pueblo jefe*, como traduce la vulgata, al pueblo con un jefe que viene á destruir la ciudad y el templo; ve el *fin de la ciudad*, que acontece por una *inundación* de armas y de guerres, y ve, finalmente, que la *guerra* persiste hasta el exterminio. Pues bien, todo ésto se ha verificado. Poco tiempo después de la muerte de Cristo y á causa de ella, llegaron los romanos á la Judea, con Tito al frente de ellos, destruyeron hasta sus cimientos la ciudad y el templo y

(1) Isai. LIII, 2-7.

(2) Malaq. III, 1.

dispersaron al pueblo para siempre. Es cierto (y este hecho se perpetúa desde hace diecinueve siglos y está á nuestra vista) que los judíos no experimentaron nunca ruina comparable á la que les causó Tito. Ni en tiempo de Antioco Epifanes, ni aun en el de Nabucodonosor, no se vió cosa parecida. Así que algunos rabinos, tales como Salomón, Jarchi y Aben-Ezra, aunque se esfuerzan en excluir al Mesías del oráculo de Daniel, admiten que se trata en él de la última ruina causada á los judíos por los romanos. Ninguno de los antiguos rabinos pensó nunca en Antioco Epifanes, malamente, pues, Wiseler y otros nos presentan á este príncipe como el נָגִיד הַבָּיָהוּב *nagid haba el dux venturus* de la profecía. Antioco tomó á Jerusalén, saqueó la ciudad, derribó sus murallas, profanó el templo é hizo perecer á setenta mil judíos. Pero ni destruyó la ciudad ni el templo; interrumpió el culto durante tres años, mas no acabó con él; los sacrificios no cesaron, sino momentáneamente, fué una interrupción no una abolición. Hizo perecer á setenta mil judíos; pero no destruyó la nación; no la dispersó, como Tito, á los cuatro vientos. La persecución de Antioco no duró más que tres años; el profeta habla de una desolación que no tendrá fin.

## CAPÍTULO XV

## IX Y X DE LA VULGATA

Versículo 1 y 2. «En el año primero de Darío, hijo de Asuero, de la stirpe de los Medos, que tuvo el mando en el reino de los Caldeos; en el primer año de su reino, yo, Daniel, entendí en los libros la cuenta de los años de que el Señor habló al profeta Jeremías, en los que se debían cumplir los setenta años de la desolación de Jerusalén», lo cual demuestra el cuidado y diligencia que ponía el profeta en la lectura de los Libros Sagrados y el interés que tenía por la liberación del pueblo cautivo á causa de sus iniquidades.

Sabía el profeta que Dios había prometido la libertad del pueblo y su vuelta al país de sus mayores y al templo que guardaba el eco de la voz de sus antepasados y donde ofrecían aquellos sacrificios simbólicos del único verdadero sacrificio, á la patria, en fin, palabra mágica, idea levantada que tiene poder para tocar las fibras más delicadas de todo corazón bien nacido, mas pudiera suceder que no fuese una promesa absoluta sino condicional, dependiente de la cooperación de los hombres, de su piedad de sus plegarias, de su penitencia, por lo cual el profeta dice: Ver. 3. «Y volví mi rostro al Señor mi Dios para rogarle y suplicarle con ayunos, con saco y con ceniza». Y aunque no fuese condicional sino absoluta la promesa, Daniel pide á Dios el cumplimiento de su palabra, no porque creyese que no la iba á cumplir si no se la pedía, sino para que la seguridad

no diese lugar á la negligencia y ésta fuese á su vez causa de la culpa, como dice S. Jerónimo.

La oración del profeta, calcada en el Pentateuco, en los Salmos y en Jeremías, reúne las condiciones que ha de tener toda plegaria para que sea despachada favorablemente, es á saber: la atención significada en estas palabras del vers. 3. «Y volví mi rostro al Señor mi Dios», la perseverancia, de que da repetidas muestras el profeta de la cautividad, y la confianza y humildad, juntamente con la confesión de los pecados, según se nota en los versículos 5-20: «Y rogué al Señor mi Dios, y confesé y dije: Te ruego, Señor Dios, el grande y terrible, que mantienes tu alianza y misericordia á los que te aman y que observan tus mandamientos. Hemos pecado, cometido iniquidad, vivido impiamente, y hemos apóstatado, y nos hemos desviado de tus mandatos y juicios. No hemos obedecido á tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre á nuestros reyes, á nuestros príncipes, á nuestros padres y á todo el pueblo de la tierra. A tí, señor, la justicia: mas á nosotros la confusión de rostro, como sucede hoy á todo hombre de Judá, y á los moradores de Jerusalén, y á todo Israel, á los que están cerca y á los que están lejos, en todas las tierras á donde los echastes por sus maldades, con que pecaron contra tí.

«Señor, á nosotros la confusión del rostro, á nuestros reyes, á nuestros príncipes y á nuestros padres que pecaron. Mas á tí, Señor, que eres nuestro Dios, la misericordia y la clemencia, porque nos apartamos de tí y no oímos la voz del Señor Dios nuestro, para caminar en su ley, que él nos ha prescrito por sus siervos los profetas. Y todo Israel traspasó tu ley y se desvió para no oír tu voz, y llovió sobre nosotros la maldición y la execración que está escrita en el libro de Moisés, siervo de Dios, porque pecaron contra él. Y cumplió sus palabras que pronunció sobre nosotros y sobre nuestros príncipes que nos juzgaron, para hacer venir sobre nosotros un grande mal, cual nunca fué debajo de todó el cielo, como el que aconteció en Jerusalén. Así como está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros, y no oramos en tu



presencia, Señor Dios nuestro, para convertirnos de nuestras maldades y para meditar tu verdad. Y veló el Señor sobre el mal y lo hizo venir sobre nosotros: justo es el Señor Dios nuestro en todas sus obras que hizo, porque no oímos su voz.

«Y ahora, Señor Dios nuestro, que sacaste á tu pueblo de tierra de Egipto con mano fuerte y te hiciste un nombre así como es en este día; hemos pecado, hemos cometido iniquidad contra toda tu justicia; apláquese, te ruego, tu ira, y tu furor con tu ciudad de Jerusalén y con tu santo monte, porque por nuestros pecados y por las maldades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos los que están alrededor de nosotros. Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo y sus ruegos, y por amor de tí mismo muestra tu rostro sobre tu santuario que está desierto. Inclina, Dios mío tu oreja y escucha; abre tus ojos, y mira nuestra desolación y la ciudad sobre la cual ha sido invocado tu nombre; pues postrados presentamos nuestros ruegos delante de tí, no por justificaciones que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias. Escucha, Señor, aplácate, Señor: atiende y haz: no lo dilates por amor de tí mismo, Dios mío, porque tu nombre ha sido invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo».

No se hizo esperar mucho la respuesta del cielo á las fervorosas súplicas de Daniel en favor de su pueblo que gemía en la cautividad cumpliéndose aquellas palabras de Isaías: «Y acacerá que antes que clamen, yo los escucharé, cuando aún estén hablando, yo los oiré» (1). Así el profeta dice: Versículos 20 y 24. «Y cuando aún estaba yo hablando, y orando, y confesando mis pecados, y los pecados de mi pueblo de Israel y ofrecía postrado mis ruegos delante de mi Dios, por el santo monte de mi Dios; estando aún hablando en mi oración, he aquí Gabriel, el varón á quien al principio había visto en la visión, volando arrebatadamente me tocó en la hora del sacrificio de la tarde, y me instruyó, y me habló y dijo: Daniel, ahora he

(1) Isai. LXV, 24.

salido para instruirte y para que tu entendieses. Desde el principio de tus ruegos salió la palabra y yo he venido para mostrártela porque eres varón de deseos: tú, pues, está atento á la palabra, y entiende la visión».

Versículo 24. «Se han abreviado setenta semanas». La Vulgata: «Septuaginta hebdomades abbreviatæ sunt». El hebreo: «שבעים שבועים נחתך». «Se ha cortado setenta semanas». En el estilo bíblico un acontecimiento histórico es muchas veces preludeo y aún predicción típica de otro acontecimiento y como una prueba anticipada y una garantía de la realización del mismo. De ella tenemos una demostración palmaria en el Nuevo Testamento. Los Apóstoles, después, de haber escuchado las suavísimas pláticas, que salían de los divinos labios de Jesús, pláticas en que había recomendado la fe, la piedad y devoción de una pobre viuda, que había echado en el cepillo del templo la única moneda que constituía toda su fortuna, llamaron la atención del Salvador sobre la estructura del templo, lo atrevido de su fábrica y la riqueza de los materiales. Jesús les dice: Veis todo eso? pues no quedará piedra sobre piedra, y pintó con inimitables colores la destrucción de aquella ciudad deicida y de aquel templo donde se ofrecían sacrificios que á Dios le eran desagradables (1). Y por una transición muy natural en aquellos á quienes se dirigía, según los cuales el pueblo judío simbolizaba toda la tierra, Jerusalén simbolizaba al pueblo, y el templo era símbolo de la ciudad, del pueblo judío y de la tierra, comenzó á hablar de la destrucción del universo diciendo: «Cuando se cumplan los tiempos de las naciones, habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra gran consternación de gentes, por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas, quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á todo el universo, porque las virtudes del cielo se han de conmover, y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad» (2). Así el

(1) Malachia I, 10.

(2) Luc. XXI, 25 y siguientes.

Espíritu Santo, principal autor del libro de Daniel, toma ocasión del cumplimiento de los setenta años, que había vaticinado Jeremías para la liberación del pueblo, construcción de la ciudad, reedificación del templo y continuación de los sacrificios simbólicos, para anunciar la libertad del pueblo en un sentido más amplio, más universal, más espiritual, que es la libertad del pecado y de la iniquidad, y de la fundación de una ciudad que ha de tener por fundamento la justicia y en la cual han de tener derecho de ciudadanía todos los hombres y de la edificación de un templo no fabricado por mano de hombres, y de la unción de un santuario no por ministerio de los sacerdotes sino por los dones del Espíritu Santo y de la oblación de un Sacrificio que ha de tener virtud propia y en atención al cual tuvieran virtualidad los otros sacrificios. Como si dijera: Han comenzado á contarse ya los setenta años sobre tu pueblo y sobre tu ciudad para que vuelvan al esplendor y grandeza que antes tuvieron y también han comenzado á contarse ya setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad en el sentido universal de ser el símbolo del mundo, «para que fenezca la prevaricación y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída la justicia sempiterna, y tenga cumplimiento la visión y la profecía, y sea ungido el Santo de los santos».

Desde luego las semanas de que aquí se trata son semanas de años como lo exige el nexo interno el contexto interior puesto que el profeta pide á Dios la terminación de las tribulaciones de su pueblo basándose en los setenta años de Jeremías. «Para que fenezca la prevaricación: La Vulgata: *Ut consummetur praevaricatio*. La Itala: *Ut consummaretur praevaricatio*. El hebreo: לְבִלְאֵי הַפְּשָׁעַיִם. Algunos, principalmente los judíos lo traducen como sinónimo de «llevar al colmo» el pecado, pero esta interpretación se opone al contexto según el cual reinará la justicia sempiterna incompatible de todo en todo con el pecado en su más alto grado de exageración. La significación es obvia y es: «concluir con la prevaricación».

«Y tenga fin el pecado»: La Vulgata: «*Et finem accipiat peccatum*». El Hebreo: וְלִקְהָתָם הַפְּשָׁאוֹת. En la primera

palabra las mociones corresponden á una lectura y las consonantes á otra. Teodoción y el Ketib masorético la toman en el sentido de *sellar*. La Complutense con más de cuarenta códices hebreos, Aquila, Símmaco, la Itala, la Vulgata y el Keri masorético la dan la significación de *terminar*, *poner fin*, y esta es la lectura que debe retenerse porque así lo exige el contexto, pues esta frase es sinónima de la anterior «para que fenezca la prevaricación» y de los que siguen: «y sea borrada la iniquidad y sea traída justicia perdurable».

«Y tenga cumplimiento la visión y la profecía», Vulgata: «et impleatur visio et prophetia». El texto Hebreo: וְלִמְשָׁחַ קִדְשׁ וְלִמְשָׁחַ חִזְיוֹן וְנִבְיָא; para sellar la visión y el profeta. Pero según el contexto es para cumplir, para terminar, para dar cumplimiento, como traduce la Vulgata. En lo que se refiere al segundo complemento del verbo, el hebreo y Teodoción leen profeta y la Vulgata profecía. Nos parece mejor la lección de la Vulgata en primer lugar por su analogía con el anterior complemento del verbo que significa visión no vidente, así aquí debe significar profecía, no profeta, y en segundo lugar porque no acertamos á comprender qué significa eso de sellar ó de cumplir (según se traduzca) al profeta, mientras que es muy óbvio, muy natural el de dar cumplimiento á la profecía, pues si bien son varias que en detalle se refieren al Mesías, en el conjunto pueden considerárselas como una sola, pues la divina sabiduría dispuso las cosas de tal manera que cada profeta vió algunos rasgos particulares del Mesías, alguna circunstancia de su venida, alguna acción de su vida, resultando así que cada uno ha llevado su piedra para la construcción del edificio, sin que ninguno haya construído el monumento en su totalidad (1).

«Y sea ungido el Santo de los Santos». La Vulgata: «Et ungetur Sanctus sanctorum. El Hebreo: וְלִמְשָׁחַ קִדְשׁ קְדוֹשִׁים; y para que sea ungida santidad de santidades». Esto es lo

(1) «Finis legis Christus ad justitiam omni credenti» Rom. X, 4. Y Tertuliano dice: «Christus est signaculum omnium prophetarum, adimplens omnia, quae retro erant de eo nuntiata».

más importante de todo el versículo y así también lo más controvertido. La palabra *qodesch* significa santidad, pero se toma también como predicado de un sustantivo significando entonces lo mismo que *santo*, y algunas veces como sustantivo concreto en la significación de «Sancta sanctorum». Santísimo, ésto es, lo más interior del Santuario, donde estaba colocada el Arca de la Alianza y adonde no podía penetrar más que el Sumo Sacerdote.

¿En cuál de las significaciones se debe tomar aquí? Los LXX, Aquila, Teodoción, el Siro, la Itala y la Vulgata aplican la expresión *qodesch qodasim* á una persona, de tal suerte que significan el *Santo de los Santos*. Muchos intérpretes modernos retienen la lectura de la masora y aplican la expresión *qodesch qodasim* al Santuario, ésto es, á la Iglesia, templo de la nueva alianza según estas palabras de Jesucristo á la Samaritana: «Mujer, créeme á mí, ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre... Pues llega el tiempo ya, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (1). Desde luego no hay para qué desechar la lectura masorética que es exigida por el contexto y por el paralelismo. Así Daniel había pedido á Dios que no retardase la liberación del pueblo y al instante es enviado un ángel que le instruya acerca de este acontecimiento; pide el perdón de los pecados y se le promete la expiación de los mismos y el reinado de la sempiterna justicia; pide que se termine ya el oráculo de Jeremías y se le promete que tendrán debido cumplimiento las visiones y las profecías; pide en los versículos 16, 17 y 20 que se muestre Dios propicio con el templo de Jerusalén, y es lógico, es natural, le prometiera la fundación y la unción de un templo del cual el de Jerusalén no sería más que una figura. Respecto á los lugares paralelos pueden verse: Isai. IV, 4, 5, 6, confr. cum Math. XXVIII, 20; Jer. III, 17, que dice: «En aquel tiempo llamarán á Jerusalén trono del Señor y serán congregadas á ellos todas las naciones

---

(1) Joan. IV, 21, 32.

en el nombre del Señor en Jerusalén, y no andarán tras la maldad de su corazón pésimo».

«Y haré con ellos alianza de paz, alianza eterna, tendrán ellos y los cimentaré y multiplicaré, y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre, y estará mi tabernáculo entre ellos y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (1). «Todo viene á demostrar que á Daniel se le prometió la existencia de un templo que había de ser unigido, y este templo es la Iglesia de Jesucristo el *coetus fidelium*, con Cristo á la cabeza»; el cual es la principal piedra angular, sobre quien trabado todo el edificio se alza para ser un templo santo del Señor» (2), según estas palabras de San Pablo: «¿O qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo según aquello que dice Dios: «Habitare dentro de ellos y en medio de ellos andaré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (3). Este versículo veinticuatro es la profecía en globo como si dijéramos, los siguientes son detallada explicación de la misma.

Versículo 25. «Sabe, pues, y nota atentamente». La Vulgata: «Scito ergo et animadvertite». El Hebreo: וְיָדַעַ וְחָשְׁבָל. Algunos pretenden que comienza aquí una nueva profecía pero en realidad no es más que la explicación de la anterior y el ángel no hace otra cosa que excitar la atención del profeta sobre la misma. Desde la salida de la palabra para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas, y sesenta y dos semanas. La Vulgata: «Ab exitu sermonis ut iterum aedificetur Jerusalem usque ad Christum ducem, hebdomades septem, et hebdomades sexaginta duae erunt». Hebreo: מִן מֵצֵא דְבַר לְחָשִׁיב וּלְבַנּוֹת יְרוּשָׁלַם עַד מָשִׁיחַ גִּיּוֹר שְׁבַעִים שָׁבָעִים וְשִׁשִּׁים

Desde salida de palabra para que sea reedificada Jerusalén hasta el Mesías caudillo, semanas siete y semanas sesenta y dos. «Es decir, que hasta la reedificación de Je-

(1) Ezeq. XXXVII, 26, 27.

(2) Efes. II, 20 y 21.

(3) II ad Corinth. VI, 16.

rusalén pasarán siete semanas ó sean cuarenta y nueve años, y hasta la aparición del Mesías jefe estas siete semanas, mas sesenta y dos que hacen un total de sesenta y nueve». «Y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia». Vulgata: «Et rursus aedificabitur platea et muri in angustia temporum». En el texto masorético se lee: תָּשׁוּב וּבִנְתָהּ רְחִיב וְחָרוּץ יִבְנֶק הַתְּיָוִם.

«Se volverá y será edificada plaza y muros y en calamitosos tiempos».

Esto se refiere indudablemente á Jerusalén y los siguientes versículos al Mesías; pudiéndose leer así: «Sabe, pues, y nota atentamente desde la salida de la palabra para que Jerusalén sea otra vez edificada, serán siete semanas y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustias. Desde la salida de la palabra (que es el punto de partida, lo mismo para la reedificación de Jerusalén que para la venida del Mesías) para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas (tiempo trascurrido desde la promulgación del edicto hasta la reedificación de la ciudad) mas sesenta y dos semanas.

26 «Y después de sesenta y dos semanas» Vulgata: Et post hebdomadas sexaginta duas.... El texto Hebreo: וְאַחֲרֵי הַשְּׁבַעִים שָׁנָיִם. Aquila y Simaco leen: καὶ μετὰ τὰς ἑπτά εβδομάδας καὶ ἑξήκοντα δύο. «Será muerto el Cristo: La Vulgata: Occidetur Christus: El hebreo: יִכָּרֵת מָשִׁיחַ será cortado el ungido y todos los textos atribuyen al verbo una acción violenta, pero varían en el sujeto de esta acción, que para el texto masorético, el Siro, Simaco, Aquila y la Vulgata es una persona, ó sea el Cristo, mientras para Teodoción y la Itala significa una cosa: la Unción, el Crisma.

«Y no será más suyo el pueblo que le negará». Vulgata. «Et non erit ejus populus qui eum negaturus est». El texto masorético: וְאֵינִי לֵי y no para él. La Itala: «et non erit», atribuyendo el sujeto á la Unción, pero equivocadamente, pues el sujeto de la primera oración, aun suponiendo que sea la Unción, como vierte la primera versión latina, no es el de la segunda.

«Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el Santuario». Vulgata. «Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo». El texto masorético dice: וְהָעִיר וְהַקֹּדֶשׁ יִשְׁחָת עִם נָגִיד הַבָּא y la ciudad y el santuario devastará el pueblo del príncipe que ha de venir: La diferencia como se ve entre el original y la Vulgata es insignificante.

«Y su fin (pues viene hablando de él) estrago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada». Vulgata: «Et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio». El hebreo: וְקִצּוֹ בַשָּׂמַר וְעוֹ קֶץ מִלְחָמָה נְהוּצַת שְׂבוּמוֹת y su fin en inundación y hasta el fin de la guerra lo decretado de devastaciones. La diferencia, pues, entre el texto masorético y la Vulgata es insignificante, pudiendo dar al versículo 26 el siguiente sentido gramatical: «Y después de sesenta y dos semanas, (mas las siete anteriores) será exterminado el Ungido y no para él. (Lo demás que añade la Vulgata es una glosa, quizá debida á San Jerónimo, aunque San Agustín parece indicar que la versión de este Doctor Máximo de la Iglesia carecía de la susodicha adición). Ciudad y santuario serán devastados por un pueblo que ha de venir con su jefe, y el fin del santuario será la devastación, y después del fin de la guerra, desolación decretada».

Versículo 27. «Y afirmará su alianza con muchos en una semana». Vulgata: «Et confirmabit pactum multis hebdomada una». El hebreo: וְהִגְבִּיר בְּרִית לְרַבִּים שָׁרַע אֶחָד «Y hará firme alianza, para muchos semana una». ¿Cuál es el sujeto de la oración?, es *nagid* ó *Mashiah* ó *Sabuah*? *Nagid* no puede ser desde luego, puesto que lo llevará todo á sangre y fuego, mientras el sujeto de esta oración ha de traer la paz, puesto que ha de hacer la alianza ó pacto. Tampoco nos parece que sea *Masheiah*, pues no hay ninguna razón gramatical para ello y sí sólo apologética, ó si se quiere dogmática, que han de estar subordinadas al sentido literal, que es el intentado por el Espíritu Santo. El sujeto es, indudablemente, *Sabuah*, en primer lugar, porque así lo exigen las leyes gramaticales, y en segundo lugar, porque este género de locución es empleado



con frecuencia en todas las lenguas y por toda clase de gentes.

«Y en medio de esa semana cesará la hostia y el sacrificio». Vulgata: «et in dimidio hebdomadis deficiet hostia et sacrificium». Hebreo: וְהָיָה הַשְּׁבַע יְשֻׁבֵית זֶבַח וּמִנְחָה. Y el medio de la semana hará cesar el sacrificio y la oblación. Teodoción dice: και εν τῷ ημισει τες εβδομαχδος αρθισεται θυσια και σπονδη, y en medio de la semana será eliminado el sacrificio y la oblación. También aquí la Vulgata y Teodoción difieren del texto masorético en que éste reconoce como término de la acción lo que aquellas versiones toman como sujeto. Este es indudablemente *Jadsi hassabuah*, como *Sabuah* es el de la oración anterior. De todos modos, ya se acepte la lectura del original, ya la de versiones de tanta autoridad como la de Teodoción y la Vulgata edición latina, el sentido es el mismo.

«Y será en el templo la abominación de la desolación». Vulgata: «Et erit in templo abominatio desolationis». Hebreo: וְעַל כִּנְיָ שְׁקִיזִים מְשֻׁבֵּם. Y sobre ala devastación de abominaciones. Teodoción lee: και επι το ιερον βδελυγμα της ερηωσεως, y sobre el templo abominación de desolación. El texto original parece designar con la palabra *canaf* una parte del templo mientras Teodoción y San Jerónimo se refieren á todo el templo. Por lo demás, aparte de esta pequeña diferencia, los textos dicen lo mismo y su sentido literal es obvio.

«Y durará la desolación hasta la consumación y el fin». Vulgata: «Et usque ad consumationem et finem perseverabit desolatio». Hebreo: וְעַד כִּלְהַ וְהַנְּצִיחַ הַתְּהִיךְ עַל-שׁוּבִים. Y hasta la consumación el decreto será lanzado sobre la desolación. Teodoción: και εως συντελειας καιρου συντεγεια δοθησεται επι την ερημωσιν. Y hasta la consumación del tiempo será puesta consumación sobre desolación». Hoy mismo pesa sobre el Santuario la desolación decretada por Dios contra él. No ha vuelto á levantarse el templo, ni la ciudad es ya la capital del pueblo judío, que desde ese tiempo vaga errante por toda la redondez de la tierra, sin sacrificio, sin sacerdote, sin templo y sin rey, y todos los pueblos le miran con horror y le tratan como á un esclavo.

vo, porque lleva sus manos tintas en sangre y su frente marcada con la señal del deicidio.

El capítulo X, aparte del interés que tiene para la psicología de las visiones y la doctrina de los ángeles, de que hemos hecho mención en la parte crítica de este pequeño trabajo, carece de relativa importancia. Por lo cual nos abstenemos de hacer sobre él comentario de ninguna clase, contentándonos con transcribirle aquí amoldándonos así al método que venimos siguiendo de copiar todo el libro de Daniel, y á las condiciones que debe reunir un ensayo en que se ha dado gran parte á la labor crítica la más importante en los tiempos que corremos.

Decimos que tiene gran importancia la parte crítica no por negar la que tiene la exégesis para el teólogo, el orador, el poeta, el historiador y en general para todos los cristianos de todas las clases y condiciones, sino porque ésta se halla al alcance de todas en doctísimos comentarios de fácil adquisición y manejo.

Versículos 1-4. «En el tercer año [de] de Ciro, rey de los persas fué revelada palabra á Daniel por sobrenombre Baltasar y palabra verdadera y fortaleza grande y entendió la palabra porque menester es inteligencia en la visión. En aquellos días yo Daniel lloré por espacio de tres semanas, pan no comí agradable y la carne y el vino no entraron en mi boca, ni tampoco me perfumé con ungüento, hasta que fueron cumplidos los días de estas tres semanas. Y el día veinticuatro del primer mes estaba yo á la orilla del río grande, que es el Tigris». En estos versículos refiere el profeta la ocasión y el tiempo de la visión. Mas en los siguientes, 5 y 6, deja el autor el estilo sencillo de la narración y aún el más elevado de la profecía pura para entrar de lleno en la sublimidad y grandilocuencia del lenguaje apocalíptico. Así dice: «Y alzé mis ojos, y miré: y he aquí un varón vestido de ropas de lino y sus lomos ceñidos de oro acendrado. Y su cuerpo como el crisólito, y su rostro como especie de relámpago y sus ojos como antorchas ardiendo; y sus brazos y desde allí abajo hasta los pies, como semejanza de bronce reluciente, y la voz de sus palabras como ruido de muchedumbre». Y

en el Apocalipsis de San Juan se lee: «Entonces me volví para conocer la voz que hablaba conmigo, y vuelto ví siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros de oro á uno parecido al Hijo del hombre (por el paralelismo esto demuestra que las anteriores palabras de Daniel contienen una teofanía) vestido de ropa talar, ceñido á los pechos con una faja de oro, su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca y como la nieve; sus ojos parecían llamas de fuego; sus pies semejantes á bronce fino cuando está en horno ardiente y su voz como el ruido de muchas aguas» (1).

A Daniel y á los que con él estaban llenó esta visión de un terror saludable que pinta así el profeta: 7-11. «Yo Daniel ví sólo la visión; mas los hombres que estaban conmigo no la vieron sino que vino sobre ellos un excesivo espanto y huyeron á esconderse. Y habiendo quedado yo sólo, ví esta visión grande; y no quedó fuerza en mí, sino que se mudó en mí todo mi semblante, y quedé pálido y perdí todas las fuerzas. Y oí la voz de sus palabras, y oyéndola yacía postrado sobre mi rostro y mi cara estaba pegada con la tierra. Y he aquí que una mano me tocó y me alzó sobre mis rodillas y sobre los ardetes de mis manos, y me dijo: Daniel, varón de deseos entiende las palabras que yo te hablo y está en pie, porque ahora he sido enviado á tí. Y habiéndome dicho estas palabras, temblando me puse en pie».

En los siguientes versículos 12-21 y capítulos XI y XII entra el profeta en los dominios de la profecía pura y anuncia lo que ha de acontecer al pueblo de Dios bajo la cautividad de los persas y de los griegos, las guerras entre los reyes del Mediodía y del Norte, la cruel figura de Antioco Epifanes y su merecido fin, y el porvenir glorioso del pueblo de Israel». Y me dijo: No temas Daniel, porque desde el primer día que pusiste tu corazón para entender, afligiéndote en la presencia de tu Dios, (esta locución de tu Dios y no de Dios simplemente nos confirma en la opinión de que se trata de una teofanía) fueron oídas

---

(1) Apóc. I, 12-15.

tus palabras (eficacia admirable de la oración fervorosa) y yo he venido por tus ruegos. Mas el príncipe del reino de los Persas me ha resistido veintinueve días y he aquí vino en mi ayuda Miguel uno de los primeros príncipes; y yo me quedé allí al lado del rey de los persas. Y he venido para mostrarte las cosas que han de acontecer á tu pueblo en los últimos días; porque la visión es aún para días. Y cuando me dijo estas palabras, bajé hacia tierra mi rostro y callé. Y he aquí una semejanza como de hijo de hombre tocó mis labios, y abriendo mi boca hablé y dije al que estaba parado en frente de mí: Señor mío, con tú vista se desataron mis coyunturas y no quedó en mí fuerza alguna. ¿Y cómo podrá el siervo de mi Señor hablar con mi Señor? (1), porque no ha quedado en mí ninguna fuerza, y aún me falta la respiración. Me tocó, pues, de nuevo el que yo veía como un hombre y me confortó y dijo: No temas, varón de deseos: paz sea á tí, aliéntate y está fuerte. Y cuando me habló cobré ánimo y dije: Habla, Señor mío, porque me has confortado. Y dijo: ¿Sabes acaso por qué he venido á tí? y ahora volveré para pelear contra el príncipe de los persas. Cuando yo salía se dejó ver el príncipe de los griegos que venía. Sin embargo te diré lo que está declarado en la escritura de verdad y nadie me ayuda en estas cosas, sino Miguel que es vuestro príncipe».

El arcángel San Miguel fué reconocido siempre como protector especial de la Sinagoga y á este hecho se alude en el Versículo último. Ahora, por lo que hace relación al príncipe del reino de los persas de quien se habla en los versículos 13 y 20, y al príncipe de los griegos de quien se hace referencia en este último versículo, no es unánime la opinión de los expositores.

San Próspero, Casiano, el Abad Ruperto entre los antiguos y algunos modernos como Sánchez sostienen que el

(1) Es cierto que las palabras Señor mío en hebreo: <sup>אֲדֹנָי</sup> se aplica á los ángeles como Jos. V, 24 y Jud. VI, 13 y muchas veces á los hombres como Gen. XXIII, 24, 33, 44, pero no es en la etimología sino en el contexto donde nos fundamos para sostener que en este capítulo se trata de una teofanía.

príncipe de los persas es el ángel malo á quien ha de perseguir el Verbo que ha de obtener sobre él una victoria señaladísima. Según éstos en todo el capítulo se trata de una teofanía. San Jerónimo comenta así el Versículo 13: «Videtur mihi hic esse angelus cui Persis credita est juxta illud quod in Deuteronomio legimus: quando dividebat Altissimus gentes et disseminabat filios Adam, statuit terminos gentium juxta numerum angelorum Dei (Deut. XXXII, 8, LXX)... restitit angelus Persarum faciens pro credita sibi provincia ne captivorum omnis populus dimitteretur» y más adelante dice: «restitit princeps Persarum enumerans peccata populi Judaeorum quod juste tenerentur captivi et dimitti non deberent» (1). Desde luego á

(1) Oigamos al insigne Bossuet hablando del ministerio de los ángeles buenos; «Se los ve ir sin cesar del cielo á la tierra y de la tierra al cielo; llevan, interpretan y ejecutan las órdenes de Dios, y no sólo las órdenes relativas á la salvación, sino también las que sirven para el castigo, como que imprimen el signo saludable sobre la frente de los escogidos de Dios (Apoc. VII, 3); y aterraron al dragón que quería tragarse á la Iglesia (XII, 7); puesto que ofrecen sobre el altar de oro, que es Jesucristo, los perfumes que son las oraciones de los santos (VIII, 3). Todo ésto no es otra cosa que la ejecución de lo que se ha dicho que los «ángeles son unos espíritus administradores enviados para desempeñar el ministerio de nuestra salvación» (Hebr. I, 14). Todos los antiguos creyeron, desde los primeros siglos, que los *ángeles* mediaban en todas las acciones de la Iglesia. (Tertuliano de Baptismo, cap. 5-6); un *angel* que presidía el bautismo; un *angel* que intervenía en la oblación y la conducía ante el altar sublime que es Jesucristo; un *angel* á quien se llamaba el *angel de la oración*, que presentaba á Dios los votos de los fieles, y todo ésto se funda en el capítulo VIII del Apocalipsis, en donde se ve con claridad la necesidad de reconocer este ministerio angélico... Cuando en los Profetas, en el Apocalipsis y en el mismo Evangelio veo hablar del angel de los persas, del de los griegos, del de los judíos y del de los tiernos niños, el cual toma su defensa delante de Dios contra los que los escandalizan; del angel de las aguas, del fuego y otros muchos; cuando entre ellos veo al que pone sobre el altar celeste el incienso de la oración, en estas palabras reconozco una especie de mediación por parte de los santos ángeles. Veo, además, el fundamento que ha podido dar ocasión á los paganos para distribuir sus divinidades entre

fuer de católico é hijo sumiso de la Iglesia admitimos la existencia de los ángeles buenos y malos que iniciados en el plan de la Providencia influyen sobre el género humano para que los deseos de Dios se realicen, y para que la humanidad cumpla su destino. Esta doctrina tiene todos los caracteres de un hecho como puede cualquiera convencerse nada más abrir los Sagrados Libros. Admitimos también con el común sentir de los Padres de la Iglesia y los teólogos de más nota que cada provincia, cada reino; cada ciudad y cada individuo tiene su angel custodio. Lo que no parece ajustarse muy bien á los cánones de la Hermenéutica es que se trata aquí precisamente de los ángeles custodios de los persas y de los griegos. El fundamento en que apoyamos nuestra humilde opinión que no pretendemos imponer á nadie, es que los versículos 12-13 son un prefacio de la historia desde Ciro hasta Antioco Epifanes, y una confirmación de II, 39, VII, 5-6, VIII, 3-27, por consiguiente los príncipes de que aquí se habla son el propio Ciro rey de los persas, y Alejandro Magno rey de los griegos.

---

los elementos y reinos, para presidir en ellos, porque todo error está fundado en algunas verdades de las cuales se abusa. Mas no permita Dios vea yo nada en todas estas expresiones de la Escritura, que perjudiquen á la mediación de Jesucristo, á quien todos los espíritus celestiales reconocen por su Señor, ó que caiga en estos errores de los paganos, pues que hay una infinita diferencia entre el reconocer, como ellos, un Dios cuya acción no puede extenderse á todo, ó que tiene necesidad de ser auxiliado por unos subalternos, como los reyes de la tierra, y un Dios que haciéndolo todo y pudiéndolo todo, honra á sus criaturas, asociándolas cuando le agrada y del modo que le agrada. á su acción». Perujo, «Diccionario de Ciencias Eclesiásticas». Art. Angeles, pág. 486.

## CAPÍTULO XVI

PROFECÍA RELATIVA AL PUEBLO DE DIOS Y Á LOS QUE CON ÉL  
TENÍAN RELACIONES DESDE LA DERROTA DE LOS PERSAS  
POR ALEJANDRO, HASTA EL TRIUNFO DEFINITIVO  
DE ISRAEL, LA FUTURA RESURRECCIÓN  
UNIVERSAL.

El primer versículo: «Y yo desde el primer año de Darío Medo le asistía para alentarle y fortificarle». Debía pertenecer al capítulo anterior, mejor dicho, no debía haber solución de continuidad desde el vers. 20 en que comienza la profecía sobre los reinos de Persia y Grecia y sus vicisitudes.

En el vers. 2 se vaticina detalladamente acerca del reino de la Persia diciendo: «Y ahora te anunciaré la verdad. He aquí aún habrá tres reyes en Persia (Cambyses, Pseudo-Smerdis y Darío Histaspes), y el cuarto se enriquecerá de excesivas riquezas más que todos; y cuando prevaleciere por sus riquezas, moverá á todos contra el reino de la Grecia». Este cuarto rey fué Jerjes, de quien dice San Jerónimo: «qui potentissimus rex et ditissimus adversum Graeciam innumerabilem duxit exercitum» (1). Y Cicerón refiriéndose á él escribe: «Xerxes refertus omnibus praemiis donisque fortunae non equitatu, non pedestribus copiis, non navium multitudine, non infinito pondere auri contentus, praemium proposuit qui invenisset novam voluptatem» (2).

(1) Hier. Com. in Dan.

(2) Tuscul. disput. 5, 7, 20.

Como el libro de Daniel; según ya hemos hecho notar, no es una historia en el sentido que hoy se da á esta palabra, sino una monografía de los principales acontecimientos, pasa el escritor sagrado haciendo caso omiso de otros reyes de Persia, desde Jerjes hasta Alejandro el Grande, á quien pinta con este laconismo admirable. Vers. 3: «Mas se levantará un rey fuerte y extenderá mucho su dominio, y hará lo que quiera». Este laconismo del escritor así como la omisión que hace de los reyes de Persia posteriores á Jerjes, demuestran que se trata aquí de una verdadera profecía no de un escrito *post eventum*. Un falsario, un escritor de la época de los Macabeos hubiera amoldado su narración al troquel suministrado por la historia y sobre todo hubiera descrito con minuciosidad de detalles los hechos de armas de Alejandro, de lo cual, apenas ha llegado á su apogeo, dice:

Versículo 4.º «Y cuando esté en su auge, será deshecho su reino, y repartido hacia los cuatro vientos del cielo, mas no entre sus descendientes, ni según el poder con que él dominó. Porque su reino será hecho trozos aún por extraños, además de los dichos». Compárese este versículo con VIII, 8. Efectivamente, el reinado de Alejandro, aunque glorioso, fué de efímera duración, y á la muerte prematura del insigne capitán su imperio se dividió en cuatro monarquías (1) sin que pudiera sucederle en ninguna de ellas su hijo Hércules, que vió desconocido y hollado su derecho, no sólo al trono, sino también á la vida, muriendo asesinado por los capitanes de su padre.

Después el escritor sagrado, omitiendo los otros dos reinos por su escasa relación con el pueblo de Dios, habla del Egipto y de la Siria, es decir, del imperio de los Ptolomeos.

---

(1) «Post Alexandrum in quatuor ventos coeli orientem scilicet et occidentem, meridiem et septentrionem regnum illius divisum est. In Aegypto enim primus regnavit Ptolomaeus Lagi filius i. e. ad meridiem in Macedonia Philippus, id est ad occidentem; Syriae et Babylonis et superiorum locorum Seleucus Nicanor, id est ad orientem; Asiae et Ponti ceterarumque in ipsa plaga provinciarum Antigonus, id est ad septentrionem». Hieron. Com. in Dan.



meos y de los Seleucidas, diciendo de Ptolomeo Lagos, Versículo 5: «Y se fortificará el rey del Mediodía; y uno de los príncipes de aquél podrá más que él y extenderá sus dominios, porque su señorío será grande». Este príncipe es sin duda Seleuco Nicanor, que habiendo sido en algún tiempo sátrapa de Babilonia, huyó á Egipto y allí fué general del ejército de Ptolomeo Lago. Realmente su poderío fué grande, puesto que recuperó á Babilonia y extendió su imperio desde la Frigia hasta el Indo.

Con el fin de terminar la guerra hicieron alianza los reyes. Vers. 6: «Y al cabo de años se confederarán y la hija del rey del Mediodía pasará al rey del Norte para hacer paces, mas no detendrá la fuerza del brazo, ni subsistirá su linaje y será ella entregada y sus mancebos que la condujeron y que la sostenían en sus tiempos». Pero en vano fué la alianza matrimonial, puesto que Berenice cayó en poder de sus enemigos. Entonces Ptolomeo Evergetes, hermano de Berenice, vengó la muerte de su hermana, según estaba anunciado en Vers. 7, 8 y 9». «Y se levantará un recuerdo de su misma estirpe; y vendrá con un ejército y entrará en la provincia del rey del Norte; y los maltratará y se hará señor de ellas. Y además se llevará cautivos á Egipto sus dioses y simulacros, y los vasos preciosos de oro y plata, él prevalecerá contra el rey del Norte. Y el rey del Mediodía entrará en el reino (esté se hará coronar rey de Siria) y volverá á su tierra».

Versículos 10-21. Mas sus hijos (los de Seleuco Calinico que fueron Seleuco Ceramo y Antioco) se irritarán y congregarán gran multitud de ejércitos y el uno (Antioco) vendrá apresuradamente y á manera de inmolación, y volverá y se llenará de ardor y peleará contra las fuerzas de aquél. Y provocado el rey del Mediodía saldrá y peleará contra el rey del Norte y pondrá en campo grandes huestes y caerá en su mano mucha gente. Y hará prisionero un gran número y se engreirá su corazón, y derribará muchos millares, mas no prevalecerá (dormido en los lauros de la victoria) porque el rey del Norte volverá y levantará un ejército mayor que el primero; y al fin de los tiempos y de los años pasará corriendo con un numeroso ejér-

cito y gran poder. Y en aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del Mediodía; y los hijos de los trasgresores de tu pueblo (algunos judíos apóstatas que sostuvieron la causa del rey de Egipto y se entregaron á todo linaje de idolatría) se alzarán también para cumplir la visión y caerán». Había profetizado Isaías la unión espiritual del Egipto con la Iglesia (XIX, 19, 21) y los judíos interpretando torcidamente aquel vaticinio tomaron las armas en favor del rey de Egipto, siendo perseguidos, derrotados y muertos cruelmente por Antioco el Grande. «Y vendrá el rey del Norte y formará terraplenes y se hará dueño de las ciudades más fuertes y los brazos del Mediodía (las tropas del Egipto) no le sostendrán y se levantarán los más escogidos de él (sus más esforzados capitanes) para resistir y no tendrán poder. Y hará el que venga sobre él á su voluntad, y no habrá quien se sostenga delante de él, y entrará en la tierra noble (la Judea) y será consumida bajo de su mano. Y se empeñará en venir á ocupar todo el reino de aquel y tratará con él como de buena fe y le dará su hija la más hermosa de las mujeres para que lo trastorne todo, mas no le saldrá bien, ni será de él. Y volverá su rostro á las islas y tomará muchas; y hará parar al autor de su ignominia y su oprobio recaerá sobre él. Y pondrá su faz al imperio de su tierra y tropezará y caerá y no será hallado». (Antioco en su expedición contra la Elimaide pereció con todo su ejército). Y se pondrá en su lugar uno muy vil é indigno de la honra del rey y se consumirá en pocos días no en contienda ni en batalla. Fue este un hijo de Antioco el Grande, llamado Seleuco Filopator, hombre indigno de ceñir la corona y que murió envenenado por Heliodoro.

En los versículos 21-45 se contiene la profecía referente á Antioco Epifanes y cuyo exactísimo cumplimiento puede verse en los dos libros de los Macabeos. Tan parecido es el cumplimiento con el vaticinio y la realidad con la profecía que los racionalistas hacen de este capítulo un anuncio *post eventum* de la historia del perseguidor de los judíos.

Por lo que se refiere á la autenticidad del capítulo, ya hemos dicho bastante al demostrar que el libro es de la

época de la cautividad, y por lo que á la exégesis toca remitimos al lector, en obsequio á la brevedad, á los susodichos libros de los Macabeos contentándonos con transcribir aquí lo que resta del capítulo. «Y se pondrá en lugar de éste uno despreciable, y no le darán la honra de rey y vendrá en secreto y se apoderará del reino con engaño. Y los brazos del lidiador serán vencidos delante de él y serán deshechos y además de ésto el caudillo de la alianza

»Y después de hacer amistad con él usará de dolo y subirá y le vencerá con poca gente. Y entrará en ciudades abundantes y ricas y hará lo que no hicieron sus padres ni los padres de sus padres; destruirá las rapiñas y presa y riquezas de ellos, y trazará designios contra los más fuertes y ésto hasta cierto tiempo. Y será instigado su poder y su corazón contra el rey de Mediodía con un grande ejército, y el rey de Mediodía será provocado á salir á campaña con muchas tropas auxiliares y muy fuertes, y no adelantarán nada, porque tramarán consejos contra él. Y los que comerán el pan con él lo quebrantarán, y su ejército será oprimido y muchísimos serán muertos.

»El corazón de los dos reyes será también para hacerse mal y estando en una mesa hablarán mentira, y nada adelantarán; porque el fin aún para otro tiempo. Y volverá á su tierra con muchas riquezas y su corazón contra el testamento santo, y lo hará y se volverá á su tierra. Al plazo establecido volverá y vendrá al Mediodía; y esto último no será semejante á lo primero. Porque vendrán sobre él galeras y los Romanos; y será herido y se volverá y se ensañará contra el testamento del santuario y hará y se volverá y pondrá el pensamiento en aquellos, que desampararon el testamento. (Los judíos apóstatas que por lo mismo fueron traidores á la madre patria). Y los brazos estarán de su parte y contaminarán el santuario de la fortaleza, y quitarán el sacrificio perpétuo y pondrán la abominación para desolación. Y los prevaricadores del Testamento usarán de engañoso disimulo; mas el pueblo que conozca á su Dios estará firme y hará. Y los sabios del pueblo enseñarán á muchos y morirán á espada y á fuego

y en cautiverio y en rapiña, por muchos días. Y cuando cayeren, serán aliviados con un pequeño socorro y se agregarán muchos á ellos engañosamente. Y de los sabios caerán para que sean acrisolados y purificados y blanqueados hasta el plazo señalado; porque aún habrá otro tiempo. Y el rey hará según su voluntad y se alzará y se engrandecerá contra todo Dios; y contra el Dios de los dioses hablará con insolencia y tendrá buen suceso hasta que se cumpla la ira, porque hecho está el decreto. Y no tendrá respeto al Dios de sus padres; y será codiciador de mujeres, ni se cuidará de ningún dios, porque se levantará contra todas las cosas.

»Mas honrará al dios Maozim en su lugar y al Dios que sus padres no conocieron honrará con oro y con plata y con piedras preciosas y joyas de valor». Como se ve este versículo es oscurísimo y así sin otra explicación parece que contiene una antilogía. Porque si Antíoco Epifanes de quien se viene hablando, ha de contaminar el santuario y ha de quitar el sacrificio perpétuo y ha de poner la abominación para desolación, (Ver. 31) no se explica que sea el mismo que honra al Dios de Israel. Puede traducirse: «mas en el lugar del Dios que sus padres no conocieron, honrará al Dios Maozim con oro y con plata y con piedras preciosas y joyas de valor. «Y fortificará á Maozim con un Dios extraño (Júpiter olímpico) que reconoció y les aumentará gloria y les dará poder en muchas cosas y repartirá la tierra gratuitamente. Y en el plazo señalado combatará contra el rey del Mediodía (estos versículos que faltan son una recopilación de lo anterior) y como una tempestad vendrá contra él el rey del Norte con carros y con tropas de caballería y con una grande armada naval, y entrará en sus tierras y las talará y pasará adelante. Y entrará en la tierra gloriosa (ya hemos dicho que es la Judea) y muchas serán destruídas; y estas solas escaparán de su mano, Edóm y Moab y lo primero de los hijos de Ammon. Y extenderá su mano á las tierras y la tierra de Egipto no escapará. Y se apoderará de los tesoros de oro y de plata y de todas las preciosidades de Egipto; pasará también por la Lybia y por la Etiopía. Y le turbará un ru-

mor del Oriente y del Norte; y saldrá con numerosas tropas para quebrantar y matar á muchos. Y sentará su tienda real entre los mares, sobre el noble y santo monte y llegará hasta la cima de él y nadie le dará auxilio».

La primera parte del versículo 1.º que dice así: «Y en aquel tiempo se levantará Miguel, príncipe grande que es el defensor de los hijos de tu pueblo», pertenece al capítulo anterior. Es la terminación de la profecía en lo que al pueblo de Dios se refiere; es el triunfo definitivo del pueblo de Israel sobre Antioco. Mas como este impiísimo y cruel perseguidor es tipo de Anticristo, pasa el escritor sagrado á hablar del antitipo y de las cosas que han de acontecer al fin del mundo teniendo todo el capítulo hasta el versículo diez un marcadísimo tinte escatológico.

Entonces, al fin del mundo, «vendrá tiempo cual no fué desde que las gentes comenzaron á ser hasta aquel tiempo», porque en aquella última escena del universo moribundo el sol ha de negarnos su luz y la luna ha de aparecer ensangrentada y las estrellas se han de oscurecer y las montañas huirán de sitio en sitio y los hombres quedarse han yertos y callados» (1).

He aquí cómo pinta San Juan aquella escena terrible, digna de la honda y asídua meditación de los mortales: «Miré cuando el cordero abrió el sexto sello y he aquí que fué hecho un gran terremoto y se tornó el sol negro como un saco de cilicio y la luna fué como sangre y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como cae el fruto de la higuera á impulsos del vendaval. Y el cielo se recogió como un volumen que se arrolla y todo monte y toda isla fueron movidos de sus lugares. Y los Reyes de la tierra y los príncipes y los tribunos y los ricos y los poderosos y todo siervo y libre se escondieron en las cavernas y entre las peñas de los montes y decían á los montes y á las peñas: caed sobre nosotros y escondednos de la presencia del que está sentado sobre el Trono y de la ira del Cordero, porque llegado es el gran día de la ira de ellos y ¿quién

---

(1) Sermón del autor sobre el juicio final predicado en la Real Capilla el 28 de Noviembre de 1897, pág. 8.

podrá sostenerse en pié?» (1). «Y en aquél tiempo será salvo tu pueblo, todo el que se hallare escrito en el libro». En el libro de la predestinación que es el de las propias obras de cada uno según aquello: «Y ví á los muertos grandes y pequeños que estaban de pie delante del Trono y fueron abiertos los libros y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros según sus obras» (2).

Ver. 2. «Y muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán; unos para la vida eterna y otros para oprobio para que vean siempre». En este versículo se trata indudablemente de la resurrección y del premio y castigo que han de tener los resucitados. Pero ¿es la resurrección universal de los cuerpos y de la sentencia definitiva? Porfirio, según el testimonio de San Jerónimo, aplicaba esta resurrección á la libertad del pueblo judío después de la muerte de Antioco, diciendo: «Tunc hi qui quasi in terrae pulvere dormiebant et operti erant malorum pondere et quasi in sepulchris miseriarum reconditi ad imperatam victoriam de terrae pulvere surrexerunt et de humo levaverunt caput, custodes legis resurgentes in vitam aeternam et praevaricatores in opprobrium..... Ponit quoque historiam de Machabaeis, in qua dicitur multos judaeorum ad eremum confugisse et latuisse in speluneis et in cavernis petrarum ac post victoriam procesisse. Et haec μετεμορφικως quasi de resurrectione mortuorum esse praedicta». Pero ésto es poner la imaginación al servicio de la exégesis, por lo cual el precursor y maestro de los racionalistas no ha logrado formar escuela y eso que llevando por lema el error es muy fácil constituir bandería. San Efrén, interpreta este versículo de la liberación de los judíos en tiempo de Zorobabel y que serán oprimidas otra vez por la perversidad como por un sueño de muerte, de la cual perversidad si logran evadirse puede afirmarse que han resucitado del polvo. Los que han de resucitar para la vida eterna son los justos en el pueblo; los que

(1) Apoc. VI, 12 y siguientes.

(2) Apoc. XX, 12.

para oprobio, son los que han servido de escándalo á los demás y se han creado un nombre y una fama vituperables, á los piadosos y á los buenos patriotas se les promete un nombre glorioso en esta vida y en la futura y los que además libren de la iniquidad á los otros, resplandecerán con gloria inmarcesible. Como se ve, la interpretación de San Efrén, es la misma que la de Porfirio, con la única diferencia de éste hace caso omiso de la vida futura que gallardamente afirma el padre de la Iglesia. Por lo demás, una y otra interpretación están fuera de las leyes de la Hermeneutica, según las cuales se trata de la verdadera resurrección, ésto es, de la vuelta á la vida, base insustituible para la equidad del juicio universal futuro, porque el sujeto en las acciones buenas y malas es el yo humano, el hombre y así el premiado ó castigado ha de ser el hombre como tal, según aquello de San Pablo: «Es necesario que todos nosotros nos presentemos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba, estando en el propio cuerpo lo que ha hecho, sea bueno sea malo» (1). Todos los intérpretes supernaturalistas, incluso los prótestantes, entienden que en el versículo en cuestión se trata de la resurrección en el sentido genérico de la palabra; pero la restringen á solos los judíos olvidándose de que el contexto exige que sea universal puesto que se trata del juicio que ciertamente no ha de ser para los hijos de Israel solamente sino para todos los hombres. En el lenguaje bíblico se toma muchas veces la palabra *muchos* como sinónima de *todos*, así en la Epístola á los Romanos se lee: «... porque si por el pecado de uno sólo murieron *muchos*, mucho más copiosamente se ha derramado la misericordia y el don de Dios por la gracia de un sólo hombre que es Jesucristo» (2). Dándolas la verdadera significación estas otras que se leen más abajo: «En conclusión, así como el delito de uno sólo, atrajo la condenación á todos los hombres, así también la justicia de uno sólo ha merecido á

---

(1) II Ad Corintu V, 90.

(2) Rom. V, 15.

todos los hombres la justificación que da vida» (1). Y más adelante: «Pues á la manera que por la desobediencia de un solo hombre, fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno sólo, serán muchos constituidos justos» (2). De donde se sigue que *muchos* es sinónimo de *todos* y que la resurrección de que se trata en este pasaje es la futura universal de los cuerpos (3), según este lugar paralelo: «No teneis que admiraros de ésto, pues vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán los que hicieron buenas obras á resucitar para la vida, pero los que las hicieron malas, resucitarán para ser condenados».

Ver. 3. «Mas los que hubieren sido sabios, brillarán como la luz del firmamento; y los que enseñan á muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad». Desde luego en este versículo se trata de aquella dote del cuerpo glorioso que llamamos claridad.

(1) Rom. V, 18.

(2) Rom. V, 19.

(3) Al afirmar la futura resurrección universal lo hacemos respecto de los que hayan muerto, prescindiendo de si ha de haber algunos que no morirán al fin del mundo como parece desprenderse de este testimonio de San Pablo en su primera carta á los Tesalonicenses, capítulo cuarto, versículos 14, 15 y 16. «Por lo cual os decimos sobre la palabra del Señor, que nosotros los vivientes que quedaremos hasta la venida del Señor, no egeremos la delantera á los que murieron. Por cuanto el mismo Señor á la intimación y á la voz del arcángel y la trompeta de Dios descenderá del cielo, y los que murieron en Cristo, resucitarán los primeros. Después nosotros, los vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos sobre nubes al encuentro de Cristo en el aire, y así estaremos con el Señor eternamente». Esta es la opinión de muchos Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos como San Crisóstomo, Teofilacto, Eucumenio, Teodoreto, San Epifanio, Tertuliano, Orígenes, San Jerónimo y San Agustín, la defienden algunos teólogos de nota, y sobre todo tiene su fundamento en la Biblia, porque si todos han de morir ¿cómo gritarán algunos al fin del mundo á los montes que los sepulten para huir de la ira del Cordero?



En virtud de la unión personal con el alma bienaventurada por la visión beatífica, los cuerpos gloriosos estarán adornados de un resplandor fúlgido que los hará aparecer con una belleza deslumbradora, participación de la gloria del alma, como sucede en el mundo, aunque de un modo muy imperfecto, que la interior satisfacción del espíritu llega á embellecer y aún á trasfigurar el rostro. San Cirilo de Jerusalén, para prevenir las dificultades de los incrédulos contra esta doctrina por todo extremo halagadora y llena de sublimes encantos, dice: «*Justi splendebunt ut sol et tamquam luna, sicut et splendor firmamenti, et praevidens istam hominum incredulitatem Deus, vermibus parvulis lucidum dedit corpus, ut eo splenderent, ut ex apparentibus eredetur id quod expectamus: qui enim partem potuit praestare, poterit et totum; et qui fecit ut vermibus lumine splenderet, multo magis hominem justum splendidum efficiet*».

Algunos pretenden que se trata en este versículo de la gloria accidental de los bienaventurados, que será mayor la de los doctos que la de los indoctos ó rústicos, según dice San Jerónimo escribiendo á Paulino: «*Vides quantum inter se distent justa rusticitas, et docta justitia, alii stellis alii coelo comparantur*», pero en este género de sabiduría que será premiada en el último día de los tiempos no se atenderá seguramente á la intensidad y extensión de los conocimientos especulativos sino á la práctica de las virtudes siendo verdaderamente sabios los temerosos de Dios y los que se ejercitan en la escuela de la santidad según aquello del sagrado texto: «*El principio de la sabiduría es el temor de Dios*», y estas palabras de San León: «*Quicumque in Ecclesia pie vivit et caste; qui ea quae sursum sunt sapit, non quae sunt super terram, et coelestis quodam modo instar est luminis. Et dum ipse sanctae vitae nitorem servat, multis viam ad Dominum quasi stella demonstrat*» (1).

Habrà, sí diferencia de gloria accidental según la diversidad de méritos de cada uno y pueden cosecharse muchos

(1) *Serm. de Epiphania.*

con la sabiduría puesta al servicio de Dios, pero entonces no es al sabio sino al prudente, al que ha sabido emplear bien sus excepcionales dotes á quien se ha de premiar. Que tal sea el sentido lo demuestra el contexto. En el versículo anterior se habla de los que han de resucitar para oprobio y éstos son los insensatos que en el día del juicio «dirán de sí, pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: Estos son los que en otro tiempo tuvimos por escarnio y como ejemplo de oprobio. Nosotros insensatos teníamos su vida por locura y su fin por una deshonra: ved como han sido contados entre los hijos de Dios y entre los santos está la suerte de ellos, luego hemos errado del camino de la verdad y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros», de consiguiente, cuando en el versículo siguiente se dice: «mas los doctos» se ha de entender por ellos los buenos, los santos, los justos.

Ver. 4. «Mas tú, Daniel, ten cerradas estas palabras y sella el libro hasta el tiempo determinado, muchos lo repasarán y se multiplicará la ciencia». En estas palabras se manda al profeta que guarde la profecía, luego implícitamente se le manda escribir ya que la escritura es el único medio de sustraer á las injurias del tiempo toda clase de doctrinas y enseñanzas.

Los vers. 5-13, se habla de otra visión de Daniel, del coloquio con el varón que vestía ropas de lino y de la contestación de éste á las preguntas del profeta y son como una recopilación de los oráculos anteriores. «Y miré yo Daniel, y he aquí co.no otros dos que estaban en pie: el uno de este lado sobre la ribera del río, y el otro de aquel que estaba sobre la otra ribera del río y dijo al varón vestido con ropas de lino y en pie sobre las aguas del río: ¿Cuándo se cumplirán estas maravillas? Y vi al varón que vestido de ropas de lino, estaba en pie sobre las aguas del río, habiendo alzado su derecha y su izquierda hacia el cielo y juró por el que siempre vive diciendo que en tiempo y tiempos y mitad de tiempos. Y cuando fuere cumplida la dispersión de la congregación del pueblo santo, serán cumplidas todas estas cosas».

«Y yo lo oí, y no lo entendí. Y dije, Señor mío, ¿qué acaecerá después de estas cosas? Y dijo: anda, Daniel, que cerradas y selladas están estas palabras hasta el tiempo señalado. Muchos serán escogidos y blanqueados y probados como por fuego, y los impíos obrarán con impiedad y ningún impío entenderá, mas los sabios entenderán. Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo y fuere puesta la abominación para desolación serán mil doscientos noventa días (el reinado del anticristo). Bienaventurado el que espera y llega hasta mil trescientos treinta y cinco días. (Es decir cuarenta y cinco días más del reinado de Anticristo que durará el mundo hasta la venida del Supremo Juez de vivos y muertos). Mas tú, ve al término señalado (ésto es, al sepulcro) y tendrás reposo y permanecerás en tu suerte hasta el fin de los días».

## CAPÍTULO XVII

## HISTORIA DE SUSANA.

La historia de Susana referida en el capítulo XIII de Daniel pertenece á las partes deuteroacanónicas de este libro y ha sido siempre el blanco de injustos y rudísimos ataques por parte de la incredulidad. Ya en el año 240 Julio Africano en una célebre carta á Orígenes niega la autenticidad y veracidad de este episodio y algunos años más tarde Porfirio en el libro doce de su obra contra el Cristianismo ataca furiosamente todas las profecías de Daniel, ensañándose particularmente contra la historia de Susana.

Los racionalistas de nuestros días han resucitado del polvo las mil veces deshechas dificultades de Julio Africano y de Porfirio y pretenden relegar al dominio de la fantasía este bellissimo relato de la época de la cautividad. Para Eichnor la historia de Susana es una ficción moral; según Jahn es una parábola destinada á demostrar que no siempre debemos atenernos al juicio de los ancianos; Bertold pretende que es una leyenda judía, y para los más el interesantísimo y verdaderamente sugestivo episodio de la infortunada mujer de Joaquín es un escrito, una especie catilinaria contra los Saduceos.

Nosotros, fieles á nuestro propósito, vamos á demostrar contra los ataques racionalistas la axioplística ó veracidad histórica de este capítulo y su autenticidad á lo menos en un sentido lato, es decir, que data de la época de la cautividad.

Que no sea un drama ni un poema, ni una alegoría, ni una novela histórica, sino una historia verdadera, ésto es,

la narración de acontecimientos reales demuéstrase con sólo leer el capítulo XIII en el cual se trata de personas reales y verdaderas, á quienes se llama por sus propios nombres como Susana protagonista de esta historia; su marido Joaquín, y el profeta Daniel cuya iniciativa, por inspiración del cielo puso de manifiesto con meridiana claridad la inocencia de aquella atribulada mujer; háblase de hechos reales como la relativa holgura de los cautivos y aquella especie de autonomía que les reconocieron los reyes de Babilonia, y se alude á instituciones que, como los juicios encajan admirablemente en el cuadro de la realidad, y no se nos diga que ésto acontece en las novelas históricas pudiendo ostentar este carácter el capítulo que vamos examinando, porque, sobre no ser los hebreos dados á este género de Literatura, en la novela histórica á los personajes, copiados del natural, desde luego se les atribuyen proezas que no existen más que en la imaginación de los autores y á los sucesos verdaderos se les dan unas proporciones que no tuvieron en la realidad, mientras el episodio de Susana es una relación sucinta y por demás ceñida al asunto.

La tradición de los Padres, argumento decisivo en este género de controversias y la autoridad de los cultivadores de los Estudios Bíblicos, aun aquellos que no reconocen á Daniel como autor de este capítulo, mas le tienen por un libro aparte con el título de Susana, están contextes en atribuir carácter verdaderamente histórico á esta hermosa producción de la Literatura revelada.

Por lo que se refiere á su autenticidad en un sentido latísimo, ésto es, que fué escrito antes de la época de los Macabeos es indudable, aun suponiendo como pretenden algunos críticos católicos, que fuese obra de un judío helenista (1). Pero los datos de la crítica van más allá y

---

(1) Jahn en su obra intitulada: *Einleitung in die göttlichen Bücher des Alten Bundes*, pág. 873, es de esta opinión y lo mismo Alkermann, quien en su obra: *Introductio in libros sacros*, página 330, dice: «Judaeus Hellenista historiam Susannae ex antiquiori documento Danielis desumpsit, et ita, ut nunc habemus, exaravit».

con ellos, desafiando los ataques de los racionalistas y reduciendo á sus justas proporciones el miedo á la excesiva condescendencia de algunos católicos que llegan ya á las fronteras de la incredulidad, se puede asentar, como quien afirma un lugar común, que la historia de Susana es auténtica, no sólo en el sentido lato, ésto es, que fué escrita en la época de la cautividad de Babilonia, sino en el verdadero sentido de la palabra, pues forma parte integrante del libro de Daniel y ha sido escrita por el cuarto de los grandes Profetas.

En primer lugar, la lengua original fué el hebreo ó el arámeo, luego debió ser escrito este capítulo en una época en que se empleaban indistintamente ambos idiomas y esto no pudo ser más que en la época de la cautividad ni por otro escritor que Daniel según hemos demostrado al probar la autenticidad de los doce primeros capítulos del profeta. Lloramos perdido el original de este interesante capítulo de nuestros Libros Sagrados, pero los hebraismos de los LXX y de Teodocion, así como la mutua discrepancia de ambos textos demuestran que no el griego sino el hebreo fué su lengua original. En los LXX aparte de otras locuciones que pudiéramos citar se encuentra ésta de sabor semítico muy marcado: «El ángel del Señor dividirá tu alma», en vez de te dividirá, hebraismo tomando la parte por el todo y de ambos textos griegos, he aquí lo que dice un escritor judío M. Brüll, poco sospechoso de parcialidad en nuestro favor: «El texto de Teodocion de tal suerte está redactado que con suma facilidad se le puede reducir á su original hebreo. Expresiones, ideas, construcciones y tono del relato, todo es semítico. La misma versión de los LXX abunda extraordinariamente en hebraismos; ciertas palabras y algunas paranomasias que por su contextura parecen más bien griegas que hebreas pueden sin embargo referirse muy bien á la lengua original que en este caso particular no ha podido ser traducida literalmente» (1). Hay también gran disparidad entre ambos textos, lo que demuestra que el griego no fué el original

---

(1) N. Brüll, *Das apokryphische Susanna-Buch*, pág. 69.

pues que entonces, dada la veneración que merecen los Libros Sagrados, le hubieran reproducido con toda fidelidad. Así los LXX nada dicen de las doncellas que acompañaban á Susana en el jardín; omiten la tentación y el detalle interesantísimo del baño; hacen entrar á los dos jueces culpables en dos distintas ocasiones; el mancebo á quien los viejos, según la versión de Teodocion no han podido detener porque tenía más fuerza y más soltura que ellos, según los LXX no fué conocido porque llevaba velada su cabeza; según Teodocion los culpables perecieron á manos del pueblo; según la versión alejandrina el fuego del cielo abrasó á los viejos lascivos; en vez de hacer mención de la justísima alegría de Joaquín y de los padres de Susana al ser proclamada la inocencia de aquel modo inesperado, ponen los LXX una exhortación moral, omitiendo este versículo de Daniel. «Y Daniel desde aquel día, y en adelante fué tenido en grande concepto del pueblo».

Además: todos los críticos admiten que el fin que se propuso Teodocion al hacer una nueva versión del Antiguo Testamento fué reproducir el texto original con más fidelidad que lo habían hecho los setenta y así conserva esta versión allí donde le parece exacta y se aparta de ella traduciendo directamente del hebreo aquellos pasajes, sentencias y pa'abras que omite la versión alejandrina ó reproduce con poca exactitud, luego tuvo á su disposición un texto hebreo, pues que sin él la versión sería inconcebible y este texto fué el original dada la finalidad que perseguía Teodocion. La historia de Susana, pues, ha sido escrita en una lengua semítica, poco tiempo después de los acontecimientos que narra, y tiene por consiguiente todas las presunciones en favor de su autenticidad y veracidad.

Pero los racionalistas fieles á su programa de negar la existencia de los milagros (y aquí hay uno estupendo, la liberación de Susana de un modo evidentemente sobrenatural) atacan rudamente á este capítulo XIII del libro de Daniel oponiendo las siguientes dificultades que no tienen otra fuerza que la que les da la imaginación de sus auto-

res. Dicen que no pertenece á la época de la cautividad ni por el fondo ni por la forma. Por el fondo, porque es inverosímil; inverosímil el juicio contra Susana porque no se la juzgó conforme al derecho procesal; inverosímil la inmediata, casi instantánea revisión del juicio á instancia de un desconocido muchacho, inverosímil la holgada posición económica, rayana casi en la opulencia, de que gozaba Joaquín, el marido de Susana, en una ciudad donde gemía cautivo, é inverosímil también el hecho de poder juzgar y condenar á muerte los judíos en extranjero país (1). Y por la forma tampoco puede ser de la época de la cautividad sino muy posterior, de la época de los Selucidas, un escrito en que se leen bellísimas paranomasias compatibles únicamente con la ductilidad del riquísimo y hermoso idioma de la Grecia.

Que el juicio de Susana se celebró conforme á las prescripciones de la Ley, se convencerá uno fácilmente con solo leer el Pentateuco en lo que se refiere al particular. Así la Ley dice: «El homicida será castigado por dicho de testigos: ninguno será castigado por testimonio de uno sólo» (2). «Por el dicho de dos ó tres testigos, perecerá el que fuese muerto. A nadie se le quita la vida, siendo uno

---

(1) Los ataques racionalistas no tienen siquiera el mérito de la novedad: Hé aquí como formula esta objeción Julio Africano, legítimo ascendiente del racionalismo (a). «Quomodo qui Babylone apud Chaldeos captivi erant, qui talorum lusu vaeniebant, qui, ut de priori Israelis captivitate narratur, in plateas projiciebantur insepulti, filiis eorum abreptis ut eunuchi, et filibus ut pellices essent, sicut a prophetis praedictum erat, hī sententiam mortis ferebant, idque contra uxorem regis sui Joachim quem throni sui consortem fecerat rex Babylonorum?» (Epist. ad Originom) S. Jerónimo pone la objeción en boca de sus adversarios de esta manera: «Unde a plerisque ac pene omnibus Hebraeis ipsa (historia Susanae) quasi fabula non recipitur nec legitur in Signagogis eorum. Qui enim, inquit, fieri poterat ut captivi lapidandi principes et prophetas suos haberent potestatem?» (Com. in Jer. XXIX, 22).

(2) Núm. XXXV, 30.

---

(a) En este particular, puesto que por lo demás Julio Africano era católico,



sólo el que atestigua contra él» (1). «No valdrá un sólo testigo contra otro, sea el que fuere el delito ó maldad; sino que todo se decidirá por el dicho de dos ó tres testigos» (2), y en este juicio, hubo declaración de testigos que fueran los dos ancianos y como no podía sospecharse tan vil calumnia en dos jueces de Israel no juramentaron á la víctima sobre su inocencia según prescribía el código de Moisés. Pudo haber alguna ligereza por parte del pueblo que como todos los pueblos era fácilmente impresionable, pero de todos modos el juicio aunque sumarisimo ajustóse en un todo al derecho procesal de los judíos.

Ni es de más importancia la dificultad que oponen nuestros adversarios basada en la corta edad de Daniel en el momento de la revisión del juicio. Ciertó que la Vulgata le llama «puer junior» y en los LXX se lee: νεωτερος ων y en Teodoción: παιδικριον νεωτερον que á la letra quiere significar, hombre que está en la edad de la puericia, pero tenemos antecedentes bíblicos que á esta misma palabra la dan el significado de hombre adulto. A José se le llama נֶעֶר עִבְרִי (3), y sin embargo tenía treinta años. A Benjamín se le da el mismo calificativo de *nahar* (4), muchacho y tenía ya hijos; David (5), es el más jóven de sus hermanos que sin embargo son llamados נְעָרִים *neharim* muchachos; y á Absalón se le llama también muchacho en la época en que levantó armas contra su padre. Y aunque quisieran apoyarse en el calificativo νεωτερος de las versiones griegas no darían más fuerza á la objeción, pues sobre estar empleada esta palabra para acentuar más el contraste entre Daniel y los viejos (πρεσβυτερος) tenemos también precedentes sobre el particular puesto que á Salomón, rey ya y padre de familia, se le llama נֶעֶר קָטָן muchacho pequeño, y que los LXX traducen por παιδικριον μικρον. Entre los latinos tiene la misma significación puesto que Craso á la edad de treinta y cuatro años es llamado *adolescens* por

(1) Deut. XVII. 6.

(2) Deut. XIX, 15.

(3) Gen. XLI, 12.

(4) Gen. XLIII, 8.

(5) I Sam. (I Reg. XVI, 11).

Cicerón quien califica también de *adolescentes* á Bruto y Casio que pasaban ya de los cuarenta. Entre nosotros sabido es que se aplica á hombres de toda edad sobre todo si son miembros de nuestra familia ó tienen la misma edad que nosotros ó nos están unidos por los lazos de la amistad ó del compañerismo. Por lo demás, el profeta podía tener muy bien sus veinte años, según los datos bíblicos, y por consiguiente, ya no era tan joven para que su intervención en el juicio que nos ocupa cause extrañeza de ningún género, tanto más cuanto que Daniel era ya muy conocido y estimado no solamente entre sus conciudadanos por descender de linaje principal, sino también en la corte de Babilonia por haber descifrado el sueño misterioso de Nabucodonosor.

Nuestros adversarios no aciertan á creer cómo un cautivo, un desterrado, en los primeros años de la cautividad podía ser el afortunado poseedor de una casa y de un jardín, más bien un verdadero parque, en el recinto de Babilonia (1). Pero á esta objeción que en el fondo es la misma que la de Julio Africano, ya contestó Origenes diciendo, apoyado en hechos incontrovertibles, que los cautivos podían ser ricos y aspirar á aquella posición social que ha marchado siempre aneja á la posición económica, como lo prueban los ejemplos de Tobías, Esdras, Nehemías, Mardoqueo y en especial de Daniel, y que si nos sorprenden algunos detalles es porque no nos hemos formado idea cabal de la situación de los cautivos que no eran esclavos sino hombres libres con todos los derechos de ciudadanía y por consiguiente, les era fácil conseguir en la inmensa Babilonia, la de los grandes pensiles, la que en el recinto murado tenía terreno cultivable capaz de producir subsistencias bastantes para afrontar los rigores de un sitio, una casa y una finca de producción ó de recreo. Jeremías que mejor que nosotros y que los racionalistas conocía la situación de los judíos en Babilonia mira como tan fácil la

---

(1) Julio Africano. Ad Origenem epistola dice: «Quod si non fuit iste, sed alius quispiam e plebe Joachim, undenam captivo tantae aedes, undenam ei erat tan elegans et spatiosus hortus».

posesión de una casa y de un jardín en la capital de la Caldea que escribiendo á sus hermanos cautivos les dice: «Edificad casas y habitadlas: y plantad huertos y comed sus frutos» (1).

Con lo cual queda contestada indirectamente la dificultad que oponen nuestros adversarios tomando como punto de partida la imposibilidad en que se hallaban los judíos de juzgar y condenar á muerte en un país extranjero. Pensar así, es desconocer y trastornar todas las leyes de la crítica, pues no se ha de juzgar de los acontecimientos é instituciones por nuestras ideas, usos y costumbres, sino por las ideas, usos y costumbres de los pueblos donde sucedieron los acontecimientos ó se fundaron las instituciones, y precisamente en el momento en que estas se fundaron ó aquellas acaecieron; y Nabucodonosor que deportaba á los vencidos á la capital con los dos fines de prevenir las revoluciones en los países conquistados y poblar sus Estados diezmados por la guerra, permíttales vivir de una manera autónoma siempre que respetasen las leyes del país.

La principal dificultad de nuestros adversarios se funda en las paronomasias que contienen las sentencias fulminadas por el joven profeta contra los libidinosos jueces de Susana. Estos juegos de palabras, dicen ellos, no son posibles más que en la lengua griega y como no se hablaba el griego en tiempo de Daniel, hay que relegar al dominio de las fábulas todo el capítulo XIII de su libro. Mas esta afirmación de nuestros enemigos es puramente gratuita, porque precisamente el gusto por las aliteraciones y paronomasias es un rasgo distintivo del carácter oriental y nuestra Biblia llena está de estos juegos de palabras. Pero en el original en este caso concreto ¿habría paronomasia? Dificil es contestar. El erudísimo Dom Calmet, dice: «quemadmodum temerarium esse affirmare lusum hunc verborum in hebraeo contigisse, ita et contrarium non nisi per summam impudentiam asseritur» (2). San Jerónimo

(1) Jerem. XXIX, 5.

(2) Comm. in Dan. XIII.

va más allá que el docto benedictino francés, pues llega á admitir la posibilidad de no ser auténtico este pasaje sino se llega á demostrar que en el original hebreo había semejante juego de palabras, así dice: «Diligenter inquirendum est de his nominibus si sint apud Hebraeos et quam habeant etymologiam: quod si non fuerit inventum necessitate urgemur et nos eorum aequiscere sententiae qui graeci tantum sermonis hanc volunt esse περιζωπην, quae groecam habeat tantum etymologiam et hebraicam non habeat; quod si quis ostenderit duarum istarum arborum scissionis et sectionis in hebraeo stare etymologiam, tunc poterimus etiam hanc scripturam recipere» (1). En su consecuencia muchos intérpretes han hecho esfuerzos inauditos por encontrar esta paronomasia, pero el éxito no ha coronado los esfuerzos, ni ha podido satisfacer las justas exigencias de una sana crítica, porque muchas palabras hebreas, principalmente los nombres de árboles han desaparecido, murieron con los que las pronunciaban. Mas es de presumir, á pesar de los inútiles esfuerzos de los exégetas por encontrarla, que hubiera paronomasia en el original y el traductor griego vertió la paronomasia, no las palabras de ella. Porque la nota saliente, la característica en las respuestas de Daniel, no era precisamente el árbol bajo del cual sostenían falsamente los viejos haber sorprendido á Susana en flagrante adulterio, sino el uso que el joven profeta hacía del nombre de estos árboles para anunciar á los miserables calumniadores la suerte que les estaba reservada. Para los oídos orientales era sin duda lo más notable de la respuesta de Daniel la paronomasia, y el traductor debía conservarla á todo trance para no alterar la fisonomía del relato, valiéndose para ello de los múltiples recursos que le proporcionaba la hermosa y riquísima lengua de los griegos. Esto que veníamos afirmando no es una hipótesis gratuita, destituida de todo

(1) Hier. Com. in Dan. El Santo Doctor se inclinaba, como es sabido, á rechazar la divina inspiración de los libros y partes deuterocanónicas. En el *Prefatio in Daniele*, que traen las ediciones de la Vulgata, propone las objeciones contra las partes deuterocanónicas de Daniel y no las resuelve.

fundamento é inventada únicamente para declinar las dificultades de nuestros adversarios, sino que tiene su apoyo en hechos bíblicos indudables. Así los LXX conservan la paronomasia en este pasaje: «Adán llamó á su mujer הַיָּה *Eva* porque era madre de todos los vivientes כָּל־הַיּוֹי, y ellos dicen: Ζωή porque era madre de todos los vivos «τὴν ζῶσαν»

(1). San Jerónimo conserva así esta paronomasia de Jeremías: el texto hebreo dice: וַיְהִי דְבַר־יְהוָה אֵלָיו לֵאמֹר כֹּה־אָתָּה רָאָה וְיִרְמְיָהוּ וְאָמַר מִקַּל שִׁקּוֹ אֲנִי רָאָה: וַיֹּאמֶר יְהוָה אֵלָיו הִיטַבְתָּ לְרֵאשִׁי כִּי־שִׁקּוֹ אֲנִי עַל־דְּבָרֶי לַעֲשֹׂתִי:

Y San Jerónimo dice:

«Et factum est verbum Domini ad me, dicens; Quid tu vides Jeremia? Et dixit. Virgam vigilantem ego video. Et dixit Dominus ad me: Beni dixisti, quia vigilabo ego super verbo meo ut faciam illud»; paronomasia que ha conservado hasta cierto punto el traductor español cuando dice: «Y fué palabra del señor á mí diciendo: ¿Qué ves Jeremías? Y dije yo, veo una vara vigilante: Y me dijo el Señor; Bien has visto, porque yo velaré sobre mi palabra para cumplirla» (2). En estos pasajes el traductor no podía, como vulgarmente se dice, repicar é ir en la procesión; por eso si quería conservar el juego de palabra era menester que dijese: «una vara vigilante, ó bien *Zoe*, en lugar de una *vara de almendro* ó de *Eva*. El traductor griego de Susana vióse en la misma alternativa. Si expresaba los nombres de árboles por la palabra griega correspondiente, desaparecía la paronomasia y si quería conservar ésta, veíase obligado á poner palabras distintas, prefiriendo esto último, como San Jerónimo en la versión del profeta Jeremías, juzgando, no sin fundamento, que más que el nombre de los árboles importaba la paronomasia. Todo ésto se confirma por una traducción siríaca de la historia de Susana. El autor de esta versión ha traducido la palabra de Daniel, ajustándose en un todo á la hipótesis que vamos sosteniendo, y creyendo que es de más importancia el juego de palabras que los nombres de los árboles, con el

(1) Gen. III, 20.

(2) Jerem. I, 10 y 12.

fin de conservar la paronomasia en su lengua en lugar de *σινος* lentisco ha puesto *pistegâ*, albócido y en vez de *πριος* encina ha colocado *rimmonnâ* que significa lanza. A *pistegâ* corresponde el verbo siriaco *pesâg*, cortar, separar con el nombre del objeto *rês* cabeza decapitar, de modo que puede traducirse: «con una lanza te cortaré la cabeza» (1).

Por lo que se refiere al autor de este capítulo XIII es cosa muy controvertida, no solo entre los racionalistas y católicos, sino aún dentro de la misma crítica ortodoxa. Eusebio y Apolinar, según el testimonio de San Jerónimo, atribuyen la redacción de la historia de Susana al profeta Habacuc, hijo de Jesús, de la tribu de Leví, y tal es también el parecer de los LXX que encabezan así la historia de Susana y el episodio de Bel y el dragón: 'Εκ προφητείας Ἀβραχου υἱου Ἰησοῦ ἐκ τῆς φυλῆς Λευι (2). Cornelio á Lapide dice á este propósito: «Haec historia non videtur ab ipso Daniele, saltum in hoc ejus opere, fuisse conscripta, sed a quopiam Hebraeo, qui in captivitate Babylonica vel potius paulo post eam, scripsit chronica sive diaria regum Medorum et Persarum et maxime Cyri, qui Judaeos Babylone

(1) Las tres versiones siriacas han traducido de un modo diferente el pasaje en cuestión: la una ha conservado las palabras griegas, las otras dos han puesto otros nombres de árboles. Santiago de Edesa, dice á este propósito: «Quaquam in editione Graecorum positae sint *σινος* et *πριος* id est lentiscum et ilex, ut servaretur arborum similitudo cum vocibus maledictionum *seindet te* et *secabit te* (nam et primus á *πριων*, *serra* dicta est quia folia ejus ad instar serrae conformata sunt); non tamen existimandum est arbores illas vere fuisse schinum et prinum. Fortasse autem vel in ipso textu Haebraico similitudo quaedam fuerat inter arborum earum nomina et voces praedictas. Veruntamen hoc ignotum est. Neque lentiscus, neque ilex inveniebantur in terra Babylonis, cum praesertim requirendae essent in texto. Quae autem arbores nominantur in editione Syrorum (scilicet Heracleensi juxta codicem Pocokianum) pistacium dico et malogranatum, conveniunt quidem cum eis, quae plantari solent in hortis et viridariis: adhuc tamen nomina eorum non respondent vocibus, quibus Daniel maledixit presbyteris illis maledictione dignis». Daniel secundum editionem LXX ex tretraplis. Texto siriaco, pág. 152.

(2) Tischendorf. tom. II, pag. 614.

liberabit, simulque conscripsit res memorabiles, quae eo tempore suae genti, puta Hebraeis contigerunt» (1). De esta misma opinión es M. F. Vigouroux, distinguido crítico francés, y con él piensan muchos escriturarios de nuestros días. Las razones en que se apoyan para negar á Daniel la redacción de este capítulo, son las siguientes: En primer lugar, dicen, en ningún códice forma parte integrante del libro del profeta la historia de Susana. Esto á lo sumo puede probar que la historia no pertenezca al libro de Daniel, mas no que Daniel no pueda ser el autor de ella que bien pudo escribirla con el título de Susana como pretenden algunos críticos. Pero es muy verosímil que formase parte integrante del libro del profeta porque así como Daniel era conocidísimo y muy estimado en la corte de Nabucodonosor por haber interpretado el sueño misterioso de este monarca, así era preciso, dada la misión de los profetas, fuese conocido entre los conciudadanos porque los videntes de Israel eran enviados principalmente al pueblo de Dios y en segundo lugar á aquellos pueblos que con él sostenían alguna relación.

El no hallarse en ninguno de los manuscritos (2) la historia de Susana cosa es que se explica fácilmente pues en tiempo de los Macabeos cuando se leía con frecuencia el libro de Daniel, hubo necesidad de compendiarle para comodidad de los lectores y entonces desapareció el himno de los tres jóvenes del horno de Babilonia por lo largo, el episodio de Bel y del Dragón á causa de su gran parecido con el capítulo VI y quizá también para que no sirviese de escándalo á los judíos la familiaridad de Daniel con los reyes gentiles; y la historia de Susana, que, sobre no contener documento alguno para inflamar el patriotismo en los judíos perseguidos por Antioco, era una manifiesta con-

(1) Comment. in Dan. XIII.

(2) Hablo de los manuscritos empleados por los judíos en las sinagogas, pues en otros códices se encuentra, aunque no ocupando el lugar que le corresponde cronológicamente, sino al principio ó al fin, y en otros en libro aparte con el título de *Susana*. El P. Cornely sostiene que es de Daniel, pero compuesto aparte del libro y añadido después por otro como apéndice.

denación de los jueces lascivos, condenación que en el ánimo del pueblo, no acostumbrado á distinguir entre una institución y las personas que la encarnan, podía ceder muy bien en perjuicio de la política fundamental de la nación.

La otra razón que dan nuestros adversarios, es que en la historia de Susana se nos presenta á Daniel como un joven desconocido, cosa improbable si él fuere el autor del capítulo que vamos examinando. Mas á esta dificultad hemos contestado ya suficientemente según nuestro humilde parecer.

Por consiguiente, con la mayor parte de los Padres de la Iglesia, de los antiguos escritores eclesiásticos y de los modernos críticos é intérpretes como Sánchez, Calmet. Vinzenzi, Goldhagen, Dauko y otros muchos, asentamos como tesis, que nos parece incontrovertible, que Daniel es el autor de la historia de Susana, para lo cual hacemos el siguiente argumento: La historia de Susana forma parte integrante del libro de Daniel, que como ya hemos demostrado es uno, luego tiene por autor al mismo que los otros capítulos, ésto es, al profeta de la cautividad.

Demostrada la autenticidad del capítulo XIII, vamos á transcribir sin comentario de ningún género, porque no lo necesita, el hermosísimo episodio de Susana, que si por su naturaleza es una historia real, por su contexto y por el interés que despierta, tiene todos los atractivos y toda la sugestión de un drama.

Podemos dividir este capítulo en tres partes: primera XIII, 1-27, en la cual se pone de manifiesto la esclarecida virtud de Susana; segunda XIII, 28-44, donde se muestra la iniquidad de aquellos jueces lascivos que levantaron contra la atribulada mujer un falso testimonio, y tercera XIII, 45-64, en que Dios, valiéndose de la intervención del joven profeta de la cautividad, hace brillar con luz meridiana la inocencia de esta heroína de la castidad.

1-27. «Y había un varón que moraba en Babilonia y su nombre Joaquín, y casó con una mujer llamada Susana, hija de Helcías, hermosa en extremo y temerosa de Dios; porque sus padres, que eran justos, instruyeron á su hija,



según la ley de Moisés. Y Joaquín era muy rico y tenía un verjel contíguo á su casa, y concurrían á él los judíos, porque él era el más respetable de todos».

«Y en aquel año fueron puestos por jueces del pueblo, dos viejos de aquellos que habló el Señor: Que la iniquidad salió de Babilonia por los viejos que eran jueces que parecían gobernar al pueblo. Estos frecuentaban la casa de Joaquín y acudían á ellos todos los que tenían pleitos. Y cuando el pueblo se iba al mediodía, entraba Susana á pasearse en el verjel de su marido. Y la veían cada día los viejos entrar y pasearse y se encendieron en mal deseo contra ella. Y perdieron el juicio y desviaron sus ojos para no mirar al cielo, ni acordarse de los juicios justos».

«Entrambos, pues, fueron heridos del amor de ella, y no se comunicó el uno al otro su pena, porque tenían vergüenza de descubrir su concupiscencia, deseando pecar con ella. Y cada día con mayor solicitud buscaban ocasión de poderla ver, y dijo el uno al otro: vámos á casa porque hora es de comer. Y habiendo salido se separaron el uno del otro, y volviendo otra vez se encontraron en el mismo lugar, y preguntándose el uno al otro la causa, confesaron su concupiscencia, y entonces de común acuerdo determinaron el tiempo en que la podrían hallar sola».

«Aconteció, pues, que aguardando ocasión oportuna, entró ella como todos los días con dos doncellas solas y quiso bañarse en el jardín, porque era el estío, y no había allí nadie sino aquellos dos viejos que estaban escondidos y acechándola. Dijo, pues, á sus doncellas: Traedme óleo y ungüentos y cerrad las puertas del jardín para bañarme: y lo hicieron como lo mandaba, y cerraron las puertas del jardín y salieron por una puerta escusada, para traer lo que había mandado, y no sabían que los viejos estaban dentro escondidos».

«Y cuando las criadas hubieron salido se levantaron los dos viejos y corrieron á ella y dijeron: He aquí las puertas de la huerta, están cerradas y nadie nos ve y nosotros estamos enamorados de tí y así condesciende con nosotros y ríndete á nosotros, y si no quisieres testificare-

mos contra tí, diciendo, que estaba contigo un mancebo y que por eso despachaste á tus doncellas».

Gimió Susana y dijo: «Angustias me cercan de todas partes porque si esto hiciera, muerte es para mí, y si no lo hiciere no me escaparé de vuestras manos; pero mejor me es sin hacerlo caer en vuestras manos (es decir ser apedreada ó que tal pareciese por declaración de testigos como prescribía la ley hacer con la adúltera) que pecar en la presencia del Señor». Y Susana clamó con toda su voz y los viejos gritaron contra ella, y corrió uno á las puertas del jardín y las abrió, y cuando los criados de la casa oyeron gritos en el jardín, acudieron corriendo por el postigo para ver lo que era, y después que los viejos hubieron hablado, quedaron avergonzados en extremo, porque nunca tal cosa se había dicho de Susana.

27-44. Y vino el día siguiente, y habiendo acudido el pueblo á la casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos viejos llenos de inícuos intentos contra Susana para condenarla á muerte. Y dijeron delante del pueblo: «Enviad por Susana, hija de Helcias, mujer de Joaquín, y enviaron luego por ella, y vino con sus padres é hijos y con todos sus parientes. Y Susana era en extremo delicada y de extraordinaria belleza, y aquellos malvados la mandaron descubrir (porque estaba cubierta) para por lo menos saciarse viendo su hermosura».

«Lloraban, pues, los suyos y todos los que la conocían, y levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre la cabeza de ella. Ella llorando alzó sus ojos al cielo; porque su corazón tenía puesta la confianza en el Señor. Y dijeron los viejos: «Estándonos paseando solos en el jardín, entró ésta con dos doncellas y cerró las puertas del jardín, y envió fuera las doncellas, y vino á ella un mancebo, que estaba escondido, y pecó con ella. Y nosotros, que estábamos en un ángulo del jardín, viendo la maldad, fuimos corriendo adonde estaban y los hallamos en el mismo hecho. Mas no pudimos prender al mancebo, porque era más fuerte que nosotros, y abriendo la puerta, se escapó corriendo; pero habiendo hecho presa de ésta la preguntamos, quién era el mancebo

y no nos lo quiso declarar; de este suceso somos testigos».

Dióles crédito la muchedumbre como á viejos y jueces del pueblo y la condenaron á muerte. Mas Susana clamó en alta voz y dijo: «Eterno Dios, que conoces las cosas escondidas, que sabes todas las cosas antes que sean. Tú sabes que han levantado contra mí un falso testimonio; y he aquí muero sin haber hecho ninguna de estas cosas que estos con malicia inventaron contra mí. Y el Señor oyó su oración».

45-64. «Y cuando la llevaban al suplicio, despertó el Señor el santo espíritu de un mancebo de poca edad, cuyo nombre era Daniel, el cual á grandes voces comenzó á gritar: Limpio soy yo de la sangre de ésta. Y volviéndose á él todo el pueblo, dijo: ¿Qué palabras son éstas que has hablado? El, poniéndose en pie en medio de ellos, dijo: ¿Tan insensatos sois, hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin conocer la verdad habeis condenado á una hija de Israel? Volved al tribunal porque falso testimonio dijeron contra ella».

«Tornóse, pues, el pueblo con diligencia y le dijeron los viejos (á Daniel): ven y siéntate en medio de nosotros é instrúyenos por cuanto Dios te ha dado la honra de la vejez. Y Daniel les dijo: Separadlos lejos el uno del otro y los examinaré. Y cuando estuvieron separados el uno del otro, llamó á uno de ellos y le dijo: Envejecido en días malos, ahora han caído sobre tí los pecados que cometías antes, pronunciando juicios injustos, oprimiendo á los inocentes, y absolviendo á los culpados, no obstante que dice el Señor: Al inocente y al justo no matarás. Ahora bien; si los viste, dí debajo de qué árbol los viste hablando entre sí. Respondió él: Debajo de un lentisco. Y dijo Daniel: Derechamente has mentido contra tu cabeza; pues he aquí que el Angel del Señor que ha recibido de él la sentencia, te partirá por medio».

«Y habiendo hecho retirar á éste hizo venir al otro, y le dijo: Raza de Canaam y no de Judá, la hermosura te engañó, y la concupiscencia trastornó tu corazón; así hacíais á las hijas de Israel, y ellas por miedo hablaban con

vosotros; mas la hija de Judá no sufrió vuestra maldad. Ahora bien; dime debajo de qué árbol los sorprendiste hablando entre sí. El respondió: Debajo de una encina. Y le dijo Daniel: Derechamente has mentido tú también contra tu cabeza, por cuanto el Angel del Señor está esperando con la espada en la mano para destrozarte por medio y mataros».

«Y todo el pueblo comenzó á gritar á grandes voces y bendijeron á Dios, que salva á los que esperan en él. Y se levantaron contra los dos viejos, pues Daniel los había convencido por su boca de haber dicho un falso testimonio y les hicieron el mal que ellos habían intentado contra su prójimo, para cumplir con la ley de Moisés, y los mataron y fué salva la sangre inocente en aquel día. Y Helcías y su mujer alabarón á Dios por su hija Susana, justamente con Joaquín, su marido, y con todos los parientes, porque no fué hallada en ella cosa fea. Y Daniel desde aquel día y en adelante fué tenido en grande concepto del pueblo».

## CAPÍTULO XVIII

## EPISODIOS DE BEL Y DEL DRAGÓN

Además de la historia de Susana, narrada en el capítulo anterior y que en realidad debía pertenecer al capítulo tercero del libro, cuenta la parte deuterocanónica de Daniel otros dos episodios de la vida del profeta ó sea la historia de Bel y del dragón. No ya los racionalistas, enemigos declarados del orden sobrenatural, sino hasta lo protestantes, que comulgan con nosotros en la escuela del supernaturalismo, dirigen rudos ataques contra la autenticidad del capítulo XIV, apoyándose no en razones de crítica sino en su odio á los milagros. Por eso este último capítulo del profeta de la cautividad le califican de mítico, monstruoso, increíble, absurdo é inventado únicamente para dar celebridad y renombre al profeta Daniel. Ni siquiera en ésto tienen privilegio de invención los racionalistas y sus ascendientes, puesto que mucho tiempo antes que ellos habían negado la autenticidad de este capítulo Julio Africano y Porfirio, cuyas objeciones redujeron á menudo polvo los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos.

Hoy, después del Concilio tridentino, á ningún católico es lícito poner en tela de juicio la canonicidad y divina inspiración de este fragmento del libro de Daniel; más aún, según los datos de la crítica es preciso reconocerle la autenticidad, no sólo en un sentido lato, como pretenden Vigouroux y otros eminentes críticos católicos, sino en un sentido estricto, como obra del cuarto de los profetas

mayores. En primer lugar este capítulo fué escrito en una lengua semítica lo mismo que la historia de Susana y en su favor militan los mismos argumentos que hemos aducido en pro de la autenticidad de esta hermosa producción de la Literatura revelada. En efecto, en este capítulo abundan los hebraismos lo que demuestra que la lengua original de él no fué el griego sino el hebreo ó el arameo. Así la partícula «n» de sabor hebreo pronunciadísimo es repetida en todo el capítulo hasta la saciedad; la locución *toda carne* del versículo quinto es de legítima procedencia hebrea; y esta frase del versículo 26: *dame potestad y te quitaré la vida* es evidentemente de origen semítico. La discrepancia de ambos textos griegos, el de Teodoción y el de los LXX, demuestra que no el griego sino el hebreo fué la lengua original de este capítulo. Así, (omitiendo otros detalles por no hacernos pesados en demasía) Teodoción comienza el capítulo diciendo: «Y el rey Astiages fué reunido á sus padres, y Ciro de Persia entró á sucederle en el reino, y Daniel comía á la mesa con el rey que le honraba más que á todos sus amigos» (1), y los LXX intitulan el capítulo de este modo: *Ἐκ προφητείας Ἀμβάκου υἱοῦ Ἰησοῦ ἐκ τῆς φυλῆς Δαυὶδ*, comenzando la narración de este modo: «Había un sacerdote llamado Daniel, hijo de Abal, que vivía con el rey de Babilonia». Finalmente, dada la finalidad que persiguió Teodoción en su versión del Antiguo Testamento, que fué conservar la de los LXX donde le parecía exacta y traducir directamente lo que en ella no se ajustaba al texto original, debió tener á su disposición un texto que dados los hebraismos de que está llena su versión, no pudo ser otro que el hebreo, teniendo por consiguiente en nuestro favor una presunción que se confunde con la certeza de que el hebreo fué el texto original de este capítulo.

Este capítulo XIV pertenece indudablemente al libro de Daniel, pues así como por el episodio de Susana Daniel adquirió celebridad y renombre entre sus conciudadanos y según los otros capítulos el profeta de la cautividad gozó

(1) Dan. XIII, 65 y XIV, 1.

de gran influencia en las cortes de Nabucodonosor, Baltasar y Darío el Medo, nada más natural de que gozase por lo menos de este mismo poder en la Corte de Ciro que según los decretos de la Divina Providencia era el encargado de dar la libertad al pueblo de Dios. Por lo demás, nada tienen de místicos y de increíbles y absurdos los milagros referidos en este capítulo XIV. Uno de ellos, el de Daniel en el lago de los leones es semejante al que narra el capítulo VI con una sola diferencia, que desaparece bajo la omnipotencia de Dios, que en la primera ocasión se vió libre el profeta de la voracidad de las fieras durante una noche y en la segunda lo fué por espacio de seis días. Por lo que se refiere á la maravillosa traslación de Habacuc desde la Judea al lago de los leones donde estaba Daniel, ya trataremos de ella en el comentario. Por consiguiente, dada la lengua original de este capítulo, demostrado que pertenece al libro de Daniel, que es uno, según confesión de nuestros adversarios, hemos de concluir que tiene por autor al mismo que los otros capítulos del libro, ésto es, á Daniel, el cuarto de los grandes profetas.

En este capítulo XIV el profeta de la cautividad destruyendo al ídolo Bel y quitando la vida al dragón es tipo maravilloso de Jesucristo que desterró la idolatría y venció al demonio, enemigo mortal de nuestras almas. Podemos dividirlo en dos partes. Primera: XIV, 1-21 en que Daniel descubre el fraude de los sacerdotes de Bel y destruyé á este ídolo y su templo; y segunda: XIV, 22-42 en que mata al dragón siendo arrojado el profeta por tumultuaria imposición al lago de los leones, librándole Dios de la voracidad de las fieras de una manera evidentemente sobrenatural.

Versículo 1. «Y Daniel comía á la mesa con el rey que le honraba más que á todos sus amigos». Cornelio á Lápide y otros expositores de nota, quieren que este rey de quien habla el versículo no fué Ciro que como persa tributaba culto al sol, sino Baltasar que en Bel adoraba á la suprema deidad de los Babilonios. Pero según San Ireneo, San Atanasio, San Cipriano, San Agustín, Teodoreto y otros muchos, el rey á quien se hace alusión es Ciro, rey

de los persas. Así en el lugar paralelo VI, 28, se dice: «Y Daniel se conservó hasta el reino de Darío, y hasta el reino de Ciro, rey Persa». En el versículo se dice que comía á la mesa con el rey y la costumbre de sentar á diario á su mesa (1) el rey á los magnates de su reino y á otras personas de calidad era según Plutarco (2), el libro de Estér (3), Flavio Josefo (4), Jenofonte (5) y Herodoto (6) una costumbre persa llevada á Babilonia indudablemente por Ciro. Además que la razón que dan para negar que fuese Ciro este rey de que se habla es el monoteísmo de este monarca y ya veremos más adelante que era indiferentista, admitiendo y practicando el culto de las divinidades caldeas.

Ver. 2.º «Había á la sazón un ídolo en Babilonia llamado Bel y se gastaban con él cada día doce artabas de flor de harina, y cuarenta ovejas y seis cántaros de vino». Este Bel sinónimo de Beel, Baal y Belo quizá fué Nemrod, padre de Nino (aunque de estas cosas ocultas allá en la noche de los tiempos se sabe muy poco). Lo cierto es que era la principal divinidad de Babilonia y solían obsequiarla sus adoradores poniendo delante de ella manjares y vinos en abundancia. Así según una inscripción cuneiforme que se conserva en el Museo británico, Nabucodonosor depositaba diariamente en la mesa de sus dioses favoritos un buey entero, pescados, volatería, distintas legumbres y bebidas variadas entre las cuales vinos de siete ú ocho países, en abundancia como las aguas de un río.

Ver. 3.º «El rey también le honraba é iba á adorarle todos los días, pero Daniel adoraba á su Dios. Y el rey le dijo: ¿por qué no adoras á Bel?». Mucho se ha hablado del monoteísmo de Ciro, suponiendo algunos que el rey de

---

(1) Decimos diariamente porque en los grandes convites también los reyes Caldeos sentaban á su mesa á los primates de su reino como lo demuestra el festín de Baltasar.

(2) Plut. lib. VII, cap. 4

(3) Esther. I.

(4) Joseph. Antiq. XI, 6.

(5) Jenoph. Ciropedia, lib. 1.

(6) Herodoto, lib. III, c. 132.



que aquí se habla en el mero hecho de ser politeísta no es el de los persas y llegando otros (los racionalistas y protestantes) á negar la autenticidad de este capítulo, pero es lo cierto que según un cilindro encontrado en Babilonia en 1879 se muestra fiel adorador de Bel, Nebo y Marduk. Por su importancia histórica le traducimos á continuación».

20 (Faltan el principio y el fin de este documento). «Yo soy Ciro, el rey supremo, el rey grande, el rey poderoso, rey de Babilonia, rey de los acadios, rey de las cuatro regiones.

21 Hijo de Cambises, el gran rey, rey de la ciudad de Ansán, nieto de Ciro, el gran rey, rey de la ciudad de Ansán, biznieto de Teispes, el gran rey, rey de la ciudad de Ansán.

22. La antigua familia real, cuyo gobierno habían sostenido Bel y Nebo en la bondad de su corazón, desapareció cuando yo entré victorioso en Babilonia.

23. Con gozo y alegría establecí en el palacio real el trono de mi soberanía. Marduk, el gran Dios, el guardián antiguo de los hijos de Babilonia, y...

24. Mi vasta dominación fué establecida pacíficamente en Babilonia y en los numerosos distritos de Sumio y de los Acadios. No se turbó jamás el buen orden.

25 He conservado en buen estado las plazas fuertes de Babilonia y todas sus fortalezas, cuyos desperfectos no se habían cuidado de reparar los hijos de Babilonia.

26. Las grietas eran enormes y los muros estaban desnivelados. En la obra de reparación del santuario de Marduk el Dios grande me ocupé yo.

27 A mi el rey su adorador, y á Cambises mi hijo, el renuevo de mi corazón y á mi fiel ejército

28 prestó graciosamente su favor y así hemos determinado restaurar el santuario devolviéndole á su primer estado de perfección... Muchos reyes habitan las fortalezas,

29 que pertenecían á las diversas razas que poblaban la región comprendida entre el mar Superior y el mar Inferior con los reyes de Siria me llevaban la tota-

lidad de sus tributos á Kal-Anna y se postraban á mis piés

30 venían de tan lejanas tierras como las ciudades de Asur y de Istar

31 de Agade, Isminak, las ciudades de Zambau, Mli-Turme y Durán...

32 A los dioses que habitaban entre ellos les he restablecido en su lugar y les he asignado una habitación permanente. He reunido á todo su pueblo y le he hecho tornar á su país.

33. A los dioses de Sumir y de Acad, que Nabónides habrá glorificado en las fiestas del señor de los dioses en Kal-Anna por mandato de Marduk, el dios grande

34 les he asignado un lugar distinguido en sus santuarios como poseen uno todos los otros dioses en su propia ciudad.

35. Y todos los días pido á Bel y á Nebo para que prolonguen mis días, y aumenten mi prosperidad y respeten á Marduk, mi Señor, que tu adorador, Ciro el rey, y su hijo Cambises»... Este documento, como se ve, pinta el carácter religioso de este rey bajo un aspecto completamente nuevo y demuestra que Ciro era de estirpe real, al contrario de lo supuesto por Herodoto. Hasta aquí habían representado á Ciro como un ferviente monoteísta, destructor de los ídolos y decidido partidario de la doctrina de Zoroastro y de esta nueva inscripción resulta no solamente que no persiguió á los idólatras, sino que tomó parte en sus cultos y aceptó sus ideas á lo menos en lo que convenía á sus planes políticos.

Ver. 4.º «El (Daniel) le respondió diciendo: Porque yo no adoro ídolos hechos de mano sino al Dios vivo, que crió el cielo y la tierra y tiene dominio sobre toda carne». Los LXX dicen: «á nadie adoro sino al Señor Dios, lo cual demuestra la diferencia de ambos textos y que ninguno de los dos es el original.

A esta valiente respuesta de Daniel, profesión de fe admirable y digna de todo encomio é imitación, contestó el rey.

Ver. 58. «Y le dijo el rey: ¿pues crees tú que Bel no es un Dios vivo? ¿No ves cuanto come y bebe en cada un día? Y respondió Daniel sonriéndose: No vivas engañado, oh rey. Porque ese por dentro es de barro y por fuera de bronce y nunca come. Y el rey airado llamó á los sacerdotes del ídolo, y les dijo: si no me decís vosotros, quien come todo ésto que se gasta morireis. Mas si me hiciéreis ver que Bel come ésto, morirá Daniel porque ha blasfemado contra Bel. Y dijo Daniel al rey: «Sea así como lo has dicho».

Ver. 9, 10 y 11. «Y los sacerdotes de Bel eran setenta sin contar las mujeres y los párvulos y los hijos. Y fué el rey con Daniel al templo de Bel, y dijeron los sacerdotes de Bel: Mira que nosotros nos salimos fuera, y tú, oh rey, haz poner las viandas y servir el vino y cierra la puerta y séllala con tu anillo, y si mañana temprano cuando entrases, no hallares que todo lo ha comido Bel, sin recurso moriremos nosotros ó Daniel que mintió contra nosotros». No debe parecer exagerado el número setenta á quien lea en el libro III de los reyes que había cuatrocientos cincuenta profetas al servicio del culto de Baal y casi otros tantos al culto de otros ídolos (1). Heródoto cuenta que en el Santuario de Bel había un lecho bien aderezado donde solía dormir cada noche una mujer escogida por el dios, de suerte que el carácter distintivo de aquellos cultos lo constituían la glotonería y su hija natural la lascivia. ¡Qué distancia entre estos cultos groseros y verdaderamente vergonzosos y el culto espiritual elevado y digno sobre toda ponderación de los cristianos! Los LXX difieren de la Vulgata en lo siguiente: En el versículo 7-22 dicen: «Indignado el rey llamó á los sacerdotes del santuario y les dijo: decidme quién come lo que se prepara para Bel, de lo contrario morireis vosotros ó Daniel que afirma que este no come nada. Mas ellos dijeron: es Bel quien lo come.

---

(1) III Reg. XVIII, 19. «Mas no obstante envía ahora y congrega delante de mí á todo Israel en el monte del Carmelo y á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y á los cuatrocientos profetas de los bosques, que comen de la mesa de Jezabel.

Mas Daniel dijo al rey, hágase así, si no demostrare que no es Bel quien come estas viandas, muera yo y mis compañeros, y eran setenta los sacerdotes de Bel sin contar las mujeres y los niños; llevaron al rey al templo y colocaban las viandas en presencia del rey y de Daniel y llevaron vino mezclado y lo pusieron delante de Bel y dijo Daniel: tú mismo, oh rey, estás viendo que se han colocado todos los alimentos, tú por consiguiente sellarás las puertas del templo después que haya sido cerrado. Agradó al rey la palabra».

Ver 12-21. «Y no se cuidaban de ello porque habían hecho debajo de la mesa una comunicación secreta, y siempre entraban por allí y se lo comían todo. Luego, pues, que ellos se salieron hizo el rey poner las viandas delante de Bel. Daniel mandó á sus criados traer ceniza y la hizo cerner por todo el templo en presencia del rey y salieron y cerraron la puerta y sellándola con el anillo del rey se fueron. Mas los sacerdotes entraron de noche según su costumbre, y sus mujeres y sus hijos y lo comieron y bebieron todo. Y el rey se levantó muy de mañana y Daniel con él y dijo el rey: ¿Están los sellos sin tocar, Daniel? Él respondió: Sin tocar están, oh rey. Y habiendo abierto luego la puerta miró el rey á la mesa y exclamó en alta voz: Grande eres oh Bel, y no hay en tí engaño alguno. Y se rió Daniel y detuvo al rey para que no entrase dentro y dijo: Mira al suelo y considera de quién sean estas huellas. Y dijo el rey: Veo huellas de hombres, y de mujeres y de niños. Y se enojó el rey. Entonces hizo prender á los sacerdotes y á sus mujeres y á sus hijos y le mostraron el postigo secreto por donde entraban, y comían cuanto estaba sobre la mesa. Y así los hizo morir el rey y entregó á Bel en poder de Daniel, el cual lo derribó y el templo de él». Nuestros adversarios acusan á la Biblia de error porque afirma que el profeta destruyó el templo de Bel, siendo así que según Estrabon y Arriano fué Jerjes quien según Herodoto le espolió, lo que indica que existía en aquel tiempo. Pero entre la autoridad de Estrabon y Arriano, que no merecen plenísima confianza, la de Herodoto á quien da más de un men-

tís la arqueología, y la Biblia cuya verdad testifican los descubrimientos arqueológicos modernos nos quedamos con la Biblia, y ésto aunque prescindieramos, que no lo haremos jamás, de su carácter de divinamente inspirada.

Por lo demás el templo de que habla Daniel y describe Herodoto con minuciosidad de detalles constaba de muchos departamentos, entre ellos el εἰδωλεῖον donde tenía su asiento el ídolo dejando lo demás que pudo ser espoliado y destruido por Jerjes. También en este paraje hay disparidad entre la versión de Teodoción y los de los LXX. Así esta dice: Ver. 13. «Mas Daniel mandó á los suyos que quitadas todas las cosas del templo esparcieran por todo él ceniza sin que lo supieran los que estaban fuera, y entonces, habiendo sellado el templo mandó que fuese sellado con el anillo del rey y los anillos de algunos sacerdotes nobles, y se hizo así». Ver. 14. Y sucedió á la mañana siguiente que vinieron al lugar (más los sacerdotes de Bel que habían entrado por una puerta falsa habían comido todo lo que habían puesto delante de Bel y el vino)». Ver. 15. «Y dió Daniel, ved sacerdotes si vuestros sellos están intactos y tu, oh rey, considera no hayan cometido contigo alguna indignidad». Ver. 16. Y hallaron intacto el sello y quitaron el sello. Ver. 17, y habiendo abierto las puertas vieron que habían sido consumidas todas las viandas y que estaban las mesas vacías y se alegró el rey y dijo á Daniel: grande es Bel y no hay en él engaño; ver. 18, y se rió Daniel de un modo extraordinario y dijo al rey: ea, mira el engaño de los sacerdotes; ver. 19, y dijo Daniel: grey, estas huellas de quién son? ver. 20, y dijo el rey de hombres, de mujeres y niños; ver. 21, y se dirigió á la casa donde estaban reunidos los sacerdotes y encontró las viandas de Bel y el vino, y enseñó Daniel al rey la puerta falsa, por la cual entraban los sacerdotes y consumían las viandas de Bel: ver. 22, y los sacó el rey del santuario de Bel y los entregó á Daniel y el importe de los gastos que solían hacer se lo dió á Daniel, y á Bel lo destruyó».

El episodio del dragón comprende los versículos 22-42 del capítulo XIV y ha sido impugnado también por racio-

nalistas y protestantes, pero es tal su conformidad con los descubrimientos arqueológicos, tan ajustado se halla á los datos de la historia y demuestra tal conocimiento de los usos y costumbres de los Babilonios, que lleva en sí mismo el sello de su autenticidad.

Ver. 22. «Y había un dragón grande en aquel lugar, y le adoraban los Babilonios». Sabemos que efectivamente los Babilonios daban culto á la serpiente (1), y que este culto era de grande importancia por sus aplicaciones mágicas y además consideraban á la serpiente como símbolo de la inteligencia suprema. En los templos de Babilonia eran criadas las serpientes desde pequeñas y el dragón del capítulo XIV de Daniel era probablemente una de las serpientes que había crecido en el templo. A esta costumbre alude también la carta de Jeremías cuando dice: «Dicen que las sierpes, que salen de la tierra les lamen los corazones, cuando se los comen á ellos, y á sus vestiduras y no lo sienten (habla de los ídolos)». En un himno asirio se habla del culto tributado á una serpiente de siete cabezas; Diodoro de Sicilia dice que delante del trono y altar de Bel había dos grandes serpientes y la imagen de la serpiente se encuentra con mucha frecuencia en los sellos babilonios. Todo lo cual comunica al relato bíblico todos

---

(1) No solamente los Babilonios, sino también otros pueblos tributaron culto á las serpientes. Así según el testimonio de Herodoto en Tebas había serpientes sagradas, cortas de cuerpo, provistas de dos tentáculos en forma de cuernos, que á su muerte eran enterradas en el templo de Júpiter. Virgilio en su Eneida 4 habla de una sacerdotisa que alimentaba á la serpiente del jardín de las Hesperides y que cuidaba del templo á ella dedicado. En Epiro había un templo dedicado á Apolo y en el cual había multitud de serpientes oriundas al decir de ellos de la serpiente Pithon muerta por Apolo; cerca de Lavinia había también dragones sagrados; en ciertos días entraban doncellas velada su cabeza llevando comida para las serpientes que no la tocaban si las doncellas no habían sabido guardar la castidad; Eliano hace mención de un dragón sagrado en el templo de Diana en Frigia y de otro en Egipto en la ciudad de Melita, que tenía su asiento en una torre y tenía para su uso particular sirvientes, ministros, sacerdote y una mesa bien provista de manjares, y los romanos sabido es que tributaron culto al Epidauro.

los caracteres de autenticidad (1). Daniel cuando no quiso adorar al ídolo de Bel á instancias del monarca, dijo: «Yo no adoro sino al Dios vivo» y ahora el rey le hace un argumento que podemos llamar *ad hominem* para que adorase al dragón, diciéndole:

Versículo 23. «Y dijo el rey á Daniel: Mira como ahora no puede decirse que no sea este un Dios vivo, adórale pues». Mas Daniel le contestó.

Versículos 24 y 25. «Y dijo Daniel: Al Señor mi Dios adoro; porque él es Dios vivo; mas este no es Dios vivo. Y tu rey dame facultad y mataré el dragón sin espada ni palo. Y dijo el rey yo te la doy». Era creencia general que las serpientes sagradas no morían jamás de su muerte natural sino á mano airada, por eso Daniel no quiso matar al dragón de este modo sino de una manera que pareciese natural con el fin de apartar al rey y á sus súbditos de la creencia en aquella falsa deidad. Al efecto.

Versículo 26. «Tomó, pues, Daniel pez y sebo y pelos y lo coció todo junto; é hizo unas pellas y las arrojó en la boca del dragón y reventó el dragón. Y dijo: He ahí al que adorabais».

---

(1) Bawlinson en su obra intitulada: *The five great ancient monarchies*; tom. III, pág. 28, dice á este propósito. «The narrative in the Apocryphal Daniel, which forms the first part of our book of *Bel and the dragon*, though probably not historical, seems to be written by one well acquainted with babylonian notions». Y Fr. Lenormant en su obra *La divination chez les Chaldeens*, pag. 88-91, escribe: «Chez les semites, il est impossible de ne pas être frappé de ce fait que le nom du serpent et le verbe designant l'action de pratiques de divination appartiennent á la même racine..... Un document cuneiforme parle d'une consultation de l'avenir dans le coeur d'un serpent... Chez les Chaldéo-Babyloniens et les Assyriens, leurs disciples, le serpent était un des emblemes principaux d'Ea, l'intelligence suprême, le Dieu de toute science. Dans la lettre de Jeremie, placée á la suite des prophéties de Baruch, il est dit des images des dieux: «On raconte que des serpents, nés de la terre, leur lechent le coeur»..... Cette phrase semble se rapporter á cette circonstance que, dans quelques-uns des temples de Babylone, ont aurait élevé des serpens considerés comme des interpretes des dieux et servant á rendre des oracles».

Versículos 27-31. «Y cuando lo oyeron los babilonios, se irritaron en extremo; y juntándose contra el rey dijeron: El rey se ha vuelto judío; destruyó á Bel, mató al dragón é hizo morir á los sacerdotes. Y dijeron habiendo ido á buscar al rey: Entréganos á Daniel, sino te mataremos á tí y á tu familia (las sediciones eran frecuentes en Babilonia). Vió, pues, el rey que le estrechaban reciamente y forzado de la necesidad les entregó á Daniel. Ellos le metieron en el lago de los leones y estuvo allí seis días, y en el lago había siete leones, y los daban cada día dos cuerpos y dos ovejas, y entonces nada les dieron para que devorasen á Daniel». Según los LXX eran arrojados á los leones los reos de lesa majestad y los cuerpos de los que estaban condenados á muerte, y las turbas arrojaron allí á Daniel para que no recibiese sepultura. Pero Dios que ya le había librado otra vez de la ferocidad de los leones, libróle también esta vez, añadiendo á la liberación un nuevo milagro que narra así el profeta.

Versículos 34-38. «Estaba á la sazón el profeta Habacuc en la Judea, y él había cocido un potage y puesto unos panes en una cestilla é iba al campo á llevarlo á los segadores. Y dijo el angel del Señor á Habacuc: La comida que tienes llévala á Babilonia á Daniel que está en el lago de los leones. Y dijo Habacuc: Señor, yo no he visto á Babilonia ni se del lago. Y le tomó el angel del Señor por la coronilla y le llevó de un cabello de su cabeza y le puso en Babilonia sobre el lago con el ímpetu de su espíritu, y clamó Habacuc diciendo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía Dios. Y dijo Daniel: De mí, oh Dios, te has acordado y no has desamparado á los que te aman. Y levantándose Daniel comió. Y el ángel del Señor volvió á Habacuc, luego al punto á su lugar» (1). Los ra-

(1) He aquí la historia de Habacuc tal como la cuenta San Epifanio en su *vita Danielis*: «Cum Nabucodonosor postremo venit Jerusalem cum exercitu oppugnaturus, Habacuc fugit in terram Ismaelitarum; postea vero reversus est in terram suam. Et cum aliquando messoribus suis pulmentum praeprasset, apud suos prophetavit dicens: Proficiscor in terram longinquam,



cionalistas atacan rudamente este pasage haciéndole el blanco de las chacotas más groseras y pretendiendo relegarle al dominio de la fantasía. Nosotros contestaremos brevemente, porque no cuadra otra cosa á nuestro propósito que los milagros son posibles y que éste de que aquí se trata es real y verdadero como consignado en un manuscrito que tiene todos los caracteres de la autenticidad y veracidad. Por lo demás no debe interpretarse el pasage de suerte que el ángel asió al profeta de los cabellos y lo llevó dando vueltas á Babilonia, sino *in impetu spiritus sui* como dice el sagrado texto, ésto es, con la celeridad y actividad propia de un espíritu celeste que no sólo tiene movimiento local contínuo sino también discreto como dicen los teólogos y puede salvar en un momento dado distancias considerables. Esto, como se ve, nada tiene de absurdo ni de fabuloso. Por lo què se refiere á los protestantes llamados ortodoxos que admiten con nosotros la autoridad de los Libros protocanónicos de ambos Testamentos, no sé cómo explicarán y difundirán de los ataques racionalistas los siguientes hechos bíblicos que tienen con este pasage una semejanza rayana en la identidad. «Y cuando yo me habré apartado de tí el Espíritu del Señor te trasportará á un lugar, que yo no sé; y entraré á dar el aviso á Acab y no hallándote me matará; mas tu siervo teme al Señor desde su infancia» (1). «Y como siguiesen adelante y caminando hablasen entre sí (Elías y Eliseo), he aquí un carro de fuego y unos caballos de fuego separaron al uno del otro y subió Elías al cielo en un torbellino, y Eliseo le veía y gritaba: Padre mío, carro de Israel y conductor suyo. Y no le vió más y asió de sus vestidos y rasgólos en dos partes» (2). «Y le dijeron: Aquí hay entre los siervos cincuenta hombres fuertes, que pueden ir á buscar á tu amo, no sea que le haya arrebatado el Espíritu del Señor y le haya

---

ac cito revertar, si autem tardavero, ferte messoribus escam. Cum autem Babylone fuisset et prandium dedisset Danieli, ads titit messoribus vescentibus, nec quidquam dixit eorum quae ipsi contigerant».

(1) III Reg. XVIII, 12.

(2) IV Reg. II, 11 y 12.

echado en algún monte ó en algún valle» (1). «Después de ésto le trasportó (á Jesús) el diablo á la santa ciudad (de Jerusalén) y le puso sobre lo alto del Templo... Todavía le subió el diablo á un monte muy encumbrado y mostró e todos los reinos del mundo y la gloria de ellos» (2). «Entonces el diablo le condujo á un elevado monte; y le puso á la vista en un instante todos los reinos de la redondez de la tierra... Y llevóle á Jerusalén y púsole sobre el pináculo del templo y dijóle: Si tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo» (3). Y en los Hechos apostólicos leemos: «Y mandando parar el carruaje, bajaron ambos Felipe y el Eunuco, al agua y Felipe le bautizó. Así que salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató á Felipe y no le vió más el eunucó, el cual prosiguió su viaje rebosando de gozo. Felipe se halló en Azoto (de repente) y fué anunciando el evangelio á todas las ciudades por donde iba hasta que llegó á Cesárea» (4).

Versículos 39-42. «Vino, pues, el rey el día séptimo para hacer el duelo por Daniel y llegó al lago y miró dentro y vió á Daniel sentado en medio de los leones y exclamó el rey en alta voz diciendo: Grande eres Señor Dios de Daniel. Y le hizo sacar del lago de los leones y á aquellos que habían maquinado su ruina hízolos echar dentro del lago y fueron luego al punto devorados delante de él. Entonces dijo el rey: Todos los moradores de la tierra teman al Dios de Daniel; porque él es el Salvador, el que hace señales y maravillas en la tierra; el que libró á Daniel del lago de los leones». Así Ciro por este su decreto reconoce la supremacía de *Jahavé* sobre todos los dioses de la gentilidad, y el dominio de Dios sobre la naturaleza, y Dios prepara, por medio de los prodigios que obra á la vista del rey y de los persas, el retorno del pueblo escogido de la cautividad de Babilonia.

VALENTÍN GÓMEZ.

Villamuriel de Cerrato Festividad de la Ascensión del Señor 1.<sup>o</sup> de Junio de 1905.

- (1) IV Reg. II, 16.
- (2) Math. IV, 5, 8.
- (3) Luc. IV, 5, 9.
- (4) Act. VIII, 38, 39 y 40.



# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	
INTRODUCCIÓN.	
CAPÍTULO I.—La cautividad. . . . .	5
» II.—Misión de los profetas durante la cautividad. . . . .	11
» III.—Misión de Daniel y argumento de su libro. . . . .	25
» IV.—Unidad y autenticidad del libro. . . . .	40
» V.—Autenticidad del libro (continuación). . . . .	56
» VI.—Contestación á las dificultades. . . . .	76
» VII.—Continúa la solución de las dificultades. . . . .	92
» VIII.—Objecciones doctrinales. . . . .	104
» IX.—Primer sueño de Nabucodonosor. . . . .	119
» X.—La estatua de oro de Nabucodonosor y los tres jóvenes en el horno de Babilonia. . . . .	132
» XI.—Segundo sueño de Nabucodonosor y locura de este monarca. . . . .	147
» XII.—El festín de Baltasar y Daniel en el lago de los leones. . . . .	160
» XIII.—Las visiones de Daniel (cap. VII y VIII del libro). . . . .	175
» XIV.—Profecía de las setenta semanas. . . . .	190
» XV.—IX y X de la vulgata. . . . .	209
» XVI.—Profecía relativa al pueblo de Dios y á los que con él tenían relaciones desde la derrota de los persas por Alejandro, hasta el triunfo definitivo de Israel, la futura resurrección universal. . . . .	225
» XVII.—Historia de Susana. . . . .	238
» XVIII.—Episodios de Bel y del Dragón. . . . .	255









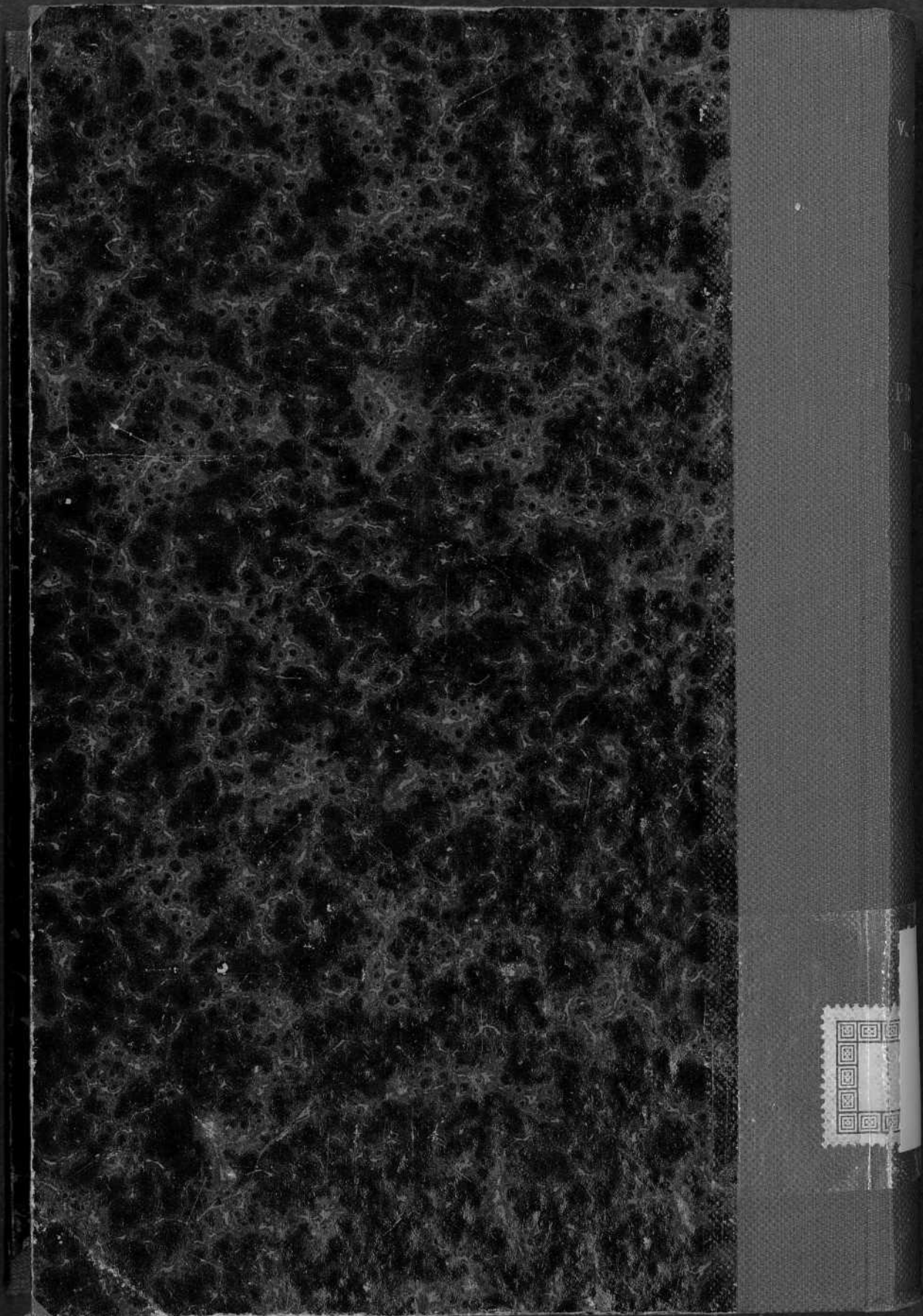












V. GÓMEZ

EL

PROFETA

DANIEL

**SP - 3400**